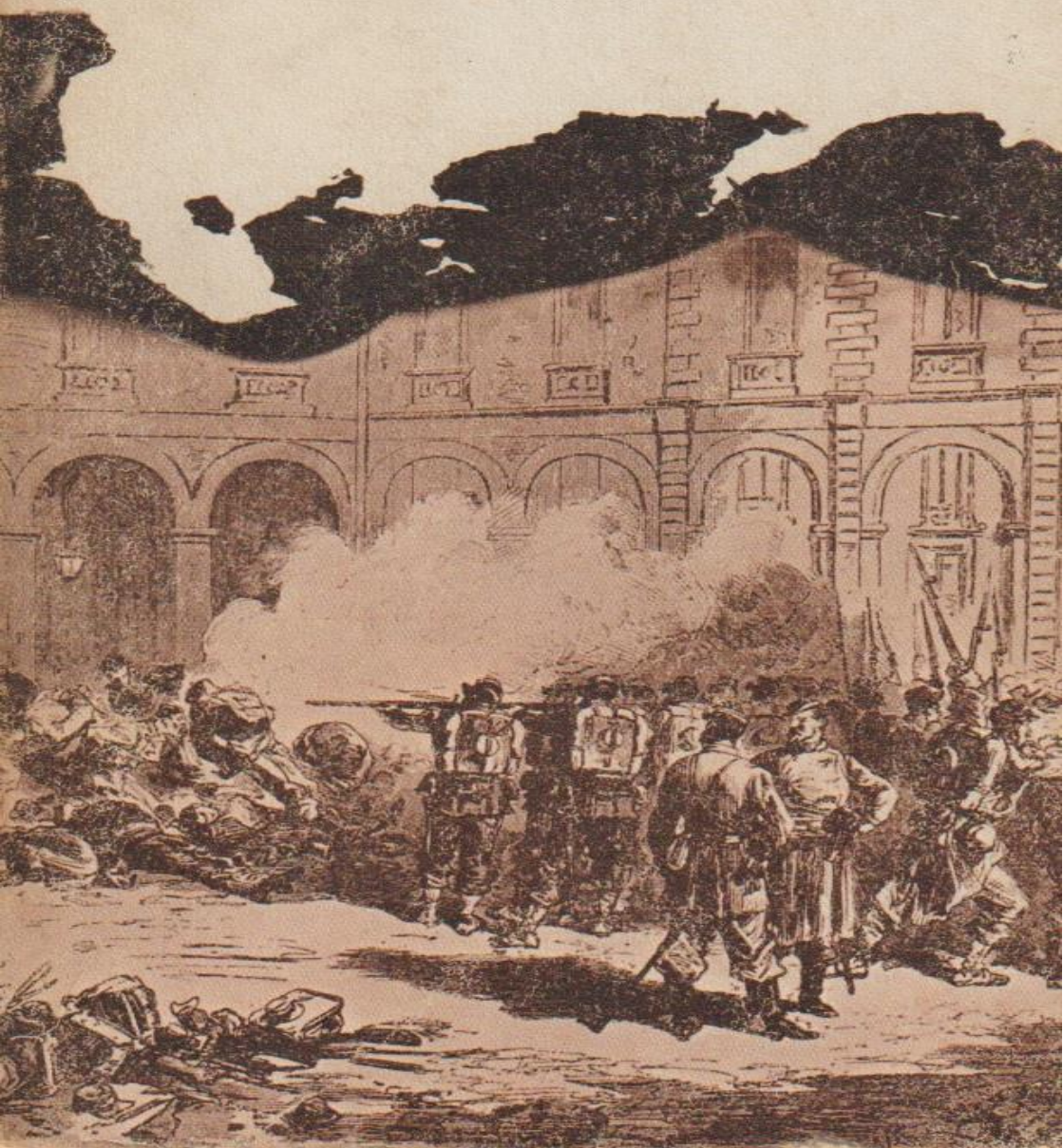


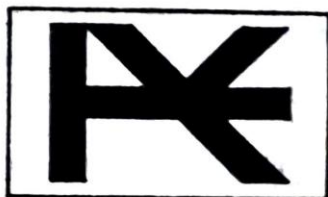
Albert Ollivier La Comuna

Alianza Editorial



Albert Ollivier:
La Comuna

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



Título original: *La Commune*
Traductor: Patricio de Azcárate Diz

Primera edición en El Libro de Bolsillo: 1967
Segunda edición en El Libro de Bolsillo: 1971

© Éditions Gallimard, Paris, 1939
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1967, 1971
Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
Depósito legal: M. 361-1971.
Cubierta: Daniel Gil
Impreso por Unión Gráfica, S. A., Sepúlveda, 67. Madrid.
Printed in Spain

A. Robert y Sabine Aron

Entre las obras de historia publicadas recientemente son pocas las que no van precedidas o seguidas de unas cuantas páginas de explicación en las cuales el autor desarrolla su concepto de la historia: ni siquiera las que tratan de la vida de una gran «cocotte» o de la de una bailarina han faltado a su deber. ¿Por qué? Sin duda, porque la historia atraviesa una crisis, una crisis que comenzó antes que la otra, la «grande», y que, aunque en vía de resorción, parece dejar aún el terreno lo bastante incierto para que sea necesario dar testimonio de su firmeza. Sin embargo, pese a estas buenas razones, me hubiese sin duda dispensado de esta obligación que, debidamente cumplida excedería los límites de un prefacio, si no fuese porque ciertas particularidades de este libro parecen exigir una advertencia.

Se admite generalmente hoy que la historia no puede pretender ser una ciencia rigurosa. El historiador dispone de documentos, de acontecimientos, de actos en torno a los cuales enrolla sus conjeturas. Establecer conexiones entre los hechos, explicar, disponer los planos y el orden de importancia, tiene todo ello un carácter con-

jetural y limita la objetividad histórica. Por ello quisiera simplemente explicar aquí el espíritu que ha presidido a las conjeturas y opiniones plasmadas en las páginas siguientes.

Si la palabra «acción» no corriese el riesgo de resultar un poco ridícula en la introducción a un estudio como éste, me gustaría decir que lo que sobresale en esta obra es la preocupación por la acción. Ya le vemos a usted venir, me dirán algunos; usted concibe la historia como una eterna repetición de la cual debemos extraer lecciones de sabiduría. En absoluto. No creo en las fatalidades, o más bien creo que son los hombres quienes crean sus propias fatalidades, pero lo que principalmente me interesa es saber en qué medida y a qué precio los hombres pueden dominar estas supuestas fatalidades. En ello reside la justificación y la razón de todo esfuerzo revolucionario. Pero para aprehender este esfuerzo en su totalidad y en su realidad es preciso partir de la situación no sólo política, sino también económica y moral, es menester seguir paso a paso la preparación de la revolución y luego su realización; esto es lo que he intentado hacer con esta revolución tan desconocida: la Comuna.

La Comuna, efectivamente, cuenta ya con una impresionante bibliografía, y puede decirse que las últimas investigaciones han dado a la publicidad los documentos más importantes conservados en los Consejos de Guerra y en los Archivos de la ciudad de París. Sin embargo, su verdadero cariz aún no ha sido presentado, o lo ha sido en forma muy breve. ¿A qué es debido? A que, por una parte, la Comuna ha sido explotada, deformada por motivos políticos, y por otra parte, a que, exceptuando los trabajos de erudición sobre extremos muy particulares, lo que sobre todo se ha publicado han sido relatos muy detallados, en mi opinión demasiado detallados, de las operaciones militares y policiacas, dando así a la Comuna el aspecto de un largo motín de dos meses de duración. Sin embargo, si se hubiese raspado un poco la capa superficial de discursos románticos o de gestos extravagantes, reduciendo las matanzas de rehenes y las leyendas de las «petroleras» a sus justas proporciones, se hubiera encontrado bajo su exterior incoherente un sentido, incluso un sentido lo bastante preciso para dar a esta insurrección el carácter de una auténtica revolución.

El estudio del periodo de preparación revolucionaria y de sus inspiradores, como Proudhon y Blanqui, representa en este caso una gran aportación, pues explica no sólo gran parte de las insuficiencias de la Comuna, sino también su fuerza y sus aspiraciones.

Es evidente que una revolución no puede ser reducida a una continuidad racional, ya que, por el contrario, implica esencialmente una ruptura. Pero no es menos cierto que por muy accidentales y fortuitas que sean las circunstancias de la toma del poder, el nuevo régimen tan sólo puede durar y ser creador en la medida en que pueda apoyarse sobre unos cuadros y una doctrina sólidamente constituidos.

Así, pues, no son lecciones lo que hay que pedirle a la historia, sino la revisión de los datos sociales de acuerdo con los cuales actuamos, pues estos datos sí son constantes. ¿Cuál es el peso, la fuerza, la plasticidad respectivos del hombre, de la sociedad, del Estado? Sin pretender obtener medidas absolutamente exactas, es posible determinar puntos de referencia que tengan cierta utilidad. Por otra parte, la tradición de un país le viene de su historia, y si tradición significa transmisión de la vida, es al historiador a quien corresponde distinguir en ese pasado lo que tiene vida.

Quizá se me comprenda ahora si digo que este libro no refleja un partidismo político, pero sí una toma de posición. Bajo el segundo imperio era necesaria una revolución. Cómo quiso hacerse y cómo se hizo, tales son los principales temas de este libro.

Ya sé que el querer constantemente juzgar su tema resulta algo irritante, incluso para el autor. Este se sitúa un poco en el caso de los espectadores de las corridas de toros, que bien protegidos en las graderías vociferan y le exigen las cosas más exorbitantes al hombre que juega con la muerte, asegurando que haciendo esto o lo otro dominaría fácilmente a la bestia. Si a pesar de todo prefiero aún este método, no obstante sus inconvenientes, a la hipócrita «objetividad», no me duele prendas reconocer que existan otras actitudes posibles para el historiador, pero añadiré que para mí carecen de interés.

Primera parte:
La revolución en marcha

A donde sea que se vuelva la mirada, en Europa occidental, tan solo se ve decrepitud, falta de fe y depravación causada por esta falta de fe; y esto desde el peldaño más alto de la escala social; ninguna de las clases privilegiadas tiene fe ni en su misión personal ni en sus derechos; todos se comportan ante los demás como si estuvieran presentando una comedia, y no hay nadie que tenga confianza ni en los demás ni en sí mismo; los privilegios, las clases y los poderes establecidos se mantienen a duras penas merced al egoísmo y a la costumbre, pero ¡cuán débiles son estos diques frente a la tempestad que se aproxima!

BAKUNIN, *Confesión*, 1857

1. La Francia del segundo imperio

El reino del anonimato. Del saint-simonismo a los monopolios y a la sociedad anónima. La gran ciudad, la gran Prensa y sus consecuencias.

Hacia el final de su existencia, el segundo imperio arrastraba todo el peso de un pasado muerto, de ilusiones muertas, como decía Proudhon. La mayoría de los que vivieron el 48 habían podido medir la ilusión del sufragio universal, la ilusión de la omnipotencia de las ideas; muchos descubrían la vanidad de las teorías sobre organización del trabajo al estilo de Louis Blanc y de las experiencias falansterianas a lo Fourier; algunos vislumbraban los peligros de la «bancocracia» y del industrialismo. Y por encima de todo se hundía el fausto militar de la leyenda napoleónica. Aquella Francia que con el bonapartismo había creído poder escapar de los parlamentarios se encontraba ante una caricatura que no por faltar de grandeza era menos autoritaria.

De ahí que reinase una inmensa lasitud.

Durante los diez primeros años del imperio, el llamado periodo autoritario, los republicanos, los propios revolucionarios, se hallaron desconcertados. Obligados a desterrarse en Inglaterra o Bélgica; reducidos a la acción sor-da de las sociedades secretas: constantemente amenaza-

dos si permanecían en Francia, se reincorporaban lentamente, recuperándose poco a poco del fracaso sufrido, y tanteaban cautelosos e inquietos para restablecer el contacto con esas masas que la popularidad y las promesas del imperio les había enajenado.

Particularmente, los emigrados (como era casi fatal) preveían un futuro catastrófico. Delescluze denunciaba desde Londres en *Le proscrit* (*El proscrito*) el vértigo de Francia. «Sorda a las lecciones de la experiencia, anunciaba, Francia marcha hacia nuevas catástrofes.» Proudhon, más lúcido, descubría «bajo esa epidermis de hielo que puede hacerle creer a un observador superficial que la nación ya no vive, el mismo sentimiento, el mismo odio contra el 2 de diciembre»¹. Pero ahogada la revolución, la oposición quedaba reducida a un sordo murmullo. Ya no humeaba la sangre. Estaba cuajada en la llaga de Baudin, estaba congelada en las venas debilitadas de los vivos².

Indudablemente, Proudhon no forzaba la nota, escribiendo en su correspondencia: «Todas las tradiciones están gastadas, todas las creencias anuladas; en cambio, el nuevo programa no está hecho, quiero decir que aún no está en la conciencia de las masas; de ahí lo que llamo la *disolución*. Es el momento más atroz en la existencia de las sociedades. Todo se une para desesperar a los hombres de bien, la confusión entre la verdad y la falsedad, la especulación con los principios, la bajeza de las pasiones, la cobardía de las costumbres, la opresión a la verdad, la recompensa a la mentira, a la adulación cortesana, a la palabrería y al vicio.»

Ya no existía élite. La verdadera nobleza, orleanista, legitimista, se mantenía al margen, conspirando, intrigando en los salones del «faubourg Saint-Germain» o en los de provincia. Tan obstinado era su enfado y su insistencia en mantenerse ajena al mundo oficial que más tarde la emperatriz Eugenia había de afirmar: «Fue el faubourg Saint-Germain quien nos ha perdido.»

En ninguna parte, por cierto, encontraba el emperador un apoyo sólido. Sus más próximos, aquellos aristócratas frívolos y superficiales, que giraban en torno a la corte de las Tullerías, permanecían, aunque en forma distinta, tan ajenos a la vida nacional como la antigua nobleza. Los verdaderos reyes de la época eran los bur-

guese. Aunque formando una masa menos compacta, menos homogénea que en los tiempos de la restauración, los burgueses, enriquecidos por el desarrollo de los grandes negocios industriales, se distinguían cada vez más de los pequeños burgueses comerciantes o artesanos. Tan sólo les quedaba en común una cierta estética de la vida (¡llamémosla así!), esa avidez de ganancia, ese afán de pacífico confort.

Como ocurre con frecuencia, esta ruptura había sido provocada, acentuada por aquello mismo que debía haberles unido. Me refiero al saint-simonismo. Se sabe que esta escuela había encontrado bajo el imperio un terreno sumamente propicio, ganándose incluso la simpatía del emperador, siempre deseoso de ayudar a las clases laboriosas. Guiados por la creencia de poder convertir casi automáticamente la riqueza de unos pocos en la riqueza de todos, los discípulos de Saint-Simon habían impulsado activamente todos los desarrollos industriales y financieros. Después de que *Enfantin* contribuyese a la creación de nuevas líneas ferroviarias y a la apertura del istmo de Suez llegaron los hermanos *Pereire*, promotores del crédito moderno. En el Colegio de Francia estuvo *Michel Chevalier*, preconizador de la iniciativa estatal en las grandes obras, que poco después había de negociar con Inglaterra el tratado comercial que abrió el paso al librecambio. Y en muchos otros lugares hubo hombres de menos importancia, pero imbuidos también del mismo optimismo y convencidos como ellos de que todo sería mejorado con el crecimiento de la producción. Sin duda habría que preocuparse luego de establecer un mejor reparto de las riquezas, pero éste sería el objetivo final del viaje, objetivo que convenía aplazar lo más posible, dejándolo para después de un largo crucero soleado y lujoso.

Bajo el impulso y protección de esta moral de productores surgieron grandes establecimientos de crédito e importantes empresas industriales. Se dice que fue bajo el reinado del barón *James de Rothschild*, de los hermanos *Pereire*, de *Julio Mirès*, reinado que fue también el de *Napoleón III*, cuando conoció la Bolsa sus días más hermosos. Y no cabe duda de que gracias a una inflación de créditos (¡qué otro nombre podemos darle!) se logró una prosperidad real, aunque efímera, y que sólo alcanzó

una fracción de la población. El emperador no tuvo más remedio que convencerse rápidamente de que no sería él quien dirigiría a los financieros, sino éstos quienes le dirigirían a él. Como justamente comentaba el señor Fournier en su libro sobre el segundo imperio y la legislación obrera: «Cualquiera que haya sido la simpatía personal de Louis Bonaparte por las clases obreras, se veía frenado en sus iniciativas por el temor de enajenarse a aquellos que por todos los medios se esforzaban en hacer que la República fuese imposible y el golpe de Estado deseable»³.

El secular esfuerzo de los burgueses para separar el capital del trabajo acababa de dar un paso de gigante con el desarrollo extraordinario de los Bancos. El capital vería multiplicarse sus poderes de acción, al tiempo que adquiriría una flexibilidad mayor. Pero disimulaba aún las fuerzas oscuras que pronto habría de engendrar. Pues si todos esos audaces empresarios, esos aventureros de las finanzas, percibían tal vez en qué medida los mecanismos que estaban montando les permitirían encubrirse fácilmente y salvar sus responsabilidades, lo que difícilmente podían entrever es cómo estos mismos mecanismos acabarían escapando a su control. Tardarían años en comprender el peligro que supone anteponer la producción y especialmente la cantidad de producción, cosa abstracta, al intercambio, al comercio, cosas concretas. Efectivamente, según escribe un calificado historiador de la banca: «Así como hasta la revolución industrial que marca la mitad del siglo XIX, el comercio y en general los fenómenos de intercambio retenían particularmente la atención de los economistas, y los banqueros se interesaban casi exclusivamente en las transacciones mercantiles, en la negociación de las letras de cambio, del 'papel comercial', a partir del auge de la gran industria hacia 1860 los espíritus empezaron a preocuparse en la producción y en todo lo que contribuye a incrementarla»⁴.

La producción adquiría así una autonomía peligrosa, realmente aplastante. Se favorecía los progresos técnicos sin preocuparse de sus repercusiones en el cuerpo social. Se producía sin considerar las necesidades reales del mercado. Por una parte, los obreros se veían reducidos a un trabajo de máquina, sin la menor participación real en la

obra, que les utilizaba, y por otra parte, los dirigentes reducían su compromiso, pretendiendo conducirlo todo desde fuera, y se contentaban con aportar sus capitales sin trabajar en el negocio.

La extensión en superficie de las empresas, por importante que fuese, reflejaba esta tendencia, si bien de forma imperfecta. Lo esencial residía en esos trastornos orgánicos que ocasionaba y cuya expresión había de ser la sociedad anónima, consagrada jurídicamente en 1867.

Sin duda, esta fecha marca la consolidación o, mejor dicho, la cristalización de ciertas relaciones sociales. Al suprimir las restricciones y obligaciones a las que estaban sometidas las sociedades anónimas, éstas se veían colocadas en la primera fila de los esquemas económicos ofrecidos, dándole a Francia, como lo señala M. Francis Delaisi, una verdadera carta económica. Y hay motivos para pensar que esta entronización que se anticipa en solamente unos años a la Comuna no le es totalmente extraña.

*

Pero el hombre no sólo estaba separado de su oficio, lo estaba aún más de su tierra. El crecimiento de las grandes ciudades, las instalaciones y los servicios que en ellas se habían creado, las hacían generalmente más prácticas, más higiénicas, pero también más frías, más inhumanas.

El emperador no disimulaba los motivos que le impulsaban hacia el urbanismo al estilo del barón Haussman. Abriendo grandes avenidas, derribando todos esos viejos edificios causantes de disturbios, trataba de evitar las barricadas, la «guerrilla» de callejuelas, esforzándose por imposibilitar la insurrección mediante una esterilización preventiva. Pero en esto, lo mismo que ante la industrialización frenética, nadie se daba cuenta de que queriendo aplicarle al mal un remedio empírico lo único que se conseguía era agravarlo. La ciudad, limpiada en cierto modo por el vacío, convertida en un lugar cada vez más abstracto, se volvía así más propicia a la revolución, que será siempre un esfuerzo por asegurar la victoria de lo concreto sobre lo abstracto.

Como otros ya lo han observado, el «rousseauinismo» renace casi invariablemente en tales circunstancias. Con

más o menos ingenuidad, el hombre de la ciudad y de la fábrica trata de restablecer el contacto perdido con la naturaleza y retornar a ella.

Ciertos contemporáneos se dieron cuenta de que ese retorno conservaba, en la mayoría de los casos, un carácter ficticio e incluso ideal. Dostoievski, por ejemplo, durante uno de sus viajes a París bajo el segundo imperio, diagnosticó esta neurosis con una perspicacia agudizada por el disgusto que le causaba este espíritu occidental: «París, observaba, se empequeñece con gusto, con amor; se encoge con ternura.» Frente a esta situación señalaba dos reacciones; a veces, «una voluntad desesperada de detenerse en un 'statu quo', de arrancar con su propia carne toda esperanza, de maldecir su porvenir»; otras veces dominaba el modesto ideal de descanso, un pueril disfrute de la naturaleza con sus frases hechas: «Ver el mar», «rodar por la hierba»⁵.

A falta de poder satisfacer estos modestos deseos se esforzaba uno por humanizar, en cierto modo, la ciudad recurriendo a lo fantástico. Se ligaba uno a ella echando sobre sus hombros un manto de fantasmagorías. La ciudad se convertía así en una pesadilla terrible, pero atractiva.

Resulta muy curioso seguir esta metamorfosis. Se intentó primero introducir dentro de la ciudad las sabanas y los bosques de Fenimore Cooper, llevar la evasión a la puerta de cada uno. Esta transposición daba lugar a extraños títulos de novelas, entre los cuales el más típico es tal vez *Los mohicanos en París*, de Alejandro Dumas (1854). Pero pronto la novela negra se instalaba en la ciudad, extendiéndose desde los suburbios hacia los barrios del centro. A partir del final del segundo imperio parece que «la grieta ideal que separaba el París de las apariencias del París de los misterios está cegada»⁶.

La Babilonia moderna, como solían llamarla entonces, se convierte en un lugar fabuloso que se opone a la acción del hombre y le da por ello mayor grandeza. Ya en 1846 Baudelaire encontraba en aquel París de Sue y de Balzac la prueba y la justificación de un heroísmo moderno: «Ese espectáculo de la vida elegante y de los millares de existencias flotantes que circulan en los subterráneos de una gran ciudad, criminales y mujeres de mala vida, *La Gaceta de los Tribunales* y el *Moniteur* nos de-

muestran que sólo con abrir los ojos podemos conocer nuestro heroísmo»⁷.

En 1871 Rimbaud llegará a saludar la capital en los siguientes términos:

*...aunque no se haya hecho jamás de una ciudad
úlcera más maloliente a la verde Naturaleza,
el poeta te dice: ¡Espléndida es tu belleza!*

París se convierte en un mito, es decir, en un principio de acción. Así como el campesino adapta sus gestos al medio que le rodea, el ciudadano abrevado en las fuentes de las ciudades, alimentado con las más inverosímiles novelas por entregas, acusará en cierta medida su influencia cuando descienda a la calle. La Comuna es quizá la primera revolución en la que puede medirse la influencia terrible adquirida por la prensa diaria. El siguiente extracto de un libro titulado *El secreto del pueblo de París*, y cuyo autor, Corbón, es un obrero que desempeñó un papel bastante importante en la revolución del 48, nos da una idea de lo que impulsaba a las clases laboriosas por esa vía: «Tuve un día la ingenuidad, escribe Corbón, de adherirme a las ideas de los moralistas y amonestar a ese obrero típico, cuyo espíritu vagabundo no quiere permanecer en la mezquindad del taller y absorberse en la confección de la pata de una silla, del forro de un sombrero, de un paquete de composición, de un zapato, de cualquier otra división o subdivisión del trabajo... Aún no había descubierto su secreto. En la disposición en que estaba no podía darme cuenta de esa gran y legítima necesidad de vida exterior que caracteriza al obrero de París y carecía de indulgencia con esa pequeña debilidad que le lleva a buscar en las ficciones, a falta de realidades contundentes, un refugio contra el desaliento y la desmoralización»⁸.

Pero la culpa no es únicamente del trabajo, demasiado parcelado por la racionalización. Tal vez más peligroso aún era esa afición al crimen y a las aventuras rocambolescas alimentada por la gran prensa entre miles y miles de pequeños burgueses, comerciantes, intermediarios. Así, por ejemplo, *L'Audience*, diario judicial fundado por Milland, no se contentaba con dar cuenta severamente de los fallos de los tribunales de comercio, de los consejos disciplinarios de la Guardia Nacional, ni de conceder

consultas jurídicas gratuitas a sus abonados. A todo esto se entremezclaba íntimamente lo pintoresco, y así, todo lo relativo a los tribunales y a la justicia en general aparecía sumergido en un ambiente de terror que no podía menos de impresionar al lector ⁹.

Frente a esta situación, ¿existía algún tipo de reacción entre los intelectuales y los artistas, entre todos esos que hacen profesión de guías? No lo parece. Sin embargo, el romanticismo había sido profundamente modificado por Balzac y Baudelaire. Todo su lado contemplativo o más precisamente pasivo había cedido el paso a una especie de voluntad de poder. Pero particularmente entre ellos esta voluntad de poder aparecía como el indicio de una secreta debilidad, de una incapacidad de aprehender directamente. Quien se dirige a sus prójimos no necesita gritar; pero, para Balzac y Baudelaire, los hombres se hallan lejos, son sordos y ciegos. Para manifestarse y afirmarse es preciso ataviarse de forma muy particular y vistosa. No hay que olvidar que junto al dandysmo, defendido e ilustrado por Baudelaire, Balzac escribió una *Fisiología de la corbata y del cigarro* y un *Tratado de la vida elegante*. Y como lo observa E. R. Curtius, estos detalles vestimentarios manifiestan «la trasposición en el plano del capricho y del desenfado de la lucha patética y violenta entablada entre las fuerzas nuevas de la época» ¹⁰. A la hostilidad de la ciudad y del medio social responden con una agresividad plenamente gratuita, es decir, incondicionada y no adaptada a necesidades vitales.

Ni Baudelaire ni Balzac conciben, en efecto, un lazo social al margen de la ley, y a lo que más llegan es a considerar la posibilidad de pasar al extremo opuesto, es decir, a la dominación tiránica. «El destino de un hombre fuerte es el despotismo», escribe Balzac. Pero este despotismo no restablece la necesaria tensión y también deja a quien lo ejerce al margen de la sociedad. Sin dejar de reconocer que los héroes de Balzac constituyen un evidente progreso sobre los héroes puramente románticos, ¿existe fundamento para afirmar, como lo hace E. R. Curtius, que son «seres que surgidos de los trastornos y confusiones de la vida sentimental, liberados del paralizante hastío de la vida, han vuelto a hallar el camino de la responsabilidad moral, de la actividad eficaz, de la fe que

vence todos los obstáculos»? ¹¹ Me parece que muchos de los héroes de Balzac, lejos de haber vuelto a hallar «una actividad eficaz», son triturados por la sociedad. Balzac pensaba, además, que moralmente así debía ocurrir, ya que para él la persona era un elemento de discordia, un verdadero peligro social. Al igual que muchos novelistas analistas, profundamente pesimistas respecto al hombre, tan sólo podía concebir una mejora social en el marco de una dictadura. Ahora bien: ese dictador poseía un carácter singular, muy bien observado por M. Caillois, que le distinguía a su vez del héroe romántico. «En realidad, escribe M. Caillois, ni el héroe romántico ni el héroe *moderno* están satisfechos con la situación de hecho que les crea la sociedad. Pero uno se aleja de ella en tanto el otro decide su conquista, con lo cual el romanticismo desemboca en una teoría del poder o al menos de la energía. En este París transfigurado de Hugo y de Balzac no tardan en aparecer las figuras de Enjoras y de Z. Marcas esos primeros representantes, según Curtius, del tipo específicamente francés del revolucionario casto, que no concibe el poder más que revestido de un carácter despiadado y casi *pontifical*» ¹².

Pues bien, pronto veremos bajo la Comuna un partido político plenamente convencido de la necesidad de que haya una minoría que ejerza con vigor su poder sobre el conjunto del país: el blanquismo. Es interesante ver que la teoría de Blanqui, emanada de fuentes muy distintas, encontró un terreno sentimental abonado por la literatura dominante bajo el segundo imperio. Y esto explica por qué los blanquistas se reclutaron, en primer lugar, entre los estudiantes e intelectuales de todo tipo. Además de los recuerdos somnolientos del 93, además de la desesperación, estaba la influencia más sutil, más secreta de la moral de *La comedia humana* y de algunas otras obras, moral autoritaria como lo son todas las morales de la ciudad.

*

No hay que pensar, sin embargo, que los contemporáneos estaban ciegos ante el movimiento que les arrastraba. Al lado de estas reacciones esporádicas, espíritus como el de Renouvier percibían, en sus días de lucidez, el origen humano del mal. Refiriéndose al prefacio de

Michelet a su *Historia de la revolución*, que calificaba sintomáticamente de «llamamiento a las fuerzas vivas», Renouvier escribía, entre otras cosas:

«Vapuleada por las grandes fuerzas colectivas que ha creado, esta época se imagina que el individuo es demasiado poca cosa.

»La consecuencia desagradable de esto es que nuestros progresos se revuelven contra nosotros. La propia enormidad de nuestra obra nos deprime y nos desanima a medida que la vamos levantando. Ante esta pirámide nos volvemos imperceptibles, ni siquiera nos vemos a nosotros mismos. Y, sin embargo, ¿quién sino nosotros la ha construido?

»La industria que ayer creamos se ha convertido hoy en un estorbo para nosotros, es nuestra fatalidad.»

Lo que nos indica aquí Renouvier no es otra cosa sino la razón profunda de la crisis. Todo invento contiene a la vez una liberación y una servidumbre, una economía de energía y la instauración de mecanismos y de disciplinas que resultan penosas para el hombre. Los progresos técnicos, al descalificar una parte del trabajo, al favorecer la expansión industrial, determinan el problema obrero y el de los mercados. Y los remedios empíricos (librecambio, guerras, colonialismo) no impiden ya que se produzcan las crisis de los años 57 y 63. El consumidor, el obrero, se sienten frustrados y no tardarán en expresar sus quejas. Corbón, el autor citado ya anteriormente, escribe también en su libro: «Al feudalismo militar y brutalmente despótico ha sucedido un feudalismo industrial, que aunque presentando menos inconvenientes que el anterior, los tiene, y muy graves, especialmente por la fuerte presión que ejerce sobre las clases laboriosas y por ser un nuevo y difícil obstáculo a su elevación. Los monopolios, que surgen por todas partes y en todas las ramas de la industria, cierran todas las perspectivas ante la clase obrera, disminuyendo al mismo tiempo en grado cada vez mayor su libertad en el trabajo»¹³. El obrero se ve cada día más restringido en un trabajo parcelario y mecánico que le repugna y que se ha convertido para él en una carga necesaria para vivir. «Podemos dar por seguro que todo sistema, aunque prometa mucha más mantequilla que pan, si tiende a *remachar* al taller al obrero tipo en la totalidad de su persona, le resultará

profundamente repugnante, tanto si lo confiesa como si no lo confiesa, tanto si sabe explicarse esa repugnancia como si no se la explica»¹⁴.

Como puede verse, el obrero francés en 1869 estaba a mil leguas de la religión del trabajo que tanto el for-dismo como el stalinismo lograrían inculcar. Su profunda preocupación por salvar su persona en lo inmediato se traducía en una reacción contra las grandes promesas y las utopías del 48. Pero entre la reacción y la acción hay un paso difícil de franquear, pues en él está la diferencia entre las revueltas y reformas por una parte y la revolución por la otra.

Al lado de los obreros hay que situar lo que suele llamarse las «clases medias», unidas a ellos por los mismos sufrimientos y las mismas angustias. El monopolismo, la intrusión del Estado en los negocios industriales, paralizaban tanto al pequeño contratista de obras y al pequeño comerciante como al obrero. El pequeño burgués, obligado a comprar a precios cada vez más altos, ante un mercado corrompido y obstruido por la acción de los monopolios y del Estado, tenía el mismo sentimiento de dependencia. Un publicista de la época, Georges Duchêne, atacó violentamente lo que él llamaba el *imperio industrial* y la «razzia del saint-simonismo»: «Así, escribía, no queda ya nada de la revolución económica del 89; han vuelto los privilegios y el feudalismo mercantil, la explotación de los consumidores es más dura que nunca, y el actual siervo de las grandes compañías ha caído a un nivel muy inferior al del antiguo compañero de maestría»¹⁵.

Sería, sin embargo, una simplificación bastante inexacta hablar de acercamientos de clases, o como lo veremos más adelante, expresar el conflicto en términos de clase. Solamente puede verse en 1870, como en las vísperas de todas las revoluciones, una chocante desigualdad en el reparto de las riquezas y simultáneamente formarse en el momento álgido de la crisis (la Sede) una especie de reagrupación de los intereses comunes de los oprimidos contra los opresores.

La atmósfera en la que estallan las revoluciones no surge accidentalmente. En el periodo que hemos de estudiar veremos manifestarse con esa agudeza que caracteriza a las épocas de crisis los conflictos permanentes con los que tropieza el hombre.

Francia está dividida. Lo está menos por los hombres, por la naturaleza de los franceses, que por mecanismos que no tenemos más remedio que calificar de monstruosos. Del bonapartismo tan sólo queda la coacción; las generosas y optimistas ideas de Saint-Simon al asentarse sobre la realidad se han vulgarizado y han alumbrado a los monopolios y a las sociedades anónimas. Y por todas partes se siente el enfriamiento de las épocas decadentes. Se marchita el patriotismo en las ciudades, carente del alimento de la tierra, la cultura sólo interesa a unas élites y deviene realmente esotérica. Se refuerza la oposición entre la ciudad y el campo. Los campesinos menos contaminados por el industrialismo, la bancocracia o tal vez, mejor dicho, contaminados desde una fecha demasiado reciente para que sus efectos puedan hacerse sentir, otorgan generosamente su confianza al emperador. La Iglesia católica francesa, que se había vuelto a unir para apoyar la revolución de 1848, recae de nuevo en sus disensiones internas en torno al agonizante galicanismo. Deja rienda suelta a sus fieles en materia de política o, simplemente, de moral social y se adhiere sin decir palabra, pero en ciertos casos no sin amargura, al absolutismo. En 1866, el futuro cardenal Guibert escribe: «Cuando me encuentro con aquellos de mis colegas que habían depositado su confianza en la buena voluntad del poder, les digo francamente que se exponen a contribuir a una triste página de nuestra historia.» Finalmente, los hombres públicos, los parlamentarios de toda índole, perdidos en sus querellas de partido, carecen de envergadura y ya no consiguen suscitar el entusiasmo y arrastrar a las masas. Durante mucho tiempo Francia conservará la obsesión de este desperdigamiento, de estas divisiones, y Thiers podrá jugar su mejor carta afirmando que la República es la que «divide menos».

Miles de veces, y ¡con cuánta razón!, se ha dicho que el segundo imperio fue una caricatura. Esta alianza entre la fe en la omnipotencia de lo abstracto y un distinguido y superficial escepticismo ha quedado estéril.

Toda esta sociedad, que se desvanece en el sobajeo de las crinolinas, al compás de las endiabladas melodías de Offenbach, se nos antoja bien poco humana; carece de «sentido», como solía decirse en el siglo xvii. Trátese de su industrialismo, de su urbanismo, de su cientismo, de su estetismo e incluso de su naturalismo, en realidad todo ello está ligado y puede expresarse así: pérdida de contacto con la realidad de un mundo que ha cesado de estar a la medida del hombre para entregarse al desenfreno del dinero.

No le faltaba motivo a Proudhon para estar toda su vida con la obsesión de la degeneración de las naciones en clanes bárbaros: ante sus ojos se deshacía Francia.

2. En el silencio

... extraer de la experiencia del 2 de diciembre los medios y las garantías de una revolución segura de sí, esta vez irrevocable (...)

Quiero luchar, luchar hasta la muerte.

PROUDHON, Correspondencia, 1852

Huyo de las secretas torturas de la contrarrevolución gracias a la preparación de mis potentes máquinas de guerra.

PROUDHON, Correspondencia, 1852

Crisis de las élites. Los escribientes en el poder. El movimiento revolucionario y sus dos corrientes, Proudhon y Blanqui. La participación de la juventud.

La división, de por sí, no produce nada, lo sabemos por experiencia. Francia hubiera, pues, podido, durante el segundo imperio, complacerse en su desmigajamiento, en sus querellas de botica, como lo hizo por desgracia en otras épocas, sin amenazar seriamente al soñador que había aceptado como jefe ni a sus comparsas ni a sus parásitos. Sin embargo, la gradual evolución hacia el imperio liberal, la plataforma que Thiers se montó con sus «libertades necesarias» y cien otros detalles, son síntomas evidentes de un movimiento de retroceso entre los dirigentes que, para mantenerse en su posición, sueltan lastre a diestro y siniestro, mientras se hace sentir por otra parte una presión sorda, a veces insegura, pero que se va afianzando a medida que el imperio pierde sustancia.

No hay que buscar la lucha en la plaza pública y bajo la luz parpadeante de las gesticulaciones de la actualidad; el destino del régimen se juega en la sombra, en el silencio, entre bastidores; allí se realizan los gestos irremediables. Detrás de los motines, de las manifestaciones, de

las crisis políticas están los hombres de quien depende el que éstas tengan o no sentido. Arriba están los dirigentes que no tienen ya confianza en sí y pierden su autoridad antes de perder el mando; abajo está el pensador, el periodista, el militante que enardecen a las masas, proponen reivindicaciones, fijan objetivos.

Luis Napoleón había alcanzado el poder jugándose todo, como su tío, sobre dos cartas: la revolución y la dictadura militar. Pero así como Bonaparte había logrado escamotear rápidamente la revolución en beneficio de su dictadura personal, limitándose a hacer vibrar, en ocasiones, la cuerda jacobina, su sobrino, demasiado débil para dar el golpe de mano decisivo, quedó comprometido con las dos actitudes, siendo incapaz de salir del enredo. Al principio tenía a su favor algo que hoy día llamaríamos mística —la leyenda napoleónica—, que, aunque perteneciente al pasado, permanecía viva en los espíritus. Pero una mística es un clima en función del cual puede uno actuar, pero no un programa electoral que pueda uno explotar. Utilizándola como una forma de nadar en el parlamentarismo y mantenerse a flote, Luis Napoleón la empujaba a costa suya.

El gran enemigo de Luis Bonaparte había sido el Parlamento. Lo había vencido jugando con la propia carta del parlamentarismo, recurriendo al escrutinio electoral, es decir, cometiendo el grave error de colocarse en su terreno y aceptar sus reglas de juego. Lo había vencido, pero no ejecutado, y la contradicción en que se mantenía iba a resultar flagrante. Obligado desde entonces a permanecer en su habitación, pronto se vio forzado de aceptar las buenas reglas de la casa: la derecha y la izquierda, obligado, pues, a comprometerse con unos y otros, recogiendo alternativamente las repulsas de la derecha y las repulsas de la izquierda, hasta dejar a ambas descontentas.

Esta turbia situación, esta posición de asno de Buridan que adoptaba el segundo imperio no sólo le molestaba al emperador, sino también a la oposición, que se hallaba a la sazón dividida en dos fracciones: la parlamentaria, que después de producir la jornada del 4 de septiembre se vería arrastrada en la estela del régimen, y la extra-parlamentaria, que conduciría el país a la Comuna.

¿Se daba cuenta el emperador de esta situación contradictoria e inestable? Sin duda, en cierta medida, a juzgar

por esta famosa frase suya recogida por Jacques Bainville: «¡Cómo quieren ustedes que los asuntos marchen bien! La emperatriz es legitimista, yo soy republicano y el único bonapartista es Persigny.» Pero el problema, reducido aquí al marco familiar, se planteaba, claro está, con mucha mayor amplitud y no solamente en el plano político: ¿sobre qué hombres, sobre qué valores morales podía apoyarse el segundo imperio?

Los hombres, la élite intelectual que encontró el príncipe presidente al tomar el poder no poseía, bajo ningún concepto, un espíritu bonapartista, y los que en un principio fueron seducidos por su persona, como Víctor Hugo o Emile de Girardin, se separaron de él a partir del 2 de diciembre. Sin ligazón con ninguna doctrina precisa, incapaz de crearse una, no saliéndose de ese sentimentalismo nebuloso y propicio a la demagogia que había asegurado el éxito de «la extinción del panteísmo», Napoleón III, que se había imaginado ser «el hombre-misión», después de haber tenido a su lado a varios notorios saint-simonianos, tan sólo encontró finalmente para rodearle a la élite más estable y al mismo tiempo más huidiza, más cómoda a conquistar, pero también más insegura: la élite de la Sorbonne y de la Escuela Nacional. Antes de la república de los profesores, he aquí el imperio de los profesores con los eruditos ocupando el poder.

Hay que reconocer que no habían esperado a Napoleón III para tomar posiciones. Situando la filosofía en la escuela normal, Víctor Cousin la había dado carácter oficial para mucho tiempo. Y esto no es sin interés para la política, pues uno de los fenómenos más importantes de la primera mitad del siglo XIX es que la complejidad creciente de la política implica unas relaciones cada vez más íntimas con la filosofía y la economía política. No se gobierna ya más que apoyándose en clases, en escuelas, en camarillas. La monarquía de julio tuvo ya su filosofía oficial, el eclecticismo de Víctor Cousin, laudatorio del justo medio y de la carta. Fuertemente anclada, pudo mantenerse y prolongarse cuando el régimen había ya desaparecido y darle al segundo imperio varias personalidades notables, como Revaissón o Renouvier, que mantuvieron indirectamente su influencia. En 1858, Proudhon la denunciaba todavía con esa severidad que le

era propia: «En este momento le ocurre a la filosofía lo mismo que a la conciencia política: que está desmoralizada; el eclecticismo en filosofía, el doctrinarismo en política, el dejar-hacer-dejar-pasar en economía, la unión libre en la familia: todo ello es la negación de la unidad, es la muerte»¹.

Efectivamente, esos refinamientos universitarios carentes de calor y de fe sólo podían agravar la ruptura ya inquietante entre el pensamiento y la acción, entre la élite y el pueblo.

La crisis moral iniciada ya en 1848, y que continuaba bajo el segundo imperio, era la crisis de la burguesía. La burguesía (que considero aquí más como estado de espíritu que como clase) alcanzaba su apogeo y casi ya su declive. Su flor y nata se retiraba, dimitía, prefiriendo los costosos estudios a las dificultades que supone prolongar una actitud hasta sus consecuencias políticas. En todas partes descubría su impotencia frente a la vida.

A su cabeza se destacaba Renán: la publicación de su *Vida de Jesús* en 1862 fue un acontecimiento cuya importancia está justamente subrayada por Gabriel Hanotaux en su historia. El «melifluo renegado», como le llamaba Proudhon, con su positivismo, su sentimentalismo, sus conciliadoras aproximaciones desbarataba valores sin sustituirlos por otros nuevos. «De repente, todo le faltó al hombre europeo, pues, ¿qué le aportaban a cambio el diletantismo del profesor destituido y del sacerdote desafecto?», se pregunta G. Hanotaux, añadiendo no sin razón: «El pensamiento del siglo, sin objetivo, ni en el cielo ni en la tierra, se encontró de pronto en un callejón sin salida en el que el escepticismo irónico le abandonó desgarrado y desorientado.»

Sin embargo, un poco del espíritu de Renán logró penetrar en los círculos más próximos del emperador, particularmente por mediación de Duruy, que ocupó el ministerio de Educación Pública, y muy pronto Sainte-Beuve celebraría dignamente, en pleno Senado, la «libertad de pensamiento».

Pero este «libre pensamiento» se había liberado tan sólo de la realidad y quedaba sometido a determinadas reglas y modas, de tal manera que en último análisis no pasaba de ser una especie de invitación a permanecer en sí mismo. Tal vez Renán no se daba cuenta de la razón

que tenía cuando hablaba de *morbo literario*; lo que trajeron los eruditos fue efectivamente una enfermedad, no una salud renovada.

Detrás de Renán tenemos a Taine, a quien debemos un magnífico grito de pánico ante el imperio autoritario. «Callémonos, obedezcamos, vivamos en la ciencia», le escribía en 1851 a Prévost-Parandol. Observemos de paso que este conformismo no estaba en contradicción con lo que nuestros compañeros marxistas llaman «su burdo materialismo», que, pretendiendo explicar la obra en función de la razón, del medio, del momento, le niega al hombre la iniciativa personal y original.

Lo mismo que Renán y Flaubert, Taine evita de caer en la desesperación merced a su imperturbable confianza en la ciencia salvadora del género humano. Amantes platónicos, pero interesados (ninguno era verdaderamente un hombre de ciencia), no pretenden llegar a una forma de acción superior, sino simplemente a una esfera en la que pueda uno refugiarse cuando todo vaya mal sobre la tierra.

Además, hasta 1870, ni unos ni otros toman categóricamente posición en cuestiones políticas, y será precisa la sacudida de la Comuna para que comprendan hasta qué punto son solidarios de la sociedad en que viven.

Sin embargo, hay que darle un puesto aparte a Flaubert, cuya generosa naturaleza puede difícilmente soportar ese cientismo esterilizante y ese alejamiento de la sociedad. «Este nihilista hambriento de absoluto», como lo llamó Paul Bourget, dotado de un sentido más agudo de las realidades que Taine y Renán, sufrió tal vez más de esta verdadera decadencia de Francia, no obstante su voluntad de servir únicamente a su arte. Su obra deja entrever una profunda repugnancia hacia la burguesía, repugnancia expresada con toda libertad en su carta abierta de octubre del 71. Releyendo la famosa apóstrofe final, se comprende que *El Novelista* se negara a insertarla: «Conservadores que nada conserváis..., la nobleza francesa se perdió por haber tenido durante dos siglos los sentimientos de la gente de escalera abajo, el ocaso de la burguesía comienza porque comparte los de la chusma. No veo que lea periódicos distintos, que se regale con una música diferente, que tenga distracciones más elevadas. En una como en otra es el mismo amor al dine-

ro, el mismo respeto por el hecho consumado, la misma necesidad de ídolos para poder destruirlos, el mismo odio hacia toda superioridad, el mismo espíritu de denigración, la misma total ignorancia... ¡Para hacerse respetar por quienes están debajo, respeten, pues, a quienes están encima!... ¿Vosotros, prácticos? ¡Por Dios, señores! ¡Si no sabéis sujetar ni la pluma ni el fusil! ¡Si ni siquiera os queda el instinto de la bestia que es defenderse; y cuando no es vuestra piel la que está en peligro, os falta la energía suficiente para ir a depositar un trozo de papel en un buzón! ¡Con todos vuestros capitales y vuestra sabiduría, no podéis constituir una asociación equivalente a la Internacional! Todo vuestro esfuerzo intelectual consiste en temblar ante el porvenir. ¡Imaginad otra cosa! Apresuraos o Francia se hundirá cada vez más entre una demagogia odiosa y una burguesía estúpida.»

Pero esta ruidosa expectoración traiciona el doloroso y reciente choque de la Comuna; es un reflejo tardío y, sobre todo, un gesto más de desolidarización.

Y así todos prefieren encerrar el mundo y la vida en sus despachos antes que mezclarse a ellos. O si no, entre los escritores pobres, los Gautier, los Naval, los Baudelaire es la vida imaginaria, la bohemia de los amoríos fáciles, rosa o negra, en la que lo ficticio acaba siempre por encubrir totalmente lo real³.

Ni siquiera Michelet, a pesar de sus muchas páginas fecundas y de su posición de demócrata opuesto al imperio, podía ya figurar como jefe espiritual. Este gran sentimental amaba, sin duda, al pueblo, pero como se ama una mujer soñadora, una Mme. Bovary, desde lejos y justo lo preciso para enardecer su imaginación. Sus efusiones amorosas se expresaban sobre el papel con la certeza de no ser decepcionadas y sin correr riesgo alguno.

«Ni siquiera llegaron a rozarme las malevolencias doctrinarias—escribe—. En cuanto a las asechanzas de los católicos, me dejaban no menos indiferente. Todo lo que iba yo acumulando (sin pensar en ello y sin quererlo), esos innumerables hechos ciertos, esas montañas de verdad que, en mi persistente trabajo aumentaban, crecían día tras día, todo ello se tornaba contra ellos. Ninguno de ellos hubiera podido adivinar la base profunda que hallaba en mi soledad, soledad gracias a la cual no ne-

cesitaba polemizar con nadie. Mi fuerza me aseguraba mi paz. Hubieran necesitado miles de años para comprender que lo que les parecía su debilidad, el tierno, pacífico, *sentido humano*, que crecía en mí, era precisamente mi fuerza y lo que me alejaba de ellos.»

*

Con la abstención de los espíritus sanos, reclusos en lo que ellos llamaban ciencia, solamente quedaron para sostener al imperio valores secundarios, casi diría mediocres. La corte se vuelve primero hacia un Merimée mundano y diletante, que se verá preso de pánico al aproximarse la catástrofe a la que contribuyó con su inercia, y luego hacia ese About, no menos mundano y «normaliano», por añadidura. Como muy bien lo ha señalado M. Marcel Thiébaut en el libro que le ha dedicado, Edmond About fue tal vez el hombre que mejor representó al segundo imperio. Por ello, conviene fijar un poco nuestra atención sobre él.

Efectivamente, lo representó con tanta perfección, que en 1858 se convirtió en el plumífero oficial del emperador, exponiendo sus puntos de vista sobre política exterior, preparando la opinión pública con sus libros y sus folletos: *La cuestión romana*, *Nuevo mapa de Europa*, *La Prusia de 1860*. Tiene de su siglo el escepticismo, la indiferencia y la complacencia hacia lo facticio. Novelista y psicólogo, tomado muy en serio por sus contemporáneos, opina que el autor no debe expresar las emociones que ha experimentado, pues sería como «hacer morcilla con su propia sangre». Trata de seducir al burgués introduciendo en sus novelas muchos «corazones nobles» y una pequeña dosis de moral conciliadora. Siguiendo la pauta de su época, se emociona ante los progresos técnicos y las teorías económicas, siendo éstos los temas que más abundan en sus libros. A este respecto, M. Thiébaut señala: «*La novela de un hombre* es la vida de un perfecto propietario de fábrica; *Madelon* y *El infame* están plagados de comentarios sobre la asociación agrícola; *Maestro Pierre* es un himno en honor a la desecación y repoblación forestal de los Landes, empresa cuya utilidad About supo percibir con gran agudeza, pero que no parece ajustarse muy felizmente con la trama enternecedora de la novela.»

Después de leer esta obra extraña. Barbey d'Aurevilly escribe con cierta ironía: «Es la teoría del drenaje puesta en acción. Se dice que el autor está preparando novelas sobre el aire comprimido, las turbinas submarinas y los acueductos colgantes, el aerostato y sus efectos, los silos para la conservación de los cereales, el itinerario de los Halles * y mercados y las fluctuaciones de la Bolsa»³.

(Como puede verse, la literatura soviética de glorificación del trabajo no ha inventado nada; posee, si puede decirse, sus antecedentes burgueses.)

Con esa facilidad que tienen los periodistas para invertir sus posiciones, About, salido del liberalismo, vuelve a él en 1868 y pasa a la oposición al fundarse el *Gaulois*. Tranquilizado con la proclamación del imperio liberal, se lanza a hacer la apología del emperador (dicen que con la esperanza de obtener un puesto de prefecto). Con los primeros estruendos de la guerra, mientras el prudente (?) Prévost-Paradol y algunos otros periodistas de segundo orden reclamaban la ofensiva, él permaneció tranquilo y moderado. Pero cuando los grandes tenores Girardin, Cassagnac se adhieren al coro guerrero, Edmond About no resiste más, siente que tiene «brillantes misiones» que cumplir, y en julio, con la candidatura Hohenzollern, viéndose rodeado por todas partes por los prusianos, escribe en *Le Soir* un artículo delirante: *Somos treinta y ocho millones de prisioneros*. Y luego, frases como esta: «La guerra es una triste necesidad, pero la paz es quizá peor.»

La ligereza con la cual hombres que forman la opinión pública, cuya misión es servir y esclarecer a la muchedumbre, se adhieren al partido de la guerra, sin preocuparse de las consecuencias de sus actos, ni saber siquiera si Francia está en condiciones de sostener una guerra (y se sabe lo poco preparada que estaba), resulta realmente inconcebible. Constituye ya, de por sí, una condena, tanto de los hombres como de la época. El periodismo tiene, como la publicidad, la genial facultad de hacer algo con nada o casi nada; una migaja de realidad rodeada de una atmósfera tormentosa y apoyada por algún recurso financiero, basta para desencadenar

* Mercado Central de París (N. del T.)

el frenesí entre el público y suscitar los vaticinios más patéticos. No confundamos esta falsa pasión con la verdadera. Estas exageraciones, lo mismo que las imprudencias y cabezonadas, son siempre obra de naturalezas más bien pobres, en busca de torpes compensaciones a la mediocridad y monotonía de sus existencias.

Añadiremos una observación. Este «normaliano», que, según Edmond de Goncourt, descendía de Voltaire por mediación de Gaudissart, trataba menos de servir a los demás que de servirse a sí mismo. Escritor oficial, jamás sintió un apego profundo por el imperio, ni por el emperador, ni por absolutamente nada que no fuese su propia carrera. Mariposeando, viviendo de agudezas no siempre muy refinadas, reflejaba perfectamente, tanto por su personalidad como por su obra, la época en que vivió; de ahí sin duda el grado de seducción que logró ejercer sobre ella. Estaba exactamente a su medida.

Esta generación, a pesar de su afán de goce, de su voracidad de lucro, huía ante la vida. Se precipitaba invariablemente hacia lo más fácil, hacia lo más vulgar; glorificando la vida liviana y encumbrando a la mujer galante, tal vez como representante de la mujer que se puede comprar y vender como una chuchería; identificando el juego y la especulación al trabajo y al compromiso individual. Se ensalzaba una moralilla facilona en melodramas que entusiasmaban a las familias Perrichon porque infaliblemente caía el telón sobre una feliz conjunción de la fortuna y de la virtud, lo cual siempre resulta alentador. Los doctores en moral, por cierto, no eran a veces más que policías enmascarados al estilo de los de Emilio Augier, empleados de los servicios de censura que en sus obras pretendían siempre dar lecciones sobre lo que debía ser el súbdito perfecto de Napoleón III.

Por supuesto que no hay en ello nada sorprendente, pues cuando las morales se desbaratan llega un momento en el que sólo permanece en pie la más elemental, es decir, la moral de la policía callejera.

Pero a todo esto le faltaba relieve, y el gran público, el de cultura media, el que en nuestros días no lee ya más que novelas, pero que a la sazón aún apreciaba a los poetas, no encontraba ya su pasto. (El divorcio entre la poesía y el público sabemos que se produce más o menos en esos años.) Era difícil seguir la escuela parnasiana en

sus refinamientos técnicos, y no gustaba su condena de la literatura personal, que es la que siempre ha interesado más a la gente sencilla. Y Leconte de Lisle, con su pesimismo contemplativo y su refugio en la antigüedad, no hacía sino simbolizar una decadencia del espíritu occidental. Pues es, efectivamente, el Occidente, que cede ante los perniciosos perfumes del Oriente, cuyos sabios y poetas son descubiertos por innumerables traducciones. Esta boga de lo oriental lleva a una renovación del espiritismo que conoce esplendorosas veladas no sólo en la alta sociedad parisina, sino incluso en la propia corte de las Tullerías. Rimbaud, que sufrió esta tentación, tal vez con más fuerza que ninguno, escribirá unos años más tarde: «Hice entonces un sueño de burda holgazanería.»

Es indudable que en la base de esta crisis sentimental, con sus cambios de rumbo y sus dispersiones que reflejan un pánico secreto, existe un problema de generación. El año 1850 es un 1815 literario, escribía Albert Thibaudet: muere Balzac, Lamartine ha quedado anulado y Víctor Hugo está en el exilio. Sin embargo, no hay que engañarse, a pesar de la brutal ruptura impuesta por los hechos, se asiste a una transformación, pero no a una radical desaparición del romanticismo. Entre el arte útil de los saint-simonianos y el arte por el arte de Gautier, que oponen tanto el uno como el otro visiones incompletas de la realidad, el primero, queriendo confundirla con la utilidad social, y el segundo, no viendo en ella más que un reflejo, un fantasma, las voces románticas de ultratumba o de ultramar, las que siguiendo las enseñanzas orientales celebraban el furor de vivir y de actuar, conservan su potencia y su poder seductor. En la orquesta un poco desabrida de la literatura del segundo imperio, las fuertes corpulencias y las voces generosas de Balzac y de Hugo aún causan su efecto. Balzac formaba policias⁴; Hugo, revoltosos.

Los furiosos trompetazos que este último lanzaba desde Jersey eran repetidos en sordina por los pífanos franceses; y todos, desde los burócratas, que en sus casas, después de cenar, sacaban misteriosamente la edición clandestina de *Los Châtiments*, deleitándose en familia con su lectura y saciando así, a poco coste, los rencores del día, hasta los líricos y peligrosos revoltosos, como

Louise Michel, todos se hacían eco de las vociferaciones del exilado.

Con *Los Châtiments*, con la *Comedia humana*, son «los muertos quienes gobiernan». Es el hombre del 48, el parlamentario destrozado, quien habla en Víctor Hugo. Dirige constantemente su invectiva hacia el pasado, contra el crimen del 2 de diciembre, y en cuanto puede entona su copla de mesianismo parlamentario, sin que se aplaque su cólera contra aquellos soldados que, según él:

*Entraron en ese templo augusto, en el que para el mundo
Se levantaba el alba.*

Como lo señaló Carlos Marx, Hugo enaltecía a Napoleón III, «haciéndole aparecer como un relámpago en el cielo sereno». Y la verdad es que si *Les Châtiments* contienen ciertas fulgurantes bellezas como panfletos, son difíciles de defender. Los hombres, el emperador y sus amigos son acribillados de los epítetos más desmedidos. Sardanápalo, Tiberio, dragón farruco, hidra encolezada, canalla sangriento, etc..., todo un repertorio que por su ultranza rebaja el ataque al nivel de una campaña electoral. Más que una ofensiva controlada y bien dirigida, es un arrebatado de ira; pero ¡qué importa!; por lo menos hallamos en él una vida y un calor indiscutibles; para juzgarle con ecuanimidad basta con situarlo donde corresponde, es decir, en el plano de la oposición parlamentaria.

*

Así, pues, al concluir este rápido esbozo del malestar de la burguesía, hay que reconocer que la única llama que aún se ve con vida es la de los muertos o ausentes. Jamás la frase de Augusto Comte, «los muertos nos gobiernan», ha podido aplicarse mejor que en esta época marcada por el retroceso del compromiso personal. Pues es indudable que los muertos tan sólo gobiernan cuando los vivos se niegan a hacerlo.

¿Cómo, pues, salvar el prestigio? La élite se había ella misma despojado de su corona. Se asiste a uno de esos momentos históricos en que una clase ante la visión de un cadalso que ella misma ha levantado no ve más salida que la emigración o el suicidio.

Ligados a todo cuanto oprime, los burgueses sienten poca afición a la tiranía; ni siquiera les gusta la dominación. Son tiranos sin quererlo, ni saberlo; son los eternos rebasados. Oscuros rodamientos de máquinas que no quieren conocer, su único deseo es vivir en medio de una confortable seguridad. Cuán típico es ver a un Dostoievski, en su viaje a París, sorprendido por la frecuencia con la que ve aplicarse la fórmula «después de nosotros, el diluvio», fórmula esencialmente burguesa, a pesar de su origen monárquico; fórmula de crisis, con la cual se expresa la negación a asumir hasta el fin la responsabilidad de sus actos. Se prefiere ceder en lo esencial y conservar lo secundario; las distracciones, el pequeño confort del hogar⁵. Pero, a fuerza de abstenerse de plantear los problemas con todos sus datos, a fuerza de apoyarse sobre lo más vulgar del hombre, a fuerza de darle sistemáticamente la espalda a la vida, llega un momento en que la vida se venga.

La vida se venga. La pequeña rutina diaria en la que se habían encerrado los individualistas, esos egoístas, se rompe de golpe; la realidad, que parecía tan bien amaestrada, tan bien castrada por los sabios, se sale de sus previsiones, de sus estadísticas, recordando a los eruditos, a los literatos, a los burgueses, que son solidarios de una sociedad. Y llega un día en el que aquellas cosas ante las cuales habían desviado la vista, se imponen a sus miradas: pero es demasiado tarde; empiezan los motines, es la revolución. Demasiado tarde no sólo para actuar, sino también para comprender; pues no hay experiencia menos beneficiosa que la catástrofe. No se ve más que ella: el bloque que forma tapa totalmente el horizonte. Se busca en ella menos un fin que un comienzo. Así no faltan escritores que hayan sabido, a veces con notable ingeniosidad, hallar el origen de nuestras dificultades presentes, bien en la revolución del 89, bien en la guerra de 1914. Sin embargo, pienso que nuestra obligación consiste en descubrir la responsabilidad de los hombres en estos acontecimientos, en bien o en mal, y no tratar de descargarles de la misma recurriendo a una supuesta funesta fatalidad. Respecto al segundo imperio, es un testigo directo, un burgués de aquella época, Maxime du Camp, quien escribe: «Me parece que el despotismo no es, no puede ser el hecho de la voluntad de un solo hom-

bre; es el producto del servilismo de todos. ¿No fue después de la muerte de Augusto cuando Tácito, refiriéndose a ciertos cónsules, senadores, caballeros, dijo: 'Et ruerunt ad servitium'?»⁶

*

Es evidente que las masas laboriosas no se daban cuenta del porqué de la descomposición de las clases dirigentes. Sin embargo, el hecho es patente: los grandes burgueses perdían su autoridad; cada día se les tenía menos consideración.

La cuestión obrera, en particular, planteada desde hacía tiempo, no había sido aún resuelta satisfactoriamente. Fue en 1841, y a la demanda de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, preocupada por esta cuestión, que el doctor Villermé publica su admirable *Cuadro del estado físico y moral de los obreros empleados en las manufacturas de algodón, de lana y de seda*, cuya fama se ha mantenido justificadamente durante mucho tiempo. Siguieron otras encuestas que también despertaron el interés del público en torno a la situación miserable de los obreros. Paralelamente, en vísperas de los acontecimientos del 48, las teorías de Saint-Simon, de Fourier y, sobre todo, de Luis Blanc, adquirían una inmensa popularidad. Por todas partes proliferaban los proyectos mejor intencionados sobre la asociación, el derecho al trabajo, la organización del trabajo, etc. Cuando la República del 48 fue proclamada, la gente pensó que todas esas bellas ideas iban a convertirse en realidad, y el mundo obrero, impulsado por una inmensa esperanza, pensó que su liberación había llegado. Pero muy pronto el fracaso de los talleres nacionales se encargó de disipar sus ilusiones y, durante un tiempo, el pueblo se sintió asqueado, empachado por los floridos discursos parlamentarios y los utópicos proyectos de los publicistas.

El crédito de Louis Blanc sufrió entonces una sensible baja. Proudhon declaraba sin rodeos que éste había «envenenado a los obreros con fórmulas absurdas», juzgándole con esta frase despectiva: «Se imaginó ser la abeja de la revolución, y tan sólo ha sido la cigarra.» Sin embargo, a pesar del fracaso de 1848, a pesar de los juicios de Proudhon, Louis Blanc evitó, no se sabe por qué milagro⁷, la desconsideración total. En los congresos obreros

posteriores a la Comuna, su presencia entre los versalleses en 1871 será aún motivo de asombro. Sin embargo, considerando solamente sus escritos y su actividad de agitación parlamentaria en los años próximos al 48, se ve claramente cuán poco se podía esperar de este hombrecillo, que en el plano de la acción no pasaba de ser un parlamentario oportunista y prudente, y en el del pensamiento era un historiador mediocre o, más exactamente, un recopilador avispado y un hábil vulgarizador. La obra que le hizo famoso, *La organización del trabajo*, no pasa de ser un artículo de revista, cuya claridad de estilo encubre un pensamiento un tanto impreciso. Con la pretensión de ser ante todo práctico, el libro vacila entre la reforma y la revolución, sin jamás pronunciarse claramente en favor de una u otra. Y, a pesar de todo, como está prejuizado que todo lo simple ha de ser concreto y práctico, la obra fue considerada durante mucho tiempo como un escrito salvador, como la «solución inmediata».

La prensa burguesa, deseosa de ver liquidado al socialismo, se imaginó que el 48 le había dado la puntilla. En 1852, Reybaud describía el «socialismo» en un *Diccionario de economía política* en los siguientes términos: «Hablar de él es casi pronunciar una oración fúnebre. El esfuerzo está exhausto, la veta agotada. Si el espíritu de vértigo se impusiese de nuevo, lo haría en otra forma y con otras ilusiones.» Tenía en parte razón. Si la reacción contra el golpe de Estado del 2 de diciembre no fue más enérgica, es porque la mayoría de los obreros, asqueados por los parlamentarios, se unieron al emperador, bien sea por desesperación, bien con la esperanza de que Luis Napoleón serviría al socialismo.

Ante la lentitud con la cual el emperador emprendía su obra social, los obreros, que no podían protestar violentamente, se replegaron comprendiendo que no debían contar con las demás clases para defenderse. Un obrero tallista, Tolain, fue uno de los primeros en marcar esta tendencia en una carta publicada por *L'Opinion Nationale* en 1862. Inmediatamente se hizo famoso y tuvo varias entrevistas con el príncipe Napoleón (entrevistas que le fueron más tarde severamente echadas en cara), quedando, según Jules Vallés y de Lefrançais, durante bastante tiempo como «jefe moral de la clase obrera».

Pues bien, he aquí cómo el propio Tolain juzgaba en 1863 el movimiento obrero francés: «Durante estos diez años de silencio, durante la calma profunda (apenas perturbada por la guerra de Italia) que sucedió a los tumultuosos movimientos de la plaza pública, se fue realizando un lento trabajo de asimilación en la parte más activa y más inteligente de la población obrera. Las ideas no se desarrollaban ruidosamente hacia el exterior, pero no por ello estaban muertas: los espíritus trituraban las teorías. Rechazando las exageraciones, las utopías impracticables, se quedaban con las reformas contrastándolas cuidadosamente con los hechos. Comprendiendo que no se puede cambiar en un día las condiciones económicas de una sociedad, que el principio de la asociación había tropezado con la ignorancia y la impaciencia de las masas, se cambió de rumbo, y, poco a poco, las clases obreras empezaron a proponer ciertas reformas concretas y precisas, la abrogación del artículo 1781⁸ de la ley sobre las coaliciones, la creación de cámaras sindicales, de sociedades de crédito mutuo y, ante todo, la enseñanza primaria gratuita y profesional. Trabajo sordo, ignorado por todos quienes no estuviesen ligados a la vida íntima del obrero, y que, sin embargo, logró echar profundas raíces»⁹.

Más que el reformismo, en cuya vía Tolain ve marchar el movimiento obrero, lo que conviene retener de este texto es el deseo de autonomía y, sobre todo, la seria búsqueda de una doctrina. Este afán es a la vez confirmado y rectificado por Jules Vallés en *El insurrecto*: «No pocos de quienes veo miserablemente vestidos, muchos de estos hambrientos, han leído a Proudhon y sopesado a Louis Blanc», pero, añade un poco después: «¡Cosa terrible! Al término de sus cálculos, en el último extremo de sus teorías, siempre está, en pie, una sentinela de motín:

»—Hace falta sangre, ya lo ven ustedes.

»—¿Y por qué?

»¿Y por qué estos hombres que viven con nada, que necesitan tan poco; por qué estos viejos santones de largas barbas y ojos dulces, que aman a los niños y a las grandes ideas; por qué creen en la necesidad del sacrificio, en la fatalidad de la hecatombe?»

No es fácil contestar a esta pregunta. ¿Será tal vez el

recuerdo irritante del 48 y de su excesiva confianza en el poder de las ideas? El hecho es que existe una fosa profunda cavada entre el pensamiento y la acción. Y sin duda esta creencia en la necesidad de sangre y violencia tiene su origen profundo en la tentación de la desesperanza, de la acción radical y despiadada.

Y esto existía porque la mayoría de los trabajadores sufrían demasiado para poseer la serenidad y el optimismo que Tolain veía en ellos. Todos los observadores imparciales han descrito a una clase obrera llena de unos sentimientos sombríos y pesimistas que van intensificándose a medida que el imperio envejece. El propio Reybaud, que se aprestaba a enterrar al socialismo, se extraña y declara no reconocer a los obreros de la seda de la región de Lyon, tal es la amargura de su carácter. En 1858, Audigane resume sus impresiones sobre el proletariado en los siguientes términos: «Reina el silencio, incluso la resignación, pero la paz interior no parece asentarse sobre un serio retorno a la confianza.»

Sin embargo, no es que Tolain mintiese, sino simplemente que generalizaba tal vez demasiado aprisa; el humor verdadero de los obreros no era ni tranquilidad reformista, ni desesperación, ni tampoco un término medio de moderación. Atraída sin duda con fuerza hacia los dos extremos, abarcaba los dos a la vez. Lo mismo que un destacamento de soldados que al llegar a un cruce de caminos vacilase y acabara dividiéndose en dos partes, cada una tomando un camino diferente, así la clase obrera, al llegar a este cruce de ideas y sentimientos, tendía a dividirse en dos grupos, quedando muchos individuos desperdigados al azar.

Pero lo que podía haberse mantenido como una pura oscilación entre la esperanza de una revolución por las ideas (con el riesgo constante de quedar reducido a un reformismo como el de Tolain) y la aceptación de una revolución desesperada, imponiéndose por la fuerza en forma de dictadura, se encarnó en dos hombres que fueron los animadores decisivos de la Comuna: Proudhon y Blanqui.

El pensamiento de Proudhon, ondeante y rico, encerrado en libros voluminosos y difíciles de digerir, ha sido mal comprendido, particularmente por sus contemporáneos. Sus fórmulas brutales de libelista, su posición al

margen de los partidos, contribuía a acentuar los equívocos en vez de disiparlos. Las ideas que lanzaba, recogidas y vulgarizadas, abriéndose camino por su cuenta o sirviendo a promover la gloria efímera de algún que otro recogemigas, bogaban casi al azar obteniendo éxitos, pero variables e inseguros. Así, Proudhon imprimía a su época un sello profundo sin que ésta se apercibiese de ello. Pero, al no estar encerrada ni protegida en uno de esos movimientos o «sectas» que le producían horror, la influencia de Proudhon se propagaba de forma casi invisible. Por lo tanto, para comprender y apreciar con justicia el papel y la influencia de Proudhon, más que en sus escritos hay que basarse en el propio hombre, que no cesó de ser el centro vivo y siempre presente de toda su acción.

Cualquiera que sea la categoría en la que quiera uno clasificarle, la etiqueta que se le quiera aplicar—incluyendo la de moralista, que a primera vista parece ser la que mejor le conviene—acaba siempre por escabullirse, por hacer saltar el traje que se le ha impuesto, causando la desesperación de las gentes de orden (me refiero a esos meticulosos clasificadores para quienes Proudhon continúa siendo un personaje incoherente y desconcertante).

Es el hombre y el militante quien hay que intentar poner en claro. El hombre de modesto origen campesino, fiel a su tierra, a su patria condal, sin nada en común con el «campesino pervertido por la cultura», el desclasado que ciertos historiadores han querido ver en él. Sea dicho de paso, jamás reproche ha tenido menos justificación. Para que un individuo pueda ser calificado de desclasado, tiene que haber un hiato entre su origen y la situación que ha adquirido, tiene que sentir vergüenza por su origen o por lo menos estar separado de su antigua clase, sin ser capaz de adaptarse a su nuevo ambiente. El desclasado es un hombre que ha alcanzado una posición elevada, pero no ha sabido adaptarse a ella, un «parvenu» fracasado. Proudhon, sin embargo (siguiendo la tendencia de todos los pensadores que escudriñan el campo social con audacia y probidad), se encuentra, más tarde lo veremos, a la vez desolidarizado materialmente de todas las clases y solidario, digamos espiritualmente, a falta de un término equívoco, de cada una de ellas.

El militante que luego debemos examinar es el hombre

de la Comuna de 1871. Aunque murió cinco años antes, Proudhon pertenece a la Comuna; mientras la revolución del 48 se le presentó como un accidente, como un acontecimiento prematuro, la Comuna, en cambio, puede decirse que él fue quien la preparó, presintiendo sus debilidades. Las únicas iniciativas originales de la Comuna: el mutualismo (apenas esbozado) y, sobre todo, el federalismo, aunque no pudo controlarlas, se inspiraron de sus teorías y tal vez más aún de la afectividad que las impregnaban.

*

El exterior de Proudhon ha sido descrito en múltiples ocasiones: su aspecto campesino, su figura cortada a hachazos, su barba dura y erizada, su acento rústico y su habla vehemente. Había en él una naturalidad y una bonachonería sin vulgaridad, junto con una dureza a veces francamente estoica, pero siempre desprovista de rigidez. Como dice Sainte-Beuve, tenía «la corteza dura y la raíz blanda». Jamás se prestó a aparentar lo que no era; siempre fue él y nada más que él. No tenía reparo en decir con la misma sencillez: «Estoy contento con mi libro», como «mi libro es un fracaso, resulta ilegible». En su abundante correspondencia, no adoptaba actitudes ventajosas de hombre de letras o de científico; se afirmaba como creador comunicando sin falso pudor las angustias y las exaltadoras alegrías de la creación o, como se ha observado frecuentemente, como atleta incomparable luchando solo, o casi, contra toda su época, y removiendo a plenas manos los elementos que ésta le suministra.

Domina casi constantemente, de ahí que siempre haya desconcertado al vulgo. Si no disimulaba sus defectos, si se juzgaba abiertamente, es porque se sentía suficientemente fuerte para superar sus debilidades y no experimentaba la necesidad de salvar la cara. Hacia él como hacia los demás, le gustaba manejar la ironía, o, mejor dicho, lo que él llamaba ironía, que no era un juego del espíritu, sutil y frío, sino la expresión de un sentido común, generalmente bromista que utilizaba como antídoto contra el intelectualismo que con excesiva facilidad tendía a alejarse de la realidad y para centrar constantemente su pensamiento en lo concreto¹⁰.

Apasionado por la acción política, Proudhon supo con-

servar en ella toda su lucidez, lo cual no es frecuente; y si a veces se equivocó en sus previsiones, como todos los teóricos revolucionarios, casi siempre guardó el sentido de lo importante y supo distinguirlo de lo anecdótico. Comprendió perfectamente el vacío, la mediocridad común que se disimulaba tras las etiquetas de los partidos. Incluso fue más lejos y demostró que la revolución no consistía, *en primer lugar*, en apoderarse del Gobierno. «Porque después de todo, escribía, las instituciones políticas tan diferentes, tan contradictorias no existen ni por ellas mismas ni para ellas mismas. Lo mismo que los cultos, no son esenciales a la sociedad; son fórmulas o combinaciones hipotéticas por mediación de las cuales la civilización se mantiene en un aparente orden o, mejor dicho, trata de alcanzar un cierto orden»¹¹. Un poco después añadía: «En dos palabras, en vez de ver en el Gobierno: con los absolutistas, el órgano y la expresión de la sociedad; con los doctrinarios, un instrumento de orden o más bien de policía; con los radicales, un medio de revolución; tratemos de ver en el Gobierno simplemente un fenómeno de la vida, la representación externa de nuestro derecho, la educación de alguna de nuestras facultades»¹². A este respecto, Proudhon no cambiará jamás de opinión, y la experiencia parlamentaria a la cual se halló mezclado en 1848 le confirmó en su opinión de que es una pérdida de tiempo buscar algo en el terreno político y parlamentario, y, sobre todo, ese algo que lleva el nombre de libertad. Escribía después de febrero: «No estábamos maduros para la libertad; la buscábamos donde no está, donde no puede jamás hallarse»¹³. Más tarde —en 1854— le veremos lleno de un desdén profundo, tanto por el partido jacobino como por el partido legitimista, indiferente respecto a la forma política, escéptico ante cualquier tipo de autoridad y mucho más atento al trabajo realizado por los diputados que a su etiqueta política.

Dominante, su juego político no agradaba al público. «Colocando la razón revolucionaria muy por encima de la razón de Estado», no rehuía pactar con quienquiera que fuese, ni incluso apoyarse (siempre y cuando permaneciese fiel a sí mismo, a su integridad) sobre un régimen oficial que desaprobaba. No tenía reparo alguno en declarar, después de haber estado a punto de ser detenido:

«He decidido tener de ahora en adelante a un hombre fuerte entre mis defensores.» Contrariamente a esos eruditos que siempre tienen el temor de comprometerse, que necesitan un medio ambiente esterilizado para conservar intacta su «pureza», Proudhon se declaraba «siempre accesible a los hombres, pero intransigente respecto a las ideas». Y no sólo declaraba ser así, sino que lo demostraba en la práctica, visitando al emperador, en Morny, al príncipe imperial, y colocando su primer intento de banco mutualista bajo el patrocinio del economista liberal Bastiat.

En sus libros, si se mostraba implacable con sus enemigos, no era con la intención de excluirles o de anonadarles —lo cual siempre es la reacción o la táctica del débil—, sino para forzarles a decir o reconocer lo que él quería. En su estudio sobre Proudhon, Sainte-Beuve ha resaltado muy bien esta cualidad excepcional: «Tenía Proudhon una lógica embarazosa y coercitiva, escribe. Hacía sudar tinta a sus adversarios, obligándoles a esforzarse por encontrar argumentos, a recorrer un camino endiablado para llegar a contestarle, es decir, que les obliga, mal que les pese, a acercarse a él, aunque la distancia entre ellos aún fuese grande. Oigo desde aquí su risa estrepitosa y sarcástica»¹⁴.

Esta altura que Proudhon había alcanzado, muy por encima de su época y de sus contemporáneos, le salvó de la peor enfermedad del siglo: el cientismo. No es que Proudhon no la haya sufrido —a lo largo de toda su vida se observa el propósito de convertir la economía en una verdadera ciencia, de descubrir leyes irrefutables—, pero le hervía demasiado la sangre, tenía la tierra demasiado cerca para que pudiese construir un sistema cerrado. Las contradicciones que sus enemigos le echan en cara casi deberían ser elogiadas. Además de que son más de forma que de fondo, y en su mayor parte de importancia secundaria, constituyen el mejor testimonio de su respeto por la realidad y la vida.

Ansioso de que su acción se asentara siempre sobre una perfecta comprensión de su época, Proudhon continuaba sin cesar lo que él llamaba su obra de «disección y de ventilación». Pero aunque no dejaba de retocar y modificar sus planes, conservaba siempre el sentido y el gusto de lo que quería alcanzar. No sólo aportaba ideas

nuevas, sino que las impregnaba de un sentido revolucionario especial que daba a su obra esa unidad que la caracteriza. Jamás, durante toda su vida, abandonó su actitud de hostilidad hacia el Estado y su voluntad de asegurar la justicia social, conservando el orden público y la personalidad del hombre como tal.

Este tono sentimental, que parece ejerció una enorme influencia, impide que su obra sea juzgada tan sólo en el plano de las ideas. Es imposible admitir con Faguet que fue «un espíritu ante todo crítico»; incluso reconociendo que en su obra domina lo destructivo, no hay que olvidar que practicaba la destrucción, no sólo con vistas a una edificación posterior¹⁵, sino en función de una afirmación de una posición sentimental, de una actitud perfectamente definida frente al mundo.

Este afán de dominación y de independencia podía haberse opuesto e incluso haber paralizado su deseo no menos violento de adherirse a la más bulliciosa y heterogénea realidad; pero no fue así; estas dos tendencias fundamentales fueron, por el contrario, las espuelas que le impulsaban constantemente hacia la realización del único acto capaz de superarlas y equilibrarlas por lo menos durante un tiempo. De ahí que la existencia de Proudhon, su pensamiento, su personalidad, resulten inteligibles y contradictorios si se consideran fuera de esta perspectiva de combate.

Ciertamente amaba la guerra (y ésta supo corresponder a su inclinación), pero no hay que dejarse engañar; esta guerra que él anhelaba y buscaba con verdadero ardor, para la cual movilizaba sus fuerzas y su saber —la revolución—, no le agradaba en sí misma; él no combatía como *condottiere* ni como rebelde, sino como un jefe que tiene unos hombres a su cargo, y que, consciente de sus responsabilidades, únicamente aspira a la victoria decisiva.

Este hombre apasionado que en sus libros se deja a veces llevar por su temperamento, conduce su acción con toda frialdad y con un absoluto dominio de sí. Atacar a un régimen es atacar a un enemigo oculto en la niebla. No hay que tomar los molinos de viento por gigantes, hay que reconocer primero al enemigo, hallar su centro nervioso y encontrar el terreno adecuado. A Proudhon le gustaba presentarse como el contable que distribuye

en las columnas respectivas el activo y el pasivo de una sociedad, el orden y el desorden, lo que debe ser destruido y lo que debe conservarse. «El verdadero conservador soy yo, decía, pues conservo la sociedad real.» Con esto quería decir que se esforzaba en salvar al hombre y sus fundamentos naturales de todo lo que tendía a envilecerlo y oprimirlo. En su brindis a la revolución en el 48, proclamaba también que «los hombres de la revolución son al mismo tiempo hombres de conservación y hombres de progreso».

Si muchas veces se mantuvo al margen de los movimientos y de los partidos supuestamente revolucionarios, es precisamente por preocuparse de que la victoria fuese tangible y real. Marchaba con ellos cuando consideraba que iban por buen camino, pero los abandonaba e incluso atacaba cuando se descarriaban; y hay que reconocer que pocas veces se equivocó en sus apreciaciones. Hay que ser universitario y marxista, como lo era Armand Cuvillier, es decir, estar doblemente obcecado por severas disciplinas y dogmatismos para poder reprocharle a Proudhon el haber desaconsejado la acción en la revolución de febrero, en la insurrección de junio o en la resistencia del 2 de diciembre. Proudhon comprendió entonces lo que muchos se niegan hoy a comprender: que la acción no se confunde con la trifulca, que una revolución no puede nacer de un motín, que debe ser preparada y, finalmente, que la resistencia del 2 de diciembre, teniendo en cuenta la actitud del conjunto del país, no podía sino resultar vana y desesperada. Proudhon comprendió que la palabra acción significa transformar, modificar un medio ambiente. No concebía una solución de continuidad entre su pensamiento y su acción. Para él, una manifestación era una simple efervescencia superficial que en nada afectaba a las profundidades. Para llevar adelante una acción duradera era preciso descender primero a esas profundidades.

En 1840, Proudhon se lanzaba al ruedo con su grito famoso de «la propiedad es un robo», que rebasaba indudablemente su pensamiento y que durante mucho tiempo tuvo que llevar a costas como una cruz; lo que quería en realidad expresar con este grito era su ferviente deseo de sacar al país de su letargo. Creía entonces poder

mantener la revolución en un terreno puramente económico.

A un amigo que le interrogaba a la sazón sobre su manera de concebir la acción partiendo de esta teoría de la propiedad, Proudhon contestaba distinguiendo dos periodos: uno de transición, otro de organización: «Anular progresivamente los Momios¹⁶ hasta su total extinción —he aquí la transición, decía; la organización se hará sobre la base del principio de la división del trabajo y de la fuerza colectiva, combinada con el mantenimiento de la personalidad humana y ciudadana.» Este programa del cual tan sólo esperaba ver realizada la primera parte, dejaba la acción aún al margen; pero aunque vago en la definición de sus medios, expresaba, sin embargo, una firme posición de ataque. Fiel a esta línea, Proudhon se sumergió en los años siguientes en estudios de economía y de filosofía, que poco después quedarían plasmados en su libro *Contradicciones económicas*.

Fue en torno a esta obra cuyo subtítulo era *Filosofía de la miseria* que nació la famosa polémica Marx-Proudhon, objeto de tantos juicios erróneos y sectarios.

Marx, entonces totalmente desconocido en Francia, publicó en 1847, en francés, con el título *La miseria de la Filosofía*, una contestación a Proudhon, que más que contestación era una crítica mordaz de su libro. A pesar de su violencia, a pesar de las tesis evidentemente nuevas que contenía, este trabajo de Marx pasó totalmente desapercibido. El propio Proudhon no se dignó contestar.

La oposición entre hombres de semejante talla es algo demasiado serio e importante para que pretendamos examinarla aquí en su totalidad; nos limitaremos a señalar algunos extremos que pensamos merecen ser escla- recidos.

Uno de los puntos más discutidos y sobre el cual los marxistas suelen explayarse con mayor agrado —el hegelianismo de Proudhon— se basa sobre un equívoco que conviene eliminar. Indudablemente no le faltaba razón a Marx al mostrar en su libro «cuán poco profundamente había penetrado Proudhon en el misterio de la dialéctica». Desconociendo el alemán, la iniciación de Proudhon con la filosofía hegeliana tuvo que ser de segunda mano y principalmente a través de las conversa-

ciones que sostuvo con refugiados alemanes como Grün y el propio Marx. Pero hay que admitir que la demostración de Marx pierde mucho de su interés cuando se sabe que en realidad jamás Proudhon pretendió ser un hegeliano decidido. Proudhon parece haberse detenido ante Hegel como Marx lo hizo ante Ricardo, Sismondi o Saint-Simon, pero jamás padeció la fiebre hegeliana tan extendida en la joven Alemania. En su afán por ordenar su pensamiento, por construir, hemos visto que no vacilaba en recoger sus materiales a derecha y a izquierda, y en medio del desorden y del confucionismo en el que se debatía en Francia el pensamiento llamado «social», la dialéctica hegeliana le pareció primero como un arma excelente, como un instrumento «maravillosamente cómodo», según sus propias palabras.

Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que esa hermosa mecánica se prestaba más a ser servida que a servir, y de que se corría el riesgo con ella de alejarse en vez de aproximarse a las realidades. A partir de 1844, Proudhon juzga a los filósofos alemanes con una severidad y una pertinencia que muestra hasta qué punto se mantenía independiente: «Si los filósofos alemanes, en vez de apresurarse a llegar a una conclusión teológica o trascendental, se hubiesen preocupado por estudiar seriamente los antinomios y darle soluciones correctas, tal vez hubiesen prestado un servicio más importante que con el prematuro andamiaje de sus sistemas.»

Observamos aquí el afán de eficacia y de actualidad tan habitual en Proudhon, y no cabe duda de que es en torno a estas dos nociones que se concentró el debate. Proudhon reprocha a los alemanes su sistematismo; Marx, por su parte, se burla de esa caza a lo científico, a las leyes eternas, de esas invocaciones al diablo, a la providencia, a las que Proudhon era tan aficionado. Pero así como el primero pone el dedo sobre una debilidad esencial (quienes prefieren los sistemas tal vez lo consideren una fuerza), el segundo, tomando los adornos recargados y los arrebatos poéticos como síntomas de debilidad lógica, concede a lo accesorio un puesto de primer plano que Proudhon no le tenía ciertamente reservado.

No es, pues, en Proudhon que hay que buscar al cien-

tífico y al idealista, como podría creerse, sino más bien en el propio Marx, que deseando «ver en las categorías económicas la expresión teórica de las condiciones de producción material de una determinada época», realizaba una reducción de los fenómenos psicológicos, de las ideas, de las costumbres a un solo principio común que, por muy materialista que fuera, resultaba abstracto a fuerza de querer distinguirse y afirmar su primacía.

Al enfurecerse contra Proudhon y contra todos aquellos que, según él, no intentaban justificar la base de su agitación por las circunstancias reales, sino que querían percibir el curso de estas últimas mediante recetas doctrinales, Marx queda, en realidad, al descubierto. Resulta sumamente fácil mostrar hasta qué punto, por el contrario, Proudhon tenía la preocupación de asentar sus posiciones sobre «circunstancias reales» y el genio de utilizar y aproximar las informaciones aparentemente más lejanas para diagnosticar las enfermedades de su época; pero en cambio, es difícil no observar que Marx, evidentemente menos preocupado por la eficacia inmediata de su acción, se limitaba a establecer justificaciones históricas o económicas con el pretexto de las «circunstancias reales». En una palabra, mientras en el primero el sentimiento revolucionario aparecía constantemente alerta y tensado por la voluntad de transformar al mundo, en el segundo el sentimiento revolucionario empezaba ya en esa época a perder su filo, a hacerse intermitente y manifestarse tan sólo en contradicción con el edificio lógico previamente elaborado¹⁷.

*

Si traducimos ahora este conflicto y las posiciones que se enfrentan a su más simple y profunda expresión vemos, por una parte, la actitud de Proudhon, que apoyándose sobre el valor explosivo del acto, afirma los elementos de ruptura, de discontinuidad que contiene la revolución y, por otra, la de Marx, que tratando de localizar las fuerzas de cambio en situaciones determinadas por la evolución histórica, las independiza del hombre. El primero hace resaltar la importancia del instante, al margen del tiempo; el otro afirma el ineludible poder del tiempo¹⁸.

*

Este choque suscitado por las contradicciones no era ciertamente un hecho fortuito; los dos hombres chocaban en el preciso momento en que la personalidad de ambos alcanzaba su propia originalidad. Para Marx significaba el abandono de todo individualismo y el primer paso en la edificación de un sistema que por primera vez, en la *Miseria de la Filosofía*, aparecía esbozado con cierta precisión. Y para Proudhon era, por el contrario, algo como la cumbre de su vida voluntariamente reclusa, de la cual iba a descender para luchar literalmente en la calle.

En 1846, cesaba efectivamente de contentarse con su posición marginal y sellaba un periodo importante de su vida confiándole a un amigo: «A partir de este día, vuelvo seriamente a la vida pública de la que me alejé en 1840 al iniciar la publicación de mis revistas *Domínguez* y *La Propiedad*.» Amplía su campo de batalla y funda en 1847 su diario *El representante del Pueblo*, y más tarde *El Pueblo*, *La Voz del Pueblo* y *El Pueblo de 1850*. Cada vez le acosa más la exigencia de un pensamiento eficaz. «En mi opinión, escribía entonces en una de sus cartas, en materia política, de moral política, de ciencia social, de todo lo que va ligado a la vida activa y a la actualidad de las sociedades, las teorías no son tan sólo ideas, abstracciones de la mente, sino también intereses, influencias, coaliciones, intrigas, personas.» En otro de sus escritos señalaba ya que «la idea nace de la acción y debe volver a ella».

Este tipo de retorno a la vida activa después del alejamiento necesario para comprenderla y analizarla, tropieza generalmente con muchos obstáculos: el público es un monstruo estúpido que, a pesar de las provocaciones, permanece inerte durante largos periodos y luego arremete de repente con la cabeza baja, cegado por la rabia contra aquél que trataba de excitarle. Así Proudhon, después de haber, según su propia expresión, «hundido a cinco periódicos» y participado en las deliberaciones de la Asamblea nacional, se encontró más alejado de la masa que anteriormente. Lo que sus enemigos le habían opuesto no eran argumentos, sino su propia caricatura; se le ahogó en la más absurda de las leyendas, aislando sus fórmulas más provocativas para convertirle en el «hombre terror». Con una ironía un

poco amarga, le escribía entonces a un amigo: *Terra et aqua interdictus sum*.

Su sólida esperanza le abandonaba cuando descubría la poca comprensión que tenían las masas: «Cuanto más un hombre demuestra tener buen juicio, perspicacia, sentido lógico y facultad de entendimiento, menor es su ascendencia sobre las masas a quienes la reflexión repugna y tan sólo se guían por su instinto.» Y de hecho lo mismo tropezó con la burguesía, esa masa tumultuosa y ruidosa, como con la plebe «que solamente sabe apreciar la unidad», o más bien ese unitarismo que él aborrecía. Reconozcamos que su antidogmatismo y su carencia de sistema no le facilitaban el acceso a las masas. Es cierto que la masa se precipita hacia la unidad porque es para ella sinónimo de sencillez. Lo mismo que los pensadores saben apelar a la Providencia, cuando se encuentran en un callejón sin salida, para que ésta les ayude en su explicación del mundo, la masa, cuando la cosas marchan mal, ruega a Dios que le envíe un Estado providencial, un Estado fuerte y espera la llegada del jefe imaginario capaz de curar todos los males. Se dan así momentos críticos en la Historia, entre los cuales figura el final del segundo imperio, en los que la atracción del abismo es más fuerte que la de la vida. Débiles eran entonces sus posibilidades de éxito, pues Proudhon marcha a contra-corriente; mantiene el sentido de la realidad, es decir, del presente, enfrentándose primero a la ciega confianza en el futuro de los especuladores y banqueros, luego a los filósofos que rehúyen la realidad presente con el pretexto de sus estudios del «devenir» a estilo alemán; finalmente, a los pequeños burgueses y obreros que las crisis y la miseria arrastran al abandono y al suicidio. Cuando decide reincorporarse a la vida activa y cuando en sus libros combate, la ilusión de síntesis, sobre todo hegeliana, deja perfectamente claro que se trata de un único y mismo movimiento. Afirma así, colocándose en dos planos distintos, que contrariamente a lo que creía Hegel, todo lo real no es necesariamente racional.

«Los términos antinómicos, escribía, no se resuelven lo mismo que no se destruyen los polos opuestos de una pila eléctrica... No sólo son irreductibles, sino que son la causa generadora del movimiento, de la vida, del

progreso; el problema consiste en encontrar no su fusión que sería su muerte, sino su equilibrio, un equilibrio constantemente inestable y variable según el propio desarrollo de las sociedades.»

En política, prolongaba esta posición combatiendo el estatismo jacobino y atacando, pese a su republicanismo (sembrando el desconcierto entre amigos y enemigos) a la unidad italiana en nombre del federalismo. Así se comportaba hacia las clases como hacia los partidos, unas veces aprobando, otras censurando su acción, luchando no por la clase obrera ni por la clase media, sino realmente por el hombre.

De 1850 a 1860, encarcelado en Sainte-Pelagie, exilado, vemos a Proudhon constantemente preocupado por el estado sentimental y nervioso de los franceses. Ante el gran espectáculo danzante y militar del segundo imperio, los franceses le aparecen atónicos y pasivos, ensimismados o arrastrados por el torbellino carnavalesco. Al término de la farándula, Proudhon vislumbra la desesperanza. «Estamos en el aturdimiento, en la impotencia; pronto llegaremos a la desesperación.» ¡Cuánto acierto profetiza con diez años de anticipación las dificultades de la Comuna! «Veo el momento en que los nuevos destructores se hallarán ante una situación mil veces peor que la de 1848.» Al regresar a Francia en 1861, le revela a un amigo su ansiedad en términos aún más tajantes: «¿Está el nombre de la República totalmente borrado de los corazones? ¿Existe en las mentes una idea común, un pensamiento rector, una fe, una aspiración? Cuanto más se acerca el momento en que deberé volver a sumergirme en este mar muerto, en este lago de decaimiento en el que ya no parece saberse el significado de las palabras *libertad* y *derecho*, mayor es la angustia que se apodera de mi corazón.»

Convencido desde 1848 de la estupidez de las masas, persuadido de la inercia de los franceses, Proudhon se volvió hacia las altas esferas intentando poner en movimiento al emperador y luego a su sobrino, el príncipe Bonaparte, pero ni el uno ni el otro le escucharon seriamente.

Decididamente no se quería «dar su merecido a la Revolución»; todos estos intentos de abrir la brecha habían fracasado; hacia 1860, el obstáculo parecía in-

superable y Proudhon más solitario que nunca. Pero en ese instante, como con frecuencia ocurre en tales circunstancias, la situación se trastorna, la gente se aproxima de nuevo a él y parece comprenderle mejor. En medio de los sufrimientos y de la enfermedad, los últimos años de su vida le traen el consuelo, dando nuevo vigor a su fe y a su esperanza en la Revolución. Su acción, que parecía perdida, inútil, iba por fin a cuajar. Ante su vista surgía de nuevo a la luz del día el movimiento obrero con dirigentes formados por su sensibilidad y su inteligencia; lo mejor de su espíritu quedaba recogido en la Internacional que entonces se fundó; su intervención era solicitada en la delicada cuestión de las candidaturas obreras; a este tema dedicó su último libro *La capacidad de las clases obreras en Francia*.

Un año antes de morir, anotaba aún en su correspondencia y con una alegría secreta: «Existe en París una élite de hombres, de obreros, de estudiantes, etc., que son para mí un gran consuelo. Estos hombres no piden otra cosa sino marchar adelante; su fervor les hace adivinar toda la verdad y cada vez que viene uno, aparentemente, a pedirme consejo, compruebo que está más adelantado que yo. ¡Existen indignaciones formidables en el aire!» El mismo año precisaba uno de los puntos más fecundos de su doctrina: el principio federativo, y a este respecto le comentaba a Darimon: «Ahora tenemos una política.»

Esa política, Proudhon no tuvo tiempo de poderla aplicar él mismo: murió en 1865, dejando *La capacidad de las clases obreras*, cuyo último capítulo fue redactado por Chaudey a base de las notas y de las instrucciones verbales que le dejó el autor.

En el mismo momento en que se iniciaba una acción decisiva, cuando el pueblo parecía desperezarse tímidamente como al salir de una pesadilla, desaparecía Proudhon, dejando un libro en el cual estaba sin duda plasmado lo esencial de su posición y lo más positivo de su doctrina, pero que, siendo un libro, era necesariamente abstracto y difícilmente podía sustituir la presencia efectiva y actuante de una persona. Como lo diría más tarde Nietzsche: «Afiné el oído para percibir un eco y tan sólo recogí alabanzas», Proudhon podría

haber dicho durante mucho tiempo que tan sólo escuchó insultos, que todo su destino había consistido en luchar contra la apatía, en despertar a los dormidos y que en el momento que por fin fue oída su llamada a las armas y agrupadas las fuerzas en orden de combate; se veía obligado a abandonar la partida y dejar a sus discípulos que actuaran solos, lo cual tenía que resultarle penoso.

Pero, ¿quiénes eran esos discípulos? Proudhon tuvo que darse cuenta de que ninguno de sus amigos tenía la suficiente talla para poder continuar útilmente su obra: los Darimon, los Chaudey, son tipos simpáticos, pero sin relieve; en cuanto a Langlois, su ejecutor testamentario, era un fantoche extravagante que desempeñó al principio de la Comuna un papel un tanto burlesco y poco digno del maestro. Sus verdaderos discípulos, los que tomaron el relevo, apenas los llegó a conocer; eran obreros, publicistas anónimos que aún no habían elevado la voz ni bosquejado un gesto. Lo que tomaron de Proudhon no fue una técnica revolucionaria —de la que siempre carecieron—, sino una forma de sentir y de ver, una antipatía furiosa hacia el Estado y los parlamentos, un cierto desprecio hacia la política (tal vez propio del carácter francés) y, sobre todo, la voluntad y la esperanza de poder llevar adelante, sin efusión de sangre, la revolución instauradora de la libertad. Combatientes de primera fila no perecerán, como tantas veces se ha dicho, con la mente oscurecida por utopías y quimeras, sino que caerán por la insuficiencia de sus armas. ¡Les faltaba, efectivamente, muchas piezas a las «potentes máquinas de guerra» que Proudhon se jactaba de estar poniendo a punto en 1852 en Sainte-Pelagie!

Como todos los que contribuyen a hacer la historia, Proudhon y los proudhonianos tienen su grandeza y sus debilidades. A cada uno hay que darle su merecido y la parte de responsabilidad que le corresponda de los trágicos acontecimientos que iban a producirse en los años siguientes.

Frente a Proudhon se yergue Augusto Blanqui, el viejo e infatigable militante que durante los últimos cuarenta años ha pasado su vida en las cárceles, en los clubs y en las manifestaciones callejeras. Está entonces tal y como nos lo presentan los retratos de Carrière y de algunos de sus contemporáneos: pequeño y enjuto, vestido de negro, las manos siempre enguantadas a causa de una enfermedad de la piel contraída en los calabozos, la cabeza alta, el rostro no carente de nobleza, erizado de una barba blanca de la que resalta un labio inferior más bien grueso, replegado por la amargura y que se tensa para la invectiva, dominado por una nariz grande de marcado perfil aquilino; todo ello animado por su mirada recta, a la vez triste y apasionada, indómita y desesperada. Toda su naturaleza parece estar en tensión. Recuerda esos pájaros de presa cansados e irritados por una estancia excesivamente larga en las jaulas de un jardín zoológico.

Ser extraño cuya ideología tiene de sencilla, incluso de elemental, todo lo que tiene el individuo de turbio y de difícil de comprender.

Aunque sus amigos hayan querido ver en él a un pensador, en realidad era ante todo un militante político, accesoriamente periodista y orador. Podría haber dicho, adoptando en 1870 la fórmula de un parlamentario de entonces: «Mi programa es mi pasado.» Hijo de constitucional, se adhirió siendo muy joven a la *Carbonería*, y después de que una bala le rozara el cuello cuando solamente tenía veinte años, no cesó de mezclarse si no a la más importante, por lo menos a la más movida actualidad política. En 1831, siendo estudiante de derecho, intentó en vano levantar a la juventud escolar; lo único que consiguió fue que le encarcelaran. Poco después de salir de la prisión, ingresó en la «Sociedad de los Amigos del Pueblo» (demócratas avanzados francamente jacobinos), que no tardó en ser condenada, viéndose Blanqui obligado a comparecer con sus compañeros ante el Tribunal. Desde lo alto de esta tribuna, como era costumbre en aquella época, los quince acusados, en vez de defenderse, lanzaron un violento requisitorio contra el régimen social. Blanqui, por su parte, se presentaba como un «proletario privado de todos los derechos de la ciudad» y reclamaba la revisión de los

impuestos, el sufragio universal, la nacionalización de los Bancos; es decir, una serie de reformas afectando el reparto de los bienes, inspirados por un evidente igualitarismo. Absuelto por el jurado, Blanqui fue condenado por los jueces.

En 1834 estallaban los motines parisinos y lyoneses que debían culminar en las sangrientas jornadas de abril y desembocar para Blanqui en un nuevo proceso monstruo durante el cual doscientos acusados comparecieron ante los tribunales en medio del más absoluto desorden. La existencia de Blanqui adquiere entonces su ritmo propio. Su destino es llevar esta vida de «encerrado» descrita por Gustave Geffroy, en la que no sale de la cárcel más que para volver inmediatamente a ella. En 1836 es condenado por la conspiración de «las pólvoras» y luego amnistiado; en 1837, funda la sociedad secreta de las *Estaciones*; en 1839, después de un motín organizado por él, es condenado a muerte. Conmutada la pena, es enviado poco después al Mont-Saint-Michel. En 1842, fracasa en un intento de evasión y poco después, enfermo, casi moribundo, le trasladan a Tours, dándole por acabado. En 1846, apenas convaleciente, recibe visitas, recluta adherentes; en 1848, la Revolución le trae de nuevo a París, donde no tarda en fundar un club. Sin embargo, mal visto por el Gobierno, se desencadena una campaña acusándole de complicidad con la policía. En 1849 es condenado a diez años de reclusión; en 1859, liberado y autorizado a volver a Francia por la ley de los proscritos, se reintegra en la vida de su país, donde muchas condenas le esperaban aún.

Tal es el ritmo pavoroso de esta vida, ritmo que se prolongará y se mantendrá con la regularidad de un movimiento de relojería, sin que jamás pueda uno, sin embargo, atribuirlo a la fatalidad. Pues si esta existencia suscita en primera instancia el respeto y la compasión, nos aparece luego, estudiándola de más cerca, sometida no tanto al juego de la mala suerte como al de una obstinación rayana a la testarudez. Si la vida le fue cruel manteniéndole encarcelado mientras agonizaba lentamente la mujer que adoraba, también en muchas ocasiones le fue sumamente favorable: en dos o tres casos, acontecimientos realmente excepcionales le

salvaron de la muerte. En realidad no fue un ser desafortunado, sino un hombre que ha pagado cara una máquina que él mismo construyó con sus manos, que ha pagado caro su fidelidad a un método discutible y cuya ineficacia aparecía cada vez que intentaba aplicarlo. Pues hay que decirlo: fue él con sus motines callejeros inútiles quien provoca al régimen de la forma más insensata; fue él con sus modales de conspirador quien ofrecía un blanco magnífico a todos los Gobiernos. Es el tipo de hombre que todos los Estados aborrecen, a quien se encierra en el calabozo sin duda por considerarle peligroso, pero tal vez más aún porque da a los Gobiernos la ocasión de manifestar brillantemente su autoridad y su fuerza.

Como era natural, estando siempre dispuesto a combatir en la calle, Blanqui apreciaba ante todo la calidad del realista. Siendo aún estudiante, bajó un día de una barricada y, con el fusil en la mano, el traje hecho jirones y aun oliendo a pólvora, irrumpió en el salón de un amigo gritando: «¡Buena les hemos dado a los románticos!» Y sin embargo, no obstante esa voluntad, ¿qué puede haber más romántico que su persona y la aureola de sufrimiento que le rodea y le da prestigio? Al regresar en 1859, constituía ya un anacronismo tan vivo y flagrante que su joven discípulo Charles de Costa debía reconocer que «continuaba siendo el conspirador de 1830, sin haber sufrido la influencia de los acontecimientos económicos y sociales que habían puesto fuera de moda ese tipo de combate ¹⁹».

Sin que pueda uno arriesgarse a distinguir la causa y el efecto, es evidente que esos años de cárcel, si bien preservaron e inmovilizaron su pensamiento y su forma de sentir, le dieron además una tremenda rigidez. Siempre fiel al jacobismo, ferviente admirador de la Comuna del 93, lleno de la filosofía «de las luces», luchando por ese comunismo integral por el cual murió Babeuf, va perdiendo a medida que se acumulan las experiencias, su confianza en el pueblo y retrocede, cada vez más, ante la implantación del colectivismo. La masa es demasiado mezquina, está demasiado sometida a los prejuicios para autorizar una revolución total. Primero hay que hacer un trabajo de educación, pero éste sólo podrá emprenderse seriamente una vez esté tomado el

Poder. Blanqui, que pasó casi toda su vida al margen del mundo, siente con fuerza la necesidad de colocar de nuevo al pueblo en un ambiente sano. «Un orden social establecido como consecuencia de la revolución social, escribe Gastón da Costa en *La Comuna vivida*, no podrá nunca tener más base racional que la familia y la Comuna, sometidas a la única moral utilitaria del interés común.» Todo debe, pues, ser puesto en obra para que prospere el golpe de fuerza y se instaure una dictadura que, nótenlo bien, ha de ser provisional. (No es otra cosa sino la dictadura marxista de transición.) ¿Cómo será el nuevo régimen? Es difícil preverlo y Blanqui se niega a precisarlo; únicamente indica que al principio habrá que contentarse con acoger al capital para que no pueda seguir perjudicando, sin proceder, no obstante, a expropiaciones violentas.

Este concepto de la revolución, que indudablemente tiene una apariencia optimista por la fe que implica en la toma del Poder mediante un golpe de fuerza imprevisto, y por su confianza en la virtud de una dictadura²⁰, conserva, sin embargo, un carácter profundamente pesimista respecto a la actualidad, negando la posibilidad de una revolución integral *hic et nunc* y considerándola como el fruto de un proceso del cual lo más que puede uno hacer es acelerar la maduración.

Contrariamente a Proudhon, el pensamiento para Blanqui está netamente separado de la acción. En *La crítica social* afirma que el comunismo será «una resultante general y no un huevo puesto e incubado en un rincón de la especie humana por un pájaro de dos patas, sin plumas ni alas».

Es preciso, pues, esperar «la universalidad de las luces», y Blanqui no se cansa de gritar a quienes quieren *hacer* la revolución: «Reducid los obstáculos, dadle una inclinación, pero no pretendan crear el río.» Incluso a veces le da por defender de forma muy reveladora ese comunismo ideal contra quienes le acusan de sacrificar la libertad y el individuo. Si esto se produce, responde fríamente Blanqui, será porque el colectivismo haya llegado antes de tiempo, «pero ha de ser hijo de la ciencia: ¿Quién se atreverá a acusar al hijo de tener semejante madre?» Así, incluso en este sublevado que tanta esperanza pone en la fuerza, la acción viene a

situarse al servicio y bajo la protección de la ciencia; no obstante, su desprecio por las doctrinas sociales apostata (y no poco) sobre una de las más azarosas, alimentándola en ocasiones de su mesianismo.

El «golpe de mano» creador de un orden nuevo, la revolución científica: dos fantasmas que la juventud no ha dejado nunca de perseguir. Aun hoy, son muchos los estudiantes del Barrio Latino que creen entrar en la acción deslizándose en las filas de un monomio, y muchos también los aprendices a revolucionarios que se adhieren con entusiasmo al marxismo porque «en él está la ciencia». No hay por qué extrañarse de que este hombre, con estos dos triunfos en el juego, al regresar a Francia al cabo de nueve años de exilio, años en los que la vida económica y la propia forma de París han sufrido considerables trastornos, lograra poner en pie casi inmediatamente un núcleo homogéneo de hombres jóvenes y vigorosos. Mientras la oposición seguía atemorizada o sin posibilidades de acción inmediata, Blanqui regresaba con su experiencia de estrategia callejero, decidido a organizar la insurrección, resuelto a emprender una acción brutal abiertamente dirigida contra el Poder. A lo cual se añadía, no hay que olvidarlo, el prestigio físico del hombre, que era considerable. Poco simpático, «no atraía pero dominaba»; daba una impresión de dominio sobre sí mismo que, por su perfección, resultaba impresionante. «Hielo bajo el fuego», decía A. Delveau. Y cuando intervenía en las reuniones, su voz «estridente, aguda, silbante, metálica y velada» producía «como el tam-tam» una estado de verdadera obsesión.

Finalmente, representaba la viva encarnación de una tradición: la tradición jacobina y, muy especialmente, de Baboeuf, y esto le acreditaba entre la élite obrera, y tal vez más aún entre la élite estudiantil. Efectivamente, como lo señala M. Laronze en su importante trabajo sobre la Comuna: «En ningún momento este trágico periodo (la Comuna de 1793) ha sido objeto de tantos estudios como en los años que precedieron al otro estallido revolucionario de París, el de 1871. Michelet acababa, al principio del segundo imperio, sus investigaciones sobre la historia de la revolución, y escribía: 'Nada ni nadie logró jamás sustituir a la antigua Co-

muna, a Pache, a Hébert, a Chaumette.' También se publicaron en esos años los trabajos dedicados a Robespierre por Hamel, a Danton por Bougeart y por Robinet, a Anacharsis Cloots por Georges Avenel. Y en tanto se edificaba la obra de rehabilitación destinada a la opinión pública, nacía todo un movimiento ideológico que en esta exhumación buscaba no sólo un ejemplo, sino incluso directrices con vistas a un próximo golpe de fuerza. Para el partido blanquista ésta era la fuente de su inspiración; así vemos a Tridon, el hombre de confianza de Blanqui, publicando en 1864 su obra sobre los hebertistas, y a Raúl Rigault aprendiendo parrafadas enteras del padre Duchêne en el ejemplar de la Biblioteca Nacional, y repitiendo las arengas de Chaumette y de su sustituto ²¹». Se sabe ya que a esta influencia de la historia se sumaba tal vez de forma menos consciente, pero no con menos fuerza, la moral de un Balzac o de un Baudelaire, y que así los elementos más diversos de la cultura se conjugaban para prepararle a Blanqui un terreno de lo más favorable entre los intelectuales. Por otra parte, así como la Sociedad de las Estaciones fue constituida principalmente por obreros, el grupo blanquista de la Comuna y su estado mayor lo forman sobre todo estudiantes ²², lo cual no le impedirá, por cierto, tener una fuerte influencia en los medios obreros, particularmente hacia el final del imperio. Pero ante todo hay que subrayar que el blanquismo, a pesar de la edad de su jefe, se afirmará como un movimiento juvenil. Y esto se comprende fácilmente. La juventud hubiese dejado de ser joven si hubiese permanecido insensible a esta invitación a participar en una corriente histórica tan rica en aventuras capaces de fustigar la sangre y la imaginación, si no se hubiera sentido atraída por estas promesas de alborotos callejeros, por esta ausencia de dogmatismo, y si no hubiese satisfecho su latente ambición con este estrecho aristocratismo que pretendía someter al país para inculcarle «la moral utilitaria del interés común». «Siendo una ínfima minoría republicana, escribirá Gastón da Costa, nos sublevamos entonces contra la fuerza imperialista afirmada por una potente mayoría electoral. ¡Ah!, en esa época no era cosa de sacar a relucir la *ley imbécil del número*.» ²³ Y

afirmaba categóricamente: «La fuerza al servicio de las minorías es el choque brutal necesario para marchar adelante, es la revolución; al servicio de las mayorías, es la reacción.»²⁴ Indudablemente esta fórmula, ingenua y orgullosa, corresponde fielmente al estado de espíritu de esta juventud.

El movimiento provocado en el seno de la juventud por el regreso de Blanqui rebasa, por supuesto, el marco del blanquismo. No se asistió entonces al mero «despertar de la juventud escolar», como se ha dicho, sino al despertar de la juventud en general. Y a Blanqui le corresponde, sin duda, el mérito de haber unido a los jóvenes burgueses y obreros. Protestó con vehemencia, y tal vez tuviese razón, contra la exclusión que Tolain quería imponer en la Internacional contra los trabajadores no manuales. Se negaba a separar al proletariado del bloque nacional, pues se trataba para él de reclutar y formar un grupo compacto, enérgico, recogiendo los elementos revolucionarios de todas las clases sociales.

Esta adhesión de la juventud a las posiciones extremistas, este verdadero deseo de acción, tenía causas morales y sentimentales, pero también materiales. Sin duda el porvenir que ofrecía la burguesía era poco atractivo. «Los jóvenes de la burguesía, al terminar sus estudios, escribe Da Costa y él era uno de ellos, no ven horizonte alguno a la generosidad liberadora de sus veinte años y no tienen más opción que adoptar la mentalidad del tendero o dejarse ir a la vida estúpida de jaranas y juergas que marchita los corazones y embrutece las mentes.»²⁵ Estos jóvenes no perdonaban a sus mayores el haberse dejado engañar por su mistificismo, y en reacción contra el evangelismo del 48, pasaban a un ateísmo feroz que, particularmente en ellos, tomaba la forma de otra religión, la religión de la revolución, de la cual Blanqui era el sacerdote mayor. Inscrito en la marcha del tiempo, prevista por los magos, el advenimiento de la revolución les parecía exigir sacrificios generadores, para los cuales Dios y Napoleón III, «enemigos personales» de los blanquistas, eran las víctimas ya designadas.

Pero no es solamente la generación que tenía veinte años en 1870 la que se subleva, también lo hace la de

1850, que durante todo el segundo imperio se ha esforzado en vivir y expresarse, aquélla en favor de la cual aboga Maxime du Camp, cuando afirma: «Cuando se escriba más tarde la historia de la literatura bajo el segundo imperio, surgirá la pregunta de ¿por qué fue indecisa, un poco senil, hecha de reminiscencias de Hugo y de Balzac, en una palabra, sin originalidad?, la respuesta está en el decreto del 17 de febrero, que golpeó a las letras y las desconcertó.»²⁶ Con ese decreto del 17 de febrero y, en general, ante la vigilancia del Estado, que ahogaba todo pensamiento escrito, los intelectuales tuvieron que optar entre dejarse ir al más deprimente conformismo político o poner sus plumas al servicio de la industria. Una vez más fue Du Camp quien señaló: «Hay hombres de letras que han abandonado la novela, la crítica, para prestar el concurso de su talento a esas fábricas de artículos destinados a recomendar operaciones y embaucar a la gente sencilla. El les paga con buenas monedas sonantes o con acciones liberadas que podrán negociar en la Bolsa. Esta prensa intrigante y corrompida nació bajo el segundo imperio; hoy ha tomado proporciones tales, que son ya incontables los periódicos que la representan.»²⁷

¡Cómo no comprender la repugnancia que debía sentir la juventud intelectual ante semejantes perspectivas y el natural agrupamiento que se formó en torno a una común repulsa de eso que a todos asqueaba! Ranc consagró este agrupamiento de *El Despertar* (Le Reveil), del 2 de julio de 1868, con un artículo titulado *Los hombres nuevos*: «Desde el 2 de diciembre se ha formado un nuevo partido —anunciaba—, constituido por quienes en su juventud presenciaron desolados la derrota de la Revolución, y por quienes llegados un poco tarde se estremecieron de rabia ante su impotencia y, desde entonces, preparan sin tregua ni descanso el nuevo despertar de los espíritus.» Unos meses más tarde, Vallés volvía sobre el mismo tema: «Después del mazazo del 2 de diciembre, unos se han vuelto locos, otros han muerto, otros aún ven, oyen; pero la miseria los ha envejecido, arrugado, vaciado. ¡Cuántas tumbas..., cuántos hambrientos..., cuántos agonizantes! Sin embargo, hay que decirlo, quienes en 1845 se asomaban a sus

veinte años, han sido menos desgraciados que nosotros; al menos han sabido lo que es vivir; nosotros apenas lo hemos sabido. En 1850 salimos del Liceo y en 1851 éramos ya unos vencidos.»

Esta triste palabra, «vencidos», forma uno de los telones de fondo de la Comuna. Se dice que fue un «acceso de ira de vencidos», y en parte es cierto; sobre todo teniendo en cuenta que no sólo eran los vencidos por Prusia, sino en muchos casos los vencidos del 48. Y pese al penacho con el que a veces quiere ingenuamente adornarse, pese a toda su buena voluntad, la Comuna no logró jamás borrar esos amargos recuerdos. Esta juventud, oprimida por las experiencias recientes, por su conocimiento de la historia revolucionaria, tiene unas veces a rechazar perentoriamente las tradiciones que la disgustan, y otras a imitar servilmente las que le agradan; pero salvo en algunos casos, no alcanza la verdadera madurez creadora. «No tienes por qué copiar los gestos de los 'Montagnards' ni fruncir las cejas como los jacobinos, lo que debes hacer es cumplir tu simple tarea de combate y de miseria.» Así habla ante el espejo y dirigiéndose a sí mismo el insurrecto Vingtras²⁸. Pero «la simple tarea de combate y de miseria»; ¿será suficiente para llevar a buen término la Revolución? Amén de sus otras debilidades, la Comuna tuvo tal vez la de que parte de su estado mayor era, si no demasiado joven por la edad, en todo caso demasiado recientemente salida de la Biblioteca Nacional, de los cafés y de las trifulcas del barrio latino. Y cuando hablando de Rigault, herbertista entusiasta que se esforzaba por encarnar en su vida al padre Duchêne y ser a la vez el policía, el magistrado y el periodista de la revolución, Blanqui afirmaba que «en Raúl Rigault el hombre es un chiquillo y el comisario es un hombre», tal vez no se diese cuenta del peligro que esa distinción podía significar. El ejercicio del poder lo puso claramente de manifiesto. Nombrado prefecto de policía de la Comuna, Rigault, con su crueldad, sus ligerezas y su torpeza pueril, sirvió muy mal la causa a la que se había entregado. Pero también es cierto que al formular ese juicio, Blanqui pensaba, sin duda como todo jefe que ha de utilizar a sus hombres, con sus defectos y sus cualidades, que estaría ahí para guiarle. Sin embar-

go, el 17 de marzo, víspera de la toma del Poder por los comuneros, Blanqui era detenido en una ciudad de provincia por orden de Thiers y encerrado en el fuerte del Toro.

Ninguno de los dos grandes animadores de la Comuna estarán, pues, presentes en el momento culminante de su obra. La Comuna será gobernada por Blanqui y por Proudhon: «Por un prisionero que desde el fondo de su calabozo ignora incluso su existencia y por un muerto que se descompone en el fondo de su tumba»²⁹.

Intentemos ahora resumir la situación. La élite burguesa atraviesa una crisis muy grave que trata muchas veces de ocultarse a sí misma, pero que no por ello deja de conmover seriamente su autoridad. Ninguno de los testigos más clarividentes de la época piensa siquiera en negarlo. En 1868, en el II Proceso de la Internacional Varlin pone el dedo en la llaga con un vigor que merece ser citado: «Cuando una clase ha perdido la superioridad moral que la hizo dominante debe de eclipsarse sin demora si no quiere ser cruel, pues la crueldad es el destino de todos los poderes que se derrumban.» Esta justa observación merece ser tenida en cuenta. La crueldad, la opresión pueden tener causas diversas, pero siempre contienen una fuerte dosis de impotencia. El emperador reforzaba su política de mano dura, pero al mismo tiempo soltaba su presión cada vez que la oposición acentuaba ciertas libertades políticas, actuando lo mismo que el amo de un perro turbulento que cree poder dominarlo acortando su cadena, pero dándole, en cambio, algún hueso que roer para tenerle tranquilo. Frente a una estructura económica dominada por los monopolios y las sociedades anónimas que impiden toda iniciativa personal, frente a la inercia de unos dirigentes en constante balanceo entre la frivolidad mundana y la negativa, en nombre de la ciencia, a mezclarse a la cosa pública, se bosqueja un movimiento revolucionario, agrupando en torno a los obreros, a estudiantes, intelectuales y, en general, a todos aquellos a quienes el régimen resultaba insoportable. El movimiento no es unitario ni tiene carácter de partido (el propio blanquismo no es en realidad un partido), pero sus directrices tienden a orientarse siguiendo dos líneas de fuerza

principales, una de ellas proudhoniana, la otra blanquista. La primera haciendo hincapié sobre lo económico, la libertad, la lucha contra el Estado; la segunda poniendo su acento sobre lo político, sobre la acción violenta al margen del pensamiento, sobre la necesaria dictadura. La primera se centraba en el valor de la persona; la segunda, sobre el valor de la sociedad, pero ambas estaban movidas por un común ideal de justicia.

¿Cómo van a actuar hombres animados por estas ideas y estos sentimientos? Esto es lo que ahora vamos a examinar.

3. Preparación de la revolución

La acción de los blanquistas y de la 1.^a Internacional. La prensa, las elecciones y los congresos.

La amnistía concedida a los diputados el 15 de agosto de 1859 con motivo de la onomástica del emperador, permitió el regreso a Francia de muchos republicanos a quienes los sufrimientos del exilio o de la deportación no predisponían particularmente a la indulgencia. Estos regresos masivos no tuvieron, sin embargo, repercusiones inmediatas; tal vez porque la experiencia adquirida y la severidad de las leyes inducían a la prudencia, pero indudablemente también porque ciertos hombres, como Delescluze, que acaba de experimentar sucesivamente Cayenne y el presidio de Tolón, necesitaban permanecer unos años fuera de la escena política para rehacer en lo posible su quebrantada salud. Esto no fue óbice, sin embargo, para que un Blanqui se lanzara inmediatamente al ruedo cosechando muy pronto el fruto habitual de sus esfuerzos: una condena de varios años de cárcel. En Sainte-Pelagie, donde cumplía su pena de cuatro años, trabó amistad con muchos detenidos y especialmente con el joven Tridon, que luego fue su primer lugarteniente y hombre de confianza. Jóvenes de ideas avanzadas como Ranc y Clemenceau venían con frecuencia a visitarle, y cuando en-

fermó en 1864 y fue trasladado al hospital Nécker se vio rodeado de un grupo de estudiantes de medicina llenos de admiración y de simpatía.

No tardo en evadirse, tocado de una peluca rubia, logrando pasar a Bélgica.

Desde ese país, siguiendo de cerca la actualidad, colaboró bajo un pseudónimo en algunos periódicos dirigidos por amigos y discípulos suyos, pero no cambió en un ápice su línea de conducta. Ni tratándose de él ni de sus seguidores puede hablarse de la preparación de la revolución, puesto que la revolución, como hemos visto, es la gran incógnita que sería utópico y sacrilegio querer descubrir. Se aferran tenazmente a su táctica de solitarios, siempre convencidos de poder utilizar los movimientos populares más diversos, canalizándolos hacia el objetivo anhelado. Todo su esfuerzo se concentra en la modificación del estado de espíritu del pueblo a través de revistas, periódicos, publicaciones diversas, en espera de que sea concedido el derecho de reunión. En 1865, a tal punto llamaron la atención con su diario *Candide*, dedicado «a la crítica religiosa y a la divulgación científica y filosófica» (el redactor jefe del periódico era el propio Tridon), que la Policía lo prohibió al salir el octavo número. Publicaron entonces otros periódicos y revistas del mismo tipo y de existencia no menos efímera, que se esforzaban por crear una corriente de opinión más propicia.

El Congreso Internacional de Estudiantes que se celebró en Lieja en 1865 constituyó para la juventud blanquista el acontecimiento más importante de esos años. Estos muchachos, sedientos de acción, tuvieron en él la ocasión de dar rienda suelta a su oratoria y de realizar algunos de esos gestos simbólicos que tanto agradaban entonces. Como las delegaciones debían desfilar siguiendo su bandera nacional, los franceses marcharon tras una bandera enlutada indicando que en su país la libertad había muerto. En las discusiones se declararon materialistas y ateos, llevando al paroxismo la indignación de los medios oficiales de París. Al reiniciarse los cursos, los estudiantes franceses comprometidos con el Congreso fueron solemnemente excluidos de la Universidad. Inmediatamente se levantó el barrio latino, llenándose las calles de estudiantes manifestando su indignación y exigiendo la reintegración de sus compañeros.

Por muy útiles que fuesen estas tomas de posición y estas manifestaciones violentas para la propagación de ciertas ideas, es indiscutible que no contenían nada que fuese realmente constructivo. Todas estas fuerzas se fueron integrando muy pronto dentro del gran movimiento de la I Internacional, el cual sí era constructivo, esforzándose si no en controlarlo, por lo menos en orientarlo en su dirección.

Es sabido que la idea de crear una asociación internacional obrera nació de los contactos establecidos entre obreros franceses e ingleses con motivo de la Exposición de Londres de 1862. El proyecto de enviar una delegación de obreros franceses fue lanzado por un «saint-simoniano», Arles Dufour, y recogido por el propio emperador, que, habiendo nombrado a su primo presidente de la sección francesa de la Exposición londinense, creyó hallar ahí el medio de ganarse nuevamente a las masas obreras que empezaban a manifestarle su desconfianza y su hostilidad. Sin embargo, aunque sometida a la vigilancia del Gobierno, la delegación no regresó más conformista. Si bien quedó fuertemente impresionada por el trade-unionismo y por la organización de la industria inglesa, planteó en sus informes reivindicaciones bastante personales y un tanto exigentes.

Entre las principales de sus demandas mencionaremos:

- 1.º La creación de una cámara sindical, mixta o no, que presidiese las negociaciones entre obreros y patronos.
- 2.º La creación de una sociedad de resistencia, organismo central de defensa profesional. Además, hay que añadir que los oficiales sastres reclamaron el derecho de huelga; los guanteros y tejedores, la formación de cámaras sindicales que fuesen también organizaciones educativas para preparar a la clase obrera a su emancipación definitiva, y los obreros del bronce, la asociación de producción con vistas a asegurar el paso paulatino del utilaje a propiedad de los trabajadores¹.

Estas interesantes reivindicaciones muestran hasta qué punto es falso reprochar a la futura sección francesa su supuesta estrechez de miras y cuán exagerado es pretender que su único interés era la empresa cooperativa y el mutualismo.

Mientras del lado inglés se propone una asociación para la defensa de los salarios y de las condiciones de traba-

jo, del lado francés se subentiende siempre la revolución económica como objetivo final, y bajo este punto de vista, los informes no carecen de una cierta habilidad táctica.

Pero lo económico y lo político no están nunca separados por tabiques estancos y la cuestión de las relaciones entre estos dos aspectos y de sus campos de acción respectivos se plantean inevitablemente. Los años 1863-1864, años de intenso trabajo en las organizaciones obreras, serán totalmente dedicados a desembrollar este problema.

El movimiento obrero de entonces está aún en el proceso de identificarse a sí mismo y de precisar sus fines. Como todo ser joven, da pasos en falso, tantea, se equivoca, pero inyecta ya en la vida esclerotizada del segundo Imperio una sangre nueva y sana que a nadie engaña. El 1 de abril de 1863, en la *Revista de los Dos Mundos*, Charles de Remusat escribe: «Debemos, pues, aceptar el hecho; lo que está en auge en este momento es la clase obrera, y aunque no sea fácil determinar la causa, pues poco han hecho para ello las instituciones, la realidad es que en su seno se manifiesta un evidente progreso intelectual y moral que impresiona a los observadores más clarividentes y menos sospechosos.» Y un poco después añade: «Es de temer que desde el punto de vista moral, todo en la sociedad francesa permanezca estacionario excepto el espíritu de esa masa desconocida de la que no hemos sabido hacernos comprender. Tal vez sea ella la única en elevarse. Podemos lamentar que sea la única en hacerlo, pero con el destino que la espera debemos dar gracias al cielo de que se eleve»².

En esta marcha inexperta que emprendía la clase obrera no tardarían en aparecer las tentaciones y las emboscadas. La primera y tal vez de las más graves fue el parlamentarismo. ¿Adoptaría la clase obrera la vía reformista? ¿Se dejará arrastrar hacia la gran asamblea en medio de los partidos corrompidos? Hubo un momento en que pareció que sí. Claro que todo partía de un sentimiento excelente; asqueados por las divisiones entre partidos, los grupos obreros decidieron presentar algunos de los suyos como candidatos en las elecciones de 1863: se trataba de J. J. Blanc, compaginador de *La opinión nacional*; Coutant, obrero litógrafo, y Tolain, cincelador. Viendo el peligro, Proudhon publicó el folleto *Los demó-*

cratas juramentados y refractarios para retener a los obreros en la abstención. Lo consiguió sólo en parte. Los trabajadores votaron en mayor número en 1863 que en 1857, lo cual inmediatamente dio lugar a interminables discusiones. Tolain, que había retirado su candidatura mucho antes de que se iniciasen las elecciones, explicó su actitud en un folleto titulado *Unas cuantas verdades sobre las elecciones de París*, del cual he tenido ocasión de citar un importante extracto. Pero la explicación no tenía un carácter definitivo y el debate quedó en suspenso.

Mientras tanto, la Internacional, siempre un poco flotante, empieza a precisarse. En el mes de julio de 1863, Tolain, Perrachon, Cohadon y Limousin van a Londres para participar en un mitin a favor de Polonia, durante el cual se decide establecer un proyecto de asociación internacional.

En 1864, la cuestión del parlamentarismo se plantea de nuevo de forma aún más apremiante. Esta vez el debate se precisa. El 17 de febrero, *La opinión nacional* publica un manifiesto firmado por sesenta obreros. Es el famoso *manifiesto de los sesenta*, cuya redacción, atribuida a Henri Lefort, lleva clarísimo el sello de Tolain. Como lo ha observado con mucho acierto M. Maxime Leroy, que ha estudiado de muy cerca este documento, «refleja menos una voluntad de clase que una aspiración de autonomía». Pero la debilidad de esta autonomía está en el hecho de querer ejercerse en el terreno parlamentario: los obreros quieren tener sus diputados propios. Reacción elemental contra la diaria traición de los parlamentarios, pero reacción profunda también en cuanto que plantea todo el problema de la condición proletaria, es decir, no ya sólo el derecho al trabajo, sino también el derecho a la vida. «Hasta la saciedad se ha repetido —escriben— que desde 1789 no hay clases y que todos los franceses son iguales; pero nosotros, que no tenemos más propiedad que nuestros brazos, que sufrimos a diario las condiciones del capital, que vivimos sometidos a leyes excepcionales, nos resulta muy difícil creerlo. Nosotros, cuyos hijos pasan a menudo sus años juveniles en el ambiente desmoralizante y malsano de las fábricas o haciendo su aprendizaje; nosotros, cuyas mujeres se ven obligadas a dejar sus hogares para ir a realizar trabajos

excesivamente duros, afirmamos que la igualdad que figura en las leyes no existe en las costumbres.» En una palabra, negándose, como ellos mismos dicen, a «creer que la miseria sea una institución divina», depositan toda su esperanza en una acción política y más precisamente parlamentaria.

Inmediatamente empiezan a brotar por todas partes objeciones y réplicas. Las unas anecdóticas, como el contramanifiesto publicado por *El Siglo*; otras más serias, como la de Proudhon, que envía una carta a los obreros firmantes aprobándoles por su afirmación de autonomía, pero alentándoles contra el peligro del parlamentarismo y señalándoles la conveniencia de agrupar a su alrededor a las clases medias³. Poco después volverá sobre este tema en su libro *La capacidad de las clases obreras*, en el que conjura a los proletarios que se mantengan en su posición abstencionista: «Este veto estoico lanzado por nosotros contra presuntuosas candidaturas —escribe— no era nada menos que el anuncio de un nuevo orden de cosas: la toma de posesión de nosotros mismos como partido del derecho y de la libertad, el acto solemne de nuestra entrada en la vida política y casi me atrevería a decir el anuncio para el viejo mundo de su próxima e inevitable decadencia.» Insiste también sobre la necesidad de una doctrina: «Mientras te limites a ser número y fuerza sin idea, no serás nada.» Y recoge y desarrolla por última vez sus ideas favoritas sobre el federalismo y el mutualismo. Este libro, que se publicó poco después de la muerte de Proudhon, habría de convertirse para muchos en libro de cabecera.

«En realidad —escribe con razón M. Dolleans—, el propio fracaso de Tolain y de las candidaturas obreras indica un progreso de la conciencia y de la capacidad política de la clase obrera.»

En el mes de septiembre, Tolain, Perrachon y Limousin regresan a Londres portadores de un proyecto elaborado por Tolain que será adoptado en el mitin celebrado en el Saint-Martin's Hall. Karl Marx, que asiste, mudo, a todas estas reuniones, elabora partiendo de este texto el discurso inaugural de la Internacional, que ha quedado famoso por sus fórmulas «Proletarios de todos los países, uníos», «la emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores», etc. Este discurso obtuvo

un éxito enorme, porque tuvo la habilidad de fundir las aspiraciones de los diversos países y darles un enorme vigor expresivo. Pero no hay que engañarse: las concesiones que se hacían a las ideas de un Tolain eran todas ellas tácticas; es decir, puramente aparentes. En los pasillos, Karl Marx maniobraba con destreza, esforzándose por socavar la influencia de Proudhon e imponer paso a paso sus propios conceptos. Durante los primeros años de la Internacional adquirirá así, actuando siempre en la sombra, una influencia mucho más profunda de lo que aparece a primera vista.

Una vez fundada definitivamente la Internacional, sus oficinas de París se instalaron en la calle Des Gravilliers, bajo la dirección de Tolain, asistido de un grabador-decorador llamado Fribourg y de un tipógrafo marcador, Limousin.

Situado en el fondo de un patio, el local era exiguo, y los muebles, escasos. Una pequeña estufa, el banco de trabajo de Fribourg, convertido por las noches en mesa de correspondencia; unas cuantas sillas «fantasía», tal era el mobiliario de la angosta habitación, en la que, según Fribourg, «iban a debatirse los más importantes problemas sociales de la época». La situación, sin embargo, no era en absoluto propicia. El mundo obrero agitado, acaparado por la defensa diaria de los salarios, que el libre-cambio había contribuido a rebajar, parecía poco dispuesto al estudio de los «grandes problemas sociales». Durante los últimos cuatro años se habían declarado numerosas huelgas y se asistía a un renacimiento del movimiento cooperativista, tanto en el plano teórico como en la práctica. La conexión entre los movimientos huelguistas y el movimiento en pro de la asociación era, naturalmente, estrecha, puesto que la mayoría de las sociedades se creaban con fines de resistencia y de interayuda sindical. Y en parte fue para detener esta peligrosa tendencia que el emperador promulgó en la ley del 25 de mayo de 1864 autorizando las coaliciones. Con ese bello pero ciego optimismo, característico de los liberales, Emile Ollivier proclamaba con ese motivo ante la Cámara: «La libertad de coalición acabará con las huelgas.» En la práctica no cambió gran cosa, y las huelgas continuaron siendo despiadadamente reprimidas. A pesar de que daba satisfacción a los más profundos deseos de la clase

obrero, la ley era indudablemente poco hábil, pues alentaba tanto a los patronos como a los obreros a sindicarse cada uno por su lado, a tal extremo que un escritor obrero como Leneveux, uno de los fundadores de *L'Atelier*, no tenía reparo en reprochar a la ley de 1864 «el haber creado una situación que divide a los hombres que más interés tienen en unirse y vivir en buena armonía, una situación que consagra legalmente la guerra industrial en un momento en que las ideas tienden a sustituir el viejo antagonismo por la asociación...» El emperador y los medios oficiales más o menos conscientes de este nuevo peligro estimularon para compensar la formación de empresas cooperativas. Es fácil adivinar cuál era por lo menos uno de los motivos que les impulsaban por esa vía. En una economía como la del segundo imperio, sometida a los monopolios, a la concentración capitalista, las realizaciones en el terreno cooperativista tenían necesariamente un carácter aislado, esporádico. No podían ciertamente trastornar la economía, sino que en el peor de los casos a lo más que podrían llegar sería a molestar a algunos patronos o a algunos financieros, lo cual no tenía por qué desagradar al emperador. Finalmente, en la medida en la que conseguían establecerse, las cooperativas enraizaban al obrero y le alejaban de la lucha revolucionaria.

He aquí, pues, la cooperativa convertida en un órgano conservador; pero esto no debe llevarnos a subestimar su otro aspecto, es decir, su aspecto subversivo. Se puede, efectivamente, considerar la cooperativa como una manera de plantear la cuestión de la estructura de la empresa, que después de todo es la cuestión básica de toda nueva economía. La cooperación es considerada aquí como un principio, como un principio moral. Deja el campo libre a la inventiva y a la creación. Suministra a la vez el objetivo, que es hacer de la empresa una comunidad humana, y el medio, consistente en crear unas especies de laboratorios tolerados por el Estado.

Fueron evidentemente estas últimas razones las que explican la adhesión de los internacionalistas. Numerosas veladas en el pequeño local de la calle Des Gravilliers fueron dedicadas al estudio y a la discusión de las cooperativas de producción y, sobre todo, de crédito. Intentaron hacerlas practicables, facilitar su constitución, y

pronto «Des Gravilliers se convirtió en el lugar de cita general de todos quienes intentaban fundar sociedades llamadas cooperativas». Por otra parte, la Internacional establecía contacto con las «sociedades de resistencia», legalizadas a partir de la ley sobre las coaliciones, y que habían alquilado en la calle de la Corderie un local en el que se reuniría en 1871 el Comité Central.

Si esta actividad le dio a la Internacional, en lo inmediato, una cierta notoriedad, no logró, sin embargo, agrupar a los obreros, que se mantenían desconfiados y distantes. Ante la lentitud con que progresaban las adhesiones (quinientas en el primer año), el buró empezó a preocuparse. «Los corresponsales parisienses —dice Fribourg— se sentían aislados en París. La masa obrera se mantenía al margen, el grupo crecía, pero sin dejar de ser un grupo particular, una especie de iglesia, y por instinto se daban cuenta de que una prolongación de ese estado de cosas no podía desembocar más que en un fracaso». Además de su condición de artesanos, que ya les distinguía de los simples obreros fabriles, tenían que soportar la calumniosa acusación de estar a sueldo del emperador y de la policía, acusación basada en las relaciones que Tolain mantenía efectivamente con el príncipe imperial. Para disculparse, organizaron una reunión, a la que consiguieron atraer, gracias a las más ingeniosas estrategias, a los principales elementos obreros de París. Uno de los miembros del buró leyó entonces la siguiente declaración respondiendo al interrogante que a todos preocupaba: «Tratándose de sus miembros adherentes, la Internacional debe reclutarlos preferentemente entre los republicanos, pero la sociedad, como cuerpo constituido, se abstendrá resueltamente de toda injerencia en los asuntos políticos franceses; es una sociedad de estudio, no una nueva carbonería»⁴. Así, pues, los internacionalistas se orientaban resueltamente hacia una acción puramente económica. Unos meses más tarde llegará su «apoliticismo» al extremo de rechazar el epíteto de «revolucionario». Como era previsible, esta actitud disgustó profundamente a los blanquistas, que no perdieron ocasión de abrumarlos con sus sarcasmos. El propio Blanqui rompió sus lanzas contra la cooperación, que, según él, colocaba el movimiento obrero bajo la férula del imperio y en definitiva no era más que un «medio de paralizar las ten-

dencias revolucionarias». Desde entonces el divorcio del blanquismo y de la Internacional estaba latente.

Para colmo de desgracia, no sólo en el plano interno tropezaba la Internacional con serias dificultades. En mayo de 1865 se produjo un malentendido entre el buró francés y el Consejo General de Londres, y Tolain y Fribourg tuvieron que ir a Inglaterra a parlamentar para salvar su autonomía y evitar de caer bajo la tutela de Londres. Todo pudo arreglarse, sin embargo, y unos meses más tarde se celebraba un nuevo congreso en la capital inglesa, en el que se acordó reunirse de nuevo al año siguiente en Ginebra para examinar una serie de cuestiones precisas.

Marx, a quien la protesta de los delegados franceses había mostrado que no sería fácil dominarles ni tampoco centralizarles, desplegó en esta segunda reunión toda su habilidad seductora. Agasajando a los franceses con una amabilidad sólo comparable al desprecio con el que los trata en su correspondencia, el profesor Marx recibe en su casa a la delegación parisiense, y mientras Varlin baila con sus hijas en un rincón de sala, enfajado en su levita universitaria y su perilla sostenida por un cuello duro de impresionante rigidez y altura, el antiguo discípulo de Hegel demuestra doctoralmente a Limousin, Tolain y Fribourg que su maestro Proudhon no es más que un pequeño burgués. Sin embargo, el mismo que con tanto empeño se esfuerza por desacreditar a los demás, no desea comprometerse demasiado, y actuando igual que los filósofos burgueses (grandes y pequeños) le escribe poco después a Engels informándole de su decisión de no ir a Ginebra: «Así podré eludir toda responsabilidad personal.»

Evidentemente, esta forma de proceder le hubiera, por lo menos, extrañado a Proudhon.

*

El Congreso de Ginebra provocó un verdadero remolino en las filas de los revolucionarios. Fue preparado con esmero, casi diríamos con pasión, no sólo en «los Gra-villiers», sino también por los blanquistas, que se preparaban a decir en él unas cuantas verdades, y lanzar sus virulentas críticas, cuando en el último momento llegó una orden de Blanqui imponiendo la abstención. Pasado

el primer momento de estupor, los más petulantes del Partido se rebelaron contra esta orden, y haciendo caso omiso de la decisión del «viejo», un joven abogado, Protot, y su compañero Humbert tomaron el tren de Ginebra y se inscribieron en el Congreso como delegación blanquista. Encontraron allá un ambiente demasiado poco político para ser de su agrado. Con sus intervenciones violentas se ganaron la oposición de toda la asamblea, de la que acabaron siendo expulsados. James Guillaume escribió, después de conversar con ellos en los pasillos del Congreso, que «tenían entusiasmo, pero sus ideas eran confusas», lo cual no es extraño si pensamos que lo que reivindicaban era la ausencia casi total de doctrina.

El Congreso dedicó una gran parte de sus trabajos al estudio de cuestiones profesionales, como la reducción de la jornada de trabajo, el trabajo de mujeres y de niños, el trabajo nocturno, etc. No descuidó, sin embargo, los problemas de más amplitud, y las ideas corporativistas, mutualistas y federalistas que los delegados franceses, siguiendo las orientaciones de su maestro Proudhon, se esforzaron en promover, alcanzaron un verdadero triunfo. Pero de todos los temas debatidos, el más importante, el que le concedió al Congreso toda su significación, fue precisamente el causante del desacuerdo con los blanquistas, es decir, la composición de la Internacional. ¿Debían o no admitirse a los trabajadores no manuales? Las opiniones de los internacionalistas diferían profundamente, y la oposición que había surgido ya en 1865 al redactarse uno de los artículos de los Estatutos volvió a plantearse en Ginebra. Mientras los ingleses, los suizos y los belgas se mostraban favorables a la admisión de los trabajadores de profesiones liberales, los franceses, y especialmente Tolain, luchaban a brazo partido para que únicamente los obreros manuales fueran admitidos como delegados. Reconozcamos de entrada que la importancia del problema planteado rebasa, se sale del marco en el que se plantea, pues lo que está en discusión es el principio mismo de la elaboración entre elementos obreros y no obreros. Poco importa en el fondo que la enmienda de Tolain haya sido rechazada. Queda el hecho de que la sección francesa trate de evitar las colaboraciones exteriores. Es, pues, la tendencia del manifiesto de los sesenta llevada al extremo, aquella contra la cual Proudhon

intentó reaccionar recomendando la integración de las clases medias en el nuevo movimiento obrero. Es también la tendencia contra la cual Blanqui protestó siempre y que atacó violentamente en el momento de la proposición de Tolain. Veía en ella «la abdicación del socialismo, la parálisis del movimiento revolucionario». Hay que reconocer que no le faltaba cierta razón. De esta voluntad de autonomía de clase va a nacer un mito peligroso con esta especie de certificado de salvamento patentado y reservado a «los de dentro». No es que los obreros no sean capaces de saber lo que quieren. Pero en conjunto tan sólo pueden saber lo relativo a su profesión, y en último análisis (se ha podido comprobar en muchas ocasiones), sus desideratas se limitan, en general, a reivindicaciones de detalle. El concepto de Tolain es lógico, porque en su espíritu el dogmatismo va unido a la moderación. Para él el trabajo a realizar es únicamente económico. Se trata de lograr mediante reformas sucesivas una situación mejor para el obrero. No se trata de revolución, es decir, de un cambio completo de las instituciones. Por otra parte, al no tener el concepto de clase más justificación que la económica, tan sólo en el plano económico puede una clase manifestar su existencia y su autonomía. Desinteresada teóricamente de la política, esta actitud conducirá en la práctica política a un conformismo más o menos consciente expresado por la aceptación del mecanismo parlamentario. No querer hacer política significa que te adhieres a la que se hace sin ti. Desde el *Manifiesto de los Sesenta* hasta nuestros días, parlamentarios progresistas y obreros jugarán como gatos y ratones, y huelga decir quiénes tendrán siempre las de ganar ⁵.

Reducidas a la autarquía, sitiadas, separadas y recelosas unas de otras, las clases no tienen más alternativa que la de servir a un parlamento que esteriliza sus reivindicaciones o dar paso a dictaduras que las absorben y las anulan en beneficio propio. Como tendremos más tarde ocasión de señalarlo, una revolución es obra de revolucionarios, de personas que han adquirido conciencia del desorden que ofrece la sociedad y que hasta cierto punto saben el tipo de orden que lo puede sustituir. Si bien el estado particularmente miserable de la clase a la que pertenecen puede contribuir poderosamente a suscitar

esta toma de conciencia, en ningún caso puede en sí ser suficiente. Hay una parte de reflexión y de decisión que tan sólo se encuentra en lo más profundo de la persona. Poco importa la procedencia de los revolucionarios; lo que cuenta es su destino.

Pese a todo, este mito de la emancipación de sus propias fuerzas, frenada ya en Ginebra cuando aún estaba dando sus primeros pasos, causó perjuicios relativamente poco importantes en la I Internacional. El riesgo de una anexión por el Parlamento estaba provisionalmente apartado por el exilio en Inglaterra de los republicanos más avanzados. En el momento de la presentación de las candidaturas obreras, éstos creyeron hallar ahí el medio ideal de alcanzar el triunfo e inmediatamente iniciaron sus maniobras de acercamiento, pero pronto tuvieron que renunciar a sus propósitos. Fribourg nos cuenta que en el curso de una entrevista que Tolain celebró en Londres con Ledru-Rollin en 1863, éste había afirmado «que París acababa de notificar su despido al imperio y que no pasarían seis meses antes de que la República fuese restablecida en Francia». «El error del gran exiliado —añade Fribourg— era compartido por toda la colonia francesa de Leicester Square, y la insistencia con la que se esforzó Tolain en demostrar que el fin del imperio no estaba tan próximo explica en gran medida la frialdad con la cual los padres conscriptos del jacobinismo acogieron a la I Internacional»⁶.

En cuanto al escollo del reformismo, si la sección francesa no lo evitó totalmente, supo, sin embargo, desprenderse progresivamente de él. Y contrariamente a Marx, que fulminaba contra esos hombres, que, según le escribía a Engels, «siendo obreros de lujo se sienten sin saberlo fuertemente apegados a la antigua basura», yo más bien diría que su condición de artesanos les daba esa independencia material y espiritual que el trabajo en serie de las fábricas no permite y sin lo cual no es posible examinar los problemas sociales, cualesquiera que sean, con la perspectiva necesaria.

No olvidemos que la sección francesa fue en primer lugar una oficina de estudio, un centro de investigación. Si dio su apoyo a ciertas huelgas, jamás lo hizo a la ligera. Para cada conflicto realizaba un profundo estudio previo, examinando su justificación y sus posibilidades. En

una proclama dirigida a los huelguistas formulaba estas prudentes recomendaciones: «Estudiar primero, ver si las condiciones económicas del país permiten una revisión de las tarifas; luego, cuando estéis seguros de tener a vuestro lado la *verdad* y la *justicia*, examinad si estáis en estado de emprender la lucha y si *tenéis la certeza de poder conducir vuestra idea al triunfo*, pues no siendo así tan sólo produciréis un empeoramiento de la miseria particular y pública.» De acuerdo con esta actitud, sostuvo y orientó la huelga de Roubaix y la de los obreros del bronce, pero contuvo durante tres meses la huelga de la construcción, que consideraba injusta.

Consciente de que la huelga es un arma de dos filos, que igual puede promover una reforma particular como plantear un principio revolucionario de carácter general, es bastante curioso observar que la I Internacional las haya canalizado generalmente en esta segunda dirección. Cuando la huelga de los trabajadores del bronce concluyó con la creación de una mutualidad de crédito, encontramos en los términos y en el tono de la declaración final el espíritu de la Internacional: «Nosotros, los abajo firmantes, declaramos tener el honor de formar parte de la sociedad de crédito mutuo de los obreros del bronce, cuyo fin es garantizar a cada trabajador una remuneración más en acorde con las necesidades de la vida, y *protestamos de antemano contra toda sociedad tendente a rebajar la conciencia y la dignidad del hombre.*» Y no consideren estos términos de *dignidad del hombre*, *respecto de las condiciones*, que aparecen en todas las declaraciones relacionadas con este asunto, como la fraseología de un redactor cualquiera. A tal punto estos conceptos eran expresión del sentimiento profundo de los obreros que inmediatamente fueron recogidos con entusiasmo por los demás gremios. Un llamamiento firmado por los dieciocho delegados de las corporaciones obreras proclama: «La huelga de los trabajadores del bronce pone nuevamente sobre el tapete la solidaridad que debe asegurar nuestra independencia y nuestra dignidad. Obreros: todos nosotros estamos siendo atacados. Levantémonos con unanimidad.»

Por todo este trabajo no puede negarse que la I Internacional se ha mostrado digna de la revolución. En esos primeros años de existencia, la Internacional tuvo ade-

más la suerte de verse apoyada por dos periódicos jóvenes y dinámicos: *Rive Gauche* (Rivera Izquierda) y *Le Courrier Français* (El Correo Francés). *Rive Gauche*, nacido en 1864, reunía bajo la dirección de Charles Longuet a un grupo de estudiantes socialistas del Barrio Latino. Fribourg los conoció en casa de Garnier-Pagès, y, muy interesados en la Internacional, se adhirieron al Buró de París tan pronto como éste se constituyó. El *Courrier Français*, de más importancia en el plano ideológico, había sido fundado por un grupo de proudhonianos. Agrupaba en torno a Vermorel, a Jules Vallés, Georges Duchêne y Tolain. Sin alcanzar nunca un fuerte tiraje, puede decirse que fue «leído y meditado por todos los elementos inteligentes de la clase obrera parisiense». Paul Lafargue, el futuro yerno de Carlos Marx, que, dicho sea de paso, llegó a desesperar a su suegro por su impenitente proudhonismo, decía entonces de *Le Courrier Français*: «Es el único periódico político en el que un socialista que se respete pueda escribir.» Bajo el vigoroso impulso de Vermorel, *Le Courrier Français* destruyó el virus parlamentario en la Internacional, quitando todo poder seductor a la «machaconería parlamentaria» y a los «estribillos supuestamente liberales». Estigmatizó *Le Siècle* (El Siglo) y *L'Opinion Nationale*, denunció «la fraseología hueca» de los diputados de la oposición y su «ignorancia de los problemas obreros». Este periódico valiente y exigente, que no trataba ni de agradar ni de desagradar, tuvo una existencia breve, como suele ocurrirle a este tipo de empresa. Desapareció en 1868, con dos años cumplidos. Pero el fuerte espaldarazo que dio al movimiento obrero es algo que nunca se perdió.

*

En el otoño de 1867 se reunía en Lausanne el II Congreso de la Internacional. La delegación francesa incluía esta vez representantes de París, Rouen, Burdeos, Marsella, Caen, Lyon, Vienne, Neuville y Villefranche. Blanquistas no podía haber ninguno, puesto que desde el asunto del café de la Renaissance, consecuencia indirecta del I Congreso, estaban todos en la cárcel o en fuga. Efectivamente, furiosos de la desobediencia de Protot y de Humbert, los blanquistas se habían reunido en el café de la Renaissance, bulevar Saint Michel, para discutir so-

bre el asunto y escuchar la defensa de los delincuentes. Estaban, pues, reunidos ahí todos los principales elementos del movimiento, excepto Blanqui, y pronto la discusión se convirtió en un duelo oratorio entre Tridon y Protot. De repente, cuando la discusión alcanzaba su punto culminante, la policía hizo irrupción en la sala y se llevó a todo el mundo a la comisaría. La reunión había sido delatada por un «chivato» y todos los asistentes se vieron inculcados del delito de estar afiliados a una sociedad secreta. Las condenas fueron severas y el partido blanquista quedó desorganizado durante varios meses.

La fisonomía del Congreso de Lausanne se caracterizó por una oposición entre las tendencias mutualistas (franceses e italianos) y colectivistas (ingleses, alemanes, belgas), sin que el problema quedara zanjado. La conclusión del debate fue remitida a una próxima reunión. Esta falta de resolución del conflicto es en realidad puramente aparente. Con su delegado César de Paepe, el comunismo belga se apunta un tanto importante, mientras la sección francesa, con sus 460 miembros y las deudas que arrastra penosamente, tiene una participación poco lucida.

Sin embargo, hay un punto respecto al cual se llega a un acuerdo: el Congreso condena por unanimidad los métodos judiciales que emanan del Código Napoleón. Se reivindica una justicia en contacto con la población local, que se ejerza localmente y que «conozca a fondo al culpable». Esta preocupación quedará más tarde reflejada en los esfuerzos legislativos de la Comuna. Es expresión del irreductible resentimiento que impulsa a los hombres contra toda centralización rígida y opresiva.

•

En este final del año 1867 se acelera el ritmo de vida de la Internacional francesa, que hasta entonces había sido bastante lento. Libre de las nebulosas simpatías del gobierno imperial, tan intensamente explotadas por sus enemigos, irremediamente alejada de los diputados republicanos que el emperador intenta conciliarse, su fuerza revolucionaria aparece desnuda y amenazadora. Son pocos, pero tienen esa fe que arrastra a los demás. Esos hombres, se dice, están formando la opinión pública que se impondrá en la Francia del mañana. Así, cuando en el

mes de noviembre el Buró de París participa en la manifestación ante la tumba de Manin, uno de los héroes de la independencia italiana, organizada para protestar contra la intervención del ejército francés en Italia, le da al Gobierno el esperado pretexto para inculparlo. El 20 de marzo, Tolain y sus compañeros son llevados ante el tribunal acusador de haber participado en una concentración no autorizada y condenados a pagar una multa de 100 francos cada uno. Al mismo tiempo, fiel a su política de balanceo automático, que en realidad viene a ser una forma burda y descarada de jugar sobre dos tableros, el emperador promulga dos leyes liberales: una sobre la prensa y la otra autorizando las reuniones.

A principios del mes de marzo de 1868, el Buró francés vuelve a surgir. Pero esta vez el presidente elegido es Eugene Varlin, un encuadernador que se rodea de un equipo distinto. Desaparecen los Tolain, Fribourg, Limousin, sustituidos por hombres políticamente más avanzados. La tendencia del nuevo Buró será, según una expresión del propio Varlin, el «comunismo antiautoritario»; es decir, algo bastante vago que sus promotores no explican claramente, pero que prevé en todo caso una intervención estatal más importante que para los mutualistas, particularmente en la enseñanza. Los factores que les impulsan en esa dirección son, por un lado, una confianza más restringida en el individuo y un mayor anhelo de igualitarismo, y por el otro, la influencia aún ignorada, pero indudable, del gran anarquista ruso Bakunin. Además, apenas tienen tiempo de desarrollar sus puntos de vista doctrinales. Bastante tienen con librarse del Gobierno imperial, constantemente al acecho, esperando la ocasión de arremeter contra ellos. La ayuda prestada a la huelga de la construcción en Ginebra sirvió nuevamente de pretexto para disolver por segunda vez el Buró de París y llevar a sus miembros el 22 de mayo ante los tribunales.

*

El III Congreso, celebrado en el mes de septiembre en Bruselas, consagra el avance de los programas colectivistas. Este colectivismo, sin embargo, no está en contradicción con el proudhonismo. Conserva el mutualismo, pretendiendo simplemente organizarlo con mayor

amplitud y de forma más racional. Fácilmente se hubiese inclinado hacia el utopismo si cuestiones urgentes como las huelgas y la federación entre las sociedades de resistencia no le obligaran a mantenerse dentro de las realidades. Así, pues, su tendencia consistirá más bien en abandonar un poco los problemas puramente económicos y empresariales a cambio de una mayor preocupación por el sindicalismo.

Como en todos los Congresos anteriores, pero tal vez aún con más fuerza, las discusiones de Bruselas fueron marcadas por la obsesión de la guerra. Las declaraciones pacifistas ocupan en ellas un lugar importantísimo. Por primera vez aparece entre otras esa idea que tanto camino habrá de recorrer: «la huelga contra la guerra».

Con la ley de junio de 1868 autorizando en cierta medida las reuniones públicas, la elocuencia jacobina recupera sus derechos en Francia. Está prohibido atacar al Gobierno, incluso hablar de política, pero «la cuestión social» tiene carta blanca. Y a reserva de atraerse algún que otro pequeño contratiempo, se hará entrar muchas cosas en la «cuestión social». Los políticos anticuados y ya viejos, los tribunos a quienes los veinte años de silencio no han enriquecido ni de un solo efecto oratorio ni de una sola idea nueva (la oratoria es un género difícil de renovar), suben de nuevo a las tribunas con los mismos trémolos y los mismos latiguillos. Parece que por encima de todo quieren terminar la frase comenzada en el 48 y que el 2 de diciembre interrumpió brutalmente. Pero pronto se les unen los hombres de la Internacional, los blanquistas y otros jóvenes, que si bien también se dejan a veces arrastrar como sus mayores por el lirismo romántico, a menudo apuntalan sus discursos con las duras realidades que el segundo imperio les ha impuesto.

La propia prensa —no la pequeña prensa liberal, sino la gran prensa de información— acude, por un rodeo bastante curioso, en ayuda de los revolucionarios. Ante el espectáculo de un régimen que se hunde, la burguesía se limita a aportar sus dos reacciones típicas: el desinterés y el pánico. Ya que la política se ha hecho tan incómoda, ¡vivan el bulevar, la vida mundana, los chismes de entre bastidores! El ilustre Villemessant, con su nobleza truncada, su diletantismo simpaticote, a veces burlón, se ha-

bía convertido en su hombre cuando en 1876 funda *Le Figaro*.

Este periódico estableció, tal vez mejor que las empresas de Girardin y de Millaud, los principios básicos sobre los cuales se asentará en lo sucesivo la gran prensa, a empezar por el fundamental principio de la confusión sistemática entre lo importante y lo anecdótico. «Un suceso anodino, pero ocurrido en París, tiene más importancia que un acontecimiento de mucha gravedad que se haya producido en Asia o en América.» La finalidad del periódico no es sostener al hombre en la vida ni ayudarlo a juzgar con buen criterio, sino ser un derivativo. Y lo mismo que para Renán y Taine la filosofía no tenía eficacia real y se limitaba a una pura descripción, con Girardin y Villemessant el periodismo está aquejado de impotencia. Por una parte, Girardin declara que «el verdadero nombre de la prensa es el olvido»; por otra, Villemessant sostiene que el público no necesita un periódico para inculcarle una opinión; «lo que nos pide, lo que espera de nosotros, es un imparcial resumen de los hechos presentado con un esbozo de apreciación». (Pronto se comprendió que toda descripción, por muy objetiva y desinteresada que fuera, entrañaba un juicio, aunque sólo fuese en la apreciación de los valores.) Pero un periódico que tendiese a acantonarse en la información imparcial, a falta de otra cosa, acabaría, sin duda, aburriendo a sus lectores. Villemessant lo comprendió y sustituyó su fórmula anterior con la de la «unión y confrontación de las tendencias», rogando simplemente «a aquellos cuya bandera fuese demasiado brillante de mantenerse dentro de los límites de lo publicable».

Así, Villemessant, católico legitimista, ofrecía las columnas de *Le Figaro* a anticlericales como About, Scholl, Villemot, Duchêne. Es más, solicitaba la colaboración de periodistas jóvenes y extremistas como Rochefort, Paschal Grousset, Jules Vallès, Vermersch, todos ellos destinados a ocupar puestos de primer orden en la Comuna. Ferozmente antirrevolucionario, se veía obligado no sólo a preparar la voladura del imperio, sino también a los hombres que le sucederían en el poder. Fue el tipo del revolucionario, a pesar suyo, que tan a menudo se producen en las épocas turbias. Sus formas de proceder, esa libre confrontación de ideas que preconiza, son también

altamente sintomáticas de esos años de confusión. Cuando se está indeciso es cuando más se confronta, se opone, se valoran los conceptos. La autoridad que ya no está del lado del poder, revolotea por encima de quienes se entrenan para la conquista de la sociedad, y el público, que sólo pide ser seducido, contempla a estos desconocidos de hoy, a estas celebridades de mañana, tratando de distinguir sobre cuál de ellos se posará la autoridad o más bien cuál la conseguirá agarrar virilmente en pleno vuelo para tenerla sobre el puño como un halcón.

El hombre que se destaca del equipo de *Le Figaro* es sin discusión Henri Rochefort, que en cierta medida se convertirá en el periodista preferido de los parisienses, el «audaz sagitario», como le llamará Hugo. Siendo aún joven, se retira del Ayuntamiento parisiense, en el que ha pasado como funcionario unos años, que no absorbieron su personalidad, pero sí le aseguraron una posición holgada que le permitió expresarse siempre libremente, sin el freno de las preocupaciones materiales. Tal vez por ello su alegría no tiene ese fondo de amargura secreta que impregna a la de Vallès. Es el periodista tipo, mordaz, impulsivo, dotado de una facultad especial para «dar un aire de sentido común a la paradoja y un aire de paradoja al sentido común», como lo señalaba uno de sus contemporáneos. De una sola pieza, romántico en el fondo, con un estilo cortante, hecho de aristas vivas, lo mismo que su rostro; con zonas de sombra y de luz fuertemente contrastadas y asombrosas fórmulas que causan las delicias de la oposición.

Después de haber colaborado durante varios años en *Le Figaro* se independiza en 1868 y crea su propio periódico personal, la célebre *Lanterne*, que no tardará en atraerle numerosas condenas y un éxito inmenso. Después de la *Lanterne* le tocará el turno a *La Marseillesa*, que reunirá en torno a él a los futuros «communards» Rigault, Varlin, Flourens, Millière y Arnould. Otros vendrán después, de quienes hablaremos en el momento oportuno.

A pesar de su importancia, su aportación a la revolución fue en realidad más bien negativa. Desbroza el camino, desacredita el imperio, pero como todos los periodistas satíricos no se sale de las querellas entre personalidades. Estimula el deseo de un cambio de personas, de

una constitución más democrática, pero nada más. Por haberse quedado a la mitad del camino en una época en la que la revolución era evidentemente necesaria, se verá rebasado por los acontecimientos, y, aunque se mezclará a la Comuna, no se encontrará a gusto en ella.

*

1869.—Los dos procesos consecutivos han destruido definitivamente los prejuicios y las reservas de los obreros hacia la Internacional. Afluyen las adhesiones, y de 2.000 afiliados en 1868 pasa a tener 245.000 en los primeros meses de 1870. Ya no puede eludir los problemas políticos; consagrada a partir de entonces como fuerza revolucionaria en el pleno sentido de la palabra, vuelven a ella los blanquistas y los acoge con la secreta admiración del padre por el hijo pródigo. Pero entonces el eterno problema de la acción política surge de nuevo a la superficie. ¿Conviene saltar al ruedo y presentarse en las elecciones de la primavera siguiente? Varlin tal vez no sea favorable a las candidaturas obreras, pero sí es partidario de desarrollar una acción en el cuadro de las elecciones. A Emilio Aubry, futuro candidato obrero por Rouen, le escribe: «Espero que pronto llegaremos a un acuerdo a este respecto y que, a pesar de los abstencionistas, *proudhonianos rabiosos*, entraremos en la liza electoral en competencia con los republicanos burgueses para marcar claramente la escisión entre el pueblo y la burguesía.» Finalmente, se juzgó preferible no presentar ningún candidato en París y solamente unos cuantos en provincia.

Para resaltar fuertemente esta independencia de la clase obrera frente a la burguesía, Varlin le hizo adoptar a la Internacional una táctica muy sutil, tal vez demasiado sutil, que consistía en aparentar querer jugar el juego del parlamentarismo para imponer a los candidatos republicanos unas condiciones que infaliblemente habían de traicionar y así «demostrar su incuria y destruir las ilusiones que el pueblo había puesto en ellos». Esta táctica tenía el inconveniente de ser demasiado secreta, no lo bastante explícita. La masa no podía comprender esta participación equívoca en las elecciones, que Varlin, por cierto, no explicó hasta después de las elecciones en algunos artículos y cartas. Ante las masas, los internacio-

nalistas aparecían como futuros candidatos aún vacilantes, que rondan en torno a la casa y husmean el ambiente antes de decidirse a entrar. Se veía claramente que eran antiburgueses, pero no que fuesen antiparlamentarios.

La escisión burguesía-proletariado apareció ante todos evidente y definitiva, y esto era bastante grave. Pues si la burguesía, desde el pequeño notario de provincia hasta el gran financiero, carece de envergadura y a menudo de moralidad, es no obstante ella, en su parte media, la que constituye Francia. Puede uno lamentarlo, pero no negarlo. Y quien quiera hacer una revolución en el siglo en que vive debe aceptar las condiciones que entonces existen, no para someterse a ellas (como hacen los oportunistas), pero sí para absorberlas y rebasarlas.

Da cierta pena ver cómo un Varlin, a pesar de sus admirables cualidades de militante (se pasa los días recorriendo París de un extremo a otro, animando a los grupos, sacrificando su sueño, su oficio), puede olvidar las enseñanzas de Proudhon y caer en el absurdo del misticismo. Indudablemente tenía mucho de apóstol, de apóstol que cree en el mesianismo de la clase obrera y predica que ésta aportará «un elemento de regeneración». Esta regeneración la veía, dentro de su misticismo, en la extensión hasta el infinito de la sociedad de los trabajadores, y se esforzaba para alcanzarla, por desarrollar la fuerza de esta sociedad obrera, su cohesión, su inteligencia. No apreciaba la importancia que tienen en Francia los elementos no obreros, y así fomentaba la exclusión de la burguesía sin intentar siquiera distinguir en ella los elementos que podían ser valiosos. En esas condiciones no es extraño que en su mente la sociedad nacida de la revolución se identificara a una hermosa utopía. Cerrando los ojos ante las realidades presentes, como lo hacía él, era fácil imaginar el intercambio sustituido por «el servicio» a precio de coste, los instrumentos de producción puestos a disposición de los trabajadores, y todo ello por obra de un milagro no muy claro, armoniosamente combinado en una sociedad federalista no autoritaria. Sin embargo, en descargo de Varlin, debo decir que el sentido práctico se mantenía en él con suficiente vigor para no quedar totalmente cegado por la contemplación. Contrariamente a lo que le ocurría a Blanqui, la instauración

de este régimen del porvenir le preocupaba enormemente. En noviembre le escribía a Albert Richard: «*Podríamos* ante todo iniciar el estudio de cómo organizar el trabajo después de terminada la revolución, pues cuando llegue ese día debemos estar preparados si no queremos vernos frustrados una vez más. Será fácil suprimir las instituciones que nos molesten, pues sobre ello estamos todos más o menos de acuerdo. Las dificultades vendrán cuando se trate de edificar las nuevas instituciones, pues los trabajadores no tienen aún una idea común a este respecto y muy pocos de ellos tienen siquiera en su imaginación una visión clara de lo que desean. Sin embargo, es esencial que estemos lo bastante preparados para que la organización que instauremos en sustitución de la antigua sea mucho mejor que la anterior, pues así incluso los más incrédulos y los más reticentes se pondrán inmediatamente a nuestro lado»⁷. Pese a estar perfectamente comprendida, la necesidad de hacer obra constructiva queda sometida a un verbo condicional: *podríamos* (si no fuese por la acción diaria con sus miles de pequeños quehaceres que roen el tiempo y el espíritu). Tal vez no pensara que la revolución estaba lo bastante próxima para que tuviese que dedicarle el primer puesto en sus preocupaciones y trabajos doctrinales. Todas las hipótesis y no pocas excusas son admisibles, pues hay que reconocer que no es cosa fácil erigir conjuntamente la acción y la doctrina revolucionarias.

Aquellas elecciones de 1869 dieron en fin de cuentas acceso al Parlamento a una treintena de republicanos con poca simpatía hacia los obreros y levantaron una oleada de auténtico miedo entre la burguesía. A todas las razones que ya tenía para estar asustada, la pequeña burguesía que se complacía en sacar a relucir machaconamente sus agravios contra el imperio, vio con natural desagrado añadirse la agresividad de los obreros. No entendía gran cosa a este régimen colectivista antiautoritario que se le profetizaba, pero sabía que no era de su mundo, el mundo del calcetín de lana y de la propiedad individual. Se sentía amenazada por una revolución catastrófica, cuya obsesión era alimentada por la totalidad de los partidos, todos ellos dedicados a agitar frenéticamente el espectro del comunismo, de «los del reparto».

La policía, el Gobierno, no tardaron en explotar una mentalidad que les era tan favorable.

El 9 de junio, mientras bandas de alborotadores descendían los bulevares rompiendo algún que otro cristal y gritando «¡Viva Rochefort!» para protestar contra su fracaso electoral, la policía, con sus «blusas blancas», intentó ampliar la manifestación y provocar un motín popular. Como el procedimiento no les dio resultado, a la mañana siguiente, sin que los obreros se hubiesen movido siquiera, varios jefes y redactores de los periódicos extremistas fueron detenidos en sus domicilios.

Por burdos que fueran estos procedimientos, los burgueses se dejaron engañar y, atormentados por las numerosas huelgas que estallaban entonces, cada vez se inclinaban más a echar sobre los obreros la culpa de sus desdichas.

¿Quiénes se beneficiaron de este desconcierto de la opinión pública? En parte, indudablemente, los parlamentarios republicanos, pero no en un grado extremo, pues los hombres del 48 tenían mala prensa. Vermorel acababa de publicar dos obras contra ellos, *Los hombres de 1848* y *Los vampiros*, que habían causado cierta sensación, poniendo al descubierto sus traiciones sucesivas. No; quien más se beneficiaba, quien bogaba entonces con viento en popa era Adolfo Thiers.

El pequeño anciano, que sostuvo contra el imperio una resistencia sorda y tenaz, apuntalado por su escepticismo voltairiano y su dogmatismo profesional, da una sensación de solidez y de seriedad comparado a la ampulosidad del imperio. No es un tribuno, desprecia «la vil multitud» y las grandes frases, pero tiene la facultad de ser sencillo y también superficial, y así consigue impresionar a la gente con sus palabras breves y doctorales. Si repudia el principio de las nacionalidades, demasiado «pueril», es para exaltar mejor la grandeza de la nación, que en su opinión debe consistir «no en temerarias empresas, sino en una utilización prudente y hábil de las fuerzas del Estado». Se expresa como un buen comerciante, como un pequeño tendero de ultramarinos, y se reduce así a los corazones hastiados por las fanfarronadas de los grandes abogados. Es liberal, pero con medida, lo bastante para poder especular con «las necesarias libertades», sin tener que precisarlas. Mantenido demasiado

tiempo en el medio silencio, le consume el deseo de desempeñar un papel importante. A pesar de su edad, el «picazón del amor propio» que Chateaubriand había presentado continúa hostigándole, y hay que reconocer la habilidad con la que efectúa su entrada con las elecciones de 1869, presentándose a la vez como una garantía de orden y una promesa de libertad.

Sainte Beuve, entonces moribundo, hostil a Thiers, muy despegado del mundo, observa, sin embargo, que «este hombre del más elevado talento se ha convertido de repente en el ídolo de los parisienses, como lo fue antaño el señor Nécker».

Reconozcamos que la semejanza no carece de lucidez. La revolución no está lejos. Sainte Beuve lo presiente. Pero si lo mismo que Nécker, Thiers desempeñó en ella en cierta medida funciones de furriel, tiene sobre el primero la ventaja de haber sido también su enterrador.

4. La aproximación

El Congreso de Basilea. Bakunin. El entierro de Victor Noir. Violentas manifestaciones.

No fue sin inquietud que Carlos Marx vio abrirse el Congreso de Basilea el 5 de septiembre de 1869. Después de haber luchado palmo a palmo contra el proudhonismo, lo veía volver, encubierto y más peligroso, no ya servido por un discípulo, sino incorporado en el pensamiento de un hombre dotado de una fuerte personalidad y de facultades oratorias poco comunes: Michel Bakunin.

Tenebroso, susceptible, odiando toda individualidad un poco fuerte que pudiese suplantarle, Marx jamás pudo soportar a Bakunin. En varias ocasiones no vaciló en calumniarle vilmente para tratar de minar su influencia. Esta vez su preocupación es tanto mayor cuanto que ignora lo que el ruso está tramando, pero conociendo su gusto innato por el secreto y la aventura clandestina, conociendo su resentimiento y su antipatía hacia el comunismo, el Estado y la centralización, se espera a una ofensiva en regla.

Marx tiene a su lado a los ingleses, y sobre todo a los alemanes. Por primera vez acudirán al Congreso de Basilea delegados de Alemania, Austria y de la Suiza alemana pertenecientes, según informa Bakunin, «al partido

patriota, unitario y pangermano, llamado partido obrero de la democracia socialista alemana», el cual, «superiormente organizado», maniobrará como un solo hombre siguiendo las consignas marxistas. Pero ¿cuál es en la Suiza francesa, en Italia, en Europa central, en Francia, la influencia exacta del anarquista ruso? Dos años antes, en el Congreso de la Liga por la Paz y la Libertad, Congreso republicano-burgués, patrocinado por Luis Blanc, Víctor Hugo, John Stuart Mill y Giuseppe Garibaldi, el gigante ruso había causado una fuerte impresión. Era la primera vez que intervenía en una reunión pública importante desde sus años de encarcelamiento en la fortaleza de Pedro y Pablo y su evasión de Siberia. Aparecía envejecido, desdentado, como consecuencia del escorbuto, pero siempre imponente por su tamaño y con la misma fiera expresión en el rostro. Y mientras subía los escalones de la tribuna, con su paso lento y majestuoso, con esa mezcla de nobleza y de rusticidad, esa dejadez vestimentaria que constituía su elegancia, toda la asamblea, tanto sus enemigos como sus amigos, se puso en pie para aplaudir. Garibaldi dejó su butaca presidencial y se precipitó para abrazarle. Era el hombre con leyenda; para todos, su vida era la vida de una fuerza de la naturaleza. Del profesor Marx, atornillado a su asiento, absorbido por su trabajo y por el cuidado de sus furúnculos, sin atreverse incluso a aparecer en los Congresos, no podía decirse otro tanto. El lo sentía y esto acentuaba su rencor.

Habiéndose negado el Congreso por la Paz a adoptar el programa revolucionario propuesto por Bakunin, éste se retiró y fundó con Bécker la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, sociedad pública que, como siempre ocurría con Bakunin, ocultaba una sociedad secreta más antigua, la Fraternidad Internacional. Con la ayuda de estos dos instrumentos el anarquista ruso quería torpedear el Buró central de Londres y su jefe, Carlos Marx. Pero para ello era necesario que la Alianza fuese aceptada en el seno de la Internacional, y a pesar de las demostraciones de amistad de Bakunin, Marx desconfiaba, no sin motivo. A la solicitud de afiliación que presentó la Alianza, su primera intención fue de contestar violentamente, expulsando definitivamente de la Internacional al ruso y a sus amigos. Engels le retuvo entonces, convenciéndole de que el asunto no era tan gra-

ve. Al cabo de largas discusiones y de acuerdo con los jefes de la Alianza fue decidida la disolución de la misma y el ingreso individual de sus miembros en la Internacional. Bakunin, a quien esta fórmula no sorprendió, aceptó sin réplica esta concesión puramente formal y mantuvo en el interior de la Internacional su sociedad secreta, a la cual se esforzó de atraer el mayor número posible de militantes. Empezó con este fin una gira por los cantones suizos, y gracias a su prestigio, a su energía, a su violencia revolucionaria, no tardó en ganarse muchos adeptos. En Locle no se hablaba, no se soñaba más que de él. Varios franceses, algunos de mucha valía, fueron pronto ganados a su causa; en París, Varlin y Pindy; en Marsella, Bastelica; en Lyon, Albert Richard.

Tal vez lo que impulsaba a los militantes más destacados de la Internacional a unirse a Bakunin no era solamente su personalidad, sino también el temor de ver a Marx imponer su severa autoridad. Muchos internacionalistas pensaban como el padre Meuron, viejo «carbonario» francés de Locle, que, según nos cuenta James Guillaume, «se regocijaba con la idea de que la Internacional se viese doblada por una organización secreta que pudiese preservarla del peligro que suponían para ella los intrigantes y los ambiciosos».

*

Al abrirse el Congreso de Basilea, tres fuerzas desiguales en número están dispuestas a enfrentarse: la de los colectivistas antiautoritarios, dominada por Bakunin y a la que pertenece Varlin, la más importante numéricamente con mucha diferencia; la de los proudhonianos reformistas, cuyo portavoz sigue siendo Tolain, y la de los comunistas autoritarios, poco numerosos, pero actuando con instrucciones precisas de Marx.

A Bakunin no le disgusta tener enfrente a todos los satélites de Marx, que llevan dos años, particularmente en el semanario de Liebknecht, repitiendo la vieja calumnia de que se había vendido al zar y era un soplón de la Policía. Sin más tardar coloca a Liebknecht entre la espada y la pared. Este intenta justificarse, tartamudea unas palabras, habla de «malentendidos», de «falsas interpretaciones». El jurado de honor nombrado para este asunto, estimando que Liebknecht se ha comportado «con

una ligereza culpable», le obliga a firmar un documento reconociendo su falta y pidiendo excusas. Bakunin, no queriendo llevar el asunto demasiado lejos¹ y cediendo a sus aficiones teatrales, coge el papel firmado, lo prende fuego y enciende con él su cigarrillo.

Agobiado por este flagrante delito de falta de integridad moral, el partido marxista no pudo recuperar su posición en la discusión ideológica. Marx había presentado por mediación de Eccarius una enmienda limitando el derecho de testar, esperando así, según sus propias palabras, asestar un golpe decisivo a Bakunin; pero el arma se volvió contra él, pues la enmienda fue rechazada por 37 votos contra 19. En el terreno político, el fracaso no fue menos rotundo. Bakunin señala que «los delegados alemanes propusieron al Congreso de Basilea un programa político que de haberse adoptado hubiera puesto patas arriba el verdadero programa de la Internacional, convirtiendo esta asociación en un instrumento del radicalismo burgués. Su proyecto —añade— fue fuertemente apoyado por todos los delegados ingleses y alemanes del Consejo General. Por fortuna, los latinos tuvieron mayoría y el proyecto alemán fue rechazado *inde ira*.» Bakunin y sus amigos se negaban, efectivamente, a aceptar la primacía de la política, defendida por los marxistas. Para ellos, la revolución política y la revolución social eran inseparables. Poco después, en su periódico *La Igualdad* afirmaban nuevamente: «Nos negamos a asociarnos a cualquier movimiento político que no tenga como objetivo inmediato y directo la emancipación de los trabajadores.» Lo cual equivale tácitamente a tolerar la intervención política como último recurso, *in extremis*. Y así justifica Varlin ante sus amigos la actitud de la sección francesa en las elecciones en curso. «La situación actual de Francia no permite al partido socialista mantenerse al margen de la política. En este momento la cuestión de la caída del imperio domina a todas las demás y los socialistas deben, so pena de abdicar, tomar la dirección de los movimientos. Si nos hubiéramos mantenido al margen de la política, hoy no seríamos nada en vez de estar en vísperas de serlo todo.» Nada habría que replicar a estas justificaciones si hubieran sido perfectas, si el pueblo hubiera efectivamente encabezado el movimiento político de oposición, en vez de participar en las

elecciones de forma confusa, sin otro resultado que el de amedrentar a los burgueses y agudizar las divisiones internas. El movimiento obrero francés, lejos de dar un paso adelante, acababa de dar un paso de lado que más bien lo había aislado.

Por lo demás, sin embargo, la situación de los internacionalistas era excelente. Después de haber sido durante el año propietarios de un periódico bastante modesto, *El Trabajo*, y de tener abierta la colaboración en el periódico suizo *L'Egalité* (esto último gracias a Rochefort, que había salido elegido en las elecciones complementarias de noviembre), éstos acababan de fundar un gran diario, *La Marselesa*, cuyo tiraje llegó a ser considerable para la época. Flourens, Millièrre, Arnould, Ducasse, Rigault, Varlin y muchos otros formaban su equipo permanente de redacción. Se convino que la parte política sería accesoria, pero tendría un contenido radicalmente revolucionario y «dirigido no solamente contra el imperio, sino también contra todas las instituciones gubernamentales actuales» (Varlin), y la parte social seguiría la línea general del Congreso de Basilea; es decir, sería colectivista y no autoritaria. Por añadidura, existía el propósito de convertir *La Marselesa* en el órgano de enlace de «todos los grupos socialistas revolucionarios de Europa».

Si bien el programa del periódico no fue escrupulosamente seguido, su concepto correspondía bastante bien al papel que la Internacional se asignó en lo sucesivo. Según su propia fórmula, bastante inhábil por cierto para unos antiestadistas, pretendía formar un Estado dentro de los estados, o más exactamente elaborar por su cuenta el nuevo orden que debía sustituir al antiguo. A partir de entonces, la Internacional tendrá conciencia no sólo de representar una clase, sino de encarnar la revolución. Posee en ella, profundamente plantados, las simientes de los organismos futuros, y su único deber es llevar a buen término su germinación. Estas simientes son las sociedades de resistencia, muy desarrolladas, y que son a la vez mutualidades de crédito, instrumentos para las huelgas y sindicatos locales. En Basilea, el ponente Luis Pindy, delegado de la Cámara sindical de los carpinteros de París, había declarado: «La agrupación de las sociedades de resistencia formará la Comuna del por-

venir y el Gobierno será sustituido por consejos gremiales.»

De forma casi espontánea, los obreros franceses de entonces encuentran, pues, por conducto de sus huelgas las formas más auténticas de federalismo y de sindicalismo. Pero ¿no queda la política un poco en olvido? ¿No cometen en cierta medida el mismo error que Proudhon, que sin duda alguna se hubiese adherido sin vacilar a las fórmulas de las que se rodean las sociedades de resistencia? ¿No caen en realidad en el mismo delito de abstracción, pretendiendo organizar la sociedad únicamente en función de la economía? Siendo sus relaciones exclusivamente económicas o, si prefieren, de base corporativa, caen en el vicio de querer construir un mundo a su imagen, a la imagen del *homo faber*, el cual, después de todo, no es sino un aspecto particular del hombre. Sin duda, puede objetarse a esto que difícilmente podían actuar de otra manera, y que si bien es posible esbozar un orden económico distinto de aquel en que se vive, en la puesta en marcha de este nuevo orden es donde se corre el riesgo de tropezar con serias dificultades. (En esto reside la principal dificultad de una acción política que no quiere participar en las elecciones ni en ningún aspecto de la mediocre vida política del régimen que combate.) Es, pues, preciso insistir y subrayar que el error aquí no es táctico, sino que responde a un falso concepto de la revolución y de su objeto: el hombre. La utopía no es en muchos casos sino una solución práctica que se pretende generalizar y aplicar a todo. Tal fue el caso de las sociedades de resistencia que, tal vez por exigir de ellas más de lo que podían dar, no dieron todo lo que de ellas se esperaba.

Pero volvamos a lo inmediato y felicitemos al Congreso de haber adoptado por unanimidad la resolución preconizando la utilización de estas sociedades como medio de ataque.

He aquí el texto íntegro de esta resolución:

«El Congreso es de opinión que todos los trabajadores deben dedicarse activamente a crear sociedades de resistencia en los diferentes gremios. En la medida en que se vayan formando estas sociedades, las secciones, grupos federales o grupos centrales deberán informar de ello a las sociedades de análoga formación con vistas a fomen-

tar la creación de uniones internacionales por corporación o por gremio. Estas federaciones estarán encargadas de reunir toda la información relativa a su industria respectiva, dirigir las medidas que deban tomarse en común, regularizar las huelgas y trabajar activamente para asegurar su éxito, en espera de que el mundo asalariado quede sustituido por la federación de los productores libres.»

Pese al pabellón de República universal que ciertos elementos se disponían a izar en su honor, estas sociedades de resistencia continuaron su trabajo en el plano local y estrictamente profesional. El 1 de diciembre, al cabo de largos meses de esfuerzo, Varlin podía anunciar la constitución de la Cámara federal de las sociedades obreras de París. Todos considerarán esta federación como el «hogar de la revolución social». Marsella, Rouen y Lyon constituirán en los meses siguientes sus propias federaciones, con idénticos estatutos que la federación parisiense, y pronto no habrá en Francia ni ciudad ni profesión que no tenga sus sociedades obreras unidas entre ellas, pero conservando su autonomía.

A principios de 1870, periodo de intensa actividad revolucionaria, los espíritus parecen sobreexcitados, y el poder, debilitado y desconcertado, a pesar de las fórmulas tranquilizadoras de Emilio Ollivier, se tambalea cada día más.

10 enero 1870

Julio Vallés leía en la Biblioteca Nacional cuando se le acercó Raúl Rigault en estado de suma excitación: «¡No hablo en broma! Dicen por ahí que Pierre Bonaparte acaba de asesinar a su sastre.»

Es todo lo que sabe; la noticia le ha llegado a través de un antiguo soplón. Para tener noticias hay que ir a *La Marsellesa*. En el camino, Vallés y Rigault se encuentran con otros amigos: quien ha muerto no es un sastre, es un compañero de ellos, un periodista de *La Marsellesa*, Víctor Noir. Rigault, furioso, después de expresar su pena por la muerte del compañero, añade entre dientes: «¡Caramba, qué bueno es esto para la Social!»

En *La Marsellesa*, la sala de redacción está en plena efervescencia. No cesan de llegar visitas, afluyen las no-

ticias, y poco a poco el asunto se va aclarando. Rochefort, después de una violenta polémica, había recibido del príncipe Bonaparte, hijo de Lucien, a quien se conocía con el mote de príncipe de la Montaña o de príncipe socialista, y que no era más que un demagogo sin inteligencia, una carta injusta que terminaba con una verdadera provocación: «Vivo simplemente en el número 59 de la calle d'Auteuil, y le prometo que si se presenta usted no le dirán que estoy ausente.» Rochefort, que no se había percatado en la primera lectura de toda la perfidia que contenía la carta, no vio en ella más que una «andana de vituperios» y se limitó a pedir a sus amigos Millière y Arnould que fueran a ver al príncipe para concertar una entrevista. Cuando éstos llegaron a la calle d'Auteuil, una masa de gente estaba ya apiñada frente a la casa y sobre el pavimento, ante la puerta, yacía un cuerpo inánime: «¡No entren aquí; se están matando!», les dijeron. Reconocieron, muerto ya, a su joven compañero Víctor Noir. Otro periodista, Ulric de Fonvielle, que se disponía a retirar el cuerpo, les explicó que habían llegado hacía diez minutos Noir y él, enviados como testigos por Paschal Grousset, que se había considerado puesto en entredicho por los ataques del primo del emperador contra *La Revanche*, periódico corso del cual era redactor. El príncipe les había recibido, muy nervioso y furioso de encontrarse no con Rochefort, a quien esperaba, sino con unos desconocidos que venían a desafiarle en nombre de alguien que ni siquiera recordaba haber nombrado. El príncipe quería la piel de Rochefort, pero siendo un novicio en el asesinato, con los músculos cansados y los nervios alterados por la espera, perdió el control de sí mismo, y embriagado por el acto que premeditaba, de repente, como un arco que se destiende, sacó un revólver del bolsillo de su batín y disparó diez tiros: dos balas se perdieron en la ropa de Fonvielle; las demás segaron la vida de Víctor Noir.

Antes incluso de haber acabado de aclarar el asunto, los jóvenes redactores quieren pasar a la acción. Humbert y Maroteau reclaman armas; Vallés y Rigault, dinero. Finalmente, después de haberle sacado unos cincuenta francos al secretario de redacción, los cuatro se montan a un «simón» de alquiler que les lleva, bordeando el Sena,

hacia el lejano barrio de Auteuil. Sobre París caía una fría noche de invierno.

En la calle de Auteuil no queda nada. La casa está oscura; los transeúntes pasan ante ella furtivamente, ignorándolo todo. A pesar de haberse producido en los suburbios, la tragedia ha resbalado por los muros sin dejar rastro. Lo mismo que en el centro de la ciudad, la casa marcada por el crimen no ha tardado en volver a su impasible anonimato. Decepcionado, el grupo se dirige entonces hacia la casa del hermano de Víctor Noir, donde se encuentra ahora el cuerpo. «Hay que organizarle unos terribles funerales.» Esta idea obsesiona a los cuatro jóvenes en su marcha por las calles silenciosas, la garganta seca y los ojos agrandados por la oscuridad. En ellos está vivo, acuciante, el recuerdo de febrero: transportar el cadáver sobre un chirrión a la luz de las antorchas, como a los fusilados del bulevar de los Capucines; desencadenar el motín, llamar al pueblo a las armas. Pero solamente son cuatro dándole vueltas a esta idea, cuatro en una noche densa y helada que actúa sobre la ciudad como una mordaza, cuatro jóvenes aislados del ruidoso centro y terriblemente solos; en el momento de asumir esta terrible responsabilidad les atenaza el espanto. Vuelven entonces a subir en el «simón» y retornan lentamente y acongojados al barrio de las luces.

«Y para desgracia de la Revolución —escribirá Vallés— hemos sido modestos o cobardes. Hemos abandonado nuestro triunfo; no hemos osado arriesgar el todo por el todo en esta jugada sangrienta.»

Rochefort no fue informado hasta más tarde. Se disponía hacia las cinco a abandonar el Palais-Bourbon, para «ir a una sala de armas a desentorpecer un poco la mano» con vistas a su encuentro con el príncipe, cuando le trajeron el telegrama de Paschal Grousset: «El príncipe Pierre Bonaparte ha disparado su revólver contra Víctor Noir. Este último ha muerto.» Sin comprender nada de esta noticia, Rochefort acudió rápidamente a *La Marselesa*, para que le aclararan lo ocurrido. Una hora más tarde redactaba el manifiesto siguiente:

“He tenido la debilidad de pensar que un Bonaparte podía ser otra cosa que un asesino.

He llegado a imaginarme que un duelo leal era posible en esa familia en la que el crimen y la traición son tradición y costumbre.

Nuestro colaborador Paschal Grousset compartió nuestro error y hoy lloramos la pérdida de nuestro pobre y querido amigo Victor Noir, asesinado por Pierre-Napoléon Bonaparte.

Dieciocho años lleva ya nuestro país entre las manos sangrientas de estos matones que no satisfechos con ametrallar a los republicanos en las calles les atraen en trampas inmundas para degollarlos en su domicilio.

Pueblo de Francia, ¿es que verdaderamente no piensas que esto ha durado ya bastante?"

HENRI ROCHEFORT

El artículo produjo sobre París un efecto fulgurante. La gente acude en masa a la redacción de *La Marseillaise* para decidir la acción a emprender. Se interroga a Vallés, Rigault, Maroteau y Humbert sobre su gira nocturna y todo el mundo quiere ahora llevar sus proyectos a la práctica. Pero ya es demasiado tarde: la casa está rodeada, vigilada por la Policía.

Al anoecer, gran reunión en las Folies de Belleville. En el fondo de la tribuna, un gran crespón en señal de luto, y en la sala abarrotada, ardiente, se ven muchas mujeres, «hecho muy significativo», señala Vallés. La consigna repetida por todos los oradores es: «Hay que acabar con ello», y en realidad jamás ha parecido estar el imperio tan cerca de su ocaso.

12 de enero

Organizar una revolución no es tan fácil como desencadenar un motín. Nadie quiere un levantamiento sangriento, cuyo único resultado sería dar un pretexto para la represión. Y cada uno se pregunta angustiado: ¿Es realmente éste el mejor momento, estaremos preparados a tiempo? Mientras los internacionalistas guardan silencio, Blanqui regresa de Bruselas con el corazón lleno de su eterna y desesperada esperanza.

La mañana del entierro, Rochefort llegó a la calle del Mercado de Neuilly, «extenuado, llevando tres días sin comer y tres noches sin dormir»², destrozado por tantas emociones y tantas preocupaciones sobre la suerte reservada al día que se inicia. La muchedumbre ha invadido

ya la calle y la casa en la que se encuentra el ataúd, colocado sobre dos sillas. En el piso, Rochefort está reunido con Louis Noir, Delescluze y Flourens discutiendo sobre el itinerario que habrá de seguir la comitiva. Unos quieren cruzar París para ir al Père-Lachaise; otros señalan que existen concentraciones de tropas de infantería en los Campos Elíseos y en otros puntos y consideran preferible que se proceda a la inhumación en el propio barrio de Neuilly.

Sin embargo, en la ribera izquierda, en el barrio latino, Raúl Rigault reúne a sus hombres. «Quienes tengan pistolas, en cabeza.» La mayoría son estudiantes blanquistas y los viejos «carbonari» se asombran al ver que la vanguardia está formada por jóvenes gafudos de pelo largo, con rostros de niños testarudos. Detrás vienen los que solamente van armados de bisturís y de compases y, finalmente, obreros disimulando bajo sus blusas gruesas barras de hierro o de acero. Todos «sienten un hambre irresistible de batalla», dice Vallés. En medio de todos ellos, Rigault se agita, chilla, ladra con su voz cascada. Finalmente, la tropa se pone en marcha hacia Neuilly, sin haber logrado disciplinarse, y pronto llegará a la calle del Mercado, desagradablemente sorprendida de no haber encontrado ni ejército ni policía.

Allá reina aún el mayor desorden. Delescluze y Rochefort acaban de arengar el pueblo, y siguiendo el deseo del hermano de la víctima se emprende la marcha hacia el cementerio de Auteuil. Gran parte de la gente, que no ha podido oír nada, sigue a la comitiva, sin comprender gran cosa. De repente se detiene el séquito. Flourens, el joven abogado blanquista, rodeado de un pequeño grupo, acaba de agarrar las riendas de los caballos para obligarles a dar media vuelta y volver hacia París, hacia el Père-Lachaise, pese a los gritos de los enfurecidos cocheros. Entonces sale de la comitiva un coloso con los ojos enrojecidos; es Louis Noir. No está dispuesto a dejar a su hermano en manos de Flourens, quien, muy pálido y los ojos brillantes de fiebre, lo reclama en nombre de la revolución. La gente se interroga, vacila; no está lo bastante enterada de lo que ocurre para poder manifestar su opinión. La comitiva reanuda la marcha en un ambiente de confusión y de abatimiento. Empujados, zarandeados por la masa de gente, muchos caen y

se levantan apresuradamente. Los más próximos al coche mortuario corren el riesgo de verse atropellados. Rochefort, que encabeza el duelo, anda como un sonámbulo, y en dos o tres ocasiones está a punto de caer bajo sus ruedas. Unos amigos se dan cuenta y lo izan sobre el coche, al lado del ataúd. Ahí se queda, las piernas colgando, el vientre torturado por el hambre y la angustia, dominando a ese mar humano a través del cual el carro fúnebre avanza penosamente como un buque sin rumbo. De repente, Rochefort sufre un mareo, pierde el equilibrio y cae sin conocimiento sobre la calzada. Confusión, gritos, desconcierto. Se le transporta precipitadamente hacia una tienda de ultramarinos, donde recibe los primeros cuidados. Los revolucionarios intentan beneficiarse de la interrupción para recobrar el mando y dirigir nuevamente la comitiva hacia París. Flourens se apresura de un lado a otro con la fe del insurrecto, pero falta entusiasmo; Rochefort, medio restablecido, no tiene ya ni fuerzas ni ganas de hacer nada.

En la confusión del regreso, que para algunos (entre ellos, Rochefort) era un simple retorno a casa y para otros (entre ellos, Vallés) una marcha hacia el Palais-Bourbon, los manifestantes tropezaron en el Rond Point de los Campos Elíseos con varios escuadrones de caballería encargados de dispersarlos. Rochefort quiso hacer valer su título de diputado; le respondieron con las tres intimaciones reglamentarias. Redoble de tambores, frases de Rochefort, durante los cuales la comitiva acabó de volatilizarse. Los 200.000 hombres, cansados por esa larga marcha, lúgubre y sin grandeza, se desparramaron rápidamente por los bosquecillos de los Campos Elíseos y de ahí cada uno se volvió prudentemente a su guarida. La «jornada» había concluido.

Blanqui volvió a la sombra, de la que apenas había salido, habiendo renunciado, lo mismo que el 17 de marzo de 1848, por motivos misteriosos y en el momento decisivo, a su papel de conductor de las masas. Nadie tuvo el valor, la audacia, de tomar la dirección de esos 200.000 hombres, porque en el fondo nadie sabía qué hacer con ellos. Esta inmensa aglomeración mostró que las fuerzas revolucionarias continuaban divididas sin más sentimiento común que su repugnancia por el imperio. Jornada sin un solo gesto revolucionario y de significado totalmente

negativo. Más valió, sin duda, que no degenerara en motín: Napoleón III y sus ministros no esperaban otra cosa para manifestar su «fuerza» y apuntalar su tambaleante autoridad. La sublevación es como un fruto que por estar insuficientemente maduro permanece sujeto a la rama y no cae a pesar de las sacudidas que se le da al árbol.

Para algunos esta grandiosa manifestación de hostilidad al régimen consagró la muerte del imperio; para otros puso de relieve la necesidad de una reorganización del movimiento revolucionario. Los delegados de la Cámara federal de las sociedades obreras, reunidos para examinar el asunto del día 12 y sobre «el peligro que supone para la causa popular el abandonar así la dirección a uno o a varios hombres» (Varlin), consideran necesario seguir la acción política de más cerca para no correr el riesgo de verse desbordados por los acontecimientos y, sobre todo, para que las consignas lanzadas en los diferentes barrios no puedan ser contradictorias en el momento crítico. Esta manifestación hará sentir, por lo menos a los más inteligentes, la extrema gravedad y la resonancia que en periodos de agonía social adquieren los gestos más anodinos. De la firmeza y de la paciencia de los jefes dependerá el que el segundo imperio muera sin dejar supervivencias. La precipitación, los golpes de fuerza prematuros asesinan, pero no suprimen, no eliminan, siempre quedan rastros y fantasmas contra los cuales las ametralladoras y las guillotinas no están nunca de más y jamás son suficientes. Si la ejecución tiene éxito es una revolución; si fracasa, se convierte en guerra civil. Al igual que Hamlet, que se detiene en el momento de atravesar con su espada al rey arrodillado pensando que éste, con sus rezos, iría directamente al cielo, así los revolucionarios no deben ceder ante la facilidad que les ofrece la decrepitud del adversario mientras no se le haya caído la máscara y no sea reconocida por todos la flagrancia del desorden. Saber contar que el tiempo constituye el secreto de todo éxito. Napoleón se lamentaba de que los franceses no supieran hacerlo. Sin duda, medio siglo no ha bastado para que aprendieran su importancia; pero los vestigios de 1830, de 1848, de todas esas barricadas derribadas, de todas esas muertes inútiles, son para los mejores una lección de prudencia y de seriedad.

Hasta entonces las huelgas se emprendían para defender o aumentar los salarios. Las que estallan en enero en el Creusot, en las fábricas de Schneider, tienen otros objetivos. Se refieren a las relaciones entre patronos y obreros. Se sabe el formidable auge que acaba de registrar la industria francesa, la concentración y la extensión de empresas cada vez más gigantescas y cada vez más anónimas. Fatalmente cortados de un número excesivo de subordinados, las direcciones de empresa ora se identificaban con unas especies de parlamentos (los consejos de administración de las sociedades anónimas), ora adquirían el carácter de verdaderas dictaduras personales, como ocurría en las fábricas Schneider. Mucho más aparente, esta última forma ofrecía un campo particularmente propicio para los ataques de la oposición, pues se concibe mejor el despotismo de un hombre que el de un comité. Este siempre tiene a su favor la excusa del desorden.

A principios de enero, comprendiendo que convenía dar alguna que otra muestra de liberalismo, M. Schneider había declarado en una circular enviada a todos los jefes de servicio que la caja de socorros, abastecida por cantidades descontadas de los salarios del personal, sería en lo sucesivo administrada por los propios interesados. Inmediatamente los obreros habían nombrado sus delegados para regularizar la situación, pero al presentarse éstos ante la dirección, como era lo correcto, quedaron poco menos que estupefactos al ver que M. Schneider, que les había recibido, por cierto, bastante mal, se dirigía a ellos en tono amenazador: «Tened cuidado; estáis haciendo una oposición que no por ser correcta y cortés deja de ser oposición, y a mí la oposición no me gusta.» Pese a esta ducha fría e inesperada, los obreros votaron a favor de la caja de socorro y nombraron al ajustador Assi jefe de la delegación. Muy preocupado por el giro que tomaba la situación, Schneider vislumbraba ya el momento en que este pequeño litigio sobre una cuestión de detalle abriría una brecha por la que empezarían a filtrarse todas las reivindicaciones rechazadas, todos los resentimientos sin ventilar. Sin poner en entredicho el principio de propiedad, los obreros podían renunciar el reglamento del taller o su prolongación abusiva, imponiendo unilateralmente unas reglas, a veces muy duras, para todos

los obreros contratados, transformando el derecho de propiedad sobre las cosas en un derecho de coacción sobre los hombres. Sublevándose contra el reglamento de taller, y particularmente contra sus aspectos más innobles (multa de 50 francos por no haber denunciado a un compañero, por ejemplo), los obreros podían colocar a M. Schneider en una posición poco envidiable. Por decisión propia e inapelable, acordó evitar toda conversación, telegrafió requiriendo la asistencia de la tropa y despidió a Assi. Como era previsible, los obreros no aceptaron este despido. Abandonaron los talleres al lado de su compañero y acudieron en delegación al despacho, del director. Este les recibió de pie, dirigiéndoles el tipo de discurso que se convertiría en clásico: «No puedo admitir que se me dicte la ley... En este momento, estando sometido a la presión que ustedes ejercen sobre mí, no estoy en condiciones de poder discutir», etc. Como el acusado culpable que se aferra a negarlo todo sistemáticamente, M. Schneider rechazaba toda conversación susceptible de poner en peligro su derecho divino. «Preferiría ver apagarse todos los altos hornos que ceder ante cualquier forma de presión», clamaba. Es una cuestión de principio. Pero evidentemente la rigidez de los principios es prueba de su debilidad.

*

La huelga del Creusot causó una fuerte impresión en París. Los internacionalistas y *La Marseillaise* publicaron manifiestos y llamadas a la solidaridad para con los huelguistas, y faltó poco para que fuese la señal de la insurrección general. Hubo a principios de febrero algunos intentos de barricadas, alguna que otra carga de caballería, «pero nada realmente serio», dice Varlin. Pese a estar convencidos de la absoluta carencia de espíritu revolucionario en los diputados republicanos, Varlin y los obreros, movidos por un misterioso e indesarraigable prejuicio, trataron de conseguir el apoyo de los parlamentarios. Varias delegaciones de obreros fueron a visitar a los diputados de izquierda invitándoles a presentar su dimisión. «Si los diputados hubiesen accedido—escribe Varlin—, hubiera sido la señal para un levantamiento general. Los obreros estaban dispuestos: un acto de los dipu-

tados burgueses hubiera arrastrado a la burguesía, y ante la unanimidad del movimiento el ejército hubiera sin duda vacilado y la revolución hubiera sido cosa hecha.»³.

Esta burguesía tan torpemente apartada, Varlin comprende ahora que es necesaria —por lo menos en parte— para hacer la revolución. Pero como si temiese comprometerse con ella, trata de abordarla por la puerta trasera, por mediación de sus parlamentarios que aborrece. Y así continúa la acción sorda, indirecta, pues ante una revolución que todos ven inminente nadie toma directamente posición. Sin duda, esta falta de decisión responde al temor a quemar sus cartuchos demasiado pronto y a un sentimiento de estar insuficientemente preparados. El poder reacciona también con cierta timidez; Rochefort es detenido furtivamente. Poco después lo es Varlin, pero éste es puesto en libertad a los quince días sin haber sido siquiera interrogado.

La situación es bastante trágica: frente a un régimen moribundo no surge ninguna acción importante, ninguna acción lo bastante amplia y potente para abarcar la política y la economía, para interesar al hombre en su totalidad. Los obreros aparecen, aunque de forma distinta, tan prisioneros de su ambiente como los burgueses con la obsesión de la revolución exclusivamente económica y social, según la vieja quimera proudhoniana. En un llamamiento dirigido a los obreros franceses, César de Paepe expresa exactamente esta obnubilación, que por cierto él mismo comparte: «El estado político —escribe— no tiene ya razón de ser. Ese mecanismo artificial, llamado Gobierno, desaparece en el organismo económico. La política se pierde en el socialismo.»

Pese a sus combinaciones y maniobras secretas, el propio Varlin elude la actividad política y dedica todos sus esfuerzos a las federaciones de sociedades obreras, recorriendo Francia de arriba abajo, hablando por todas partes, pero sin jamás destacarse, ni darse a conocer fuera del movimiento que propaga. Para algunos, sin embargo, su actividad no resulta suficientemente ortodoxa, y Aubry le reprocha prestar una atención excesiva a la política. Varlin le contesta que es indispensable tener los partidos a la vista cuando en cualquier momento puede cambiar el Gobierno.

Una buena voluntad y un valor realmente admirables son la tónica marcada por las huelgas del Creusot en enero y marzo de 1870, y por las manifestaciones de solidaridad que se desarrollan en las grandes ciudades obreras. Sin embargo, no se produjo, desgraciadamente, esa elevación de tono que hubiese transformado este movimiento en una acción realmente conquistadora en vez de ser meramente defensiva. Sin duda, la Internacional gana mucho en extensión, nuevas secciones se fundan por doquier, sus militantes recorren el país, creando emociones y despertando esperanzas. Pero ¿qué ganancia le aporta esto a la revolución? El enorme mito de la «República universal y social con todas sus consecuencias» que se deja flotar sobre la masa, no contribuye a darle conciencia de la inminencia de la revolución. Se consigue a veces darle la impresión de que está participando en un movimiento de envergadura, pero no en una acción susceptible de dar próximos frutos. La «actualidad», en todo el sentido de la palabra, está peligrosamente ausente. Lo que se eleva en Francia no pasa de ser una inmensa ola de protestas, e incluso cuando son vociferadas frente a las cargas de caballería, las protestas no hacen las revoluciones.

*

La tempestad que desde hacía tiempo venía amenazando en política extranjera se hizo casi inevitable. Se habla mucho de guerra y el público, atemorizado por esta eventualidad, no piensa más que en su seguridad. Parece caer en esa apatía tristonza que suele ser característica de estos periodos. En el plebiscito se pronuncia por el imperio (incluso admitiendo que hubo presiones y concesiones de todo tipo) para rechazar las aventuras peligrosas. Las zonas rurales, conservadoras por principio, son mantenidas en oposición a los grandes centros industriales por los prefectos y otras autoridades locales. Finalmente, la Internacional acaba de ser nuevamente disuelta como consecuencia de su manifiesto publicado por *La Marsellesa*, llamando a los trabajadores a abstenerse en el plebiscito, y Varlin, Malon, Murat, Johannard, Combault y Heligon han sido condenados a un año de cárcel. El país queda nuevamente sumergido en el silencio y el terror y ni si-

quiera reacciona el 15 de julio cuando llega la noticia de la declaración de guerra con Prusia.

Con suma lentitud va creciendo el entusiasmo que siempre acompaña al inicio de las guerras. La opinión se hace rogar más de lo normal. Se produce alguna que otra llamarada de exaltación patriótica, pero de forma aislada y pasajera. Visiblemente el país, en su conjunto, permanece indiferente⁴.

La revolución, y también Francia, se encuentran en un punto muerto.

Segunda parte: La Revolución

Por odio hacia quienes han entregado mi patria, por odio hacia el viejo orden social, he venido a enlistarme bajo las banderas de los obreros de París.

Teniente Coronel ROSSEL

5. La sublevación (4 de septiembre a 18 de marzo)

Del nacionalismo abstracto al renacimiento de un patriotismo verdadero. Reanudación de la acción revolucionaria. Los clubs, la Guardia Nacional, el Comité Central. La toma del poder.

«¿Es justa la guerra? ¿Es nacional? No. Es puramente dinástica», afirmaba un manifiesto de *La Marsellesa*.

Un inmenso mitin de obreros celebrado en Berwick el 16 de julio ha expresado su compleja adhesión al Manifiesto de París, ha rechazado con indignación la idea de un antagonismo nacional contra Francia, y en Chemnitz los delegados de los cincuenta mil obreros sajones han adoptado la misma resolución.

Así se expresaba el Consejo general de la Internacional en su mensaje del 23 de julio, redactado por Carlos Marx, cuando hacía una semana que se habían iniciado los combates.

Es bastante sugestivo que sea precisamente el genio inventor y promotor del principio de las nacionalidades quien resulte carecer más de patriotismo. En sus primeras semanas, la guerra de 1870 apareció al pueblo como la guerra de un Gobierno con el cual estaba desde hacía tiempo totalmente desolidarizado. Al iniciarse las hostilidades, los obreros, los publicistas, multiplicaban sus declaraciones de amistad hacia sus compañeros alema-

nes, todas ellas en un tono grandilocuente tan inútil como ingenuo.

La burguesía, caldeada por los grandes tenores del periodismo, parecía deber responder mejor (ella fue quien el 1 de julio, en la Opera, había vociferado «A Berlín»); pero la verdad es que en el fondo sentía poca afición por los asuntos del imperio. En última instancia, quienes marchaban mejor eran los parlamentarios, tanto más cuanto que, bien protegidos en el Palais-Bourbon, para ellos el verbo «marchar» se entendía en sentido puramente figurado. El emperador y su corte se habían lanzado en esta aventura con la pasión del jugador que acomete su partida decisiva. ¡Maravillosa significación de la guerra! Todos los problemas, todos los detalles administrativos que ayer aún envenenaban al poder, quedaban sumergidos, abolidos por esta aventura que requería el compromiso absoluto y de todos, pero cuya victoria tan sólo significaría la consolidación del imperio, del imperio autoritario.

Sin embargo, sería falso creer que los franceses —incluso los obreros— hayan renegado el valor de la nación. Los internacionalistas, en sus manifiestos más pacifistas, no dejaban de declararse patriotas. Pero todos, desde los que se encontraban en los peldaños inferiores de la escala social hasta los mejor socialmente situados, compartiendo la visión abstracta de sus dirigentes, pensaban menos en la nación real, en el suelo patrio, que en la nación histórica; es decir, en la nación ideal. Existía una especie de confianza imperturbable en la inviolabilidad del país, en la potencia de esa Francia de los «principios inmortales» que les inclinaba a creer que el mariscal Leboeuf tenía razón cuando declaraba que no faltaba ni un solo botón de polaina. En el fondo, Carlos Marx estaba en lo cierto cuando le escribía a Engels: «Francia es el único país de la idea (es decir, de la idea que ella se forja de sí misma).» Y también tenía razón Gobineau cuando al estudiar las causas de la catástrofe de 1870¹, oponía «la vanidad nacional» francesa en adoración ante su ombligo; es decir, ante su Estado y su historia y desconociendo todo lo que pasa fuera de sus fronteras al verdadero sentimiento nacional, «sentimiento filial», «necesidad de vivir y morir sobre el suelo en el que se

ha nacido», pero que sabe reconocer las diversidades extranjeras y amarlas.

Como lo presintió Gobineau, ese nacionalismo hermético, intelectual (pues incluso la vanidad es aquí puramente intelectual), no era más que la perversión de un sentimiento auténtico, provocada por la dictadura al querer encuadrarlo rígidamente en un principio. Y cuando Víctor Hugo había escrito unos años antes: «¡Oh Francia, adiós! Eres demasiado grande para no ser más que una patria», tal vez hubiera sido más propio invertir la fórmula y decir: los franceses no tienen la suficiente talla para que Francia sea una patria; se han alejado demasiado de la tierra para poder apreciar su sentido.

Así, Francia, vaciada del poder afectivo, reducida a una simple palabra, se desmoronará ante el primer choque del ejército alemán.

Efectivamente, los errores militares no eran en su mayor parte sino el reflejo en el orden práctico de ese concepto de la nación-bloque y de la vanidosa presunción que le acompañaba. «La ley de 1868—escribe el diputado coronel Fabry en un informe que redactó en 1921 sobre la ley de Reclutamiento militar—implicaba en realidad la obligación del servicio, ya que en caso de guerra todo francés era incorporado, bien en el ejército, bien en la Guardia Nacional móvil. Por primera vez desde 1814, la reserva no era ya únicamente considerada como un medio de disminuir los gastos reduciendo el efectivo en tiempos de paz. La reserva propiamente dicha y la Guardia Nacional móvil ponían a disposición del Gobierno para la defensa del país a la totalidad de la juventud francesa.

»Esta nueva organización —añade el coronel Fabry— estaba apenas esbozada en 1870. La Guardia Nacional móvil no estaba ni encuadrada ni instruida. Como tantas veces se ha dicho, tan sólo existía sobre el papel. Por otra parte, el concepto centralista no faltó de producir su efecto habitual; la movilización y el agrupamiento de las fuerzas se efectuaron con una lentitud y un desorden difíciles de imaginar. Trenes enteros de víveres y de municiones fueron consignados a Metz sin el personal necesario para descargarlos. Las estaciones y las vías se encontraron pronto a tal punto abarrotadas de bultos y de vagones que la circulación se hizo imposible. Los transportes

de tropa tuvieron que suspenderse y 200.000 reservistas se vieron inmovilizados en sus cuarteles. Al mismo tiempo, las fuerzas enviadas a la frontera sin el material necesario (la idea era enviarlo posteriormente) se quejaban de carecer de todo. El efecto fue desastroso.»².

Finalmente, mientras el ejército alemán, dividido en cuerpos autónomos, pero articulados, lograba desplazarse con rapidez y precisión, el ejército francés, pesado y masivo, perdía por su rigidez toda aptitud ofensiva, toda facultad de maniobra.

Pero de todo esto los franceses no se daban cuenta, y si ya no tenían sentimiento nacional o lo tenían debilitado, creían, sin embargo, en su nación. El 6 de agosto, cuando un rumor misterioso salido de la cueva de mitos que es la Bolsa, aseguraba que el ejército prusiano había sido derrotado, dejando 25.000 prisioneros, el bulo no tuvo dificultad en extenderse. Todo el mundo pretendía haber visto el despacho, y pronto las vibrantes estrofas de *La Marsellesa* se extendían por los peldaños de la Bolsa y a lo largo de los bulevares. Cantantes célebres la entonaban encaramados en lo alto de los ómnibus o de pie en sus coches ante una muchedumbre en delirio.

«Extraña alucinación», señala Edmond de Goncourt en su *Diario*. En realidad, era una alucinación normal, el efecto lógico de ese estado de irrealidad en el que vivían las tres cuartas partes de los franceses.

Se comprende entonces por qué el hundimiento fue tan rápido y tan grande su efecto psicológico. En ese mismo día en que Francia se veía victoriosa se produjeron las derrotas de Froeschviller y de Forbach y la pérdida de Alsacia.

El golpe era duro. Al día siguiente París permaneció inmóvil y silencioso, como un boxeador derribado que espera a recuperar sus espíritus.

Al finalizar la tarde, sin embargo, el ambiente cambia de repente; los bulevares están en efervescencia, pues la oposición ha comprendido el magnífico trampolín político que le ofrecían las derrotas militares del imperio. Se oye *La Marsellesa* y gritos de «¡Viva la República!» El Gobierno está desconcertado. El ministro del Interior quiere detener a una veintena de diputados de izquierda, entre los cuales a Gambetta, Arago, Jules Favre, y enviarles una temporada a Belle-Isle. Emile Ollivier decreta

el estado de sitio y convoca las Cámaras. Estas se reúnen el día 9; Jules Favre propone el nombramiento de «un comité de quince diputados revestidos de plenos poderes de gobierno para rechazar la invasión extranjera», pero la idea es descartada por el presidente, por no considerarla constitucional, provocando la indignación de todos los diputados de izquierda, que lanzan entonces una proclama por la salvación de la patria. Granier de Cassagnac, abochornado por esta encarnizada oposición, exclama: «¡Es un comienzo de revolución!»

En realidad, la revolución comienza efectivamente, pero fuera del Parlamento: los obreros descienden de Belleville y ocupan la plaza de la Concordia al grito de: «¡Abajo Ollivier!» A este respecto, por cierto, obtienen inmediata satisfacción, pues al término de la sesión parlamentaria de ese mismo día, un nuevo Gobierno, presidido por Palikao, ocupará el Poder. Pero en realidad, en la persona de Ollivier, a quien atacaban los obreros era al imperio.

La situación militar no tardó en comprometer seriamente la situación económica, ya muy precaria. El 13 de agosto la crisis financiera presentaba un aspecto tal que la Cámara se veía obligada a elevar de 500 millones a 2.400 millones el límite de emisión de billetes bancarios.

Ante este imperio que amenaza derrumbarse de un momento a otro, ¿qué hacían los revolucionarios? Los medios obreros desorganizados por el desempleo, por la obligación de trabajar en las compañías de guerra, hostiles a una guerra a la cual no quieren verse mezclados más que en nombre de la paz, se hallan reducidos a la impotencia. Tan sólo quedaban los blanquistas, que sólo pensaban en repetir la aventura del 93. El «Viejo», regresado subrepticamente de Bruselas, contando ahora con fuerzas dispuestas y armadas, que tuvo ocasión de pasar revista con motivo del entierro de Víctor Noir, se sentía preparado para intentar un golpe de fuerza importante. Después de unas pocas reuniones en la casa de Eudes, donde tenía su depósito de armas, decidieron dar el golpe el día 14 de agosto. El objetivo era apoderarse de las armas del cuartel de bomberos de La Villette y con esta demostración de fuerza intentar arrastrar a la muchedumbre.

Domingo, 14 de agosto

La guerra está aún lejos, y en este domingo, víspera de fiesta, el bulevar de La Villete ha tomado su aspecto más alegre y tranquilo. Prestando el oído a los discursos de los charlatanes que en cada plaza ocupan las aceras, deteniéndose para contemplar los juegos de manos de los juglares y truhanes, los paseantes endomingados tratan de olvidarse de las preocupaciones del momento. El sol de agosto que aplan a y endormece, contribuye a crear este ambiente de paz y de sosiego y nada parece anunciar el cipizape que se avecina. Sin embargo, distribuidos por medio de los charlatanes y truhanes, un grupo de blanquistas espera la señal.

Las tres de la tarde. Un silbido. Unos cien manifestantes, rápidamente agrupados y encabezados por Blanqui y Eudes, se precipitan hacia el cuartel de los bomberos. «¡A las armas!» Se entabla una verdadera lucha con el cuerpo de guardia, pues éste no cede con la facilidad prevista. Como el combate amenaza con resultar estéril, se intenta parlamentar, pero, apenas iniciadas las negociaciones, surge un destacamento de guardias municipales y el combate se reanuda con redoblado furor. Caen unos hombres salpicados de sangre: dos centinelas y un municipal. Los grandes gritos de desesperación: «¡Viva la República!», «¡Muerte a los prusianos!», «¡A las armas!», no cunde ya efecto alguno. Las fuerzas llamadas de orden político reaccionan de acuerdo con el mecanismo que representan: los manifestantes son rechazados hacia los bulevares. En vano la llamada a las armas; en vano la llamada a la República. La población, bonachona, contempla, estupefacta y silenciosa, el paso de los manifestantes. El desfile, con su griterío característico, ha pasado y, más aislado que nunca, Blanqui camina por medio de ese gentío, de ese pueblo que lleva veinte años buscando y que aún no ha encontrado.

Al atardecer, Eudes y Brideau cometen una imprudencia y son detenidos en los bulevares. El asunto le viene demasiado bien al Gobierno para que no lo aproveche al máximo. Palikao, para quien la mentira es un arma política como otra cualquiera, declara: «Están pagados por Prusia. Tengo en mi poder pruebas que podría pre-

sentar.» Pero nadie en el Parlamento, como lo señala vehementemente Blanqui, se atreve a decir: «preséntelas». Todos están interesados en que los agitadores aparezcan como traidores.

Fines de agosto

Como Palikao practica sistemáticamente la política del silencio, la prensa se ve obligada a recurrir a los bulos, a las informaciones falsas, que, por su incertidumbre sólo contribuyen a aumentar la angustia y la postración de los parisienses. M. Thiers, adversario del imperio y de la guerra, entra entonces en escena con todos los honores. Apenas se presenta como el que ya todo lo había anunciado, el papel que le atrae es de más brillantez, quiere hacer de capitán. Puesto que estamos en guerra, hay que jugar el juego. Los planos de Estado Mayor, el arte militar, no son nuevos para él; bastante los ha manipulado en sus estudios históricos para sentirse capaz de hacer de estrategia en la realidad. Quiere ser el defensor de París, pues para él no cabe duda de que el enemigo llegará a las puertas de la capital. Al oírle hablar, sus colegas se estremecen y le acusan de derrotista y, sin embargo, no se trata de eso. Thiers está dispuesto a abandonar el resto de Francia a favor de París, ya que la capital se siente fuerte; sus fortificaciones son obra suya. En París se siente en su casa. Afirma categóricamente que, al amparo de «las grandes obras de fortificación que protegen la capital, París puede oponer al enemigo una resistencia invencible». Poco le falta para desear que París sea sitiado y poder asumir así el papel de jefe que tanto le atrae. Todas las mañanas, a las cinco, Thiers se prepara correteando por las fortificaciones, contemplando su obra y haciendo de Vauban.

El día 19 fue instituido un «Comité de Defensa de las fortificaciones de París», primero con carácter exclusivamente militar, pero que muy pronto solicitó los indispensables servicios de M. Thiers. Se desconoce lo que fue este Comité antes de que en él entrara Thiers, pero lo cierto es que su incorporación no contribuyó a desarrollar su unidad y armonía interiores. Todo fueron riñas, discusiones interminables, intercambio de crudas verdades envueltas en una falsa y exquisita amabilidad,

quedando convencidos los generales de que Thiers no era más que un charlatán, y Thiers de que los generales eran unos pelmazos anticuados y rutinarios.

*

Todas estas hermosas peroratas militares quedaron interrumpidas por la noticia de la derrota de Sedán, que le llegó a Thiers, en el atardecer del 2 de septiembre. Era tal la importancia del desastre, que Thiers comprendió que su papel ya no podía ser el mismo. Caía el telón antes de lo previsto. Inevitablemente todo sería sometido a revisión, y tal vez lo más acertado sería hacer una bella salida por el foro. «Yo ya nada puedo hacer», le contestó al ministro del imperio, que después de comunicarle la fausta noticia le preguntaba qué podía hacer.

3 de septiembre

Los desastres notificados esa mañana por Palikao a la Cámara precipitaron al mundo parlamentario en el mayor desconcierto. Nadie sabía qué hacer, y el propio Jules Favre anunciaba, por una parte, que reclamaría la destitución del Gobierno y al mismo tiempo aceptaba el aplazamiento del debate. Se esbozaron diversas combinaciones y triunviratos en los pasillos y en las salas, pero los más conscientes no disimulaban su escepticismo y reconocían que todo ello era construir sobre arena. El Parlamento se encontraba a todas vistas aislado del país. París se hallaba encogido de miedo y Francia entera parecía haber quedado atónita ante el peligro. No había ni sentimientos ni ideas. Las agrupaciones, los partidos, las personas, todo parecía haber quedado pulverizado, aniquilado.

Sin embargo, lo mismo que en la noche del 6 de agosto, París tuvo un sobresalto —provocado, cierto es—, y al anunciarse la derrota la capital conoció unas horas de vida intensa, febril. El conocimiento de las más duras realidades parecía preferible a la incógnita plagada de fantasmas y toda la población sintió como si se aliviara el terrible peso que la oprimía. Por la noche, los quioscos en los que se vendía la prensa fueron literalmente tomados por asalto. La gente se apiñaba al pie de las farolas para leer las últimas noticias y en los alrededores de

las alcaldías no cesaban las idas y las venidas, las conversaciones apasionadas y las angustiosas esperas. Poco a poco la consternación dio paso a la ira; el murmullo se convirtió en gruñido. Y ya avanzada la noche, grupos de manifestantes empezaron a recorrer los bulevares al grito de «¡Destitución! ¡Viva Trochu!»

“En fin, el espectáculo tumultuoso y desordenado de una nación decidida a salvarse por el *imposible* de las épocas revolucionarias”, concluye Edmond de Goncourt en su diario.

4 de septiembre

En la mañana de ese domingo gris los diputados no habían logrado aún salir de su indecisión, y como el asunto era ante todo para ellos una cuestión de palabras, se debatían en un embrollo de textos, buscando alguna astucia redaccional que disimulara la realidad sin cambiarla.

Pero no parecía que la muchedumbre entendiese las cosas así. Desde las diez de la noche la plaza de la Concordia estaba abarrotada de obreros de los suburbios y de burgueses demócratas reclamando la dimisión del Gobierno.

Hacia las dos, aprovechando una suspensión de la sesión, parte de la Guardia Nacional que fraternizaba con el pueblo zarandeó a los ujieres y penetró en el palacio seguida por la masa de manifestantes. Pronto fueron invadidos los pasillos, las tribunas. El presidente, Schneider, ante los pitidos y las amenazas, optó por abandonar su butaca y emprender la retirada. Régère, un futuro miembro de la Comuna, se subió entonces a una mesa, y, dirigiéndose a Thiers y al conjunto del cuerpo legislativo, exclamó: «El pueblo no espera más. Hemos esperado hasta las dos de la mañana; ahora somos nosotros quienes imponemos la dimisión.» Pero esto no era ya suficiente. Gambetta subió a la tribuna, y con su voz potente y bella proclamó: «Luis Napoleón Bonaparte y su dinastía han dejado para siempre de reinar sobre Francia.»

El tumulto y la agitación fueron tales que parecía que nunca iban a calmarse. Jules Favre comprendió que la mejor manera de restablecer el orden era reunirse al ce-

remonial clásico de todas las revoluciones y llevarse a todo el mundo hacia la alcaldía, cosa que hizo sin dificultad.

A las cuatro de la mañana la República fue proclamada.

La alegría se extendió por toda la ciudad. En las calles, la gente se abrazaba y se felicitaba, diciendo: «Ya está.» Los prusianos habían sido olvidados y en la unidad renaciente el pueblo estaba en fiesta. El buen humor por doquier, claveles rojos en las cabelleras femeninas y en las solapas de los caballeros, despliegue de banderas, *Marsellesas* y alguna que otra borrachera por las esquinas.

En la puerta del Palais Bourbon, un mozarrón en blusa blanca, con un fusil en la mano, invitaba burlonamente a los transeúntes: «Entrada libre al bazar. Entren, entren.» Y la gente se precipitaba y se atropellaba en su afán por conocer el antro misterioso y famoso. Evidentemente, el pueblo concedía más importancia a lo que acababa de derribar que al tipo de Gobierno que le iba a ser presentado. Se entusiasmaba pensando en la caída del tirano y en la nueva República, y mientras tanto olvidaba la guerra, olvidaba a Francia.

A las cinco, el pastel parlamentario que preparaban en la alcaldía aún no estaba cocido. Los revolucionarios del exterior, los internacionalistas, los blanquistas, que se habían rezagado, querían imponer los nombres de Blanqui, Flourens, Deslescluze, Félix Pyat, y chocaban con los diputados, que al salir del Palais Bourbon habían abandonado su demagogia revolucionaria, cayendo en la moderación más insustancial. Y como ninguna de las dos fuerzas era ni lo bastante fuerte ni lo suficientemente decidida para imponer su voluntad, no había más remedio que recurrir a las eternas transacciones. Para terminar hubo que acogerse al sufragio universal, decretando que todos los diputados de París formarían un «Gobierno de Defensa Nacional» con el general Trochu asumiendo la alta jefatura militar.

Como todos estos diputados eran republicanos, a excepción de Thiers (que lo era virtualmente), el Gobierno, de hecho, era necesariamente también republicano.

Rochefort, todavía encarcelado, había sido olvidado

por sus colegas al establecerse las listas, y cuando la masa que le había sacado triunfalmente de Sainte Pelagie le condujo a la alcaldía, los rostros de algunos diputados se ensombrecieron un tanto. Jules Favre, viejo aventurero del parlamentarismo, supo tranquilizar a sus colegas: «¡No será él el menos prudente! De todas formas preferimos tenerlo dentro que fuera.» Y todos se dejaron convencer.

¿Fue esto una revolución? Evidentemente, no. Todo lo más un principio de revolución. Una jornada más que se caracteriza por la ausencia casi total de revolucionarios. Cambio de régimen, debido a las circunstancias más que a los hombres. Y, sin embargo, el aire que se respira es nuevo. La guerra está en vías de convertirse en nacional. El Parlamento ha estado a punto de derumbarse y ha sido precisa toda la nulidad e inconsecuencia de la masa para evitar que se hundiese totalmente. Sin duda, después de haber echado por la borda a sus colegas provinciales, los grandes oradores parisienses continuaron con sus peroratas. Pero entre ellos y el pueblo se ha abierto una falla. Nadie cuenta ya con el «bazar». Se le tolera por creer que la oposición está libre de los vicios del ambiente. Y harán falta muchos meses de incuria para que el pueblo se convenza de que la oposición parlamentaria vale mucho más que sus adversarios.

Pero el hecho más grave es que al no llevar a buen fin la amputación del Parlamento y de los parlamentarios, al hacer una selección entre ellos —no dejando que esta selección se haga—, la población parisiense se ha mostrado displicente hacia la provincia cuando en realidad era débil, lo cual es peor. Si hubo el 4 de septiembre un escamoteo parlamentario, es indudable que fue facilitado por un egoísmo medroso típico de la mentalidad del sitiado, que no ve más allá de sus aspilleras. Atmósfera de angustia y pronto de desesperación, que oscila entre la absoluta pasividad y el golpe de fuerza brutal. Atmósfera favorable a los blanquistas, siempre hostiles a la «reaccionaria provincia» y siempre convencido de la necesidad de una dictadura parisiense.

En total, lo bueno y lo malo se entremezclan bajo el nuevo clima. Por una parte, una tendencia (débil) a recobrar la comunidad nacional, y por otra parte,

tendencia (fuerte) de París a aislarse del resto de Francia. Y esta incoherencia será una de las causas del fracaso del movimiento comunalista.

•

En los clanes de la «élite», entre los pensadores, el descalabro era total. No porque la brutalidad de los acontecimientos hubiese logrado superar su absoluto desconocimiento de las realidades, sino más bien por su tendencia a inflar la gravedad de las circunstancias, convirtiéndolas en catástrofes imposibles de contener. Las famosas cenas en casa de Brébant adquieren un aire caricatural, casi de farsa, que sería erróneo atribuir únicamente a la pluma fácil de su relator, Edmond de Goncourt. El 6 de septiembre, Saint-Víctor entra y se deja caer en una silla, murmurando «como si se hallase bajo la impresión de una misión terrorífica»: «¡El apocalipsis!... ¡Los caballos pálidos!» Y todos a cuál más exagerando las fatalidades e infortunios de Francia. Tan sólo el príncipe de los eruditos, Ernest Renán, conservando su indiferencia olímpica, celebra a los alemanes, declarándoles «raza superior» ante la escandalizada Asamblea. Y como Edmond de Goncourt, viendo consumida la ruina de Francia, habla de la necesidad de preparar su venganza, el grueso Breton se inflama, agita sus cortos brazos: «No, no; no hablemos de venganza y que perezca Francia. Por encima está el reino del deber, el reino de la razón.» Y con el rostro enrojecido, citando las Escrituras, aparentemente indiferente a las palabras de Saint-Víctor, se acerca a la ventana, «debajo de la cual prosigue el despreocupado ir y venir de París», y le susurra al oído de Goncourt: «He aquí lo que nos salvará: ¡la molicie de esta población!»

Y, efectivamente, el sentimiento patriótico es de lo más débil. El 4 de septiembre había provocado una efímera alegría en los ejércitos, pero no el entusiasmo. En los primeros días de septiembre, los soldados acampados en París conservaban su aspecto tristón. Comenzaba a notarse el frío, y la improvisación de las instalaciones, el espectáculo del derribo de edificios en la zona militar, el de las lúgubres mudanzas de los habitantes de las afueras hacia el centro de la ciudad, con su heteróclito mobiliario encaramado en lo alto de un carricoche;

los reveses del ejército francés, el avance de las fuerzas alemanas hacia París. Todo contribuía a mantener a los militares en una especie de melancolía y de atónica pasividad. «Parecen soldados para morir —observa Edmond de Goncourt—, no para vencer; soldados predestinados a la derrota por la deserción de su moral y cuyo turbado cerebro está bajo la obsesión del gran disolvente de los ejércitos: la traición.»

Pero este era el estado de espíritu de la masa anónima, cuyas reacciones son simples y variables. Y muy pronto cambiarían los ánimos con el espectáculo de un París guerrero, adquiriendo poco a poco el aspecto de un inmenso campo atrincherado, en el que se multiplicaban a ojos vista los uniformes.

Pronto el Campo de Marte cubierto de blancas tiendas de campaña, las largas hileras de caballos bebiendo en el Sena, los cascos relucientes de las estafetas destellando en el polvo de los Campos Elíseos, el parque de las Tullerías, convertido en gigantesca cuadra, animada por el piafar y relinchar de los caballos, oliendo a paja y a estiércol; los ejercicios militares a doquier, el toque de clarines, el redoble de los tambores, toda esta sinfonía guerrera lograba reanimar el cariño al ejército y la necesidad de heroísmo en cada ciudadano.

¡París está armado! Aclama y se aclama incansablemente durante la gran parada militar del 13 de septiembre. Se desgañita hasta perder la voz vitoreando al general Trochu, ascendido a salvador e ídolo indiscutible. En este hombre las masas, cuya memoria es de lo más defectuosa, se empeñan en ver a una víctima del imperio, cuando en realidad el 2 de diciembre fue el celoso auxiliar del mariscal de Saint-Arnaud, conquistando sus galones merced a la más degradante adulación. Ambicioso, decepcionado y descontento, de carácter indeciso, temiendo siempre revelar sus propósitos, es de los que engaña con su prudente reserva. Se cree ver a un hombre serio, entregado, donde tan sólo hay un oportunista carcomido de ambición.

La fiebre ha empezado a extenderse por París, pero está muy lejos de ser general. (¿Lo será algún día?) Los cafés, los salones, la vida frívola continúa latiendo con pulsaciones normales. Se lee más los periódicos, se discute interminablemente, pero nadie tiene conciencia de

cómo las cosas pueden acabar. El estado de susceptibilidad y de nerviosismo de la gente hace imposible un estudio serio desde el punto de vista psicológico. Ante todo hay que evitar la esquematización. No fue progresivamente, a chorro continuo que fue manando el gusto al heroísmo, sino a borbotones, por impulsos explosivos. La exaltación de un día queda enterrada por la desesperación del día siguiente, y la actividad de un barrio anulada por la pasividad de otro. Lo que domina a todas luces es el ansia de la espera. La población parisiense espera como el soldado, con el fusil entre las piernas, el solemne momento de la subida al parapeto.

*

Oculto en un apartamento desde el asunto de la Villete, Blanqui lanzó el 4 de septiembre las siguientes consignas: impulsar a las masas a que invadan el Parlamento, obligar a los diputados de la oposición a proclamar la caída del imperio, lograr que sea proclamada la República y, finalmente, liberar a Eudes y a Brideau, condenados a muerte por el asunto de La Villete. Todo este programa había sido perfectamente realizado; quedaba por ver qué decidiría ahora. Tal vez porque el asunto del 14 de agosto le dejara una impresión de falta de madurez revolucionaria, o porque estando la República instaurada pensase que era preciso conceder toda su atención a la defensa del país, el hecho es que, causando la sorpresa de muchos, Blanqui decidió dejar prácticamente en suspenso la acción revolucionaria, supeditándola a la defensa nacional. Para el periódico y el club que se disponía a lanzar escogió la significativa consigna de *la Patria en peligro*. Esta nueva orientación desconcertó a muchos de sus simpatizantes; esperaban otra cosa. En *La Comuna vivida*, Gastón Da Costa mantiene que esta consigna disgregó más que consolidó al partido blanquista, y cuando, según él, Blanqui, comprendiendo su error, quiso «reagrupar sus fuerzas dispersas», las inútiles concesiones, la confianza que había dado al Gobierno de Defensa Nacional, le colocaron una vez más en una situación equívoca y falsa.

En el campo de los internacionalistas se produjo también un cierto desconcierto. En la noche del 4 de septiembre, las sociedades obreras se habían reunido y ha-

bían redactado un llamamiento al pueblo alemán que reflejaba la evolución de su actitud después de caído el imperio: «La Francia republicana te invita, en nombre de la justicia, a retirar tus fuerzas; si no, tendremos que combatir hasta el último hombre y verter a raudales tu sangre y la nuestra. Te repetimos lo que le declaramos a la Europa coaligada en 1793: el pueblo francés no hace la paz con un enemigo que ocupa su territorio.»

Este llamamiento enfureció a Carlos Marx. Lo tachó de puro chovinismo, pues iba en contra de sus ideas de acelerar al máximo la conclusión de la paz. Insistió, sin embargo, en aconsejar a los obreros franceses de no hacer nada que pudiese debilitar a la República y comprometer la firma del armisticio. En el fondo, no obstante, su poca simpatía por Bismarck, «agente de los Hohenzollern», a Carlos Marx no le disgustaba ver a Francia vencida y esperaba con impaciencia la consagración de esta situación, que, según él, debía desplazar «el centro de gravedad del movimiento obrero europeo de Francia a Alemania» y asegurar así la preponderancia de su teoría sobre la de Proudhon.

Pero ya sabemos que los franceses se sentían en aquella época poco atraídos por la posición marxista, y así resultó que los consejos del comité de Londres fueron poco escuchados. Había otra voz que les seducía más. La de Bakunin, cuya doctrina, diametralmente opuesta a la de Marx, afirmaba la necesidad de ligar la guerra a la revolución. Desde finales de julio había literalmente inundado a sus amigos de cartas para preparar el levantamiento general. Las insurrecciones del 8 y del 9 de agosto, la primera en Marsella, la segunda en París, habían sido lanzadas por indicación suya. En Marsella tan sólo duró unas horas y en París no tuvo tiempo de materializarse, pues el complot fué descubierto y sus jefes detenidos esa misma mañana. Aunque de edad ya avanzada y con la salud minada por los muchos años de cárcel, Bakunin sólo sacaba una conclusión de sus fracasos: la necesidad de estar personalmente presente en la acción. El 14 de septiembre se trasladaba de Suiza a Lyon.

Además, frente al peligro que amenazaba a Francia, ante esa frágil muestra de República, fruto de la confusión general, ante la creciente miseria de París, se difuminaban las divergencias doctrinales: había que actuar sin

demoras, con eficacia, y acelerar la reagrupación de los franceses.

Ya el 5 de septiembre se celebraba una muy importante reunión en la sede de las sociedades de resistencia, plaza de la Corderie. Los hombres de la Internacional, los socialistas de todo matiz decidían la constitución de un Comité Central de los veinte distritos parisienses para asegurar la cohesión de la acción en la capital. La organización era la siguiente: en cada distrito sería nombrado un *comité de vigilancia*, encargado de controlar a las alcaldías y recibir las reclamaciones. Cada comité debía nombrar a cuatro delegados, y el conjunto de los delegados formaría el Comité Central de los veinte distritos. Las elecciones reunieron a hombres procedentes de situaciones muy distintas: empleados, obreros revolucionarios conocidos, miembros destacados de los clubs, periodistas, unidos por una nueva fraternidad y una voluntad común. En él entraron muchos de los futuros miembros de la Comuna: Cluseret, Dupont, Johannard, Le-français, Longuet, Millièrre, Malon, Oudet, Pindy, Ranvier, E. Vaillant, Jules Vallés y varios otros. A pesar de la modestia del papel de vigilancia que parecía atribuirse, esta federación surgía como una «fuerza nueva», como una fuerza de acción.

«Acabamos de extender sobre la ciudad entera —escribe Jules Vallés— la red de una federación que será por su obra más importante que la Federación del Campo de Marte..., con todo el alboroto que ésta ha armado en la historia.

»Son ochenta pobres bajados de ochenta chabolas, que van a hablar y actuar —y si hace falta golpear— en nombre de todas las calles de París, solidarios en la miseria y unidos por la lucha»³.

El 6 de septiembre, el Gobierno de Defensa Nacional nombra él mismo a los alcaldes y adjuntos de alcaldías de París, manteniendo a la capital bajo el mismo régimen de arbitrariedad que sus miembros tantas veces habían atacado.

El día 8, la convocatoria de una Asamblea nacional queda aplazada hasta el 16 de octubre.

El 15, bajo presión de los elementos revolucionarios, decide anteponer las elecciones municipales a las legislativas.

La situación en París se empeora de día en día. Todos los que vivían en las cercanías han sido alojados en el centro, pero no tienen trabajo y vienen así a engrosar las filas de los ya numerosos parados de la capital.

El día 17, el Comité de los veinte distritos, constituido definitivamente, formula su programa: *elección de los municipios, control de la policía, elección y responsabilidad de los magistrados, derecho absoluto de prensa, de reunión y de asociación, expropiación de los artículos de primera necesidad, racionamiento, distribución de armas a todos los ciudadanos, envío de comisarios para la recaudación de impuestos en las provincias.*

Comprende ya lo esencial del programa comunalista. Poco a poco se va formando por debajo del tambaleante poder que seguía la estela del imperio, un poder nuevo, cuyas raíces no proceden de la política, sino de la propia vida de la nación. Los consejos de alcaldía, por su propia proximidad, se convierten en los órganos hacia los cuales se dirigen los parisienses para tratar de resolver sus problemas.

El día 18, dos ejércitos alemanes, el III y el IV, procedentes de Sedán, derrotan a los zuavos en la meseta de Châtillon y efectúan su unión.

Empieza el sitio de París.

La lucha sorda entre el comunismo y la Defensa Nacional se reanuda entonces, sin que tal vez los parisienses sospechen su importancia.

El 20 de septiembre, el Comité de los veinte distritos celebra una gran reunión en el Alcázar, en el curso de la cual son votadas cinco resoluciones recogiendo sensiblemente el programa del 17, pero hablando esta vez de Comuna y afirmando que «la República no puede tratar con el enemigo que ocupa su territorio». En su conjunto el tono es más elevado y más combativo.

Al día siguiente, este programa fue presentado al Gobierno, pero Jules Ferry consiguió apartarlo, aplazando su discusión hasta el día 28. Pese al aspecto desmoralizante de esta vana lucha de guerrillas en el terreno del poder y de las ideas, el Comité, los internacionalistas, no cesaron en sus repetidas gestiones acerca de los parlamentarios, a veces apoyados, otras entorpecidos por Gambetta. Sin embargo, la violencia de estas gestiones se vio pronto acrecentada por un nuevo factor: la Guardia Nacional.

Los jefes de la Guardia Nacional eran elegidos, y, por consiguiente, en los barrios avanzados ésta tomó muy pronto el carácter de unas verdaderas milicias revolucionarias. Luego, en la medida en que el Gobierno demostraba su incapacidad, en que aumentaba la miseria, este estado de espíritu se fue extendiendo al conjunto del cuerpo, de manera que pronto los delegados del Comité de distritos se hallaron casi todos al frente de un batallón.

Finalmente, los clubs agitaban esta población sobreexcitada, haciéndole sentir poco a poco que la salvación tan sólo podía venir de la Comuna. Incluso los burgueses, ante el cierre de los teatros, no tenían reparo en acudir a esas asambleas tormentosas, donde por lo menos encontraban con qué satisfacer su afición a los espectáculos grotescos. Efectivamente, abundaban en ellas los extravagantes, los iluminados convencidos de poseer el «único plan posible» para derrotar a Prusia o salir de la miseria. Pero al lado de estos discursos inflamados e incoherentes, al lado de las proposiciones absurdas, aparecían burdamente expresados los sentimientos y los deseos profundos de la población parisiense. Y los tópicos eran siempre los mismos. Repitiéndose una y otra vez el odio hacia los especuladores, carniceros, tenderos de comestibles, intermediarios que se aprovechaban de la escasez para elevar los precios de los artículos de primera necesidad, la constante reclamación de un racionamiento de estas mercancías y de la devolución a sus propietarios de todos los objetos de menos de 100 francos depositados en el Monte de Piedad. A veces la idea que se hacían de esta Comuna de la que tanto hablaban aparecía vaga y compleja, pero otras veces resultaba extrañamente sencilla, directamente calcada de la realidad.

He aquí el relato de una sesión en el club de Blanqui celebrada el 25 de septiembre, es decir, al principio del sitio, hecho por un periodista de los *Debats*, G. de Molinari, poco sospechoso de simpatía hacia este movimiento.

«Existiría en ese momento, según el orador, varios poderes, tendientes sin duda al mismo fin, pero que faltándoles la investidura oficial carecen de la indispensable autoridad para poder adoptar todas las medidas que la defensa exige de forma imperiosa. Así, existe en cada distrito un comité de vigilancia compuesto por ciudadanos entrega-

dos que se ocupan de todas las cuestiones relativas al sueldo de los guardias nacionales, a las subsistencias, etcétera. Hay un comité central republicano formado por los delegados de los comités de vigilancia; existe, además, la reunión de los jefes de batallón de la Guardia Nacional, que representa la población armada; está el Comité de los antiguos proscritos, etc., y por encima de todos estos poderes se sitúa el poder de la Comuna libremente elegida e investida, en virtud de su origen, de la autoridad suficiente para romper todas las resistencias y hacer justicia frente a todas las malas voluntades en materia de subsistencia y en otras materias»⁴.

Tal vez se considere que la idea era simplista. Pero lo que aquí importa no tanto es la idea, sino la comprobación de un impulso concreto y del sentido de este impulso. La preocupación de un verdadero gobierno hubiera sido, sin duda, contribuir a este impulso y llevarlo a buen fin, pero el de Defensa Nacional sólo tenía de gobierno el afán de mantenerse en el poder, y todo lo que se movía, todo lo que pretendía vivir a su alrededor le repugnaba. El general Trochu, para encubrir los sangrientos fracasos que con sus operaciones militares imponía al pueblo de París, ironizaba, se burlaba de «la locura de la salida» y de «la locura de los cañones». Envenenada sonrisa del tímido, que resulta odiosa cuando se dibuja, como en este caso, sobre un fondo de sufrimiento y de muerte. Al igual que sus colegas, el general no tenía fe en su plan defensivo, no creía en ninguna defensa posible, y solamente esperaba en secreto la paz, por vergonzosa que fuese. Le molestaba ese patriotismo febril y decidido, y para darle alguna satisfacción, cuando no podía mofarse de él, dejaba caer alguna frase de aliento, alguna promesa oscura y ordenaba alguna miserable salida, mal preparada y siempre sangrienta.

Los moderados, desde todo lo alto de su incompreensión política, han felicitado posteriormente al general Trochu por no haber abusado de los poderes que le habían sido conferidos, sin darse cuenta de que le hubiera sido imposible hacerlo. Bastante tenía con hacer durar su mandato.

Con la agudización de la crisis, la acción política y económica del Comité de Distritos queda eclipsada por la acción a mano armada de la Guardia Nacional, y Tro-

chu choca no sólo con los prusianos, sino también con la población armada de la capital.

De todos los medios de acción, el más expeditivo es sin duda el Ejército. De ahí que éste haya desempeñado un papel importante en todas las instauraciones de dictaduras, desde las «costillas de hierro» hasta las «camisas marrones». Tal vez inevitable en el paroxismo de la crisis, cuando se llega al borde de la desesperación el Ejército sólo puede intervenir con eficacia si actúa de manera expeditiva. Y esto es lo que no podía hacer durante el sitio una Guardia Nacional aún en plena transformación, en plena recreación.

Sin embargo, desde principios del mes de octubre, los batallones de Belleville, al mando de Flourens, habían descendido en varias ocasiones frente al hotel de Ville para reclamar la expulsión del personal reaccionario de la administración, la celebración inmediata de elecciones y la movilización en masa. El Gobierno respondió el 7 de octubre prohibiendo las reuniones de guardias nacionales no convocadas por los jefes y aplazando las elecciones hasta después de terminado el sitio.

Ante el poco éxito de estas manifestaciones, Flourens y Blanqui decidieron asestar un golpe más decisivo. En una Asamblea, reuniendo a 65 jefes de batallón, presentaron una resolución proponiendo el derrocamiento del Gobierno y la instauración de la Comuna. Solamente doce de los asistentes votaron en su favor. Informado de lo ocurrido, el prefecto de Policía, Keratry, exigió la detención de los instigadores. Como de costumbre, Blanqui desapareció sin dejar rastro, y Flourens, atrincherado en Belleville y apoyado por sus tropas, declaró que lucharía hasta el fin antes de entregarse. Ante esta perspectiva el Gobierno renunció a perseguirle y Keratry presentó su dimisión.

31 de octubre

A su inconsecuencia y cobardía el Gobierno añadía una ejemplar torpeza. Demostrando desconocer (a pesar de los clubs y de las manifestaciones de la Guardia Nacional) a qué extremo el pueblo era hostil a toda capitulación, dio a conocer, simultáneamente, el 31 de octubre la rendición de Metz por Bazaine y la mediación de

cuatro potencias extranjeras para lograr la conclusión de un armisticio que permitiese la elección de una Asamblea nacional. Ante semejantes noticias, incluso los más partidarios del Gobierno, para quienes el fracaso del Bourget, la víspera, había sido ya un duro golpe, se sublevaron. «Cómo es esto —dijeron—. Hace unos días, cuando el periódico de Félix Pyat revelaba las transacciones de Bazaine, el Gobierno las desmintió formalmente, asegurando que el mariscal Bazaine era un excelente soldado a quien nada podía reprocharse. Y, sin embargo, el Gobierno sabía que Pyat decía la verdad. Decididamente, Francia se deshonorra tanto en el interior como en el exterior.»

Muchos querían actuar, sustituir a esos parlanchines inútiles por un Gobierno que existiera de verdad y actuara. Pero ¿dónde encontrar a los hombres capaces de constituirlo? Todas las organizaciones, incluyendo las de Blanqui, parecían estar cogidas a desprovisto. No existe una comunidad revolucionaria. Pequeños grupos, hombres aislados, actúan siguiendo sus propios impulsos, sus reflejos, careciendo siempre de preparación. Y, una vez más, esta falta de cohesión en la acción hará que se desaproveche una oportunidad única. «En la mañana del 31 de octubre —escribe Jules Ferry—, la hostilidad de la población parisiense, desde lo más alto a lo más bajo de la escala social, era absoluta. Todo el mundo pensaba que merecíamos ser destituidos»⁵. Pero el desorden en ese día era tal, la ofensiva fue tan torpe, que el Gobierno no sólo no fue derrotado, sino que salió reforzado.

Desde primeras horas de la mañana, la plaza del Hotel de Ville estaba llena de manifestantes y de curiosos. Se oían gritos de «No queremos armisticio», «Viva la Comuna». Poco después empezaron los discursos, las explicaciones. Sin éxito, Trochu, Jules Simon y Jules Favre se relevaban en esta tarea. Arrinconados, cercados, acorralados por una muchedumbre amenazadora que poco a poco iba invadiendo el edificio.

Los alcaldes trataron de hallar alguna forma de transacción con la promesa de unas próximas elecciones municipales. Tan sólo obtuvieron una intensificación del griterío.

Hacia las cuatro, la masa irrumpió en la sala amarilla, donde se reunía el Gobierno. Prisioneros del pueblo, in-

sultados, despreciados, los diputados trataban de defenderse a fuerza de lirismo. Garnier-Pagès, para hacerse oír mejor, quiso subirse a una mesa, pero fracasó en su intento y fué a caer sobre Jules Simon y un redactor de *Le Figaro* como un muñeco de marionetas cuyos hilos se hubiesen roto.

Finalmente, comenzó su discurso: «He asistido y ayudado poderosamente a tres gloriosas revoluciones: la de 1830, la de... (interrupciones: 'Basta, basta, ya está bien de cuentos'); yo he... (un chiquillo sentado a horcajadas en un candelabro de esquina le interrumpe de nuevo: '¡Háganle entrar de una vez en el cuello de su camisa!')»

Garnier-Pagès volvió a sentarse.

Poco después, y con más ligereza, un delegado de los veinte distritos se subía a la mesa y proclamaba la destitución del Gobierno. Una nueva lista de ministros fue sometida a votación: En ella figuraban Dorian, el ministro de Obras Públicas, que tenía la reputación de ser el único que tomara en serio la defensa nacional; Louis Blanc, Ledru Rollin, Víctor Hugo, Delescluze, Blanqui, Félix Pyat, Millièrre. Pero Dorian quería que las cosas se hicieran legalmente y permanecía indeciso, y en cuanto a los demás, la mayoría, viejos parlamentarios, llenos también de vacilaciones, prefirieron mantenerse ausentes, bien sea efectiva o espiritualmente. Jamás una revolución ha sido realizada por vacilantes y ausentes: ésta nacía, pues, muerta. Se sucedieron entonces las listas, solapándose las unas a las otras como si fueran olas, pero ninguna de ellas tenía la fuerza suficiente para imponerse. Cada salón tuvo su lista, sus hombres, su gobierno.

Para llevar la confusión al colmo apareció entonces Flourens con sus hombres de Belleville. Con la impetuosidad que le caracterizaba, tomó posesión de la sala amarilla sin pensar en guardar los alrededores del hotel de Ville. El también saltó sobre la mesa, y pisoteando el tapiz con sus terrosas botas de soldado entre blancas manos en peligro de ser aplastadas, leyó su propia lista, que no era sino una variante de la primera con matices más extremistas. En torno a esta nueva proposición surgieron de nuevo las eternas discusiones. Evidentemente, lo único que buscaba el Gobierno era ganar tiempo.

Hacia el final de la jornada, aprovechándose de la inextricable confusión reinante, Trochu, Ferry y Adam

desaparecieron y fueron a organizar desde fuera la contraofensiva.

A las tres de la mañana, cuando los agotados manifestantes, convencidos de tener ya su Comuna, se habían reintegrado a sus barrios, un batallón de fuerzas móviles procedentes de Bretaña y fieles al Gobierno irrumpió en el hotel de Ville, pasando por el subterráneo del cuartel Lobaux y liberó al Gobierno.

Este, totalmente extenuado y en la euforia de su liberación, prometió clemencia a los insurrectos y los dejó salir libremente. Hacia las cuatro de la mañana, Blanqui descendía los peldaños del hotel de Ville, dándole el brazo en muestra de concordia a su viejo enemigo el general Tamisier, y Flourens, lívido y crispado, emprendía la marcha hacia Belleville, seguido de sus fieles batallones.

Así, pues, como lo ha escrito Lissagaray: «La incoherencia de los hombres de vanguardia le permitió al Gobierno recuperar su virginidad de septiembre.»

Los resultados del plebiscito que el Gobierno se apresuró entonces en conceder puede darnos una idea del descalabro sufrido por la causa revolucionaria. Pese a las campañas del Comité de los distritos, del *Reveil*, de la *Patria en peligro* y de *Combat*, tan sólo hubo 63.000 «noes» contra 557.000 «síes».

El París que deseaba la guerra a ultranza daba su confianza a un Gobierno que solamente aspiraba a la paz, y se la daba precisamente a causa de la guerra y en virtud del principio «No debe haber motines frente al enemigo.» La población parisiense, que sin duda se hubiese adherido rápidamente a una revolución que se presentara con una violencia ordenada y confiada, rechazaba la perspectiva de una guerra civil que fuese a duplicar la guerra contra el enemigo, abriendo dos frentes de combate. A pesar de las apariencias, los revolucionarios se hallaban ante una situación difícil de dominar. Al mismo tiempo en que contribuía a presentar la comunidad nacional como algo deseable, la guerra segregaba las fuerzas —ya inciertas— del movimiento revolucionario, descubría despiadadamente su falta de preparación, sirviendo así la causa de sus adversarios.

Dos meses fueron necesarios para que la oposición recobrase toda su virulencia, dos meses de repetidos fra-

casos en los intentos de romper el cerco, dos meses de desorden en el racionamiento de los víveres. Mientras el Gobierno, a pesar de sus promesas, se dedicaba a perseguir a los revolucionarios comprometidos con el 31 de octubre y se esforzaba, para su mayor seguridad, en amordazar la prensa y cerrar los clubs, la población de París se moría de hambre y de frío. El pan se había vuelto incomible y la carne de perro y de rata se cotizaba a precios exorbitantes.

Los alcaldes elegidos el 5 de noviembre eran en su mayoría moderados. Sin embargo, la incuria del Gobierno, los sufrimientos de los que eran diariamente testigos acabaron por levantarlos contra el Gobierno de Defensa Nacional. En las sesiones que celebraron al final del mes de diciembre, Delescluze y Clemenceau plantearon de nuevo la cuestión de la Comuna, exigieron la destitución de los principales generales y una forma de poder que diese preeminencia a las autoridades civiles sobre las militares.

El 5 de enero comenzó el bombardeo de París: pronto ciertas calles y ciertos barrios quedaron marcados por la muerte.

Ese mismo día la fuerza revolucionaria francesa más coherente, la Internacional, reanudaba sus reuniones regulares. Desde el 4 de septiembre venía actuando por mediación de las sociedades obreras y del Comité de los distritos, pero no como grupo autónomo. En las actas de las sesiones que han quedado se ve a la Internacional muy debilitada, muy lejos de responder a la reputación de fuerza que gozaba, preocupada ante todo en reagrupar sus miembros dispersos, en recaudar las cotizaciones, pues con la caja vacía nada puede hacerse.

En la sesión del día 12, investigando la posibilidad de editar un periódico que expresara las ideas de la Internacional, Frankel declaraba sin rodeos: «Necesitamos un órgano que explique claramente nuestras ideas. ¿Cómo queréis que el obrero que no sabe nada pueda aprender? Siempre se le está hablando de la Comuna, pero él no sabe lo que es y está atemorizado. Desde la proclamación de la República, no hemos hecho nada.» Todos estuvieron de acuerdo en ello, pero una vez planteado el problema, los medios para darle solución no aparecían con mayor claridad...

El Comité de los distritos, menos homogéneo, se hallaba en mejor posición de ataque. El 6 de enero mandó pegar en los muros un cartel rojo redactado por Jules Vallés y Tridon que decía:

«¿Ha cumplido su misión el Gobierno que se ha encargado de la defensa nacional? No... Por su lentitud, su indecisión, su inercia... Quienes gobiernan nos han llevado al borde del abismo... No han sabido ni administrar, ni combatir. Se muere la gente de frío, y ya casi de hambre... Salidas sin propósito, luchas mortíferas sin resultados, fracasos constantes... El Gobierno ha dado su medida, nos está matando... La perpetuación de este régimen significa la capitulación. Ya hemos podido juzgar lo que es la política, la estrategia, la administración del 4 de septiembre, continuación del imperio. ¡Dejen paso al pueblo! ¡Dejen paso a la Comuna!»

Para realmente tener la autoridad suficiente, le faltaba al cartel la firma de personajes famosos. Sin embargo, impresionó a la masa y alarmó a los poderes públicos. Trochu mandó detener a unos cuantos de los firmantes y cubrió los muros de la capital con inscripciones de: «El Gobierno de París no capitulará». El Comité, lejos de dejarse impresionar, replicó con un nuevo cartel aún más violento contra «quienes engañan, pierden y mixtifican a la población parisiense desde hace cuatro meses».

La agitación popular aumentaba de día en día, el pueblo quería luchar. Los parlamentarios propuestos el 31 de octubre se arrepentían de su pusilanimidad y se pasaban con todo su equipo al campo del comunismo, cada uno con el propósito de fundar su pequeño comité particular. El más importante de éstos (guardando las proporciones debidas) fue la *Alianza republicana*, que reunía a Ledru-Rollin, Delescluze, Floquet y Arthur Arnould.

Para satisfacer los deseos de la población parisiense, el Gobierno decidió el día 16 intentar una nueva ruptura del cerco, pero como en otras ocasiones lo hizo sin la menor confianza.

El 19, en Buzenval, este intento, que debía ser el último, terminó con una derrota total.

Al conocerse la noticia, los ojos se abrían de par en par, como dice Lissagaray: «Por fin, esta vez París vio el abismo», y según su costumbre, el París luchador se dispuso a reaccionar violentamente: por todo París se

oían gritos de «Viva la Comuna» y empezaron a ondear las banderas rojas.

Los alcaldes, invitados por el Gobierno a tomar la iniciativa para establecer contacto con los alemanes, se excusaron y reclamaron la destitución de Trochu, que les fue concedida. El 22, el general Vinoy era nombrado en su puesto. Este, apenas entrado en funciones, dirigió todo su esfuerzo contra la población parisiense, desorganizando las líneas francesas frente a Prusia para consolidar sus posiciones en el hotel de Ville y otros centros estratégicos de la capital.

22 de enero

Al anochecer del 21, las puertas de la cárcel de Mazas habían sido forzadas por la muchedumbre. Flourens y otros detenidos políticos habían sido liberados y transportados triunfalmente en medio del fulgor de las antorchas y al grito unánime de «¡Viva la Comuna!»

El 22, a mediodía, los tambores tocaban retirada hacia las Batignolles.

El hotel de Ville, ante el cual los manifestantes y guardias nacionales empezaron a concentrarse a eso de la una, ofrecía aquel día un aspecto insólito, casi irreal. El viejo edificio, con todas sus grises persianas bajadas, parecía dormir de un sueño inquietante. La mayoría de los manifestantes ignoraban que aleccionado por la experiencia del 31 de octubre el Gobierno se había trasladado al Louvre y que en el hotel de Ville tan sólo quedaban algunos funcionarios y un destacamento de tropas fieles al Gobierno y dispuestas a defenderse. Las delegaciones enviadas por los manifestantes sólo encontraron al adjunto del alcalde Chaudey, uno de los amigos de Proudhon, parlanchín y débil, que les despidió con buenas palabras. Entonces irrumpieron en la plaza, precedidos por un tambor tocando a degüello, los hombres de los batallones 101 y 207 de la Guardia.

Al grito de «Muerte a los traidores» y cantando la *Carmagnole* formaron frente al hotel de Ville, que, ahora totalmente cerrado, parecía aún más carente de vida.

Una ráfaga desgarró el aire, interrumpiendo gritos y canciones: ¡el hotel de Ville disparaba! En cada ventana, por debajo de las persianas, aparecían cañones de fu-

sil⁶. Rápidamente, los guardias se dispusieron para el combate; mandados por Raúl Rigault y Sapia, intentaron replicar en la medida en que se lo permitía el terreno. Aprovechando cada montículo y desde las ventanas de la calle Victoria mantuvieron el fuego como pudieron durante media hora. Sapia, que disparaba desde una «vespasienne» *, se desplomó mortalmente herido.

La posición se hizo insostenible, y cuando aparecieron los gendarmes mandados por Vinoy, los insurrectos no vacilaron en retirarse. Lo hicieron dejando unos treinta muertos y heridos en la plaza y con el sabor amargo del odio en la boca.

Por primera vez desde la caída del imperio los franceses acababan de entremetarse.

Al día siguiente, el general Vinoy, que con tanto acierto había preparado el tiroteo, llenó París de carteles diciendo que los insurrectos estaban al servicio de Prusia; luego ordenó la supresión de los periódicos *Le Reveil* y *Le Combat* y la clausura de los clubs. La situación se hizo atroz. Los parisienses, que desde el primer momento habían querido luchar y defender el honor de su país, eran perseguidos, ametrallados no sólo por los obuses de la artillería alemana, sino también por las balas francesas del general Vinoy. Las noches febriles de París, jadeantes de frío, atenazados por el hambre y sacudidas hasta entonces por los apremiantes toques a rebato y llamadas a formar, dieron paso a un silencio cargado de una amargura inmensa, turbado solamente por los cañones prusianos de Montretout, San Denis, Meudon y La Chapelle, que tronaban, tronaban implacablemente.

El 27, a medianoche, cesó el bombardeo.

El armisticio había sido firmado.

Como era de esperar, la proclamación del armisticio y el anuncio de los 200 millones que Francia se comprometía a pagarle a Prusia, el desmantelamiento de los fuertes y el desarme del Ejército provocaron serios desórdenes. El coronel Piazza y el comandante Brunel, al mando de sus regimientos de la Guardia Nacional, intentaron apoderarse de los polvorines y de telégrafos, pero una vez más Vinoy logró reprimir el complot. En el ejército regular se produjeron varios principios de rebelión y mu-

* Urinario público circular. (N. del T.)

chas protestas entre los oficiales. Finalmente, viendo los hermosos artículos que ciertas fruterías y tiendas de ultramarinos tuvieron la desvergüenza de exhibir en sus escaparates, la gente, que no había cesado de reclamar una acción enérgica contra los especuladores; la multitud, exasperada, que acababa de padecer tres meses de hambre, se lanzó al saqueo de las tiendas y del barrio de las Halles *.

Sin embargo, la relativa debilidad de la reacción política (en parte debida, cierto es, a las detenciones efectuadas en los medios revolucionarios) nos da la medida del desaliento, que había invadido la capital. El primer gesto importante de reacción contra este ambiente se produjo en provincia; fue la terrible proclama de Gambetta del 31 de enero contra el armisticio y sus fautores y llamando a las armas a todos los franceses de todas las edades y opiniones. En una circular dirigida a los prefectos explicaba su voluntad de utilizar el armisticio para preparar la guerra a ultranza y proclamaba además, en un decreto firmado ese mismo día, que los antiguos candidatos «oficiales» serían irrelegibles para la Asamblea Nacional. Bismarck se conmovió y se apresuró a frenar los ímpetus de ese hombre demasiado bullicioso. Jules Simon anuló el decreto y marchó a Burdeos con la misión de raptar a Gambetta si fuese necesario. No lo fue, pues dimitió por iniciativa propia el 6 de febrero.

Liquidado este incidente, Francia—o, más exactamente, la prensa francesa—volvió a preocuparse de las elecciones. Una vez más el parlamentarismo venía a esterilizar el impulso revolucionario: se abandonaban las cuestiones fundamentales para dedicarse a problemas personales. No olvidemos, además, que con sus 43 departamentos ocupados, con sus 400.000 prisioneros de guerra en Alemania, con una parte considerable de su cuerpo electoral movilizado, con la prohibición de celebrar asambleas políticas, Francia no podía pretender llevar a cabo unas elecciones serias. Únicamente las grandes ciudades, y sobre todo París, se entregaron a ellas con pasión. Una multitud de comités y subcomités, cada uno con su lista particular, brotaron como setas por todos los rincones contribuyendo a embrollar aún más la situación. Los re-

* Mercado Central de París. (*N. del T.*)

sultados fueron decepcionantes, como no podían menos de ser después de los repetidos reveses sufridos por el movimiento revolucionario. París indicó solamente que quería la guerra y la República y razonablemente no se le podía pedir más teniendo en cuenta la confusión reinante. La gente se agarró a los viejos nombres conocidos, como Luis Blanc, Garibaldi, Víctor Hugo, Delescluze, Tolain, B. Malon, Milliére. En cuanto a la provincia y el campo, espantados por el espectro de «los del reparto», sin comprender nada de los desórdenes parisienses, se dejaron guiar por las autoridades locales y votaron por la extrema derecha y por la paz. La Asamblea de Burdeos contaba 400 monárquicos.

Con los partidos y los movimientos revolucionarios esquilados por los vanos motines en el París sitiado, la Guardia Nacional seguía siendo el único elemento sólido y vivo, el «París viril», según lo llama Lissagaray. En el momento del armisticio representaba una fuerza tan autónoma ya y tan poco manejable, que ni Bismarck ni Jules Favre se habían atrevido a desarmarla. Antes de las elecciones, algunos republicanos, arrastrados por la locura de los Comités, habían pensado en utilizarla para fines electorales. En el curso de una gran reunión en el circo de Invierno, bajo la presidencia de un comerciante llamado Courty, se había incluso elaborado una lista electoral y planeado una reunión ulterior para concretar los aspectos de organización. Pero el 15 de febrero, cuando la Guardia Nacional se reunió de nuevo, las condiciones habían cambiado: el París republicano se hallaba frente a una Asamblea monárquica y había que pensar en cómo conservar la República. Una de las proposiciones fue federar los batallones de la Guardia Nacional y darle un Comité central que asegurara la cohesión de su acción.

Una vez redactados los estatutos por una oscura comisión de republicanos moderados, se celebró una gran reunión el 24 de febrero en el Vaux Hall para proceder a la elección del Comité central. La Asamblea, un tanto agitada, se centró en la necesidad de reaccionar contra la angustiosa situación en la que se encontraba París. La amenaza de Burdeos, la dificultad para percibir el sueldo de guardia nacional (indispensable mientras no se reabriesen los talleres), la humillación de tener que recibirlo como si fuese una limosna, el próximo vencimiento del

armisticio, la entrada de los prusianos en París, todo impulsaba a los guardias nacionales hacia posiciones extremas y agresivas. En medio de un gran entusiasmo fueron adoptadas las siguientes resoluciones, consagrando la independencia del cuerpo: «La Guardia Nacional no reconoce más jefes que los que haya elegido.» «La Guardia Nacional protesta contra todo intento de desarme y declara que se opondría a ello por la fuerza si fuese necesario.» Muchos delegados querían además que se resistiese a los prusianos por las armas cuando entraran en París, pero ante la gravedad de la decisión se optó por aplazarla hasta el 3 de marzo. La Asamblea terminó en una gran manifestación popular en favor de la libertad en la plaza de la Bastilla ante la columna levantada en honor a «los mártires de 1830 y 1848» y en la que participaron muchos soldados.

El impulso revolucionario y patriótico volvía a afluir con una violencia instructiva y desordenada. El día 25, un agente de policía, sospechoso de espionaje, era linchado y lanzado al Sena. Al día siguiente, la Guardia Nacional y la muchedumbre se llevaba a rastras los cañones de los Campos Elíseos y las piezas de artillería de la plaza Wagram y de Passy; los primeros, a la Bastilla; las otras, a Belleville y Montmartre. De nuevo, la fiebre del cerco se apoderaba de los cuerpos; la construcción de barricadas, los toques de rebato, las llamadas a formar, sacaban a los ciudadanos de sus casas arrastrándoles hacia imposibles combates callejeros. Bandas de federales liberaban a Brunel y Piazza, saqueaban los polvorines y las tropas que el general Vinoy lanzaba contra los insurrectos acababan fraternizando con ellos.

La autoridad cambiaba de campo.

El 27 de febrero, un cartel del Gobierno anunciaba para el 1 de marzo la ocupación de los Campos Elíseos por 30.000 soldados alemanes.

La situación tomaba un cariz de extrema gravedad; con los ánimos caldeados al extremo, los nervios a flor de piel, la gente quería luchar contra los prusianos. En la mañana del 28, el Comité de los veinte distritos, la Internacional, la federación de las sociedades obreras publicaron, de común acuerdo, un manifiesto pidiendo a los trabajadores que se abstuviesen: Todo ataque serviría de pretexto para someter al pueblo a los golpes de

los enemigos de la revolución, que ahogarían las reivindicaciones sociales en una riada de sangre. Recordemos las siniestras jornadas de junio. Pero la Internacional, las sociedades obreras e incluso el Comité se hallaban muy debilitados, sus voces tenían poco alcance. Era a través del Comité central que había que actuar, y con máxima urgencia, pues lo que se sabía de él era francamente alarmante.

Reunidos ese mismo día en la Alcaldía del segundo distrito, la comisión encargada de redactar los estatutos del Comité central había convocado a los jefes de batallones y la decisión de tomar las armas contra los prusianos había sido adoptada casi por unanimidad. Avisados, los internacionalistas y sus amigos enviaron a varios oradores a la gran reunión que había de celebrarse por la noche en el Vaux Hall y, afortunadamente, la razón acabó por imponerse. Un cartel encuadrado de negro apareció al final del día:

Ciudadanos, toda agresión significaría el derrocamiento de la República... Barricadas serán levantadas alrededor de todos los barrios que deba ocupar el enemigo para aislar totalmente esa parte de la ciudad. La Guardia Nacional, junto con el Ejército, cuidará de que el enemigo no pueda comunicar con los sectores atrincherados de París.

El 1 de marzo, las tropas prusianas desfilaron por medio de las barricadas, frente a los comercios cerrados; por calles desiertas, con las casas enlutadas por colgaduras negras, sin que se produjera ningún incidente. Las fuentes estaban agotadas; las estatuas de la Concordia, veladas, y por la noche los faroles permanecieron apagados.

El Comité central comenzaba a tomar cuerpo. Los internacionalistas, que hasta entonces se habían mantenido apartados, se aproximaban a él. El 3 de marzo, en la gran reunión de Vaux Hall, los dos internacionalistas más destacados, Varlin y Pindy, fueron elegidos como miembros de la comisión ejecutiva provisional, junto con varios futuros miembros de la Comuna, entre ellos, Arnould, Bergeret, Viard, Henri Fortuné y Ostyn.

En sus estatutos votados esa misma noche, el Comité central afirmaba su adhesión a la República «como único gobierno de derecho y de justicia, superior al sufragio

universal, su obra». Y el artículo 6 precisaba: «Los delegados deberán prevenir todo intento que tuviese como fin el derrocamiento de la República.»

Se ve claramente aquí que la Guardia Nacional federada no pretendía ser, en su origen, un ejército al servicio de la revolución, sino un instrumento de protección de la minoría parisiense republicana contra Francia. Y este carácter, estrictamente defensivo y parisiense, le daba toda su fuerza, pero también su debilidad. Su fuerza: permitiéndole agrupar a los hombres activos de todas las condiciones y de todos los partidos republicanos, y su debilidad: acentuando la separación entre París y la provincia. Otra resolución adoptada ese mismo día proponiendo «que el departamento del Sena se constituyese en República independiente en el caso en que la Asamblea descapitalizara a París» muestra hasta qué punto la mentalidad del sitiado seguía predominante.

Sin conocer su propia potencia, no sabiendo en qué dirección actuar, esta fuerza se disponía ya a cometer actos de desesperación. Fueron precisos los reiterados ataques, las amenazas, los intentos de intimidación del Gobierno de Burdeos y de su personal parisiense para que comenzara a tomar conciencia de sí misma y de su papel. Si logró superar su patriotismo urbano y proponer reivindicaciones sociales y políticas fue, en gran parte, debido a la presión exterior y no sólo a la influencia de los blanquistas y de los internacionalistas.

A partir de la sesión del 10 de marzo, el cambio es considerable; no se trata ya de defensa, sino de revolución; el repliegue sobre sí da paso al universalismo. Debemos tender las manos a todos nuestros hermanos y promover el siguiente programa: «Primero, la República francesa; luego, la República universal. No más ejércitos permanentes, sino la nación entera en armas. No más oposición de esclavitud o de dictadura de ningún tipo, sino la nación soberana, los ciudadanos libres gobernándose a su antojo.»

Por muy imprecisas e ingenuas que sean estas directrices, su aparición es ya el signo de un momento capital: el momento en el que los revolucionarios, siempre un tanto doctrinarios, restablecen el contacto con la masa. He ahí el *salto* imprevisible que producen las revoluciones. Salto que, a pesar de sus debilidades, el movimiento

revolucionario estaba a punto de dar cuando la guerra le cortó las alas. El 4 de septiembre los grupos revolucionarios estaban aún desorganizados y la gente indecisa; pero poco a poco, a través de los propios sufrimientos del sitio, a través de los Comités, de los clubs y de los motines, surgió un patriotismo intransigente, henchido por la necesidad de independencia y de libertad, y que tropezando no ya con un fantasma de Gobierno, sino con un Gobierno de opresión, *realizará* sus elementos revolucionarios como por la acción de una chispeante descarga. De repente, el conflicto se halla no diría ampliado sino transferido a un plano distinto. Precisemos. Los hechos requieren una cierta intensidad para ser reales, y las acciones del gobierno de Defensa Nacional, carentes de esta intensidad y amparados por las brumas de la acción militar, le ofrecían a la revolución un blanco muy poco aparente. Esa época había pasado. En lo sucesivo existía una realidad, dura y sin equívocos, amenaza de muerte, por un lado, y por traición y miseria, por el otro; para salir de esta encrucijada era necesaria la revolución.

¿Pero cuántos había que tenían conciencia de ello? Una minoría, que ni siquiera abarcaba a todos los que trabajaban en el Comité central. Pero el terreno era favorable; la cuestión estaba en marcha. La Asamblea de Burdeos lo comprendió y dedicó todos sus esfuerzos para ahogar la incipiente revolución y evitar su extensión por las provincias. Para mantener a éstas en su pasividad se ordenó la publicación en la prensa local, desde principios del mes de marzo, de una serie de terroríficas noticias de saqueos e incendios. Se intentó luego sustituir a las tropas acuarteladas en París por unidades del Ejército de la Loire; el Comité central se preocupó inmediatamente del asunto, publicando en forma de pasquín el siguiente llamamiento a las tropas:

“Soldados, hijos del pueblo, unámonos para salvar la República. Los reyes y los emperadores nos han hecho ya bastante sufrir. No mancilléis vuestras vidas. La consigna no libera de la responsabilidad de la conciencia. Abracémonos frente a aquellos que para conquistar un grado, obtener un puesto, traer de nuevo a un rey, quisieran que nos degollemos los unos a los otros.” Y al día siguiente fueron los soldados quienes protegieron los carteles contra la Policía.

El día 2, la Asamblea asestaba un fuerte golpe: París quedaba descapitalizada, *Le Cri du Peuple*, *Le mot d'ordre*, *Le Père Duchêne*, *Le Vengeur* estaban prohibidos y varios de los acusados del 31 de octubre, entre los cuales Flourens y Blanqui eran sentenciados a muerte por un consejo de guerra.

Estas afrentas, en vez de hacer vacilar a los revolucionarios, les reforzaron en sus posiciones: a pesar de la intervención de Clemenceau, alcalde del XVIII distrito, el Comité central se negó a devolver los cañones. El 13 de marzo las autoridades militares intentaron en vano arrestar a Duval y Leo Meillet, que animaban al Comité del XIII distrito con un vigor que el Gobierno consideraba excesivo. En cuanto al Comité central, Vinoy, Picard y Valentin se transferían de uno a otro la misión de detenerlo, sin que ninguno se atreviese a cumplirla.

Así, pues, el día 15, la Guardia Nacional celebró, sin impedimento alguno, su cuarta Asamblea, en la que fueron proclamados los nombres de los miembros definitivos del Comité. Muchos desconocidos sin partido, pero al lado de ellos blanquistas e internacionalistas como Arnould, Jourde, Arnold, Babick, Assi, Billioray, Allemane, Bergeret, Varlin, Eudes y Duval que ocuparon sus puestos decididos a acelerar al máximo el proceso de maduración revolucionaria del Comité. Viendo la impotencia frente a ellos de la policía, pensaban poder organizar metódicamente el levantamiento. El 17 de marzo, el Comité estuvo reunido hasta muy tarde, estudiando las notas y actas del Comité provisional y distribuyendo las comisiones. La sesión se levantó el día 18 a las tres de la mañana, quedando citados para esa misma tarde, pero en la rue Basfroi, ya que la vigilancia policiaca de su sede de la Corderie resultaba ya molesta.

18 de marzo

La población de Montmartre despertó al amanecer con el ruido sordo de tropas en marcha por las calles y por órdenes de mando en voz sofocada: compañías de soldados armados llenaban las calles, las ametralladoras apuntaban hacia las encrucijadas. Las mujeres salían en busca de noticias y se encontraban con el cartel, húmedo aún, que Thiers acababa de ordenar pegar por todos los muros:

«Con el falso pretexto de resistir a los prusianos... hombres malintencionados se han apoderado de una parte de la ciudad..., en la que hacen guardia y os obligan a hacerla por orden de un comité oculto. El comercio está parado; vuestras tiendas, vacías; vuestros brazos, ociosos... Los culpables, que han pretendido instituir un Gobierno propio, serán entregados a la Justicia. Los cañones hurtados al Estado serán reintegrados en los arsenales. Que los buenos ciudadanos se alejen de los malos, ayudando a la fuerza pública en vez de oponerle resistencia... Parisienses, vosotros aprobaréis nuestro recurso a la fuerza, pues es preciso que a cualquier precio el orden, condición de vuestro bienestar, sea restablecido en su totalidad, de forma inmediata e inalterable.»

En las lecherías y panaderías, la gente se agrupa y discute. Corre el rumor de que la división Susbielle y las brigadas Lecomte y Paturel han ocupado Montmartre y recuperado los cañones; están esperando los tiros de mulas para poder llevárselos. La situación es parecida en todos los barrios donde hay cañones ocultos. Se oye en estos puntos un murmullo sordo, precursor de tormenta. La gente se acerca a los soldados, los interpela, comenta con ellos los consejos de fraternización dados por el Comité Central: la réplica es débil, los soldados no saben exactamente por qué combaten, todo en sus sentimientos les lleva hacia el pueblo.

Sin embargo, una defensa seria se va organizando; se levantan barricadas en la mañana fría; en el distrito 18 los tambores tocan a queda y los guardias nacionales se agrupan.

Los soldados del 88 regimiento de línea, que defendían los accesos al cerro de Montmartre, viendo llegar una banda de federados, levantan la culata de los fusiles y hacen señales indicando que dejan el paso libre. El general Lecomte, que los manda con valentía, pero también con estupidez, encierra a los desertores en la torre Solferino y los sustituye por gendarmes. Apenas se habían intercambiado unos tiros, resultando herido un guardia nacional, cuando una nueva banda de federados desemboca por las calles Des Rosiers formada por soldados, guardias nacionales, mujeres y niños, que marchan al grito de «¡Viva la República!» Viéndose desbordado, Lecomte lanza sucesivamente tres órdenes de hacer fuego, sin que suene

un solo tiro. La única respuesta es el pisoteo y gruñido creciente de la muchedumbre que se abalanza hacia él, gritando y reclamando su muerte: muchos le han tomado por Vinoy. Conducido, finalmente, al Chateau Rouge, cuartel general de los batallones federados del distrito, firma la orden de evacuación de Montmartre.

A esa misma hora los generales Paturel, en la rue Lepic; Susbille, en la plaza Pigalle; Vinoy, en la plaza Clichy; Faron, en Belleville, y La Mariouse, en las Buttes Chaumont, fracasaban en igual forma: por todas partes las tropas fraternizaban y se levantaban barricadas. La agitación y el rumor de la revuelta se extendía por todo París con una fuerza incontenible, de barrio a barrio, de hombre a hombre.

En el Comité Central

Los miembros del Comité Central, enterados del golpe de fuerza de Thiers, que no esperaban, acudieron en gran número a su nuevo local en la calle Basfroi. Así, el obrero del Creusot, y algunos otros empezaron a interrogar a los oficiales del ejército regular y a los gendarmes hechos prisioneros. Tan sólo consiguieron de ellos informaciones imprecisas.

Después de una breve aparición, algunos, como Varlin y Arnold, marcharon inmediatamente a tomar el mando de sus batallones y organizar la defensa en sus distritos. Bergeret salió hacia Montmartre a hacerse cargo del mando de las fuerzas allí concentradas.

Al mediodía, los miembros aún presentes dejaron a Assi que continuase los interrogatorios y se reunieron en una sala apartada. En opinión de todos, la primera tarea era enterarse bien de la situación para poderla dominar mejor. Se requirieron voluntarios para establecer los contactos entre los distritos y el Comité. Se presentaron muchos y pronto todos ellos salían en direcciones diversas con el encargo de recomendar a los «colegas» que acelerasen al máximo la construcción de barricadas, que reuniesen y dispusieran en orden de combate a los guardias nacionales que de ellos dependían y, finalmente, que indicaran los lugares a donde se les podía enviar instrucciones.

Fueron pocos los mandatarios que regresaron, pero sí suficientes para informar al Comité Central de la situación

reinante. Faltot enviaba una nota diciendo: «Tengo cinco o seis batallones en la calle de Sèvres. ¿Qué debo hacer con ellos?» Pindy comunicaba que estaba en posesión de la alcaldía del tercer distrito con los batallones fieles al Comité. Brunel, en Belleville, y Varlin, en los Batignolles, reagrupaban sus fuerzas.

Ante esta alentadora situación, los miembros del Comité decidieron pasar al ataque. Inclclinados sobre el mapa de París, estos hombres, sin formación estratégica alguna, tan sólo animados de una esperanza inmensa, comenzaron a calcular las distancias que cada unidad tendría que recorrer para alcanzar los centros vitales de la capital, los puntos en los que se podría encontrar cañones y municiones, y de común acuerdo decidieron concentrar el grueso de las fuerzas alrededor del hotel de Ville. Tomadas estas resoluciones, los miembros del Comité se distribuyeron la tarea de difundir esta resolución, y hacia las tres y media se separaron para llevarla a la práctica, quedando Assi y otros dos miembros para asegurar la permanencia.

*

A esa misma hora, Thiers, totalmente desconcertado, huía hacia Versalles en su coche particular escoltado por un escuadrón del general Vinoy. Una vez más, la maldita realidad, que tanto se esforzaba en mantener a raya, acababa de desbaratar sus proyectos. Hombre aficionado a los planos y a los mapas⁷, con particular habilidad para elaborar reglas abstractas y promulgar decretos, pero alejado de la vida afectiva de los franceses, quedaba confundido cuando ésta se manifestaba con violencia. El 4 de septiembre pensó primero abandonarlo todo y «buscar el reposo y el olvido», pero su insaciable sed de gloria le llevó a aceptar la misión que le encomendaron, consistente en visitar diferentes países de Europa para solicitar la intervención de sus soberanos en favor de la paz. Después de haber actuado durante un tiempo, y sin éxito alguno, como una especie de Talleyrand, regresó a Francia, donde su personalidad de hombre duro y despiadado para con los amotinados le llevaron, como era natural, a convertirse en el hombre de la Asamblea de Burdeos. El era quien había firmado con Bismarck los preliminares de la paz y quien muy recientemente se había comprometido a celebrar una sesión de la Asamblea el 20 de marzo en

Versalles «sin temor a los adoquines de la revuelta». Empujado por la Asamblea, hostigado por los especuladores de la Bolsa que le presionaban para que «liquidase esa situación», Thiers, que acababa de llegar a París, decreta la recuperación de los cañones, después de escuchar los informes militares; estaba íntimamente convencido de que el asunto no ofrecía dificultad alguna, pues eran notorios la cobardía y el desorden de la Guardia Nacional.

Cuando se enteró, a las diez, en el ministerio de Asuntos Extranjeros del giro tomado por los acontecimientos, ordenó primero un repliegue general hacia el Campo de Marte y luego habló de evacuar la capital, con vistas a reformar el ejército en Versalles y ahogar mejor la revolución.

A las tres de la tarde, cuando continuaba aún la discusión sobre si había que proceder a la evacuación total o parcial de París, unos batallones populares del Gros-Caillou empezaron a desfilas con tambores y clarines bajo las ventanas de la sala de reunión. Se creyó que venían a ocupar el ministerio de Asuntos Extranjeros y el pánico se apoderó de todos. «Estamos perdidos», exclamó el general Le Flô. Y Thiers, compartiendo esta opinión, se lanzó escalera abajo por una salida de servicio, dejando a sus ministros la tarea de evacuar los ministerios.

En el puente de Sèvres, aún temblando de miedo, dio la orden escrita de abandonar el Mont Valérien.

•

Hacia mediodía, el levantamiento se ensangrentó con un drama anecdótico que pesaría luego sobre la Comuna como una losa. Mientras en todos los barrios los jefes reagrupaban sus fuerzas armadas para apoderarse de los principales servicios públicos, mientras todos los Comités se echaban a la calle en el jardincillo de una casita de la calle de Los Rosales, lejos de la batalla, los generales Lecomte y Clement Thomas eran ejecutados por una muchedumbre en delirio. Nada pudo detenerla, ni la promesa de que vendría un Comité militar para juzgarlos ni los esfuerzos de los oficiales federados y garibaldinos Simon Mayer, Herpin Lacroix y Kadanski. La gente había hallado en esos dos generales una encarnación demasiado perfecta de lo que más odiaba para poder contenerla. Desde

más de cinco meses París se sentía engañada por el Ejército: lo veía, descumpliendo su misión, enfilando contra los franceses los cañones que debían ser dirigidos contra Prusia. Esa mañana, Lecomte había en tres ocasiones ordenado a sus tropas que hicieran fuego contra el pueblo, y, de haber sido obedecido, causando la muerte de muchos franceses, hubiera figurado como un «enérgico defensor del orden», a falta de lo cual su ejecución por aquellos contra quienes había querido disparar le convertiría en un «mártir del deber». Pero nunca se insistirá bastante en que estas medidas y estas categorías no valen más que lo que vale «el orden», «la ley», «el poder» que sirven. Para un pueblo dolido en su cuerpo y en su alma desde hacía cinco meses esos conceptos habían perdido todo su valor. Poco le importaba a la gente que el general Lecomte estuviese simplemente cumpliendo unas órdenes, que se hubiera mostrado valiente negándose a escapar a pesar de los apremiantes consejos de Clemenceau. El acto que había cometido bastaba para juzgarle: «La consigna no libera de la responsabilidad de la conciencia», decía el Comité Central en su llamamiento al Ejército, y el pueblo, por instinto, a lo salvaje, hacía suya esta exigencia. Contrariamente a lo que la pereza y la rutina quisieran, una orden no queda purificada, exaltada simplemente porque emane de un poder establecido; quien se somete a ella asume una gran parte de responsabilidad.

Muy parecido era el caso de Clement Thomas, detenido en la plaza Pigalle, vestido de paisano y arrastrado a la calle de los Rosales. El sabía que había participado en la represión de junio del 48 y que estaba comprometido con la salida de Buzenval. Con estas dos abrumantes acusaciones, su vida no tenía salvación posible. Fue el primero en ser ejecutado.

Sin duda, el resentimiento de una población burlada y amenazada, el furor de soldados desbandados, no justifican estas atroces ejecuciones, pero en parte las excusan. En todo caso, permiten persuadirse de que no son vulgares asesinatos cometidos por la soldadesca indisciplinada (no aparece aquí ningún cabecilla), sino el resultado del repentino desahogo de una población que el dolor ha convertido en cruel. Accidentes de superficie, aislados, sin alcance real, estos fusilamientos en un jardincillo de París están unidos a las aspiraciones esenciales de la revo-

lución y a sus debilidades, como está unida la espuma de las olas al océano de las grandes profundidades.

«La Revolución es un bloque.»

*

Mientras tanto se había pasado a la ofensiva. Brunel ocupaba el cuartel del Príncipe Eugenio y marchaba hacia el hotel de Ville.

Duval, descendiendo desde el Pantheon, ocupaba la Prefectura de Policía.

Varlin y Bergeret, con las tropas de Montmartre, se apoderaban del estado mayor de la plaza de Vendôme, ocupándola y poniéndola en condiciones de defensa.

A las siete y media Brunel, después de ocupar la Imprenta Nacional, se unía, por un lado, con Pindy, procedente de Montmartre, y, por el otro, con Ranvier, el amigo de Flourens, que bajaba al frente de los guardias nacionales de Belleville. El hotel de Ville estaba rodeado. No tardaría Brunel en entrar en el edificio que Jules Ferry y sus hombres acababan de evacuar. De nuevo se encendieron las luces dentro del enorme edificio, en la cumbre del cual ondeaba ahora una bandera roja.

La conquista del poder había terminado.

6. Tomar el poder no es hacer la revolución

Actitud del Comité Central. Cómo se convierte en Gobierno. Fisonomía de la Revolución.

18 de marzo al atardecer

Ordenando el ataque, apoyando la ofensiva, el Comité Central había actuado sin inquietud. Nadie hubiese entonces pensado en hacer la pregunta: «¿Qué haremos del poder conquistado?» Sin embargo, ahora, al dirigirse hacia el hotel de Ville, donde iban a celebrar su primera sesión, éste era el problema que a todos preocupaba. Desembriagados después del cese de los combates, que fue seguido por una noche extrañamente tranquila y silenciosa, los miembros del Comité experimentaban una desagradable sensación de vértigo al verse a la cabeza de París y más o menos de Francia, bruscamente lanzados a «la arena clara», ese terrible *terreno de verdad* * que constituye el poder.

Su primera reacción fue querer dimitir inmediatamente de ese puesto que no habían previsto y para el cual no habían recibido ningún «mandato».

Este pánico que se apoderó de ellos en el momento de asumir la pesada carga que inopinadamente recaía sobre ellos cuando pensaban limitarse a un paciente trabajo de

En español en el texto

preparación, es un fenómeno demasiado natural para que pueda causar extrañeza. En cierta medida resulta casi respetable, sobre todo si se compara con la tranquilidad del diputado irresponsable para quien el ascenso al poder es un negocio logrado o, si se prefiere, una hermosa promoción. Es excusable, finalmente, en hombres agotados por una jornada de combate. Pero con todo y con ello no puede uno menos de pensar que también es, tratándose de revolucionarios, el indicio de una deplorable debilidad. Pues todos o casi todos querían «la revolución social» y así lo habían expresamente declarado en sus últimos manifiestos. El hecho de que en el momento en que se les brinda la ocasión se interroguen llenos de ansiedad sobre su oportunidad, se preocupen de no haber sido propiamente designados para cumplir ese mandato, no es indudablemente un signo de salud ni de lucidez, sobre todo teniendo en cuenta que la situación no les es enteramente desfavorable. Efectivamente, detrás de ellos está la Guardia Nacional, una gran parte del Ejército (la otra parte está en completa desorganización) y ante ellos una población que dentro de su incomprensión de lo ocurrido está no obstante profundamente descontenta con el Estado en vigor y dispuesta a marchar, a ir adelante, siempre y cuando no se le asuste y se le indique con claridad lo que se espera de ella. Pero de todo esto los miembros del Comité no parecen tener conciencia; en vez de preocuparse en acabar de una vez con Versalles¹, su única aspiración es zafarse de su responsabilidad, obcecados por la falta de mandato. Así bastó con que un alcoholizado, medio demente, como ese antiguo oficial de marina Lullier se declarara dispuesto a coger todo en sus manos para que se le confiara sin vacilar el mando de la Guardia Nacional, sin sospechar que un Brunel, valiente oficial cuyas cualidades de jefe habían quedado confirmadas durante la jornada, reunía sin duda mejores condiciones para ocupar ese puesto. Resultado: las puertas de París quedan de par en par y Versalles prosigue con toda seguridad la evacuación de sus fuerzas. Pronto el Monte Valeriano, dejado inocupado, será tomado nuevamente por las tropas regulares y varios puntos importantes, como el Banco de Francia, no son ocupados.

Un hombre, sin embargo, trata de contener el desconcierto y de poner un poco de orden en las discusiones.

Es un joven comisionista de mercancías, Edouard Moreau, que consigue de sus colegas el compromiso formal a no abandonar el poder en tanto se organicen unas elecciones municipales. No le fue fácil, por supuesto, pues el Comité tenía mala conciencia. Su origen le producía un complejo de inferioridad que le hacía olvidar que la Guardia Nacional había depositado en él su confianza y no podía rehuir sus responsabilidades, considerando a este cuerpo como una mera asamblea de simples ciudadanos armados que había tenido misión de federar. Sin duda, aparte de Assi, Varlin y Lullier, la mayoría eran unos desconocidos². Pero ¿qué saben los soldados de sus generales en la mañana de una batalla? El Comité Central tenía ya una cierta notoriedad como tal Comité; un poco de hábil propaganda, una actitud firme hubiera, en muy poco tiempo, dado celebridad a las individualidades. Hombres honestos, en su mayoría de origen modesto, no se atrevieron a afirmarse con la fuerza suficiente, y adoptaron una actitud defensiva. Los diputados de Versalles, políticamente mucho más hábiles, no vacilaron y atacaron sin esperar.

Al día siguiente

La noche tan funesta por su inacción aportó en su final un poco de sosiego a estos cuerpos crispados, llenos de lasitud, y al día siguiente, primer día de poder, aparecieron los hombres menos despistados que la víspera.

A las ocho y media estaba ya reunido el Comité Central. Se distribuyó el trabajo y envió delegados suyos a que ocuparan los principales ministerios para garantizar el orden y asegurar la continuidad de los principales servicios públicos. Varlin y Jourde fueron al ministerio de Finanzas; Duval y Raúl Rigault, a la Prefectura de Policía; Bergeret, a la Plaza; Assi, al hotel de Ville; Edouard Moreau, al *Diario Oficial*.

A este último se llegó demasiado tarde para evitar la salida de un *Diario Oficial* redactado por los versalleses, relatando a su manera los acontecimientos del día anterior. En él se podía leer, entre otras cosas, que «un comité, tomando el nombre de Comité Central, ha asesinado a sangre fría a los generales Clement Thomas y Lecomte. ¿Quiénes son los miembros de este Comité? ¿Son comu-

nistas, bonapartistas o prusianos? ¿Queréis asumir la responsabilidad de sus asesinatos?»

El Comité, irritado por semejantes provocaciones, dedicó el principio de su sesión de la tarde a estudiar la respuesta que convenía dar. Comprendiendo que era indispensable contar con el apoyo de toda la población, tuvo primero ciertas vacilaciones respecto a la oportunidad de una censura categórica de las ejecuciones de la calle de los Rosales que pudiese interpretarse como una forma de desolidarizarse del pueblo; pero luego, para no comprometerse inútilmente, para no enajenarse a la asustadiza burguesía, optó, a pesar de las protestas de algunos, por desaprobar esos crímenes. A Edouard Moreau le fue confiada la misión de redactar un comunicado oficial en ese sentido.

Este apareció al final de la tarde sobre los muros de París dorados por el sol primaveral junto con una breve declaración. Contenía frases vengadoras: «El lodo sangriento con el que se intenta mancillarnos es una innoble infamia. Jamás hemos firmado una orden de ejecución; jamás la Guardia Nacional ha participado en la ejecución de un crimen.» Y un poco más abajo: «Nuestra conducta muestra en definitiva lo que somos. ¿Hemos solicitado títulos, honores? Si somos unos desconocidos, a pesar de haber logrado la confianza de 215 batallones, ¿no será porque no hemos querido rebajarnos a hacer nuestra propia propaganda? La celebridad se obtiene a bajo precio: bastan unas palabras huecas o un poco de cobardía. Un pasado muy reciente lo ha demostrado.»

Dentro de su indudable simpatía, estas declaraciones resultan, a pesar de todo, un poco pobretonas. Tanto ahínco en defenderse, más que convencer de inocencia, suscita desconfianza. La elevación del tono no sustituye el real dominio de la situación. De haber sido auténticamente revolucionario, pienso que el Comité no se hubiera preocupado tanto en justificarse, limitándose a resaltar la responsabilidad de Versalles en estos crímenes que proceden de un caso de legítima defensa colectiva.

Pero desde este momento se nota claramente: lo esencial no son las ejecuciones —aunque Versalles las pone en primer plano con un arte consagrado—; lo esencial es saber si el poder ilegal existe y lo que vale. Pero también aquí la situación revolucionaria forzaba la indecisión

de los corazones y de las inteligencias. No era solamente actitud de la Asamblea de Versalles la que hacía indispensable una rápida toma de posición por parte del Comité Central, sino también los «conciliadores», diputados y alcaldes parisienses, que, como representantes del único poder legal que permanecía en la capital, reivindicaban el puesto ocupado por el Comité Central y pretendían ser ellos los organizadores de las elecciones municipales. El Comité Central chocaba no ya sólo con los hombres, sino también con un principio fundamental, el del sufragio universal, es decir, el del parlamentarismo.

Después de haber estado a punto de esterilizar el impulso revolucionario con las candidaturas obreras; después de haber alimentado las más vanas ilusiones; después de haber escamoteado la revolución del 4 de septiembre, el parlamentarismo surgía de nuevo, más peligroso, porque más solapado, menos visible, encubierto bajo el manto hipócrita de la «legitimidad». Aparecía descarnado, reducido a su postulado básico, según el cual no puede haber representación más exacta de la nación que la Asamblea que ha elegido, y esta elección, independientemente de las condiciones en que se desarrollan, debe ser considerada como sagrada. Desde hacía un siglo, y durante mucho tiempo aún, Francia vivió bajo el fetichismo de la ley, negándose a admitir relaciones entre los hombres que no estuviesen debidamente legalizadas, creyendo (o aparentando creer) en la democracia a sentido único partiendo del elector solitario y desembocando en la Asamblea Nacional irresponsable. ¿En qué medida era esto una ficción? ¿En qué medida se practicaba sin fe? Es difícil decirlo. El país real no está nunca totalmente separado del país legal. Lazos finos, pero innumerables, los ligan uno a otro. Pero es indudable que este relajamiento de los lazos que unían a gobernantes y a gobernados perjudicaba a muchos, y esto explica los recientes éxitos de las ideas de descentralización y de federalismo. Sin la lucidez suficiente para percibir que «la soberanía nacional» de la que se prevalía Versalles no era sino una aproximación transitoria, los ojos más clarividentes distinguían, eso sí, la pasividad, la resignación sobre los cuales se apoya necesariamente el parlamentarismo. Pues una elección parlamentaria, y menos aún un plebiscito, no permite realmente discutir el régimen. Es dentro del

marco de un sistema preestablecido, que hay que aceptar como tal, que se les pide a los electores que se pronuncien. De ahí la indiferencia con que lo hacen, sobre todo en periodo de crisis política. Muchos, en el nombre que inscriben en su papeleta, lo que expresan es su cansancio, su necesidad de una vida segura, a veces una preferencia negativa («más bien este que este otro»); muy pocos una esperanza de acción. Así puede decirse que, comparadas con las elecciones de febrero, agitadas y confusas en París, sin espíritu en provincias, las elecciones de la Guardia Nacional poseen una *intensidad* que les confiere un valor incomparable. Pero herméticos a todo esto, habiendo ya olvidado las fórmulas aclamadas en el Tívoli Vaux Hall («La República es superior al sufragio universal, su obra»), los miembros del Comité se pusieron a la defensiva incluso en este terreno. Tuvieron la ingenuidad de creer que podrían «regularizar la situación» gracias a los alcaldes y diputados de París, y que, por otra parte, la adhesión de éstos les aportaría nuevos sufragios. No todos, sin embargo, aceptaron dócilmente esta actitud; uno de ellos «un ardiente», según Lissagaray, lanzó brutalmente a sus colegas esta frase mordaz: «Decid más bien que no estáis tallados para el puesto que ocupáis y que vuestra única preocupación es cómo libraros de él.»

Este juicio, justo ayer, resultaba ya hoy demasiado severo, como los acontecimientos siguientes lo iban a demostrar, pues si bien es cierto que el Comité Central sentía a veces verdadero temor, buscando con avidez apoyos exteriores, no lo es menos que en cierta medida tenía conciencia de su misión. Bajo la lluvia de injustificadas invectivas y de proposiciones denigrantemente ambiciosas que le presentaban los alcaldes y los diputados, el Comité volvió a su actitud de probidad y recuperó esa energía fresca que le había valido los sufragios del pueblo de París. Así, desde las primeras sesiones, la conciliación demostró ser impracticable.

Durante una agitada reunión celebrada en el hotel de Ville, con participación del Comité y de los alcaldes, un miembro del Comité, cuyo nombre desconecemos, hizo la siguiente declaración resumiendo el punto de vista de los que detentaban el poder: «El Comité Central ha recibido un mandato regular, imperativo. Este mandato le prohíbe dejar al Gobierno o a la Asamblea atentar contra las

libertades a la República. Sin embargo, la Asamblea no ha dejado pasar un solo día sin poner a la República en entredicho. Ha colocado a la cabeza del país a un general deshonrado, ha descapitalizado a París, ha intentado arruinar nuestro comercio. Se ha mofado de nuestros sufrimientos, ha rechazado la devoción, la valentía, la abnegación que París demostró durante el sitio, ha injuriado a nuestros delegados más queridos: Garibaldi, Hugo. El complot contra la República es evidente. Se inició el ataque amordazando a la prensa; se pretendía completarlo desarmando a nuestros batallones. Sí, estábamos en un caso de legítima defensa. Si hubiésemos agachado el testuz ante esta nueva afrenta la República hubiera desaparecido. Acabáis de hablarnos de la Asamblea de Francia. *El mandato de la Asamblea ha caducado. En cuanto a Francia, no pretendemos dictarle leyes —demasiado hemos sufrido bajo las suyas—, pero no queremos quedar sometidos a sus plebiscitos rurales. Ya lo veis, no se trata ya de saber cuál de nuestros mandatos es más regular. Nosotros os decimos: la revolución está hecha, pero no somos unos usurpadores.* Queremos pedirle a París que nombre sus representantes. ¿Queréis ayudarnos en la realización de las elecciones? Aceptamos con afán vuestro concurso.»

Ya en este discurso, aunque de manera velada, apuntaba el federalismo. «París, ciudad libre», estableciendo no una dictadura sobre el país, pero aconsejándole, invitándole a seguir su ejemplo. París, inclinado sobre la sociedad nacional como sobre un niño que hay que tratar con suavidad, a quien se tiende simplemente la mano y que se rodea de atenciones y de cuidados. Pero tan pronto como apareció la palabra federalismo, el Comité se dislocó y se agudizaron las divergencias; los timoratos recordaron que su misión no llegaba a tanto y que debían limitarse a organizar las elecciones. Los debates, embrollados e interminables, parecían en la noche del 19 girar a favor de los conciliadores. El «socialista» Louis Blanc, defensor infatigable de la soberanía de Versalles, pensó que tenía ganada la partida contra Varlin, agotado y solo, y podría arrancarle la promesa de una retirada del Comité Central. En realidad, Varlin, que había cedido en un momento de agotamiento, se había comprometido con

toda reserva. Tan pronto se halló fuera de la sala cargada de humo y de vocerío, recuperó su lucidez y se apresuró a advertir a los suyos de que no se moviesen bajo ningún pretexto.

*

Lo quisiera o no, el Comité Central se vio obligado el 20 de marzo a actuar como gobierno. Por la mañana destituía y enviaba a sus casas al alcalde del tercer distrito y a dos de sus adjuntos que habían pretendido tomar posesión del hotel de Ville. Y a partir de entonces dejó de estar solo; empezaron a llegar las adhesiones.

Silencioso aún la víspera, el París revolucionario surgía de nuevo para apoyar al Comité y en caso de necesidad obligarle a actuar. La Internacional, los blanquistas, las sociedades obreras de la Corderie, después de algunas vacilaciones, acababan de darle su apoyo y de aconsejarle que permaneciese en su puesto. Los clubs, los comités locales formaban un amplio tejido, a veces oculto, a veces visible, que extendía sus mallas por toda la ciudad y que tan sólo esperaba a gozar del derecho de ciudadanía para descubrirse aún más. Incluso se hablaba ya de retirarles la confianza a la gente del hotel de Ville y en caso de necesidad de fusilarles si no se mostraban a la altura de su misión.

Pero ya de por sí, y por la fuerza de las circunstancias, el Comité Central había insensiblemente hecho obra de gobierno. En primer lugar había levantado el estado de urgencia, abolido los consejos de guerra, amnistiado los delitos políticos; luego, ante la necesidad de pagar a los guardias nacionales—300.000 personas vivían desde hacía siete meses sin más recursos que los treinta «sous» * diarios—le habían pedido un préstamo de un millón de francos al Banco de Francia. Finalmente, el día 21, el Comité suspendía la venta de los objetos empeñados en el Monte de Piedad, aplazaba los vencimientos de un mes y prohibía a los propietarios despedir a sus inquilinos hasta nueva orden. La progresión era clara. Ahora, el Comité se sentía lo bastante fuerte para ordenar la destrucción de las barricadas. Ya no negaba ser un Gobierno, e incluso un Gobierno esencialmente popular³. Duval, que cumplía

* Pieza de diez céntimos. (N. del T.)

las funciones de prefecto de Policía, mandó publicar la siguiente proclamación:

«Desde el 18 de marzo París no tiene más Gobierno que el Gobierno del pueblo: es el mejor. Jamás ninguna revolución ha sido realizada en condiciones como las nuestras; París se ha convertido en una ciudad libre. No existe ya su potente centralización. La monarquía ha muerto por comprobarse su impotencia. En esta ciudad libre cada uno tiene derecho a hablar sin pretender influir de manera alguna en los destinos de Francia. Y París pide: primero, la elección de la alcaldía de París; segundo, la elección de los alcaldes, de sus adjuntos y de los consejeros municipales de los veinte distritos de la ciudad de París; tercero, la elección de todos los jefes de la guardia nacional, desde el primero hasta el último; cuarto, París no tiene intención alguna de separarse de Francia; todo lo contrario: si ha soportado por ella al imperio, al Gobierno de Defensa Nacional, con todas sus traiciones y todas sus cobardías, no es, ciertamente, para abandonarla hoy, pero sí para decirle en su calidad de hermana mayor: sostente tú misma como me sostuve yo; oponte como yo me opuse.»

Por primera vez en este texto, el impulso revolucionario expresaba su contenido más profundo: su odio hacia el Estado centralizador. Y si la afirmación positiva carecía de nitidez y de envergadura, al menos aparecía libre de esa preocupación de justificarse, de esos gritos de autodefensa que inundaban las proclamas anteriores.

No deja de ser sumamente conmovedora esta revolución, que teme descubrirse demasiado, semejante a una enorme máquina cuyo arranque cuesta muchos sudores, muchos disgustos, muchas noches sin sueño a quienes están encargados de ella. ¿Se avanza sobre terrenos firmes o pantanosos? No hay nada que lo indique. Francia, de la cual París está cortado, tanto por los prusianos como por los versalleses, permanece muda, sumergida en las tinieblas. ¿Y la opinión pública parisiense? ¿Existe tan sólo? En su lugar hay un revoltillo de incertidumbre, de temores, de reflejos rutinarios, de aspiraciones generosas. Como siempre pertenecerá a quien sepa violarla, es decir, hacerla. Sería menester que los miembros del Comité salieran un poco del hotel de Ville, que tuviesen otras tribunas, además de los pasquines y los artículos de

un *Diario Oficial* que ni siquiera tenían el privilegio de ser único e indiscutible. Era necesaria una propaganda, pero nadie piensa en crearla. Además, ¿al servicio de qué iba a estar? No es sólo una doctrina; lo que falta es el entendimiento sobre el contenido de su propio nombre. Esta «Comuna», de la que tanto se habla desde hace meses, cada uno la ve a su manera. Para unos significa la concesión de libertades municipales a la ciudad de París; para los simpatizantes de Blanqui, la dictadura de un Comité revolucionario parisiense; para los proudhonianos, el federalismo.

Mientras tanto, en los alrededores del hotel de Ville, la gente se preocupa de esta incoherencia doctrinal. La Internacional y la Cámara federal de las sociedades obreras prepararon un importante manifiesto destinado a los «trabajadores», que no fue publicado, por cierto, hasta unos días más tarde, en el momento de las elecciones.

He aquí los párrafos más significativos de este importante documento: «... *La insolidaridad de los intereses ha creado la ruina general, ha engendrado la guerra social; es a la libertad, a la igualdad, a la solidaridad que hay que pedir que aseguren el orden sobre bases nuevas y reorganicen el trabajo, que es su condición primera.*»

«La revolución comunal afirma los principios, aparta toda causa de conflicto en el porvenir. ¿Dudaréis en darle vuestra sanción definitiva?»

«La independencia de la Comuna es la garantía de un contrato cuyas cláusulas libremente debatidas harán cesar el antagonismo entre las clases y asegurarán la igualdad social.»

«Hemos reivindicado la emancipación de los trabajadores y la delegación comunal es su garantía, pues debe suministrar a cada ciudadano los medios de defender sus derechos, de controlar de manera eficaz los actos de sus mandatarios encargados de sus intereses y de determinar la aplicación progresiva de las reformas sociales.»

«La autonomía de cada comuna elimina todo carácter agresivo a sus reivindicaciones y afirma la República en su más alta expresión.»

«Hemos combatido, hemos aprendido a sufrir por nuestro principio igualitario; no retrocederemos cuando podamos ayudar a colocar la primera piedra del edificio social.»

«¿Qué hemos pedido? La organización del crédito, del cambio, de la asociación, para asegurarle al trabajador el valor íntegro de su trabajo. La instrucción gratuita, laica e integral. El derecho de reunión y de asociación, la libertad absoluta de prensa, la libertad del ciudadano. La organización sobre una base municipal de los servicios de policía, de la fuerza armada, de higiene, de estadísticas, etc.»

«Hemos sido burlados por nuestros gobernantes, nos hemos dejado engañar por sus maniobras cuando alternativamente acariciaban y reprimían las facciones cuyo antagonismo aseguraba su existencia.»

«Hoy el pueblo de París es clarividente; rechaza ese papel de niño dirigido por su preceptor, y en las elecciones municipales, fruto de un movimiento que él mismo ha creado, recordará que el principio que debe presidir a la organización de un grupo o de una asociación es el mismo que ha de gobernar a la sociedad entera, y lo mismo que repulsaría todo administrador-presidente impuesto por un poder que le es ajeno, rechaza cualquier alcalde, cualquier prefecto impuesto por un Gobierno extraño a sus aspiraciones.»

«Afirmará su derecho superior al voto de una asamblea, a permanecer dueño de su ciudad y a constituir como le convenga su representación municipal, sin pretender imponer su fórmula a los demás...»

Entre los firmantes de este manifiesto aparecen los nombres ya conocidos de Leo Frankel, Aubry, Limousin, Pindy (el único que fue miembro del Comité Central) y Theisz, pero no el de Varlin, sin duda demasiado absorbido por sus funciones para acudir a estas sesiones.

Lo que llama la atención, en primer lugar, en este texto es que —desde el punto de vista sentimental— presenta una expresión revolucionaria más acabada que las anteriores publicaciones. Desarrolla y rebasa singularmente la tendencia expuesta por Duval en su cartel. Toda sombra de revuelta queda borrada en aras de una mayor serenidad. En él aparece no ya un humanitarismo pacífico y un poco necio, como tantas veces se ha pretendido, sino el sentimiento de que la lucha debe librarse contra las cosas y no contra los hombres, contra el régimen, contra el Estado y no contra sus representantes; no se trata de una prédica de justicia y de paz, sino de una formidable vo-

luntad de personalización, de una exorbitante exigencia de ser dueño de sus destinos, de poder defenderse en su ciudad y en su profesión, de tener la posibilidad de correr su suerte a su propio riesgo.

Esta voluntad de personalización es sin duda el resorte fundamental de las revoluciones. Los hombres, reducidos a la función de una máquina, rechazados de la vida social por un Estado que la hipertrofia ha hecho opresor, por un régimen económico que se ha deslizado hacia una especie de onanismo monstruoso, se sublevan contra ellos, y para remontar a la superficie, al aire libre, toman su impulso apoyándose en el firme más inmediato al medio en el que viven: la comuna y el gremio. Aspiran a existir y, más aún, a gobernarse a sí mismos. El Estado (la máquina administrativa) queda implícitamente negado. Entre el poder, estrictamente localizado, y los ciudadanos debe establecerse un contrato, un compromiso recíproco en el cual el agente de ejecución no es sino el propio poder.

Este sentimiento anárquico constituye a tal punto la medida común de las reivindicaciones de entonces que lo encontramos en casi todos los manifiestos y particularmente en los artículos del *Diario Oficial* publicados poco antes de las elecciones del 26 de marzo. Comentando los deseos más extendidos de la población parisiense, autonomía de la Guardia Nacional y abolición de la prefectura de Policía, uno de los miembros del Comité Central precisa que hace falta «una milicia que defienda a los ciudadanos contra el poder en vez de un Ejército que defienda al poder contra los ciudadanos, y una policía municipal dedicada a perseguir a los malhechores en vez de una policía que persiga a la gente honrada». Para ellos, el «interés general» es una fórmula carente de sentido. Los delegados enviados al ministerio de Gobernación escriben con estilo muy proudhoniano que «la República debe establecer la armonía de los intereses y no sacrificar los unos a los otros».

En suma, se puede conceder al texto de la Internacional un papel catalizador. Por su mediación y siguiendo su estela fueron divulgados los sentimientos y las aspiraciones de la Revolución incipiente. Pero por muy apreciable que sea, sentir las pulsaciones y conocer el aliento del movimiento, no basta para desprender su fisonomía. La

situación no estaba aún clara, ni mucho menos. Los objetivos habían sido definidos, pero no los caminos a seguir para alcanzarlos. Todos estos manifiestos, estos artículos cantan la revolución, pero la dejan para mañana. Comprendiendo que la revolución no queda hecha al tomar el poder, ponen sus esperanzas en la Comuna que próximamente ha de elegirse. Ella tendrá la misión de preparar el periodo de transición, de construir un orden nuevo y transformar las condiciones de trabajo.

Y aquí aparece el equívoco: teóricamente se trata de elegir un ayuntamiento encargado exclusivamente de asuntos locales, pero en la práctica lo que todos esperan es una asamblea instigadora de una nueva era. Y en este caso, ¿cómo pensar que de unas elecciones municipales pueda salir un equipo revolucionario lo bastante unido y decidido para llevar a bien esta empresa? ¿Es posible improvisar así una comunidad y una doctrina? El porvenir mostrará que no.

Ya sé que esta incertidumbre, esta ambigüedad, esas confusiones se deben en parte a las circunstancias. Llegado demasiado tarde para levantar a Francia contra Prusia, el Comité Central no tenía más remedio que apartar el patriotismo que le había dado su impulso inicial. A despecho, pero con firmeza, indicó que respetaría los acuerdos preliminares de paz, y al cuartel general alemán que le pedía precisara su posición contestó que la revolución realizada en París, *siendo de carácter puramente municipal*, no tenía *ningún carácter agresivo hacia las tropas alemanas*.

Sin duda, quienes limitaban así el alcance del movimiento obraban de buena fe. El universalismo inherente a las revoluciones (del que no se libraba la revolución de París) les estaba vedado, faltando sobre todo las condiciones prácticas que lo determinan. Sin embargo, al sublevarse contra la representación nacional, el Comité Central, quiéralo o no, había entrado en el terreno nacional. Y además, tan pronto como tuvo que expresarse en función de esa lucha, lo había hecho en términos plenamente revolucionarios. Basta para convencerse con recordar la proclamación de Brunel, Duval y Eudes, que sustituyó a Lullier el 23 de marzo en la dirección de las operaciones militares: «El tiempo no es ya del parlamentarismo —declaraban—. Hay que actuar y castigar severamente a los

enemigos de la República.» Y más tarde recogían la eterna y gran fórmula revolucionaria: «Todo lo que no está con nosotros está contra nosotros.» Se observa, pues, que el hiato no reside solamente entre el «querer» y el «hacer», sino que está también en el querer.

A pesar de la evidente agravación causada por las circunstancias, me inclinaría a pensar que esta fisura existía en primer lugar en los cerebros. No quiero invocar aquí la timidez de la gente del Comité Central, cuyos sentimientos revolucionarios permanecían, digamos, en el subconsciente, casi constantemente rebatidos, exteriorizándose tan sólo esporádicamente, ni incluso las confusiones sobre el sentido de las palabras, sino simplemente el estado terriblemente flotante de todas las doctrinas, los peligros de la negación absoluta del Estado y de la no distinción entre el poder municipal y la autoridad revolucionaria. En efecto, si la fuerza espiritual del movimiento rebasaba fácilmente los límites de París y propagaba el ejemplo dado por la capital, su voluntad creadora, negando todo valor al Estado, es decir, a un armazón administrativo común para toda Francia, caía en la utopía imaginándose ingenuamente poder erigir y mantener un mundo nuevo dentro de París. Ilusión de sitiados en revuelta que les enajenaba muchos simpatizantes indecisos, pues los franceses, más que nunca después de la guerra, tenían la voluntad de ser una nación. Este desmenuzamiento administrativo no les inspiraba confianza. En *El Siglo*, Chaudey, el amigo de Proudhon, liberal moderado, entraba en polémica con Paschal Grousset, cuyo periódico *La Nueva República* estaba considerado como el órgano oficioso del Comité Central, criticando en particular esa fórmula detestable que se había puesto de moda «París libre en el Estado libre» (por Estado hay que considerar aquí nación) y preguntaba cómo se pensaba resolver el problema de las relaciones interciudades en materia económica o administrativa, por ejemplo. La cuestión quedó sin respuesta. Todas las atenciones, todas las energías estaban orientadas hacia la lucha contra Versalles, hacia el entendimiento con los alcaldes, hacia la preparación de las elecciones municipales. Los más preocupados se esforzaban por acallar sus temores. Y se pensaba más en transmitir correctamente la llama, por tenue y vacilante que fuese, que en alimentarla y en avivarla.

7. La Francia comunera

La reacción de Versalles. La proclamación de la Comuna de París. Bakunin en Lyon. Las comunas provinciales.

En ciertos aspectos, Versalles es una ciudad teatral. El palacio, con sus arquitecturas generalmente hermosas, pero a su vez ampulosas y pintorescas, posee un lado espectacular que agrada enormemente a los paseantes domingueros. Tal vez por eso su grandeza es discutida y algunos ingeniosos no han temido ocasionalmente en asimilarlo a un palacio de burgués gentilhomme enteramente dedicado a la representación de una comedia.

Y, efectivamente, cuando no hay representación, las amplias avenidas, los mármoles, las estatuas silvestres, el gentil lugarejo, las columnas y los artesonados dorados toman el aspecto de lujosos decorados en desecho, despidiendo aún el melancólico olor de entre bastidores, siendo por ello particularmente propicios, lo mismo que las ruinas, a estimular las imaginaciones vulgares.

Es en esta ciudad casi muerta que en 1871 resucitaron sucesivamente dos ejércitos durante unos meses.

Pocas semanas después de la consagración del emperador prusiano, en la tarde del 19 de marzo, aparecieron por la ciudad soldados franceses exhaustos, seguidos poco

después por funcionarios pequeños-burgueses, mujeres de vida ligera, gentes del «todo París» y algo más tarde por los parlamentarios de Burdeos, los llamados «rurales».

Pasado el desconcierto de la primera hora, todo este pequeño mundo se organizó una existencia recreativa conforme con sus gustos. El Jockey-Club tomó posesión de la antigua prefectura y los salones se abrieron al chismorreó, a los pequeños complots monárquicos, a las interminables partidas de *whist* y a los bailes de sociedad. Los diputados acampaban en la galería de los espejos, transformada en un inmenso dormitorio compartimentado por cortinas. Los ministerios montaban instalaciones de fortuna en todos los rincones del palacio, trasplantaban sus austeros enseres en el menos predestinado de los mueblajes. El ministro de Gracia y Justicia, el grave señor Dufaure, ocupaba el gracioso tocador de María Antonieta...

A pesar de la incomodidad, las diversiones abundaban para los funcionarios desprovistos de sus archivos y el buen humor no perdía sus derechos. Parece ser que en las tascas versallescas (a falta de algo mejor) se organizaban veladas sumamente agradables con la presencia de los señores diputados unidos en una fraternal comunión de opiniones¹.

Consideradas estas condiciones de vida, a nadie le puede extrañar que los parlamentarios, de por sí ya poco imbuidos del sentido de las realidades, lo perdiesen por completo en esta ciudad. Jamás dieron la impresión de comprender lo que ocurría en París ni los sentimientos que animaban la capital. Y rara vez se habrá oído una asamblea delirar como la de Versalles. Rechazó con rudeza a los conciliadores Clemenceau, Lockroy y otros que pretendían llamar su atención sobre los angustiosos problemas que se planteaban en París; pero se delectó, se regodeó, se estremeció escuchando el gran discurso de Jules Favre contra la Comuna. Ningún epíteto le pareció excesivo. Este abogado, conocido por su falta de escrúpulos, que había sido secretario de Ledru-Rollin y lo había abandonado ante la Comisión de encuesta, restablecía su prestigio de 1869. Y el retrato que esbozó entonces Vermorel en su panfleto electoral conservaba ciertamente un gran parecido: «Hoy goza indiscutiblemente de la mayor autoridad política que se conozca en Francia. Y, sin embargo, resultaría muy difícil decir a qué partido pertene-

ce, cuáles son sus principios, cuál es su política. Se jacta —añadía Vermorel— de ser un día el dictador de la futura República.» A decir verdad, difícilmente sería capaz de ejercer una dictadura que no fuese la del verbo, para la cual tenía indudablemente dotes muy especiales. El 21 de marzo, en Versalles, puso literalmente de pie a su auditorio arremetiendo a fondo contra «ese oprobio infligido a la civilización», contra el «puñado de malvados», «la turba impura» que controlaba París. «Me sonrojaría de vergüenza —declaraba— si tuviese la necesidad de repetir ante ustedes los insultos y los ultrajes que esos enemigos del bien público difunden respecto a la autoridad legítima emanante del sufragio universal, colocando por encima de ella no sé qué ideal sangriento y rapaz.»

Observen con qué hábil movimiento giratorio evitaba, bajo pretexto de respetar el pudor de su auditorio, presentar pruebas de lo que afirmaba entrando así alegremente en el terreno de los insultos. Todo el discurso estaba montado sobre esta estratagema, y cuanto más arremetía, mayor era la trepidante alegría de la Asamblea. Al final, cuando habló de arrancar París por la fuerza de las garras de la «minoría facciosa», el jadeante auditorio pensó que «era ya cosa hecha», y de todos los rincones de la sala, entre aplausos y aclamaciones, se oyeron gritos de «Sublevemos la Provincia», «Marchemos contra París». Entre los más entusiastas estaba el almirante Saisset, que desde hacía dos días tenía el privilegio de encontrarse a la cabeza de un centenar de pobres diablos que se hacían llamar los *amigos del orden*. Habiendo recibido de Jules Favre, a petición de sus hombres, el mando de la Guardia Nacional, se creía marcado por el destino para cumplir una elevada misión. Desde la habitación del Gran Hotel en París, en la que se había refugiado, rodeado de sus admiradores, había elaborado innumerables planes estratégicos, decidiendo y luego renunciando a la toma del Elíseo, siempre con ese calor y esa ingenuidad característicos de los estrategas de los cafés del comercio. Convencido de su importancia, la manifestó ruidosamente a lo largo de la sesión, interrumpiendo el discurso de Favre con lisonjeras y admirativas exclamaciones. Y al día siguiente, encabezando a su grupo de fieles, aún emocionado por la elocuencia del abogado, descendía los bulevares y hacía irrupción en la plaza Vendôme apoyado por

los gritos de «¡Abajo el Comité! ¡Mueran los asesinos! ¡Viva el orden!»

Pero sus amigos fueron poco hábiles al desarmar a dos centinelas, y éstos lograron dar la alerta. Inmediatamente Bergeret colocó sus fuerzas frente al grupo de manifestantes. Diez veces les ordenó inútilmente que se disolviesen, pero los gritos y los insultos no cesaron. Como siempre en estas ocasiones se oyeron unas descargas sin saberse quién disparaba: dos guardias cayeron muertos y siete heridos. Y sobre el empedrado de la calle de la Paix, vaciada en un abrir y cerrar de ojos, yacían una decena de cuerpos, unos cuantos revólveres, varios bastones y sombreros formando manchas oscuras bajo el sol deslumbrante.

En Versalles la consternación fue grande cuando la gente se dio cuenta de que el Comité era capaz de reprimir un motín. Algunos de los «amigos del orden», desanimados, marcharon a la provincia². En cuanto al almirante Saisset, siempre firme, mandó publicar una proclama, conteniendo vagas promesas respecto a los vencimientos de créditos y alquileres, que disgustó incluso a sus partidarios más acérrimos.

El París republicano, incluso el no adherido al Comité Central, perdía paciencia. La insuficiencia de los proyectos de ley presentados por Picard y Favre saltaban a la vista, lo mismo que la hostilidad de la Asamblea hacia la República, que se negaba a proclamar. Las esperanzas de los moderados se asían a los alcaldes conciliadores, que formaban ahora el puente no ya sólo entre Versalles y París, sino también entre la media burguesía y el Comité Central.

Los núcleos de la reacción estaban localizados en algunos puntos de París, especialmente en torno a la estación de Saint Lazare y a la alcaldía del segundo distrito.

La situación del Comité Central se afianzaba. Sintiendo que la partida se inclinaba a su favor, empezó a darles la entretenida a los conciliadores. El día 23 anunciaba sin rodeos que las elecciones quedaban definitivamente fijadas para el 26, y comentaba así los acontecimientos de la víspera: «La reacción suscitada por vuestros alcaldes y vuestros diputados nos declara la guerra. Debemos aceptar la lucha y romper la resistencia.» A esto seguían unas líneas desarrollando el tema de siempre: París no

quiere reinar, pero sí ser un ejemplo; no impone la República, pero la adopta para sí.

Ciertamente, la autoridad del Comité Central dejaba aún mucho que desear; su debilidad estaba en el escaso valer, y la falta de notoriedad de sus hombres y en la incertidumbre de su doctrina. Pero existía y se iba consolidando gracias a la bajeza, a las constantes delaciones y, sobre todo, a la impotencia de Versalles. Los levantamientos que estallaban en las provincias, especialmente en el Mediodía, eran un potente estímulo para el Comité. Y así su autoridad llegó a ser tan grande que en los últimos días de marzo, según Edmond de Goncourt, se llegó a temer seriamente el aplastamiento definitivo de los rurales.

Fue, pues, en el hotel de Ville donde se adoptó la famosa «vía de la energía». Así lo demostraron en la víspera de las elecciones. A pesar de la alegría y del regocijo que provocó en París la noticia de que se habían hecho las paces, de un imprudente acuerdo entre Brunel y algunos alcaldes fijando las elecciones al 3 de abril, el Comité Central no vaciló en rechazar esta nueva demora. La desautorización de Brunel enfureció a los alcaldes, y algunos de ellos (ellos mismos lo han confesado) la tomaron como pretexto para provocar un levantamiento contra el Comité, reuniendo armas y hombres en la mañana del 25. Esto en realidad le permitió al Comité justificar su negativa alegando la actitud amenazadora de la alcaldía del segundo distrito, sus transportes nocturnos de ametralladoras y su puesta en estado de defensa. París, que ignoraba las disputas del día anterior y creía que la paz seguía en vigor, consideró que los conciliadores eran gente insoportable y dio la razón al Comité Central; ante esto los alcaldes capitularon. Por la tarde el Comité lanzó una proclama que empezaba diciendo: «El Comité Central, al cual se han unido los diputados de París, los alcaldes y sus adjuntos, convencidos de que el único medio de evitar la guerra civil, la efusión de sangre en París y al mismo tiempo de consolidar la República es proceder a elecciones inmediatas, invita a todos los ciudadanos a acudir, mañana domingo, a los colegios electorales...»

28 de marzo

Las ceremonias oficiales de un régimen en decadencia, entumecidas por el academismo, descoloridas por la rutina, resultan fastidiosas y aburridas. Pero que cambie el régimen e inmediatamente las ceremonias se rejuvenecen, se adornan con escenarios nuevos, imprevistos de colores vivos. El público que acude no viene por obligación, ni por casualidad, sino impulsado por su adhesión, incluso diría por su fe. Durante unos segundos fugaces, pero intensos, tiene la sensación de participar a la acción del Gobierno, de estar ligado a los hombres que detentan el poder.

Todo esto lo tuvo la solemne proclamación de las elecciones, el 28 de marzo, ante el hotel de Ville. El lazo entre gobernantes y gobernados aparecía tan potente que, como dice Lissagaray, «los peores escritores, al describir la escena, tuvieron unos instantes de fe». Y el lirismo, el calor que se desprende de las crónicas de Lissagaray, de Arnould, de Cladel, etc., nos demuestran efectivamente que no se trataba de una confianza pasiva como la que mendigan los Gobiernos decadentes, sino de un fervor entusiasta, ingenuamente manifestado con aclamaciones, pañuelos agitados y kepis en lo alto de las bayonetas, pero que latía en realidad lo más hondo del corazón de estas doscientas mil personas.

Junto a la puerta principal del hotel de Ville, una gran tribuna rodeada de rojos estandartes y banderolas; en lugar preeminente, el busto de la República. Bajados de todas las barriadas de la ciudad, los batallones populares, con las bayonetas caladas, se han colocado en apretada formación; ya se ha cantado *La Marsellesa* y la *Canción de la Partida*; un cañón del 92 acaba de disparar sus salvas desde el paseo junto al Sena; en medio de un gran silencio, los miembros del Comité Central y los nuevos elegidos, todos ellos con sus bandas rojas en el pecho, suben lentamente a la tribuna.

Me imagino que en esos instantes algunos de estos oscuros novicios del poder sentirían una gran inquietud mezclada con una gran alegría. La naturaleza de sus reacciones nos induce a pensar que a través de la angustia que produce la preeminencia y las responsabilidades, a través de su cándida afición a los galones, a los uniformes y a la os-

tentación (que tanto se les ha criticado), a través de lo más grave y también de lo más fútil, estos hombres descubrían el antiguo carácter sagrado del poder. Y esto ya inspira respeto.

Después de que los nombres de cada uno de los elegidos fuesen proclamados uno a uno, después de que Ranvier gritara: «En nombre del pueblo queda proclamada la Comuna», de nuevo se llenó la plaza con los vibrantes acentos de *La Marsellesa* entonados por doscientas mil voces.

En lo alto del edificio, rojas oriflamas chasqueaban en el aire límpido, mientras abajo ondeaban los kepis, las banderas rojas y las banderas tricolores...

Alegría, sí; pero sobre todo una esperanza inmensa, impresionante, inundaban los corazones de todos los espectadores, que de pie en la plaza o asomados a las ventanas comulgaban como no lo habían hecho desde hacía mucho tiempo. La ciudad, cuyos barrios habían vivido tan aislados desde hacía meses, recobraba su unidad en una especie de transfiguración ideal. Este hotel de Ville, testigo de tantos motines, de tantas traiciones, fue esta vez testigo de que el acto de autonomía de París se integraba en la «gesta francesa» comunalista. La victoria era resplandeciente; una nueva fraternidad animaba a los parisienses. Y con la fuerza de esta victoria y de esta fraternidad, ¿quién no hubiese creído que todo se hacía posible?

Al anochecer, en un fresco crepúsculo primaveral, al regresar de la ceremonia, deslumbrados aún por el largo desfile de tropas tan hábilmente organizado y disciplinado por Brunel, los parisienses podían pensar que decididamente la situación parecía encaminarse hacia el orden y no hacia la anarquía. Y el Comité Central, en señal de agradecimiento y de despedida, mandó publicar el siguiente cartel:

Hoy hemos podido presenciar el más grandioso espectáculo popular que jamás se haya presentado a nuestra vista, que jamás haya conmovido a nuestras almas: París saludaba, aclamaba a la Revolución; París abría en una página blanca el libro de la historia e inscribía en ella su nombre poderoso.

Doscientos mil hombres libres han acudido a afirmar su libertad y proclamar bajo el tronar del cañón la institución nueva. Que esos espías de Versalles que husmean alrededor

de nuestros muros vayan a decir a sus amos cuáles son las vibraciones que salen del pecho de toda una población, cómo llenan la ciudad y atraviesan sus murallas; que esos espías deslizados en nuestras filas les llevan la imagen de ese grandioso espectáculo de un pueblo recobrando su soberanía y, ambicioso y sublime, haciéndolo al grito de: "morir por la patria".

El Comité Central juzgaba luego su obra, que había consistido en «preparar en ocho días una revolución radical», y añadía:

Francia, culpable de veinte años de debilidad, necesita regenerarse de las tiranías y desidias pasadas mediante una libertad tranquila y un trabajo asiduo; los elegidos de hoy garantizarán con energía vuestra libertad, la consagrarán para siempre: el trabajo tan solo depende de vosotros, las redenciones son personales. Agrupaos, pues, con confianza en torno a vuestra Comuna, facilitad su trabajo aceptando las indispensables reformas (...) y así llegaréis seguros al próximo objetivo: la República Universal.

He aquí el tono. Sin duda es sincero, pues ya sabemos que el Comité tenía poca habilidad para encubrir sus pensamientos y disfrazar sus sentimientos. Evidentemente, la ilusión generosa, optimista, sobrevivía a la fiesta. Nadie parecía percibir la enorme desproporción que existía entre la Comuna y el esperado Gobierno revolucionario entre la realidad y el sueño, y a nadie parecía preocuparle. Y, sin embargo, ¡qué lejos se estaba de lo que la situación exigía! La Comuna que sucedía al Comité venía a ser un verdadero pequeño parlamento con todo un semillero de opiniones contradictorias.

Incluía una quincena de alcaldes y de tenientes-alcaldes moderados: Ferry, Desmaret, E. Adam, J. Méline, Barré, Rochard, Loiseau-Pinson, Tirard, Chéron, Leroy, Ch. Murat y Bouteiller. Unos cuantos blanquistas: R. Rigault, Ferré, Chardon, Ranvier, Protot, Tridon³. Varios publicistas, hombres del 48: Beslay, Arnould, J.-B. Clément, P. Grousset, J. Gambon, F. Pyat, Delescluze. Algunos independientes salidos de los clubs rojos: J. Vallés, Vermorel, Flourens, Robinet, Amouroux, Allix, E. Clément, Demay, C. Gerardin, Goupil, Ledroit, Lefèvre, L. Meillet, Martelet, Ostyn, Puget, Regère, Rastoul, Urbain, U. Parent, Parisel, Decamps. Una serie de internacionalistas o miembros de las sociedades obreras: Varlin, Theisz.

Avrial, Langevin, Pindy, Assi, Lefrançais, Frankel, B. Mallon, V. Clément, Duval, Chalain, Gerardin, Vaillant y, finalmente, parte del Comité Central, que volvía al poder con Bergeret, Ranvier, Billioray, H. Fortuné, Babick, Geresme, Eudes, Jourde, Brunel, C. Dupont, Mortier, Arnaud y Blanchet.

Puede decirse que en ella figuraban todos aquellos que habían desempeñado algún papel en la oposición al imperio; los tribunos de clubs y tabernas, de labia clara e ideas brumosas; los militantes revolucionarios, con rostros marcados por años de cárcel; los teóricos de mirada suave y largas cabelleras. Había muchos jóvenes rondando aún los veinticinco años, pero también un cierto número de ancianos de blancas barbas, algunas muy venerables.

Ya en la primera sesión surgieron lamentables discrepancias respecto a la manera de concebir el Gobierno. Tirard, diputado por Versalles, presentó teatralmente su dimisión: «Mi mandato —declaró— es puramente municipal, puesto que aquí se habla de abolición de leyes y de una Comuna-Consejo de guerra; no estoy autorizado a permanecer aquí.» Se retiró, y al día siguiente su colega Rochard adoptaba la misma actitud y abandonaba también su puesto. Poco a poco los alcaldes y adjuntos se fueron eclipsando, unos con gesto de espanto, otros aduciendo su avanzada edad. Se dice que incluso algunos jamás pusieron los pies en el hotel de Ville.

Todo esto era normal que ocurriese. El equívoco del consejo estrictamente municipal, siendo el más evidente, los moderados no podían menos de ofuscarse y desaparecer en cuanto surgieron las primeras necesidades de acción. Más graves eran las discrepancias respecto a la forma de *ser* revolucionario. Aquí se enfrentaban y se oponían las diversas tendencias del movimiento revolucionario del segundo imperio: la tendencia autoritaria, jacobina, blanquista, que quería que «la política pasase primero» y la tendencia libertaria, federalista, proudhoniana que pretendía mantener la «primacía de lo económico». Estas dos corrientes no eran tal vez inconciliables, pero no cabe duda de que fue de su antagonismo que brotó esa lucha entre mayoría y minoría en la que la Comuna se fue consumiendo hasta morir antes de ceder frente a los obuses de Versalles.

Los pensamientos y las veleidades de acción del nuevo Gobierno —que ya en su primera sesión adoptó oficialmente el título de «Comuna de París»— fueron orientadas, primero, hacia sí; luego, hacia París; después, hacia Versalles y, finalmente, hacia el resto de Francia. La ambigüedad del poder y la situación de los servicios públicos parisienses exigían esta extraña jerarquía. Prácticamente, los comuneros, sitiados por los prusianos y los versalleses, sólo podían restablecer un lazo sólido con el exterior aplastando a Versalles, lo cual cada día se hacía más difícil. Y, además, recordemos que la mentalidad de los gobernantes, sea por desprecio jacobino centralizador o por modestia de autonomista, les inclinaba constantemente a subestimar la importancia de la provincia.

Thiers, en cambio, que no tenía los mismos motivos para apartar a la provincia y se encontraba en mucha mejor situación para dominarla, no la perdía de vista ni un solo instante. Al mismo tiempo que formaba un nuevo ejército con los residuos del antiguo y los prisioneros de vuelta de Alemania, se esforzaba por aislar París, difundiendo los rumores más calumniosos sobre lo que ocurría en la capital, y por eliminar a toda costa los gérmenes revolucionarios, que se extendían por el resto de Francia. Todas las noches, hasta su regreso a París, redactó personalmente un comunicado destinado a la provincia, exagerando y mintiendo deliberadamente sobre el estado de sus fuerzas y la debilidad de sus enemigos. Pronto interceptó las correspondencias, retuvo los vagones postales y ordenó a Rampont que regresara a Versalles en cuando éste hubo desorganizado sistemáticamente el servicio de correos de la capital.

Toda esta actividad destructora no era superflua. Thiers no ignoraba los múltiples motivos que predisponían a una parte de la provincia a seguir el ejemplo de París. Sin invocar el orgullo nacional, aún vivo en muchos lugares, la crisis económica, más exactamente la falta casi total de actividad industrial y de relaciones comerciales, creaba en el país condiciones particularmente propicias a la insurrección.

El pasado reciente le servía a Thiers de advertencia. Mucho antes de que París se pronunciara por la Comuna, Lyon la había proclamado y la agitación había empezado a extenderse por el sur del país.

No más tarde que el 4 de septiembre, un comité de salud pública, comprendiendo a cuatro miembros de la Internacional, se había instalado en el hotel de Ville, de Lyon. Pasado su éxito inicial, ampliamente facilitado por el marasmo de la industria de la seda, el Comité no tardó en demostrar la escasa noción que tenía de lo que era gobernar. Después de haber palabreado durante unos diez días, tuvo que retirarse ante un Consejo municipal, formado en su mayoría por republicanos moderados. Sin embargo, los socialistas internacionalistas no se desanimaron. Comprendiendo que, reducidos a sus propias fuerzas, eran incapaces de desenvolverse, pidieron ayuda a su maestro y gran inspirador Miguel Bakunin.

El gran anarquista ruso salía entonces de una de las muchas crisis que sufrió en su vida, y que cada vez le llevaban a cambiar, por lo menos parcialmente, sus posiciones. Había muerto Herzen; Netchaïef estaba encarcelado en San Petersburgo. Con ellos desaparecían las últimas esperanzas de una revolución rusa. Bakunin se había entregado al Extremo Occidente, al que siempre había pertenecido, tanto por su formación como por su cultura. Y si bien sentía a veces cierta nostalgia recordando la finca paterna de Premukhino y el círculo encantador de sus hermanas, sus primeras discípulas y sus primeras adoradoras, él nunca había puesto grandes esperanzas en Rusia, y, por consiguiente, la obligación de renunciar a ellas no tenía por qué resultarle muy dura. En cambio, la pérdida de Netchaïef, su compañero de lucha, la afectaba más profundamente. Durante mucho tiempo le sedujo este extraño adolescente apasionado por un sueño de destrucción total, ambicioso y desinteresado, cruel hasta la ignominia y duro para sí como para los demás, pero retrocedió Bakunin cuando comprendió de repente hasta qué punto el «joven tigre» (así se le llamaba) estaba desprovisto de conciencia moral. Renegó de él con profundo sentimiento, pues la indómita energía de Netchaïef le fascinaba. Para este revolucionario, a quien las mujeres, excepto sus hermanas, tan poco importaban (su matrimonio parece haber sido un matrimonio blanco), sólo contaban la «Causa» y las amistades ligadas a ella.

Revolucionario casto, espíritu religioso, cuya religión era el ateísmo, siempre experimentó la necesidad de construir, en torno a su actitud, un dogma que la engrande-

ciese y rodearla de misterios y de ritos de catacumbas que la diesen un aspecto calenturiento.

En otros tiempos había predicado en los círculos rusos la religión hegeliana; luego la rechazó por no contener más «que muerte y tedio, inactividad absoluta», se lanzó en cuerpo y alma en la política para recobrar en ella su «dignidad». Dotado, como le agradaba decirlo en francés, «de una gran dosis de exaltación», buscó apasionadamente en qué aplicarla, buscó incansablemente todas las ocasiones que permitieran a su inteligencia desplegarse en la alegría del riesgo y en compañía de seres por los cuales sintiese amistad. Por toda Europa, persiguió la revolución: en París, en Dresde, en Suiza, en Italia, también en otros lugares, y hay que confesar que jamás la había encontrado realmente cuando surgió la Comuna.

El problema para él era «encontrar» la revolución, pues la concebía como una catástrofe resultado de las circunstancias, del estado de la sociedad y no de la acción del hombre. Lo importante para él era estar presente en el lugar donde amenazaba la crisis para poder precipitar su estallido y apresurar la destrucción de la vieja sociedad. Demasiado amante de la libertad para ambicionar un puesto de dictador, pero sediento de grandeza, aguijoneado por una necesidad tiránica de dominar a los seres y a las cosas, Bakunin esperaba satisfacerlas, si no en la construcción, por lo menos en la destrucción revolucionaria. Es conocida su frase famosa: «La pasión de la destrucción es una pasión creadora.»

Este concepto de la revolución presenta indudablemente cierta analogía con el de Blanqui. Pero tampoco conviene exagerar. Efectivamente, en primer lugar, el plano apocalíptico en que se sitúa Bakunin le distingue de Blanqui. Partiendo de una visión más actual y rousseauniana de la época, Bakunin anuncia la inminencia del derrumbamiento de la vieja sociedad. Y de sus ruinas piensa que surgirá un régimen que será bueno en tanto sepa mantenerse cerca de las realidades y de las necesidades naturales. Efectivamente, así como Blanqui disimulaba bajo unas apariencias de hombre de acción y de agitador, lo que en realidad era, un racionalista convencido, Bakunin, autor de líneas admirables contra las pretensiones de la ciencia al Gobierno del mundo, contra

los peligros de la abstracción⁴; Bakunin, el instintivo, el romántico, no dejaba nunca de apuntalar su acción con la creencia en las leyes naturales y en la bondad del hombre natural: «La organización de la sociedad —escribe—, siendo siempre y en todas partes la única causa de los crímenes cometidos por los hombres, no hay mayor hipocresía o más evidente absurdo por parte de la sociedad que el castigar a los criminales.» Y esto que un positivista no hubiera desaprobado: «Todo individuo es el producto involuntario del medio natural y social en el que ha nacido.»

Sea por predisposición racial, por temperamento personal o por estar totalmente desintoxicado de las filosofías alemanas, Bakunin siguió siendo siempre, en ciertos aspectos, un idealista. Dice Wagner que uno de los elementos esenciales de la fuerte seducción que ejercía sobre sus semejantes era precisamente ese paso continuo y desenvuelto de la «barbarie» más burda al «idealismo» más sutil. El carácter de Bakunin, tal vez menos que ninguno, puede reducirse a un rasgo único. Todo estudio psicológico que eso hiciera sería condenado al fracaso o produciría una vaga caricatura. Hay que considerarle tal y como es este gigante, extraordinariamente diverso, cuyo instinto tan pronto aparecía seguro y bien ajustado como sensiblemente vacilante. Hay que verle tal y como nos lo han descrito sus contemporáneos: comiendo vorazmente, fumando sin cesar, durmiendo vestido, con la cabellera descuidada, desarrapado, siempre mandando o conspirando, y esto a veces flotando por las nubes y otras marchando sobre la más firme realidad.

La verdad es que toda esta personalidad nos interesa en la medida en que sirve de *materia* a los actos que ahora podemos destacar y comprender mejor. Efectivamente, si la persona de Bakunin es diversa y contradictoria, sus posiciones de ataque permanecen constantes. Sus actos, como los de Proudhon y como los de los anarquistas, han tenido siempre como punto de apoyo la persona humana y como objetivo su liberación. Pero ya hemos visto que para él la persona está totalmente fundida en la sociedad; el hombre es naturalmente social. De ahí sus violentos ataques contra el individualismo abstracto de los filósofos liberales; de ahí la importancia enorme concedida por él a la masa. Creía en la anteriori-

dad, pero no en la primacía de la sociedad sobre el hombre⁵, y consideraba la acción de las masas no como una aportación numérica, sino como un levantamiento «espontáneo, formidable, apasionado, enérgico, anárquico, destructivo y salvaje», utilizando sus propios términos.

Se comprende, pues, el interés de su intervención en Lyon y en el sudoeste. La guerra franco-alemana, la caída del imperio le suministraban la tan esperada ocasión de comprobar si las masas, en una situación revolucionaria, podían hacerse revolucionarias.

En efecto, desde el principio de la guerra, contrariamente a la opinión de los parisienses, la situación de Francia le aparecía como eminentemente revolucionaria. Por fin había llegado la hora de poder acabar con el estadismo y la preponderancia de Alemania⁶: «Tengo el supremo convencimiento de que la causa de Francia es de nuevo hoy la causa de la humanidad, y su caída, su sumisión a un régimen que le fuera impuesto por las bayonetas prusianas sería la mayor desgracia que, desde el punto de vista de la libertad y del progreso humano, le pueda ocurrir a Europa y al mundo.» En otra carta afirmaba rotundamente: «Haciendo patriotismo salvaremos la libertad universal.»

Después de haber vacilado un poco, considerando su edad, su salud, su falta de recursos, Bakunin marchó de Suiza acompañado de un polaco y de un oficial ruso, zapatero remendón en París. El 15 de septiembre desembarcaba en Lyon, encontrando de nuevo con enorme alegría sus viejos amigos Albert Richard, Palix, Bastelica y todos los que formaban el pequeño círculo de devotos prosélitos, furiosamente idealistas a pesar de sus pretensiones, y compartiendo su cándida esperanza en un «desencadenamiento de malas pasiones», que ellos, menos que nadie, eran capaces de desencadenar. Todos, sin embargo, salidos poco antes de un poder un tanto cenagoso, tenían vía libre para la crítica y la agresividad.

Inmediatamente hubo una recrudescencia de los conciliábulos, de las reuniones alborotadas, violentas, en salas de café oscurecidas por el humo y con el aire viciado por los vapores del alcohol. Bakunin, con un ardor admirable, precisaba, desarrollaba su plan: y si sus amigos no le seguían siempre en sus extravagancias, al menos no resistían a su fascinación, sojuzgados por este hombre físi-

camente destrozado, pero animado de una prodigiosa vitalidad. La propia población lyonesa, reducida por el paro obrero a la inactividad, obsesionada por la proximidad del enemigo, no permanecía insensible a esta llamada a favor de «la acción directa y todopoderosa del propio pueblo». Decepcionada por el repliegue sobre sí de París, despechada por la no admisión en el Gobierno de Defensa nacional de diputados que no fuesen parisienses, estaba dispuesta a seguir a este hombre, que mantenía que «la iniciativa y la organización del levantamiento popular» no podían ya venir de París y sólo eran posibles «en las provincias».

Frente a estos rumores, a esta fermentación popular, el Consejo municipal no sabía hacia quién ni hacia qué orientarse. En constantes disputas con el prefecto Challemel-Lacour, jacobino parlamentario, llegó en su desconcierto, al extremo de poner buena cara a los ofrecimientos de servicio del «general» Cluseret, enviado de París por el Comité de «la Corderie» para reorganizar el ejército del Ródano.

Este Cluseret, futuro miembro de la Comuna, era uno de esos *condottieri*, o en términos más prosaicos, uno de esos arrivistas de poca monta que siempre hay entre los revolucionarios. Después de haber sido el oficial de Cavaignac, condecorado por su participación en las jornadas de junio, de haber seguido como periodista la guerra de secesión otorgándose a sí mismo el grado de general, se ofreció a los Fenians de Irlanda; luego los abandonó sin más explicaciones y se puso al servicio de la Internacional, donde pareció encontrar su lugar de elección. Así es cómo abusando un poco de la confianza de Varlin logró ser presentado al Comité Central de la Corderie y enviado como delegado a Lyon. Como buen aventurero, acostumbrado a jugar sobre dos tableros, Cluseret, con entrada tanto en el Consejo municipal como en el círculo de los internacionalistas, se dedicó simplemente a esperar.

Y no tuvo que permanecer mucho tiempo en la expectativa. El 25 de septiembre, Bakunin y sus amigos redactaban el famoso pasquín rojo y lo leían al día siguiente en el café de la Rotonde ante un público entusiasta.

He aquí *in extenso* el texto de este curioso documento:

FEDERACION REVOLUCIONARIA DE LAS COMUNAS

La desastrosa situación en la que se encuentra el país; la impotencia de los poderes oficiales y la indiferencia de las clases privilegiadas han llevado a la nación francesa al borde del abismo.

Si el pueblo organizado revolucionariamente no se apresura a actuar, su porvenir estará perdido. Inspirados por la inmensidad del peligro y considerando que la acción desesperada del pueblo no debe retrasarse en un solo instante, los delegados de los comités federados de salvación de Francia, reunidos al Comité central, proponen la inmediata adopción de las siguientes resoluciones:

ART. 1.º El aparato administrativo y gubernamental del Estado, que ha resultado ser impotente, queda abolido. El pueblo de Francia recobra la plena posesión de sí mismo.

ART. 2.º Todos los tribunales criminales y civiles quedan suspendidos y sustituidos por la justicia del pueblo.

ART. 3.º El pago del impuesto y de las hipotecas queda suspendido. El impuesto es sustituido por las contribuciones que las clases adineradas tendrán que pagar a las Comunas federadas en función de las necesidades de la lucha por la salvación de Francia.

ART. 4.º Abolido el Estado, éste no podrá ya intervenir en el pago de las deudas privadas.

ART. 5.º Todas las organizaciones municipales son abolidas y sustituidas en todas las comunas federadas por comités de salvación de Francia, que ejercerán todos los poderes bajo el control inmediato del pueblo.

ART. 6.º Cada Comité de capital de departamento enviará dos delegados para formar la convención revolucionaria de salvación de Francia.

ART. 7.º Esta convención se reunirá sin demora en el hotel de Ville de Lyon, por ser ésta la segunda ciudad de Francia y la más capaz de actuar con energía por la defensa del país.

Esta convención, apoyada por la totalidad del pueblo, salvará a Francia.

¡A LAS ARMAS!

Semejante texto deja la crítica desarmada por lo que contiene de elemental, de conscientemente desesperado y de ingenuamente demagógico. Para sus redactores, el cartel no era considerado como un simple jalón plantado en el camino hacia la revolución; totalmente condiciona-

do por la ilusión de una insurrección próxima y espontánea, estaba destinado a actuar de palanca del movimiento. Es natural, pues, que se apresuraran a darle la continuación que implicaba, decidiendo la insurrección para el día siguiente, 28 de septiembre.

En la elección de esta fecha los revolucionarios fueron favorecidos o inspirados, pues la víspera el Consejo municipal acababa de reducir torpemente los salarios de los obreros trabajando en obras públicas. Y así, la plaza Des Terreaux estaba el 28 abarrotada de gente, con los «hombres decididos» de Bakunin, mezclados en una muchedumbre hostil a los obreros que protestaban contra la disminución de sus jornales. Pronto una delegación obrera, acompañada por un centenar de «hombres decididos», penetraban en el hotel de Ville, y al poco rato se levantaría el telón sobre una comedia-farsa del género habitual en este tipo de teatro, una nueva versión del 31 de octubre parisiense, con sus «quid pro quos», sus proclamaciones, sus detenciones, sus puestas en libertad, sus contradetenciones; en una palabra, su incoherencia.

Cluseret, que los revolucionarios habían nombrado jefe de la Guardia Nacional, no quiso emprender ninguna acción enérgica o comprometedora y se limitó a ordenar que se diese el toque de alarma en los barrios obreros. Se permitió así que las autoridades concentraran los guardias nacionales que les eran fieles frente al hotel de Ville, y, a pesar de la insistencia de Bakunin en la necesidad de detener al prefecto y al alcalde, se siguió, por temor a la burguesía, los consejos moderadores de Cluseret y de Albert Richard⁷ en el sentido de «dejar que el pueblo fuese quien apreciara la situación».

El alcalde no tuvo así ninguna dificultad en entrar en el hotel de Ville por una puerta de servicio y proceder sin que nadie se diese cuenta a la detención del anarquista ruso.

La operación había fracasado. Por suerte, Bakunin, rescatado poco después por su amigo el ex oficial ruso Ozerof, logró aprovecharse de la confusión general para desaparecer y marchar a Marsella. Por su parte, Cluseret, comprendiendo que no había ya nada que hacer ni por un lado ni por el otro, tomó el tren con destino a Ginebra.

«El momento psicológico había pasado —escribiría más

tarde Albert Richard—. Jamás tuvimos un plan preciso, y la espontaneidad revolucionaria que Bakunin esperaba no se produjo... La verdad es que nadie en Lyon quería tomar la terrible iniciativa de un conflicto sangriento. La acción por la muchedumbre amotinada, delirante, furibunda, se le fue para siempre a Bakunin.»

*

Extremista como lo fueron los románticos, como lo son naturalmente los eslavos, Bakunin no supo retener la esencial lección de Proudhon: la ineludible necesidad de preparar la conquista del poder por una previa conquista de autoridad. Había creído poder reagrupar las fuerzas simplemente a través de la destrucción, y la experiencia acababa de demostrar que la abolición del aparato administrativo permite al pueblo entrar de nuevo en posesión de sí mismo únicamente en la medida en que esta nueva toma de posesión ha sido iniciada ya en el periodo anterior.

En suma, fracasaba por la insuficiencia de su doctrina. Por su amor a la acción, por su ansia de encontrar esa realidad que siempre huía de él, Bakunin había simplificado lo concreto, había reducido el factor humano a la intervención de la masa y pagaba el precio de estas falsificaciones. Optimista de la violencia, en mayor grado aún que Blanqui, confiando la acción a una especie de entidad dotada de existencia propia —la masa—, sucumbía ante la tentación de la desesperación, de la enajenación e incluso del renunciamiento. Si, a pesar de las apariencias, Bakunin renunciaba, renunciaba a poner la revolución en contacto directo con la vida. Como todos los doctrinarios del siglo XIX, creía indispensable delimitar la tierra de la revolución. Pero estas tierras a revolución, más o menos míticas —tanto si es una minoría disciplinada, una clase o una horda de bárbaros—, son tierras pobres, produciendo regímenes débiles, que siempre acaban en la sangre (propia o ajena).

Si Bakunin hubiera sido más joven, con actitudes menos rígidas, tal vez hubiera comprendido que, para existir, una revolución debe hincar profundamente sus raíces, extraer su savia en una tierra más honda y más rica: la tierra de la vida. Que su papel y su justificación consisten en distinguir lo que nace de lo que muere. Que para

ella no hay generación espontánea, y que lo mismo que a un ser humano, hay que alimentarla, criarla, educarla con tanto más cuidado y rigor cuanto más insalubre es el medio en el que se opera. En una palabra, que la revolución es una obra que se concibe y se prepara partiendo de la realidad entera.

*

Si el levantamiento de Lyon estaba condenado de antemano por su falta de preparación, ¿qué decir de las otras insurrecciones provinciales, de esas Comunas improvisadas en el desorden y la completa ausencia de directivos y de jefes?

Por todas partes, en los grandes centros, el día siguiente al 4 de septiembre empezó a agitarse torpemente una población descontenta de la delegación de la Loire, asqueada por la incuria de sus Consejos municipales, irritada por la inercia de sus prefectos políticos.

Poco después de Lyon, fueron Marsella y luego Saint-Etienne quienes proclamaron sus Comunas, a las cuales pronto les cortaron las alas invocando los famosos deberes de la Defensa nacional que exigían que cada uno permaneciese en su puesto y no se moviera. Lo mismo que en París, se impuso el silencio y la inmovilidad con el pretexto de evitar los «motines ante el enemigo», y así la revolución incipiente perdió su punto de apoyo más actual, el sentimiento patriótico, no dándole inmediata satisfacción. El 18 de marzo, lo hemos visto, era ya tarde, demasiado tarde.

Sin embargo, por muy filtradas que llegaron las noticias de París a la provincia, la toma del poder por el Comité central provocó nuevos intentos revolucionarios. Lyon, una vez más, salió en cabeza y tuvo una nueva Comuna tan efímera como la primera. Le sucedió Saint-Etienne, sin más fortuna; luego, Le Creusot, Marsella, Tolosa, Narbona y Limoges. En todas partes la acción concertada de los clubs socialistas, de los guardias nacionales y de los enviados parisienses (en su mayoría jóvenes sin experiencia), se mostró incapaz de montar una acción sólida. Sufriendo ellas también de la falta de notoriedad de los miembros del Comité central, y negándose—excepto en Narbona— a recabar el apoyo de las ciudades vecinas, las Comunas revolucionarias de Francia se

hundieron una tras otra por falta de aire, cediendo ante la organización más que ante la fuerza.

La represión contra estos movimientos fue en realidad poco sévera debido a la debilidad e inseguridad del ejército que Thiers no se atrevía a utilizar demasiado antes de haberlo reforzado y reorganizado ⁸. Así, para amordazar a la provincia, Thiers movilizó sobre todo a los prefectos ⁹, a los viejos partidos republicanos burgueses y, finalmente, a la masonería ¹⁰. Lo cual equivale a decir que las Comunas provinciales fueron víctimas por una parte de la incoherencia interna del movimiento, y por otra del parlamentarismo.

8. El Estado y el Federalismo

El problema del Estado en el siglo XIX. El movimiento a favor de la descentralización. Del federalismo proudhoniano al federalismo de la Comuna.

Aunque en el transcurso del tiempo los revolucionarios lo hayan muchas veces subestimado, pensando más en apoderarse del Estado que en cambiarlo, el problema del Gobierno no deja por ello de ser esencial y como la piedra de toque de la revolución.

Por no haberlo tenido en cuenta, muchos levantamientos emprendidos en nombre de la libertad han terminado negándola y reforzando las coacciones dictatoriales. Así puede decirse que uno de los méritos —quizá el mayor— de la Comuna es el de haber, si no resuelto, por lo menos planteado el problema con cierta nitidez.

Que esta probidad, esta buena voluntad se la debió a Proudhon, su principal inspirador, no me cabe la menor duda; pero estoy muy dispuesto a pensar que también se la debió, en una medida apreciable, al Estado que tenía enfrente.

El segundo imperio encarnaba lo que más tarde sería el Estado moderno tipo, el Estado cuyo carácter principal no es el despotismo brutal, sino una centralización, especialmente de la vida económica del país, que acaba absorbiendo casi totalmente.

Sin embargo, por una extraña paradoja, a pesar del desarrollo ilimitado de sus funciones y de sus intervenciones, la tiranía apenas resulta aparente, pues lo único que ve el gran público es su fachada política; así bastará con moderar un poco las coacciones políticas para que los periodistas y plumíferos en busca de ascensos afirmen que la libertad ha sido recuperada. El engañoso que constituyó el «imperio liberal» tiene su réplica exacta en la famosa constitución de la U. R. S. S., «la más democrática del mundo». Ambas han suscitado la misma ingenuidad y la misma ambiciosa mala fe. En breve, el secreto, el misterio del Estado totalitario no es tanto la opresión como la corrupción que la encubre; en lo sucesivo, los actos perversos se realizan de forma encubierta. Se entra en el reino de los monopolios del Estado, en el reino de la hipocresía, de la política de delación. El cuco y el confidente son reyes. Bien lo había previsto Proudhon cuando escribía: «Quien dice nación unitaria, dice nación vendida a su Gobierno: *urbem venalem.*»

Tal vez haya quien se pregunte: «¿Cómo es posible que la realidad del estadismo haya sido captada con más fuerza por los comuneros que por nuestros contemporáneos, cuando en realidad la supremacía económica del Estado ha hecho todo menos disminuir?» Hay varias razones: la principal, a mi forma de ver, es la novedad del sistema económico.

El segundo imperio, efectivamente, era demasiado joven para que la gente hubiera podido olvidar lo que le había precedido. Enterrador de las grandes esperanzas que habían sostenido en Francia desde 1830 a 1848, constituía una ruptura de última hora, con una ideología totalmente distinta.

No menos incapaz que los parlamentarios que le habían precedido, de resolver los problemas del capitalismo, de adaptar los progresos técnicos, de ponerlos al servicio del bien nacional, había impulsado al capitalismo por nuevos derroteros y hacia nuevas defensas, lo había tonificado con la llama del liberalismo, lo había protegido, fortalecido y hecho inexpugnable, encuadrándolo en instituciones nuevas.

La verdad del sistema —o si se prefiere la nueva intensidad del sistema— explica la casi exclusiva devoción

dedicada por los revolucionarios del segundo imperio a la economía, y también al hecho de que estos revolucionarios se reclutaran de preferencia en la clase trabajadora, que más que ninguna sufrió las consecuencias de la megalomanía industrial. Explica, finalmente, que la toma de conciencia, por muy extendida que fuese, se haya mantenido incompleta e incierta en su escala de valores.

¿Qué es efectivamente la toma de conciencia revolucionaria sino, en primer lugar, la toma de conciencia del Estado, de su estructura, de su forma y de sus límites? Ciertamente hay que reconocer las dificultades de la empresa en una época como aquélla. El Estado de entonces no tenía ya ni forma ni límites. En cuanto a su estructura, los juristas no consiguen ya ni siquiera desembrollarla. Se confunde el Estado y el Gobierno, el Estado y la nación y se cree haber dado un gran paso bautizando al monstruo con el elegante nombre de «persona moral». Hay, sin embargo, un punto cierto, tangible, y es que esta confusión no es sino el reverso de un concepto de la soberanía absoluta del Estado, concepto renovado del siglo xvi y, en gran parte, tomado del formalismo jurídico de Hobbes y de Hegel.

Así como durante los hermosos días del antiguo régimen, Bodin admitía que el soberano se hallara ligado no sólo por el derecho natural y por el derecho divino, sino también por «las leyes fundamentales del reino» (derecho consuetudinario) y por los tratados internacionales; en lo sucesivo, «la soberanía del Estado consiste en la facultad de no hallarse ligado más que por su propia voluntad»¹. Lo cual viene a ser lo mismo que afirmar «la independencia y la superioridad de la voluntad del Estado respecto a todo sistema de reglas jurídicas que no emanen de esta voluntad». No debe uno, pues, sorprenderse al ver que un jurista del segundo imperio, Dufour, definía «el acto de gobierno» por el «objetivo que se fija su autor», proclamando así una razón de Estado que la razón desconoce. Obedecer sin tratar de comprender, según la fórmula de los militares.

El esencial corolario del absolutismo se adivina que es la centralización. Si el Estado no tiene a la totalidad del país bajo su yugo, corre el riesgo de quedar al primer choque en situación comprometida, a no ser que su autoridad moral sea realmente indiscutida. Pero la autoridad

moral es algo precario: hace falta tener mucho valor para contentarse con ella en el ejercicio del poder. La tendencia a buscar siempre lo fácil y lo seguro lleva infaliblemente a la centralización, a la extensión del Estado, a una justicia cada vez más negativa y represiva. Y no nos engañemos: la salud que parece insuflarle al Gobierno es ilusoria. No es un vigor ni una sangre nueva lo que le da, sino un soporífero, un calmante que en el mejor de los casos puede disimular ante el enfermo el estado de absoluta degeneración en que se encuentra su organismo. Cuando un país recurre únicamente a la centralización, puede decirse que está en decadencia.

La aparente solidez y la fragilidad real del Gobierno centralizado se deben a una causa esencial: la administración burocrática. Como muy bien lo había visto Gobineau², el Gobierno comete un error capital al «creer que dando salarios a un número considerable de solicitantes, se asegura el apoyo tanto de los estipendiados como de sus familias». Los «estipendiados» de la burocracia no se sienten ni ligados ni responsables, sino únicamente protegidos en su incuria. Apuntando a la administración del segundo imperio, hacia la cual siente un rencor violento, Gobineau añade: «Se ha confesado y proclamado, reconocido y admitido en voz alta, que cada uno entraría, pasaría, ascendería, progresaría según la medida de favor que lograra disfrutar entre los dispensarios de mercedes. Se ha nombrado para ocupar puestos de magistratura a personas incursas en la pena de interdicción civil. Se ha confiado misiones delicadas e importantes a gentes que no tenían delicadeza ni importancia. Nunca insistiremos demasiado en ello: el mal ha sido llevado, en este terreno, hasta sus últimos extremos; la administración francesa ha alcanzado, en estos últimos años, los límites extremos de la incapacidad y de la incompetencia.»

La mala conciencia que pesa hoy sobre los funcionarios proviene, sin duda, de esta constante hipertrofia del cuerpo, enmurallado por sus papelotes, sus carpetas, sus fichas, medio paralizado por mecanismos rutinarios, tal vez momentáneamente animados por los efímeros detentores del poder, pero jamás por problemas reales, jamás por la vida.

Bajo el segundo imperio, la funcionarización de la nación se había desarrollado en proporciones considerables.

Nos limitaremos a dar unos cuantos ejemplos: en 1852, el Estado se apoderó de las sociedades de socorros mutuos; en 1853, se reservó el derecho de nombrar a los presidentes y vicepresidentes de los *conseils des Prud'-hommes* *; en 1854, restableció para el obrero la obligación de la cartilla, una de las instituciones más odiadas del antiguo régimen; en 1855, consagrando una larga marcha anexionista, redujo la Comuna al humilde papel de «sucursal de la autoridad central», atribuyendo al emperador o a los prefectos, sus *missi dominici* como los llamaba Proudhon, el nombramiento de los alcaldes y de sus adjuntos.

Nada tiene de sorprendente que la descentralización y el federalismo hayan sido motivo de tanta preocupación bajo el segundo imperio. A partir de Bonaparte, Francia, enfrascada en su centralización, se hundía cada vez más en ella. Desde la restauración las veleidades de cambiar este estado de cosas no había faltado; pero todo había sido en vano. Francia se revolvía en un círculo vicioso. Cuando en 1836 el ministro de Hacienda, Duchâtel, habló de la necesidad de restringir esta gigantesca y onerosa administración, se le hizo observar que sería bueno que empezara él mismo depurando su propio ministerio. Resultado: unas semanas más tarde subió de nuevo a la tribuna del Parlamento para informar sobre los resultados de su encuesta: «Señores —dijo—, mi ministerio cuenta efectivamente con cuatro mil empleados y, en último extremo, podría despedir a la mitad. Pero de este efectivo excesivamente numeroso, dos mil me han sido fuertemente recomendados y los demás me son indispensables para cumplir mi cometido.»

Después de 1848, hubo cada vez mayor número de partidarios de la descentralización y del federalismo. Hombres tan distintos como Lamennais, Vivien, Odilon Barrot, Michel Chevalier, se unieron para predicar la descentralización. El *Manifiesto de los sesenta* también reclamaba la descentralización, y en 1865, en un programa que aún conserva su fama —el programa de Nancy—, los conservadores, liberales y republicanos hallaron una frase realmente pasmosa y que tuvo un éxito extraordinario; la frase decía así: «Los asuntos de la Comuna para la Co-

* Consejos mixtos de patronos y obreros. (N. del T.)

munal, los de la región para la región, los de la nación para el Estado.» Entre las firmas, aparecían las de personalidades como Montalembert, Casimir Périer, Prévost-Paradol, De Broglie, Duvergier de Hauranne, Jules Favre, Jules Simon, E. Pelletan, Garnier-Pagès, etc. Es más, durante el imperio liberal, para responder al gusto del día, fue instituida una comisión de descentralización que se estuvo reuniendo en las salas del Consejo de Estado. En dicha comisión figuraba Prévost-Paradol, el joven aspirante a dictador que antes de convertirse con su libro *La nueva Francia* en uno de los forjadores de la Tercera República, «repetía en 1870 lo que se había dicho en 1830, lo mismo que un Epiménides doctrinario que se hubiese despertado después de un sueño de cuarenta años». Quien así le describe es su amigo Maxime du Camp, que pertenecía también a esta docta Asamblea, pero prefería contemplar las pinturas de Chassériau, Flandrin, Delacroix, a entrometerse en el austero debate. Si añadimos que la Comisión tenía además un presidente, Odilon Barrot, que con su voz cascada y temblona de viejete no cesaba de repetir: «Ya van cincuenta años que estudio esta cuestión y aún estoy lejos de haberla resuelto», se harán ustedes una idea de la atmósfera y de la fecundidad de esta comisión auténticamente parlamentaria.

Por inútiles y vagas que fuesen estas discusiones sobre el federalismo y la centralización (pues también la centralización tenía sus defensores como, por ejemplo, el economista Dupont-White) son, sin embargo, significativas y demuestran que el federalismo de la Comuna no es imputable solamente a unos cuantos redactores proudhonianos, sino que responde a una corriente de opinión social bastante profunda.

Pero, evidentemente, con la brillante fórmula de los liberales de Nancy no se podía ir muy lejos: había que fijar el punto de partida de las atribuciones y, sobre esto, ninguno de estos señores decía una sola palabra. Así, por amplio que fuese el movimiento a favor de la descentralización, hay que reconocer que solamente Proudhon ha precisado lo que podría ser un régimen fuertemente descentralizado, es decir, federalista.

Resulta, pues, indispensable resumir aquí la teoría federalista de Proudhon para poder apreciar en qué medida

ha sido adoptada por los comuneros y en qué medida ofrecía una solución viable.

Para establecer su teoría, Proudhon arranca de mucho más lejos que los liberales de Nancy. Parte de la constatación de que todo régimen social oscila entre dos polos antitéticos e irreductibles, la libertad y la autoridad. Entre ellos no hay más síntesis posible que entre el sí y el no. Los regímenes unitarios han acabado en la descomposición por no haber sabido conceder la libertad necesaria, y los regímenes democráticos han acabado destruyendo la libertad por no haber sabido organizarla y darle los puntos de apoyo indispensables. «¿Saben ustedes —escribe— de quién es hija la arbitrariedad? Su propio nombre se lo indica: del libre albedrío, de la libertad. ¡Cosa admirable! El único enemigo contra el cual la libertad tenga que ponerse en guardia no es en realidad la autoridad que todos los hombres adoran como si fuese la justicia, sino la propia libertad, la libertad del príncipe, la libertad de los grandes, la libertad de las multitudes disfrazadas con la máscara de la autoridad.»³

Dicho de otra forma: la libertad no es nada sin el orden, ni el orden sin la libertad, y todo el problema está en *equilibrar estos dos conceptos*. La República dimanante de Rousseau descansaba sobre una «convención ficticia»; el individuo aislado gozando solamente de una supuesta libertad política, constantemente contrariada por las vejaciones del Estado actuando en nombre del interés común, acababa por no poseer más que el derecho de voto, es decir, el derecho a enviar a los órganos del poder como delegados suyos unos hombres sobre los cuales no tenía ya control alguno y que debía soportar durante equis años.

Para Proudhon, un Estado simplemente descentralizado tampoco era satisfactorio, pues subsistía la jerarquía y por consiguiente, siendo el Estado quien establecía sus propias limitaciones, éste podía en cualquier momento modificarlas o incluso anularlas.

Tan sólo podía existir una libertad real en un Estado federal, en una sociedad no jerarquizada, formada por grupos autónomos. Pero admitir la autonomía radical de los grupos locales, significaba admitir el derecho de secesión, el derecho a retirarse de la federación. Mas el destino de los Estados federales (Suiza, Estados Unidos)

mostraban que todo intento separatista suscitaba una reacción por parte de los demás miembros de la federación, en el sentido de mantener en ella, por la fuerza, a los separatistas, cayendo así nuevamente en una forma de unitarismo en la unidad basada en la coacción y la fuerza y no en el consentimiento mutuo. El problema capital para Proudhon quedaba, pues, claramente planteado: ¿Cómo constituir la unidad de la federación sin jerarquía? .

Proudhon creyó haber resuelto este problema afirmando que el fracaso de los regímenes federales se debía a que, si bien habían concedido garantías políticas, no habían, en cambio, suministrado garantías económicas. «Lo que hay que hacer —escribía— para que la confederación sea indestructible, es darle de una vez la sanción que aún espera, proclamando como base del derecho federativo, y de todo orden político, el derecho económico» ⁴. Y en otro lugar precisa que este derecho económico no es sino «una aplicación de la justicia a la economía política» ⁵. Contrariamente al derecho antiguo, éste será esencialmente *positivo*. «Su objetivo es procurar, con seguridad y amplitud, todo lo que el antiguo derecho permitía simplemente hacer en su contexto de libertad, pero sin buscar garantías ni medios de acción y sin expresar a este respecto ni aprobación ni desaprobación.» ⁶.

Tal era el fundamento de la anarquía según Proudhon: «Consiste en el hecho de que las funciones políticas, al ser convertidas en funciones económicas, el orden social tan sólo es ya consecuencia de las transacciones y de los intercambios ⁷. Intercambios no ya abandonados a ellos mismos como bajo el liberalismo, sino sometidos al principio mutualista; es decir, al principio de la reciprocidad, del servicio a un precio justo, del contrato conmutativo y sinalagmático.»

La libertad y la soberanía del pueblo parecían entonces establecidas, ya que se expresaban a través de «un contrato real, en el que las soberanías de los contratantes, en vez de absorberse en una majestad central, a la vez personal y mística, sirven de positiva garantía a la libertad de los Estados, de las Comunas y de los individuos» ⁸.

Por lo que precede puede uno convencerse de que

Proudhon, como todos los revolucionarios de su época, continuaba imbuido de economía. Creyó poder reducir el problema del federalismo a ese común denominador. Y, oponiéndose al racionalismo jurídico de Rousseau, ha terminado cayendo en un racionalismo no menos oneroso: el racionalismo económico. Después de haber desplazado la cuestión hacia un terreno mucho más firme, se ha dejado llevar por la visión de un *homo æconomicus*, dotado de un espíritu de justicia y de razón que no encuadra desgraciadamente con la diversidad y las debilidades de la naturaleza humana.

Es posible que él mismo tuviese conciencia del contenido místico que tenía la piedra angular de su edificio. El fue quien dijo que el mutualismo sería no sólo la ley, sino «la religión del Estado». Además, es evidente que este concepto del federalismo no puede ser separado del concepto proudhoniano realmente divino de la justicia.

Por otra parte, ¿cómo esperar de una sociedad no jerarquizada la aplicación de estos principios sino es con la esperanza de que los ciudadanos, alcanzados por la gracia mutualista, aplicarán ellos mismos su dogma? Pero Proudhon, generalmente tan pesimista, tenía esta fe, veía esta unidad: «Lo que necesitan las nuevas generaciones —escribía— es una unidad que exprese el alma de la sociedad; unidad espiritual, orden inteligible que nos agrupe con todo el poder de nuestra conciencia y de nuestra razón, dejándonos, sin embargo, el pensamiento libre, la voluntad libre, el corazón libre.» Nada, pues, de extraño que esta unidad «invisible», impalpable, permeable en todos los sentidos a la libertad sea comparada en una metáfora un tanto aérea, al «aire cruzado por el pájaro, al que da vida y sostiene»⁹. Desgraciadamente, no es en los cielos donde hay que construir la nueva sociedad.

En el fondo, Proudhon ha sido vencido por la gran tentación de los filósofos y especialmente de los teóricos políticos; ha querido abarcar lo eterno y eliminar de una vez para siempre los conflictos. Bien claro lo dice: para él la federación es algo «definitivo y estable», donde no hay ya lugar para conflictos; es la armonía social al fin realizada en la diversidad. ¡Qué debilidad, sin embargo, en los cimientos del edificio, en ese contrato mutuo! Admitiendo que lograra realizarlo, no vemos en qué se

diferenciaría de esos contratos de los que tanto se sirvió la Sociedad de Naciones y que demasiado bien sabemos cómo se tergiversan y se invierten ante la primera presión financiera o militar.

Personalmente yo hubiera preferido que Proudhon no se dispusiera tan rápidamente a resolver los conflictos, sino que tratara de orientarlos de una forma distinta y ante todo se esforzara por conocerlos más a fondo. La antinomia autoridad-libertad, por muy real que sea, no deja de ser equívoca. En la palabra autoridad, Proudhon incluía tanto la autoridad moral de los gobernantes como la máquina administrativa, tanto el Gobierno propiamente dicho como el Estado. Conceptos que, sin embargo, merecerían ser distinguidos.

Considerando la historia, parece, efectivamente, que Estado y Gobierno tienen funciones distintas que no pueden confundirse sin perjuicio para uno y otro sin que el primero renuncie a su servicio y el segundo a su misión ¹⁰.

Lo que los pueblos han esperado del o de los jefes que han aceptado es ante todo que les garanticen la justicia y que actúen como sus protectores, animadores, timoneles y no como policías, hombres de negocio, banqueros o agentes de seguros. «Todo Gobierno, le guste o no le guste, representa no al pueblo, sino al régimen. Es el celador de una cierta ética y de ciertos principios (afectivos e institucionales) que le ligan a la población.» Cuando estos principios degeneran o caen en desuso, el lazo social, la tensión entre gobernantes y gobernados se relajan y antes de perder el poder el Gobierno pierde la autoridad.

Proudhon expresaba acertadamente el sentido verdadero del Gobierno al escribir: «En una sociedad libre, la misión del Estado o del Gobierno es por excelencia una misión de legislación, de institución, de creación; su papel ejecutivo queda reducido al mínimo.» Pero esta interesante definición perdía eficacia si se aplicaba indistintamente al Estado y al Gobierno, y asimismo resultaba inoperante si se rechazaba todo centro, todo gobierno supremo capaz de actuar sobre el conjunto de la nación.

En contraposición al Gobierno, que tan sólo existe en la medida en que es creador, el Estado es un órgano de

ejecución, de seguridad, una batayola, casi diría una máquina. Desde el momento en que se rechaza el optimismo racionalista y no se cuenta ya con la sabiduría de cada uno para hacer cesar la explotación del hombre por el hombre, hay que admitir la necesidad de un Estado. Además, si la concentración pura provoca la lentitud y la mala ejecución de ciertas tareas sociales, es indudable que un desmembramiento administrativo conduciría infaliblemente al mismo resultado. Toda la cuestión está, pues, en limitar esta zona, en determinar qué servicios públicos deben permanecer centralizados. No quiero, sin embargo, extenderme sobre esta cuestión, que me alejaría demasiado del tema de este libro. Unicamente quería restablecer los problemas en su contexto completo ¹¹.

En resumen, puede decirse que el problema del Gobierno no puede ser otro sino el de la separación de los poderes. Separación que debe tender, por una parte, a aproximarlos a la realidad, y por otra, a evitar que uno de ellos absorba a los demás para poder ejercer un dominio exclusivo. Y para esto el único posible punto de partida es el estudio de las funciones del Gobierno y del Estado, consideradas bajo su triple aspecto: psicológico, económico y político; toda subordinación o identificación del uno al otro conduce, como le ha conducido a Proudhon, a la utopía y, por consiguiente, a la ineficacia.

*

Estas críticas, por teóricas que parezcan, nos sitúan de nuevo en el centro de la acción. Explican la debilidad del federalismo de la Comuna y su contradicción interna que ya hemos señalado. Efectivamente, es interesante observar que en cuanto la Comuna quiso superar el estado lírico y hacer una profesión de fe federalista precisa, lo único que supo hacer fue vulgarizar las ideas de Proudhon. Ya hemos visto el manifiesto de la Internacional. Se asemeja indudablemente a la famosa declaración al pueblo francés del 20 de abril, redactada por Pierre Denis, y de la cual reproducimos los párrafos más significativos:

«Los derechos inherentes a la Comuna son:

»El voto del presupuesto comunal, ingresos y gastos; la fijación y el reparto de los impuestos; la dirección de los servicios locales; la organización de la magistratura,

de su policía interior y de la enseñanza; la administración de los bienes que sean propiedad de la Comuna.

»La selección, bien sea por elección o por oposición, conservando la responsabilidad y el derecho permanente de control y de revocación, de los magistrados o funcionarios comunales de todo orden.

»La intervención permanente de los ciudadanos en los asuntos comunales.

»La unidad política, tal y como la desea París, es la asociación voluntaria de todas las asociaciones locales, de todas las energías individuales hacia un objetivo común, el bienestar, la libertad y la seguridad de todos.»

Se concibe que esta unidad de Francia, lograda mediante la «asociación voluntaria», haya ofuscado el sentido común incluso de los simpatizantes de la Comuna. Evidentemente, se bogaba en plena utopía. Además, como ya lo hemos indicado, al estar obligada a hacer el papel de gobierno, frente a Versalles, la Comuna contradecía sus propios principios. Se excusaba de gobernar (vean su mensaje a los departamentos del 20 de abril), con lo cual ponía abiertamente al descubierto su propia debilidad. Qué podía pensarse de hombres que escribían: «Si la Comuna se ha salido del círculo de sus atribuciones normales lo ha hecho en contra de sus deseos y por la necesidad de responder al estado de guerra provocado por el Gobierno de Versalles. París solamente aspira a encerrarse de nuevo en su autonomía, llena de respeto por los derechos iguales de las demás Comunas.» Qué podía pensarse de un Gobierno que así se expresaba sino que adolecía de una singular falta de confianza en sus fuerzas y de seguridad en sus derechos.

9. París combatiente

Que París haga revoluciones en el recinto de sus murallas: ¿de qué le va a servir si Lyon, Marsella, Tolosa, Burdeos, Nantes, Rouen, Lille, Estrasburgo. Dijon, etc., si los departamentos, dueños de sí mismos, no siguen? A París le va a costar caro el asunto.

PROUDHON

El Gobierno de la Comuna. Las dos comisiones ejecutivas. Rossel. El Comité de Salud Pública. Protot y la justicia. Frankel y la economía. Rigault y la Policía. La semana sangrienta.

4 de abril

Como lo declaraba el general Galliffet en Versalles, se había llegado al preludio de una lucha «sin tregua ni cuartel». Los miembros más calmosos del Gobierno del hotel de Ville sentían cómo la ira se iba apoderando de sus personas. ¡Qué lejos estaba ya aquella radiante jornada del 26 de marzo, esa hermosa esperanza en una revolución pacífica! Las palabras de las primeras sesiones volvían al oído cargadas de una amarga ironía y resultaban ya fuera de tiempo. «La República de 1871 es un trabajador que ante todo necesita libertad para fecundar la paz. ¡Paz y trabajo, tal es nuestro porvenir!» Así habló el padre Beslay en la sesión de apertura. «Queremos fundar el derecho del trabajador, y ese derecho tan sólo se establece por la fuerza moral», había declarado Leo Frankel esa misma noche en la reunión del Consejo federal de la Internacional. Sí, pero esa fuerza moral, esa fuerza del ejemplo, ¿cómo afirmarla en medio de la guerra civil? Con cierto optimismo fueron prohibidos el 29 de marzo los juegos de azar para evitar que la pobla-

ción parisiense dilapide sus modestos ingresos siguiendo «el pernicioso ejemplo de los caballeros de la industria». Y no fue sin cierta ironía que la prensa relató cómo Pilotell detuvo en los cafés del barrio latino, de los que había sido antaño un fiel parroquiano, a hombres y mujeres de mala vida jugando a los naipes. A poco que nombren al señor Bullier, director de *La Alquería de las Lilas*, inspector de esto o de lo otro, escribían, y procederá a su propia detención. La verdad es que el Gobierno del hotel de Ville, heterogéneo, «con sus demagogos de clubs, sus iluminados (el perfumista Babick, «hijo de Dios», adepto de la religión fusioniana), sus medio-locos (Allix, inventor de un sistema de telegrafía basado sobre la cópula de caracoles simpáticos), sus románticos parlanchines (el dramaturgo abucheado Félix Pyat), carece de la cohesión necesaria para imponerse moralmente. Contiene excelentes elementos, pero los peores son los que más ruido hacen y muchas veces se ha querido presentar a éstos como típica representación de la Comuna. Los mejores, por el contrario, están absorbidos por tareas ingratas y necesarias: un Varlin, por ejemplo, haciendo frente a las dificultades de tesorería, preocupado en garantizar los sueldos de más de trescientas mil personas y encontrar fondos para los principales servicios públicos.

¿Qué ha hecho hasta entonces la Comuna? Lo mismo que el Comité Central, sus miembros se repartieron en comisiones de trabajo y se nombró una comisión ejecutiva, formada por cuatro blanquistas: Eudes, Tridon, Vailant, Duval, un jacobino romántico, Félix Pyat; un miembro del Comité Central, Bergeret, y un maestro independiente, Lefrançais. Los actos del nuevo Gobierno se centraron en lo más urgente: aplazamiento del pago de los alquileres, suspensión de la venta de los objetos del Monte de Piedad y, sobre todo, restablecimiento de los grandes servicios públicos abandonados por parte de su personal. En esta labor surgieron hombres activos y desinteresados: un Theisz, por ejemplo, que en cuarenta y ocho horas logró restablecer los servicios de correos.

Algunos, sin embargo, vivían con la obsesión de Versailles, cuya caída les parecía ser la condición *sine qua non* de la vida de la Comuna. Duval, el antiguo obrero fundidor, hombre enérgico y reservado, que había exhor-

tado ya al Comité Central en este sentido, volvió a la carga con Eudes y Bergeret a partir de la primera sesión. Tridon, Vaillant, Lefrançais y Pyat resistieron, pero este último, puesto en flagrante contradicción con sus declaraciones anteriores, acabó diciendo: «Después de todo, si pensáis ser lo bastante fuertes...» Finalmente, se acordó efectuar un intento de salida del cerco el 3 de abril.

Pero una vez más fue Versalles y no París quien primero se lanzó a la ofensiva. Cuando el domingo día 2 se oyeron los primeros cañonazos cerca de la Puerta Maillot, todo el mundo pensó que Neuilly proclamaba su Comuna, pero pronto hubo de rendirse a la evidencia: Versalles atacaba. En el barrio de Ternes, en un instante, las tiendas se cerraron y pronto se vio pasar las estafetas galopando hacia la plaza de Vendôme. Los federados, que defendían el distrito de Courbevoie, desbordados por todas partes, inferiores en número, se replegaban hacia Neuilly, dejando doce muertos y varios prisioneros.

A pesar de este revés, que mostraba el grado de perfección alcanzado por el ejército versallés, la decisión de intentar una salida al día siguiente fue mantenida. El plan acordado por el consejo de guerra era el siguiente: el ala de la derecha, mandado por Flourens y Bergeret, se dirigiría hacia Versalles, pasando por Rueil y Vaucresson; el ejército del centro, dirigido por Eudes, pasaría por Viroflay; en tanto que el ala izquierda, mandada por Duval, atravesaría Châtillon, el Petit Bicêtre y Villacoublay.

El 3 de abril, a las tres de la mañana, las columnas, mal armadas (muchos creían que se trataba de un simple paseo de reconocimiento), se ponían en marcha en dirección a Versalles. La columna de Bergeret fue la primera en sostener el fuego del enemigo. Los obuses disparados desde el monte Valérien diezmaron la tropa, sembrando un pánico tanto mayor cuanto que la mayoría de los federados ignoraban que este monte había sido recuperado por los versalleses. Por su parte, Flourens llegó a Rueil con sólo un puñado de hombres; los demás se habían ido desperdigando a campo través. A eso de las diez, los versalleses entraban en acción, y Rueil, a su vez, era bombardeado. Tan sólo una vanguardia parisien- se se agarró al terreno para permitir que sus compañeros

se replegasen hacia Neuilly y levantasen barricadas frente al puente.

Flourens, cansado y descorazonado, bajó de su caballo, negándose a entrar de nuevo en París. Desoyendo las exhortaciones de su amigo Cipriani, prefirió marchar al azar, sin rumbo, a lo largo del Sena, antes que seguir la retirada. Recordaba desesperado su vida de revolucionario, esa sucesión de revueltas, de empresas arriesgadas, todas ellas vanas, todas fracasadas. Ahora tan sólo le quedaba la muerte, el único trance en el que aún pudiese vencer, y marchaba hacia ella, fascinado. Todos sus compañeros de lucha habían observado el reciente cambio de su carácter, antes exuberante, hoy mustio y taciturno. La gran llama se había apagado. Unas semanas antes le había escrito a un amigo: «Morir bien, como lo ha hecho Baudin, es la suprema felicidad para un republicano.» Pero esta suprema felicidad, ¿no le aparecería ilusoria allá en lo más hondo de su desesperación? Cuando se llega a esos extremos, el propio gusto de la muerte, la provocación, aparecen como un estetismo inútil, incluso pueril. Flourens se tumbó en la hierba y se durmió.

Unas horas más tarde descansaba en una habitación que alquiló, a instancias de un amigo, en una casita próxima al puente de Chatou, cuando fue despertado y conducido ante los gendarmes. Un soplón le había denunciado.

«Es usted Flourens; es usted quien ha disparado contra mis gendarmes», le gritó el capitán Desmaret, y sin dejarle tiempo para contestar se alzó sobre sus espuelas y le partió el cráneo de un sablazo.

¡Flourens ha muerto!

En el centro, Eudes y sus tropas ocuparon les Moulineaux, pero al llegar a Meudon fueron recibidos con ráfagas de ametralladoras colocadas en las ventanas de los hoteles y tuvieron que replegarse.

En el ala izquierda, Duval, después de haber cruzado el Petit Bicêtre, se encontró sin artillería ni municiones y tuvo que retirarse con sus hombres hacia la meseta de Châtillon. Una vez allá, se dispuso a esperar. A pesar de sus apremiantes peticiones y llamadas, las municiones no llegaban. Lo mismo que Flourens, Duval se negó a retirarse y pasó la noche con sus hombres en la meseta. Pero

en las primeras horas del día 4, los federados, totalmente cercados por la brigada Derroja y la división Pellé, no tuvieron más remedio que rendirse. Se les prometió que sus vidas serían respetadas. Volviendo hacia el Petit Bicêtre, la columna de prisioneros se encontró con el general Vinoy:

—¿Hay algún jefe entre vosotros?—preguntó.

—Yo —contestó Duval, saliendo de la fila, y a su lado se colocaron sus oficiales de Estado Mayor.

—Sois unos canallas —exclamó Vinoy—. A fusilarlos.

Sin una palabra, sin grandes gestos, causando la admiración de los propios oficiales versalleses, Duval y sus amigos se colocaron ante el muro. Apenas unos segundos después de que cayeran bajo las balas del pelotón de ejecución, un soldado de caballería se apoderaba ya de las botas de Duval para exhibirlas como un trofeo.

¡Duval ha muerto!

Es fácil imaginar el efecto que causarían estas noticias entre los miembros del Gobierno del hotel de Ville si se piensa que la víspera los enviados especiales les habían afirmado que la situación era excelente (incluso hubo periódicos que anunciaron la entrada de Flourens en Versalles). Al Gobierno, que desde el ataque de Thiers se mostraba cada vez más inquieto y resentido, se le agudizó aún más su desconfianza. Ya en la noche del 2 la Comuna había detenido a uno de los suyos, el ex-obrero del Creusot, Assi, sin más motivo que unas vagas sospechas; había votado el procesamiento de Thiers, Favre, Picard, etc.; había promulgado la separación de la Iglesia y del Estado y la abolición del presupuesto destinado al culto. Medidas inoportunas, inaplicables, que descubrían en el fondo la necesidad que tenía el Gobierno de afirmar su fuerza, destruyendo al enemigo sobre el papel, a falta de poderlo hacer en otro terreno. En la sesión del día 4, Vaillant recordaba a la Comuna que tenía rehenes y debía responder golpe por golpe a los asesinatos de los versalleses. Se sacaron a relucir unos informes policíacos llamando la atención sobre ciertas «sospechosas» actividades, transportes de cajones, etc., de los curas del Arzobispado. En fin, cada uno a su manera trazó el cuadro de las amenazas interiores y exteriores que pesaban sobre la Comuna y contra las cuales era menester reac-

cionar. Fueron decididas las detenciones del arzobispo Darboy, de los principales curas de París y del presidente Bonjean. Al día siguiente, Delescluze presentó un proyecto decretando que todo detenido cuya complicidad con Versalles fuese probada sería considerado como rehén y a cada ejecución de los versalleses se respondería con una doble o triple ejecución de rehenes.

El famoso decreto sobre los rehenes, que no entraría en aplicación hasta el 24 de mayo, fue entonces adoptado. Medida defensiva, de represalias, que muestra con qué facilidad la Comuna cedía ante el miedo y cuán lejos estaba de actuar con eficacia. Como muy bien lo ha indicado Lissagaray: «La Comuna, en su ciega indignación, no vio los verdaderos rehenes, que, sin embargo, saltaban a la vista de cualquiera: el Banco de Francia, el registro de la Propiedad, la Caja de Depósitos y Consignaciones, etc...» Lo único que hizo fue afirmar su inexperiencia y su conmovedora ingenuidad.

El 30 de marzo, Beslay, delegado de la Comuna, se presentó en el Banco de Francia. De origen burgués, formado en las tradiciones liberales, se rindió pronto a los argumentos del marqués de Ploeuc, que fácilmente le convenció de que no se podía tocar al Banco sin tocar a la fortuna de Francia. Por la noche, Beslay repitió la lección demostrando a sus colegas que la ocupación del Banco de Francia asestaría un golpe mortal a nuestra moneda fiduciaria. «Retiren la confianza y el billete de banco queda convertido en un asignado», afirmaba. Los federados, incluso los proudhonianos, olvidando las páginas escritas por su maestro sobre la Banca, se adhirieron a esta opinión, con lo cual fue decidido que Beslay sería el único delegado de la Comuna en el Banco de Francia.

La Comuna y Beslay, pareciendo ignorar que la ciudad de París disponía de un crédito de más de nueve millones de francos en el Banco de Francia, se resignaban a mendigar de cuando en cuando algunas cantidades o a exigir las con la torpe arrogancia de los débiles. Aprovechándose de esta situación, el gobernador Rouland podía transportar con toda seguridad a Versalles miles y miles de billetes de 500 y de 100 francos y 32 planchas que los comuneros hubieran podido utilizar. Es más, pudo ponerse de acuerdo con Thiers para la financiación de Versalles, y el 30 de marzo el Consejo de Regencia fijaba

en 140 millones de francos el crédito concedido a las fuerzas de la Asamblea Nacional. Que la Comuna haya querido mostrarse parca en la utilización de los recursos del Banco de Francia es algo que puede concebirse, pero no puede menos de dejarle a uno estupefacto que no haya hecho nada para impedir la financiación de sus enemigos.

¿Cómo podía la Comuna ignorar que el Banco de Francia se había convertido en una fuerza política? La ayuda financiera que prestó al golpe de Estado del 2 de diciembre era del dominio público; durante la encuesta de la que fue objeto en 1865, los hermanos Pereire, poco sospechosos de socialismo, denunciaron públicamente «las cábalas y las intrigas de los banqueros, miembros de su Consejo, que con excesiva facilidad confunden sus intereses particulares con los de sus accionistas»¹. Denunciaron la inmovilización del ahorro en beneficio del Estado y en perjuicio de los negocios. Cada vez que había que emprender una acción, a veces delicada, pero siempre urgente, dirigida contra el Estado, los comuneros se echaban atrás. Desconocían tal vez el combate épico de Gambetta contra los regentes, su lucha encarnizada para obtener los créditos necesarios para la defensa nacional en 1870 y su victoria tardía e inútil cuando estaba ya todo dispuesto para la firma del armisticio. El hecho es que de toda esta debilidad tan sólo el Banco supo beneficiarse. En 1870, sus beneficios habían pasado ya de 21 a 41 millones. En 1871, su dividendo ascenderá a 300 francos, cuando era sólo de 84 en 1870. Como puede verse, las guerras civiles y las revoluciones son onerosas para todo el mundo.

Pero junto a esta lucha contra los enemigos del interior, ineficazmente terrorista por un lado, demasiado tolerante por el otro, estaba la lucha contra el enemigo exterior, la cuestión militar. El 29 de marzo, sin discusión y por iniciativa de Félix Pyat, la Comuna decretó que la única fuerza militar reconocida sería la Guardia Nacional y que, por consiguiente, la conscripción quedaba abolida. Pero la Guardia Nacional dependía simultáneamente del Gobierno del hotel de Ville y del Comité central. Y este último, a pesar de sus afirmaciones de que no quería hacer política, estaba decidido a conservar la alta dirección de la Guardia Nacional y a seguir en-

cargado de la Intendencia. Esto dio lugar a violentos choques, a partir del 30 de marzo, entre representantes del Comité central y miembros de la Comuna.

El 4 de abril, en sesión de noche, el Comité central, enardecido por el fracaso sufrido por el Gobierno el día anterior, se lanzaba de nuevo a la carga.

Extenuados, desalentados por los acontecimientos, los miembros del Gobierno, después de haber protestado contra la ingerencia del Comité central, se dejaron arrebatar la Intendencia. Necesitan ver las cosas con algo más de claridad, necesitaban no sentir sus fuerzas demasiado comprometidas ni su responsabilidad demasiado directamente empeñada, de ahí que acogieran con entusiasmo las explicaciones de un Bergeret, según las cuales la derrota había sido causada por «lamentables retrasos» y otras inexplicables casualidades. Lanzados por esta vía de conciliación y casi de dimisión, después de haber asegurado a los generales que les dejarían «toda libertad para dirigir las operaciones militares», los miembros del Gobierno ratificaron la proposición del Comité central de enviar a Cluseret como delegado de la Comuna para los asuntos relativos a la guerra.

16 de abril

Mientras la angustia y la fiebre provocaban en los gobernantes actitudes y reacciones de temor, generalmente inoportunas, el pueblo de París conservaba la esperanza de la libertad y el gusto a los actos simbólicos. Unas horas después de la promulgación del decreto sobre los rehenes, los habitantes del XI distrito quemaban solemnemente la guillotina en la plaza Voltaire, lanzando a las gemonias la pena de muerte y todos sus aparatos. Pero no fue solamente con manifestaciones simbólicas que la población parisiense afirmaba su deseo de paz. Ya a principios de abril, la Unión Nacional de las Cámaras Sindicales, agrupando a siete mil industriales y comerciantes, un grupo de profesores de facultad, la Liga de la Unión Republicana de los Derechos de París, pedían a Thiers que detuviese la efusión de sangre, que reconociese la República y las franquicias municipales de París. Las delegaciones que habían emprendido su marcha confiando en la comprensión de Thiers, no tardaron en con-

vencerse de que perdían el tiempo hablando de descentralización a un centralista empedernido como Thiers. Decepcionados por las vagas promesas del jefe del poder ejecutivo, la Liga se creyó obligada a alzar el tono y advertir al Gobierno de Versalles que «si permanecía sordo a estas legítimas reivindicaciones, París, en su totalidad, se levantaría en su defensa». Pero Versalles permaneció sordo. El día 13, la Asamblea aplazó *sine die*, por considerarlo inoportuno, la cuestión de la paz con París.

La Comuna, que por todos los medios había facilitado estos intentos de conciliación, dejó entender a la gente de la Liga que les correspondía ahora cumplir su promesa y levantarse en defensa de París.

Defender París era efectivamente para el Gobierno del hotel de Ville una preocupación constante. El distrito de Vanves estaba sometido a continuos bombardeos, y las fuerzas federadas, al mando de Dombrowski, defendían el terreno palmo a palmo, librando sangrientos combates contra el enemigo. Pero en todas partes, pese a su valentía y a su heroísmo, las tropas de la Comuna demostraban ser más débiles. Para paliar a la insuficiencia de sus efectivos se decretó la movilización obligatoria de todos los ciudadanos entre los diecinueve y los cuarenta años. Para restablecer la autoridad y la disciplina, Cluseret sustituyó en La Place a Bergeret por Dombrowski y tomó como adjunto, con gran acierto por supuesto, un joven oficial protestante de quien se empezaba a hablar mucho: Rossel.

¡Rossel! Cuando llegó a París, al día siguiente del 18 de marzo, con la aureola de una estruendosa carta de dimisión del Ejército: «Me uno —había escrito— al partido que no ha firmado la paz y que no cuenta en sus filas a generales culpables de capitulación», llamó inmediatamente la atención por su firmeza, incluso su dureza, tan distinta de la indolencia que reinaba entre los guardias nacionales parisienses. ¿De dónde venía? Habiendo escogido desde muy joven la carrera militar, Rossel se distinguió en la politécnica por sus ideas republicanas de extrema izquierda. En 1870 publicó un libro sobre la *Organización militar de Francia*. En Metz, ardiente patriota, quiso detener a Bazaine e intentar una salida, pero los demás oficiales no le siguieron y tuvo que renunciar.

Se evadió luego de Metz, uniéndose al Ejército de La Loire, donde conoció, en Tours, a Gambetta, que no parece haber apreciado el partido que podía sacarse de la energía e inteligencia del joven oficial. Rossel, en cambio, juzgó a Gambetta con bastante lucidez y en todo caso de manera muy reveladora: «Me es simpático —escribió— por su potencia, por su aversión a la sangre, por su rápido concepto de las cosas, por su devoción hacia la revolución; pero odio sus medidas indecisas, sus debilidades de cada instante, sus concesiones a los hombres y a las cosas del imperio.» Cuando Gambetta dimitió de su puesto en el Gobierno de Defensa Nacional, Rossel no vaciló en escribirle: «Su Gobierno no ha sido un gobierno de combate, se asemejaba demasiado al que le había precedido: muchas oficinas y bastante policía.»

Y así fue progresando en la vida, impedido sin duda por la ambición, por el gusto a la grandeza, ignorando o despreciando los compromisos, las mezquinas habilidades del arrivista, ostentando una franqueza a veces un poco tosca que entusiasmaba o ahuyentaba a quienes se acercaban. Siendo jefe de la segunda legión del XVII distrito, al no conseguir imponer la disciplina que deseaba, envió una carta de dimisión redactada en términos tan violentos que el Comité central le mandó detener. Puesto en libertad después del fracaso del día 3 fue nombrado jefe de Estado Mayor por Cluseret, que comprendió que se trataba de un verdadero militar y no de uno de esos aficionados con buena voluntad de los que tantos había por las calles de París. En su nuevo cargo presidió la comisión de las barricadas, pero pronto perdió toda esperanza de poder llegar a un resultado concreto. El trato diario con la gente del hotel de Ville disipó sus últimas ilusiones. Más que nunca mantuvo una acción pesimista, pero voluntaria y en constante tensión. Ya no podía ser cuestión de ofensiva ni de guerra a ultranza, pero incluso para una acción puramente defensiva era necesario restablecer el orden y la obediencia en el Ejército. Era tal la anarquía reinante que únicamente el recurso a sanciones severas podía tener cierta eficacia. Después de vencer a Cluseret de la necesidad de instituir tribunales militares en las legiones, Rossel estableció un tribunal supremo de justicia militar: el consejo de guerra del que fue nombrado presidente.

17 de abril

La instauración del consejo de guerra marca un jalón importante en las vidas de la Comuna y de Rossel. Es tal la situación, tan imprecisa la doctrina, tan precaria la autoridad moral, que la Comuna se ve obligada a recurrir al terrorismo, es decir, al régimen de las ejecuciones capitales. Pero ¿sabrá tomar la responsabilidad de ese mal necesario y, sobre todo, no dejarse rebasar por él? Es muy difícil—tal vez incluso sea imposible—manejar el terror sin que éste acabe perjudicando a quien lo utiliza.

En cuanto a Rossel ha tomado su decisión. Extrae su fuerza de la repugnancia y del desprecio que le inspiran esos seres verbosos que mariposean en torno a la Comuna. Acaba de escribir a sus padres: «En cuanto se ha hecho una revolución, cada uno quiere recibir funciones: así se acaba teniendo un gobierno republicano sin republicanos, un gobierno revolucionario sin revolucionarios. El país es un extenso queso de bola en el que cada uno construye su pequeña ermita.» No fue, sin embargo, sin un doloroso combate interior, que se resignó a ejecutar a sus semejantes; había en él demasiada esperanza para ser un verdadero terrorista. «La aceptación de las funciones de presidente de este consejo de guerra—escribió más tarde en sus *Memorias*—fue el mayor sacrificio que haya hecho y pueda hacer a la causa de la Revolución... En los momentos de crisis como el que entonces atravesábamos había que tener la devoción de un sectario. Acepté, pues, la presidencia de un tribunal que en mi manera de ver solamente debía pasar condenas a muerte, y mi única preocupación fue la de cumplir estas funciones de la manera más eficaz para el éxito de la Revolución.»

En la tarde del 17 de abril se celebró en los edificios afectados a este tribunal, en la calle *du Cherche-Midi*, la primera sesión del consejo de guerra. La sala, amueblada en este estilo lúgubre que tanto abunda en las administraciones, con el clásico busto de la República y el gran e impasible reloj de pared, estaba llena de un público heterogéneo en el que guardias nacionales desharrapados se codeaban con señoras elegantes en busca de emociones dramáticas. Las lámparas de gas, situadas dema-

siado altas, proyectaban una luz insuficiente y pálida que acusaba la severidad del rostro de Rossel, cubriendo sus ojos de sombra y destacando su frente recta y testaruda.

Fue introducido el acusado. Jefe del 74 batallón, probado demócrata, Girot estaba acusado de haberse negado a conducir a sus hombres a la puerta Maillot, donde se necesitaban refuerzos. Girot no negaba los hechos, pero se defendía aludiendo a la fatiga de sus hombres, que acababan de ser relevados de una posición que llevaban tres días defendiendo. Humanamente, su causa tenía defensa, pero eran días en que se exigía mucho. Habló el abogado de la defensa y, después de una breve suspensión, Rossel dio lectura al fallo del tribunal.

... «Considerando que en las circunstancias de la guerra civil en que se encuentra la Comuna la inmediata obediencia a una orden emitida por las autoridades militares constituidas por la Comuna es una estricta necesidad;

— considerando que la aceptación de un grado le obliga al ciudadano a cumplir todos los deberes militares y a ejercer la autoridad que corresponde a dicho grado;

— considerando que el pasado político de un ciudadano no puede ser invocado para dispensarle de cumplir los deberes actuales.

»...declara al acusado culpable de haberse negado a marchar contra el enemigo o rebeldes armados.

»En consecuencia, el consejo, después de haber examinado el caso, condena al ciudadano Girot, Jean Nicolas, a la pena de muerte.»

No preparada a semejantes severidades la lectura del fallo conmovió al público y se notó en la sala un cierto movimiento de protesta. Tan sólo permanecían tranquilos y dignos el presidente, Rossel, y el acusado, Girot, que redondeó la lectura del fallo con un impertinente: «Gracias, señores».

20 de abril

Después de una reunión en comité secreto, en la que fueron evocadas las operaciones militares: Asnières, Vanves, les Moulineaux, sobre todo Neuilly, donde cada casa se ha convertido en un bastión, teatro de una guerrilla

permanente en la que los combatientes luchan con sus bayonetas a modo de espada, la sesión plenaria se abre a las tres de la tarde en un ambiente de gran nerviosismo. Delescluze interpela extensa y violentamente a la comisión ejecutiva. Expone los conflictos de atribuciones que han surgido entre los diferentes servicios y que la comisión no ha sabido resolver. No sólo la comisión ejecutiva no ha podido mantener la armonía dentro del Gobierno—declara—, sino que ha sido incapaz de imprimir a la obra de la Comuna la indispensable unidad de dirección. No posee ni la autoridad ni la competencia necesarias.

La crítica tiene tanto mayor alcance cuanto que Delescluze forma parte de la comisión desde el 3 de abril. Es de los que, junto a Cournet y Vermorel, han sustituido a Duval, Bergeret y Eudes, «mantenidos alejados de París por las necesidades militares», en tanto que Avrial, miembro de la Internacional, ocupa el puesto del dimitido Lefrançais. No se le puede, pues, sospechar de aspiraciones ambiciosas. Paschal, Grousset, Vaillant, Cluseret apoyan enérgicamente al orador y en realidad el desorden es demasiado evidente para que nadie se atreva a rechazar estas críticas. Desde principios de abril, la Comuna no ha hecho nada de importancia, excepto adoptar la ley sobre vencimientos (18 de abril), ciertamente mejor estudiada que la de Versalles, pero que ha movilizado durante largas sesiones a todos los miembros de la Comuna. Se necesita un Gobierno más flexible y al mismo tiempo más firme. Se suceden los proyectos; finalmente deciden nombrar en cada comisión un delegado responsable. Cada noche, estos delegados se reunirán en comité secreto para votar por mayoría las decisiones relativas a sus servicios. El cometido de las comisiones será en lo sucesivo simplemente el preparar el trabajo, ayudar al responsable, con la posibilidad, sin embargo, de controlar sus actos y pedir, en último caso, su destitución por la Asamblea.

Sin más demora se pasó a la elección de los nueve delegados. Protot fue elegido para la comisión de Justicia; Cluseret, para la de Guerra; Jourde, para la de Hacienda; Viard, para la comisión de Abastecimientos; Paschal Grousset, para la de Relaciones Exteriores; Leo Frankel,

para la de Trabajo e Intercambio; Andrieu, para la de Servicios Públicos; Vaillant, para la de Enseñanza, y Rigault, para la de Seguridad General.

La Comuna ensayaba un nuevo gobierno tan empírico como el primero. Todo su esfuerzo de invención desembocaba en una imitación de un gobierno burgués, con su consejo de ministros. ¿Qué renovación podía esperarse de semejante combinación, colocada además con toda prudencia bajo el signo de la provisionalidad? En verdad, los delegados, la mayoría de los cuales desempeñaban además funciones de alcalde, veían ante todo que su trabajo se incrementaba.

22 de abril

Félix Pyat, el último en unirse a la Comuna, había sido el primero en tratar de evadirse cuando empezaron los combates. Hombre de doble cara, atacando en su periódico, *El Vengador*, lo que ensalzaba en las sesiones del hotel de Ville, no tardó en ganarse la enemistad de muchos de sus colegas. Para defenderse Pyat no conocía más que la calumnia venenosa o el vil insulto, seguidos de fuertes abrazos y promesas de amistad. Desempeñaba maravillosamente el papel de traidor de melodrama. (Con lo cual los románticos tenían por él un enorme cariño.) Así, cuando amenazó teatralmente con dimitir, algunos fueron a colgarse de los faldones de su levita para retenerle, lo cual consiguieron, por supuesto.

Después de estas pamplinas, el día 22 la Comuna volvió a ocuparse de asuntos más serios. Protot desarrolló ese día sus ideas sobre la reforma de la Justicia.

Este joven abogado, blanquista heterodoxo, gozaba de una gran autoridad entre sus colegas; su competencia y su seriedad parecían indiscutibles. Y, cosa curiosa para unos revolucionarios, los comuneros tenían afición y respeto por los problemas jurídicos. Legislar les daba la ilusión de actuar, y es más, de actuar con justicia y no con la brutalidad que todos desaprobaban. Además, el Palacio de Justicia, que todos habían conocido mejor de lo que hubieran querido, significaba para ellos, más o menos inconscientemente, una verdadera Bastilla. Todos los Congresos del segundo imperio habían pedido una re-

forma de la Justicia, una justicia más directa, basada en un conocimiento más profundo del culpable y gratuita, por añadidura. ¿Pero qué podía hacerse en una ciudad sitiada? Desde el principio Protot abandonó, por «impracticable», la idea de una justicia totalmente gratuita, pero mantuvo que la elección de los jueces sería impuesta por la ley. Sin embargo, a pesar de la invitación del *Diario Oficial* y de la insistencia de los comités de barrio, no hubo ni una sola candidatura ni se celebró una sola elección de juez de distrito. No le quedó más remedio a Protot que proceder él mismo al nombramiento de los jueces. Expuso ante el Gobierno la imposibilidad de recurrir «a toda la población civil» y todo el mundo reconoció la sensatez de sus observaciones. Sin vacilar, la Comuna ratificó el nombramiento de los jueces, violando así sus propios principios².

La democratización de la justicia se limitaba, en fin de cuentas, a la libertad de la defensa («El acusado escogerá libremente a su defensor, incluso fuera del Colegio de Abogados») y a la supresión de la venalidad de los cargos; en lo sucesivo, todos los empleados de los ministerios serían considerados como funcionarios y percibirían un sueldo fijo. Estos decretos apasionaron a la Asamblea; pero el último, sobre todo, levantó una verdadera ola de entusiasmo. Vermorel, a quien no le faltaba, por cierto, un agudo espíritu crítico, afirmó que era éste el primer decreto «verdaderamente revolucionario» de la Comuna. ¿Significa esto que todo el mundo compartía esta fe en una legislación que en sí no tenía nada realmente nuevo? Parece que no. Pindy, por ejemplo, le escribió poco después a M. Laronze: «Imbuido, desde el 18 de marzo, con la idea de que resultaríamos vencidos, no concedí gran importancia a los proyectos de organización social que nos proponían algunos de nuestros colegas, sin duda de buena fe, y de cuya inanidad estaba convencido desde el primer momento. De ahí que no me haya interesado en ninguna de las discusiones acerca de lo que Protot llamaba abusos en la administración de la justicia.» Más allá de las quimeras, de las reformas ineficaces y del pesimismo pasivo, ¿existía algún otro camino más próximo a la realidad?

23 de abril

El suministro cada vez más difícil, los sangrientos combates que diariamente arrojaban hacia la ciudad su ración de heridos y de moribundos, como lo hace el mar con los naufragos y los ahogados, el estertor de los heridos en sus últimos instantes de vida, las detonaciones, el olor de las ambulancias, el ajetreo y la exaltación de las mujeres, todo contribuía a mantener en París una fiebre obsidional más fuerte aún que durante el sitio. Y esta pulsación angustiosa de la gran ciudad, en vez de ser calmada por su Gobierno, se veía agudizada por la actuación confusa y desordenada de la policía. La Prefectura asestaba sus golpes con tan poco criterio que nadie tenía ya la seguridad de poder pasar la noche en su casa, ni de no verse sometido a una requisición. Rigault actuaba en la Prefectura como sólo podía hacerlo un blanquista fanático, obsesionado por los recuerdos del 93 y al vez más aún por los recuerdos del segundo imperio. Efectivamente, la policía de la Comuna se caracterizó por el hecho de estar mucho más preocupada por el pasado que por el presente. En vez de desenmascarar a los traidores y espías que abundaban en la capital, Rigault, dejándose llevar por sus sentimientos personales, perseguía a los antiguos policías y soplones del imperio y, en general, a todos aquellos que de una forma u otra se habían comprometido con el Gobierno de Napoleón III. Para vengar la muerte de su amigo Sapia, caído en el combate frente al hotel de Ville el 22 de enero, Rigault ordena la detención de Chaudey; cierto es que en este caso procedía con el apoyo de Delescluze, que odiaba al amigo de Proudhon. Así muchas veces actuaba movido por su rencor personal; casi podría decirse que mandaba detener a aquellos cuya cara no era de su agrado, por muy débiles que fuesen las acusaciones que pesaran contra ellos. Si a esto se añade que sus satélites efectuaban a veces detenciones por autoridad propia, se comprenderá que el Gobierno se haya sentido muy pronto a disgusto en medio de estas abusivas intervenciones policiacas. Después de múltiples discusiones decidió el día 19 que la comisión de Justicia, es decir, Protot y sus colegas, investigaría sobre la situación en las cárceles y vigilaría las detenciones.

Pero esto no fue considerado suficiente por el Gobierno del hotel de Ville, que se arrogó poco después el derecho a visitar libremente a los detenidos. Este derecho implicaba la supresión del secreto, esencial resorte de la policía política. Esta vez Rigault se encabritó y vino a protestar en la sesión del día 23. «Si mantienen ustedes la votación —vino a decir en sustancia— presentaré mi dimisión, pues en estas condiciones el trabajo resulta imposible para mí y mis colaboradores.» Arnould replicó con vehemencia que el secreto era inmoral, que era «la tortura moral sustituyendo a la tortura física». «También la guerra es inmoral —le interrumpió Rigault— y, sin embargo, combatimos.» Jourde, en un espíritu de conciliación, recogió el argumento de Rigault y pretendió desarrollarlo: «Teniendo en cuenta las circunstancias, tal vez sea preferible mantener el secreto, pero más tarde habrá que suprimirlo.» «¡Más tarde! ¡Más tarde! —gritaron algunos—, pero si está usted utilizando el argumento de los déspotas, que siempre prometen la libertad para más tarde. Es ahora mismo que debemos ser liberales.» Este último argumento se llevó el gato al agua y Rigault presentó su dimisión. Cournet fue nombrado en su lugar.

Esa misma noche, la Asamblea, que decididamente se sentía de humor liberal, reprobó las brutales decisiones del consejo de guerra. A pesar de las protestas de Cluseret, la pena de muerte dictada contra Girot había sido ya conmutada en degradación civil y militar y encarcelamiento durante la duración de la guerra, en consideración a sus antecedentes democráticos. Pero esta vez las críticas iban dirigidas contra el conjunto de la actividad del consejo de guerra; se le reprochó de no ser suficientemente democrático y de ser excesivamente intransigente. Una vez más el debate concluyó con el nombramiento de una comisión encargada de sancionar las sentencias del consejo; formaron parte de esta comisión cinco moderados: Leo Meillet, Dereure, Jules Vallés, Charles Longuet y Víctor Clément.

El liberalismo no es el medio más acertado de asegurar la libertad; la Comuna tuvo que pagar muy cara esta lección. Por no haber sabido distinguir los puntos en los que debía aplicar una autoridad sin debilidades de aquellos que no debía tocar, la Comuna acabaría creando

coacciones mucho más rígidas que las que en un principio había suprimido.

La tolerancia no es, muchas veces, más que un oportunismo que no quiere descubrir su nombre.

24 de abril

Informado del nombramiento de la comisión de revisión de las sentencias, Rossel entregó su dimisión a Cluseret después de una escena de lo más violenta.

25 de abril

Aquella mañana, a las nueve, enmudecieron los cañones de Neuilly. Había sido acordada una suspensión del tuego para permitir a los pobres moradores del barrio que abandonaran ese infierno. La Comuna, que se había comprometido a alojarlos, les ofreció, a título provisional, los pisos abandonados. Thiers, en cambio, no pensaba perder el tiempo en semejantes consideraciones. Le preocupa la guerra, únicamente la guerra. Todas las noches redacta sus comunicados destinados a los prefectos; unos comunicados cuyo optimismo radical y embustero —tal vez necesario en este tipo de redacción— puede en último caso aceptarse, pero no su grosería ni su bajeza. Mientras aplastaba con sus obuses la puerta Maillot, Neuilly, Les Ternes, Asnières, Levallois, Thiers escribía con la mayor tranquilidad: «Si se oyen algunos cañonazos, no piensen que es obra del Gobierno; se trata de pequeños grupos de insurrectos que quieren dar la impresión de que combaten cuando en realidad ni siquiera se atreven a mostrarse.»

Y si había motivo para lamentar la inconsecuencia de la Policía comunista, ¿qué decir de Versalles, donde las columnas de prisioneros eran diariamente objeto de todo tipo de vejaciones por parte de la muchedumbre en delirio? Después de haber sido testigo de estas escenas, Barrere, futuro embajador de Francia en Roma, no pudo contener su indignación. «He visto a prisioneros cubiertos de sangre —escribía—, con las orejas arrancadas, el rostro y el cuello lacerados como por pezuñas de fieras... La muerte está haciendo estragos entre nuestros

ciudadanos detenidos... Los calabozos en los que están encerrados son zahurdas inmundas confiadas al cuidado de los gendarmes.»

30 de abril

Fuerte de Issy, 30 de abril de 1871, diez horas, cinco minutos. La guarnición no puede resistir más, y con razón. Todas las casamatas están derruidas. He mandado clavar algunos de los cañones y desmontar la culata de los demás. He dado la orden de evacuación de toda la guarnición. Me quedo con unos cuantos hombres para volar el paramento del lado de París.

Tomo personalmente toda la responsabilidad.

Edmond Megy

Este despacho causó verdadero estupor en la delegación de la Guerra. Se sabía que, durante la noche del 26 al 27, los versalleses, apoyados por un potente fuego de artillería, se habían apoderado de Les Moulineaux, y que desde entonces no habían dejado de bombardear y amenazar al fuerte. ¡Pero de eso a una evacuación! De todas formas, era inútil perder el tiempo en comentarios. Cluseret reunió rápidamente a unas cuantas compañías y salió en dirección a Issy acompañado por La Cecilia.

A esa misma hora, el hotel de Ville era el centro de una gran manifestación de esperanza. Millièrè, encabezando la alianza republicana de los departamentos, o sea, varios miles de personas, había venido a expresar solemnemente su «adhesión a la obra patriótica de París». Y los miembros de la Comuna habían acudido al hotel de Ville para fraternizar con ellos. Fue redactada con este motivo una gran proclama dirigida a los departamentos.

Unas horas más tarde, sin embargo, la noticia de la evacuación comenzó a circular, y empezaron a llegar al hotel de Ville guardias nacionales en estado de gran agitación decididos a interpelar al Gobierno. Este les prometió que no había dado ninguna orden de retirada y que los traidores serían castigados. Pero nadie quedó tranquilo, pues, rota la línea de defensa de los fuertes, la situación de París resultaba insostenible.

A las cinco, bajo una fuerte lluvia, Cluseret y La Cecilia llegaron ante Issy. Rápidamente se convencieron de

que los versalleses habían avanzado mucho menos de lo que se pensaba. A las ocho, las tropas de la Comuna ocupaban de nuevo el fuerte, y durante la noche las posiciones fueron consolidadas con la llegada de nuevos refuerzos mandados por Vermorel y Trinquet.

Al llegar a su casa, empapado por la lluvia, cubierto con el barro de las trincheras, y convencido de merecerse el agradecimiento de la Comuna, Cluseret fue informado de que la Comisión Ejecutiva deseaba verle. En el hotel de Ville, frente a la puerta de la sala de sesiones, Pindy, rodeado de un piquete de guardias nacionales, le esperaba con una orden de arresto. Fue encerrado en Mazas, a eso de las doce, sin haber tenido la posibilidad de explicarse.

1 de mayo

La detención de Cluseret provocó una viva emoción entre el público. Si se detenía a los altos jefes militares es que la cosa debía ir muy mal. Tal era efectivamente la impresión que dominaba en el hotel de Ville, donde una vez más se pensaba ya en cambiar el Gobierno. Un jacobino del 48, Jules Miot, había presentado el 28 un proyecto relativo a la creación de un Comité de Salud Pública; proyecto que había tropezado, cierto es, con ásperas resistencias. Cuando se le pidió a Miot que explicase sus motivos, que justificara su crítica a un Comité Ejecutivo que funcionaba desde hacía tan sólo una semana, se esquivó limitándose a insistir sobre la urgencia y la absoluta necesidad de este Comité de Salud Pública, pero sin demostrarlas. Pero ya sabemos que la Comuna no pecaba por exceso de lucidez y, además, el desorden que reinaba en las sesiones, las peripecias de las operaciones militares, la casi continua improvisación en todos los terrenos impedía todo intento serio de examen crítico. Se adoptó el proyecto tal y como había sido presentado, y en los dos días de discusión que le fueron dedicados las tendencias personales de los miembros del hotel de Ville tan sólo hallaron un pretexto para afirmar lo que en ellas había de irreductible. La votación sobre el Comité de Salud Pública reveló ante los combatientes la existencia en el seno de la Comuna de una mayoría y de una minoría.

La mayoría jacobina y blanquista se impuso sobre la minoría libertaria y moderada por 45 votos contra 23.

A título de compensación se le concedió a la minoría la posibilidad de explicar su actitud. El *Boletín Oficial* reprodujo las explicaciones de votos en las que los minoritarios afirmaban su antipatía a una dictadura que, además de ser una imitación de la del 93, se anunciaba ineficaz. Entre todos estos refractarios estaban las mejores y más fuertes personalidades de la Comuna: Courbet, Frankel, Jourde, Lefrançais, Longuet, Malon, Theisz, Tridon, Jules Vallés, Varlin, Vermorel. Pero dos sobre todo se distinguieron en esta lucha contra la tentación de la desesperanza: Vermorel y Tridon.

Vermorel, el antiguo director del *Courrier français*, proudhoniano independiente, espíritu sobre todo crítico, pero generoso, siempre dispuesto a pagar con su persona, saliendo de noche a visitar los puestos avanzados, hubiera agrupado a muchos descontentos si su físico ingrato, sus ademanes desairados de seminarista exclaustrado, su poca facilidad de palabra, su timidez no le quitaran todo poder de atracción.

El otro, Tridon, también era traicionado por su físico: era un enfermo. Heredero de una fortuna bastante importante, había sido bajo el segundo imperio uno de los jóvenes blanquistas más notables e independientes. Se puede suponer que había buscado en «el viejo» esa fuerza que a él le faltaba y que le fascinaba casi tanto como un Nietzsche, pues aunque historiador especializado en el *hebertismo*, era demasiado inteligente para querer copiar el pasado. ¡Con qué violencia, sin embargo, consumía sus últimas fuerzas! A los partidarios del Comité de Salud Pública les soltó un día la siguiente frase: «No me gustan los espolios inútiles y ridículos, que, lejos de darnos fuerza, nos retiran la que nos queda.» Comprendía que el mal de la Comuna residía más que nada en su insuficiente autoridad y que todos los decretos, todas las fórmulas del 93 serían incapaces de remediarlo. La Revolución no es una operación mágica; por su parte, Charles Longuet había denunciado esa especie de fe en las «palabras salvadoras, en los talismanes y en los amuletos». Pues toda resolución de desesperanza contiene aún un secreto suspiro; desespera de la autoridad del hombre, de su acción directa, pero coloca su esperanza en las grandes palabras y en unas formas de coacción tan despiadadas como imprecisas. Y los suaves, los moderados,

los intelectuales, sin voz ni fuerza, incapaces de silenciar estas zambombas, incapaces sobre todo de proponer algo susceptible de ganarse la adhesión de los indecisos, tuvieron que ceder frente a los románticos «de voz sonora» y traficantes de ilusiones. De la elección del Comité de Salud Pública, en la que se abstuvieron la minoría, salieron elegidos Ranvier, A. Arnaud, Leo Meillet, Ch. Gerardin y Félix Pyat.

2 de mayo

En el mismo momento en que la Comuna abandonaba aquello que constituía su fuerza y su genio propio: el sentimiento patriótico y el federalismo, otros, sus peores enemigos, empezaron a servirse de lo que ella no supo utilizar.

No fue sin estupefacción que los parisienses leyeron en sus periódicos el discurso del canciller Bismarck ante el Parlamento imperial, sobre el tema de la integración de la Alsacia-Lorena en el imperio prusiano. Después de haber rechazado la neutralidad por ser demasiado peligrosa para Alemania, siendo estos dos territorios en gran parte sentimentalmente franceses, Bismarck afirmaba: «Tenemos en general la costumbre de gobernar, a veces con cierta torpeza, pero a la larga de manera más benévola y humana que los hombres de Estado franceses (*risas*), y esto los alsacianos tendrán que reconocerlo, pues podemos concederles unas libertades comunales e individuales más extensas que el Gobierno francés.» Y después de ironizar despectivamente en torno a la Comuna, Bismarck continuó diciendo: «En las insurrecciones francesas siempre existe un granito de razón: en el movimiento parisense actual este grano de razón está en su aspiración a tener una organización municipal. Les daremos a Alsacia y Lorena su autonomía, y alcanzarán, con sus instituciones alemanas, aquellos límites del ideal a los que jamás pudieron acercarse bajo el Gobierno francés.»

¿Tenía realmente Bismarck intención de llegar al comunismo? Ciertamente no. El mismo precisaba al final de su discurso que «la ley que podremos hacer en este sentido no debe comprometer el porvenir, pero ya que el viento sopla en esa dirección, ¿por qué no aprovecharnos

de él para navegar en estos momentos delicados?» Tal era sin duda el pensamiento del canciller, cuya habilidad para utilizar todas las corrientes que permitieran avanzar en el sentido que había escogido era notoria. Este discurso nos ofrece, sin embargo, un curioso testimonio del alcance de las ideas federalistas en 1871. Tal vez con otros hombres, estas ideas hubieran conocido en Europa un destino diferente³.

Pero volvamos al Gobierno del hotel de Ville. Con Cluseret detenido, hacía falta otro jefe, y como no había otro verdadero militar sino Rossel, se le volvió a llamar para confiarle, a título provisional, la dirección de las operaciones militares. Rossel se puso inmediatamente a la obra. Hizo rellenar las brechas en el fuerte de Issy, instaló baterías de apoyo y colocó a sus hombres en los puntos importantes. En su afán por inaugurar la toma de posesión de sus nuevas funciones con un vibrante toque de clarín, mandó publicar el 1 de mayo la siguiente proclama dirigida al coronel Leperche, que mandaba las tropas versallescas atrincheradas frente al fuerte de Issy:

Querido compañero:

La próxima vez que se permita usted enviarnos una intimación tan insolente mandaré fusilar a su parlamentario de acuerdo con las costumbres bélicas.

Su afectísimo compañero,

Rossel.

El tono irónico y desenvuelto de esta pancarta causó verdadera impresión en París y en el hotel de Ville. Contrastaba sorprendentemente con las habituales proclamas del Gobierno. Unos cuantos miembros de este último pidieron que este extraño militar les fuese presentado para «ver un poco lo que tiene en el vientre». Fue convocado para el 2 de mayo.

Apenas presentado, Jules Miot le preguntó cuáles eran sus antecedentes democráticos.

«No pretendo —contestó Rossel— haber estudiado profundamente las reformas sociales; pero durante la última guerra no pude evitar de ver que la vieja Francia se moría. Vi y maldije la incapacidad de los jefes militares; también pude comprobar que un orden social inicuo agonizaba y comencé a odiar esta sociedad que acaba ahora de entregar cobardemente a nuestro país.

»El odio hacia quienes entregaron mi patria, el odio al viejo sistema social, es lo que me ha impulsado a alistarme bajo las banderas de los obreros de París.

»No sé cómo será el nuevo orden socialista: tengo, sin embargo, confianza en él; siempre será mejor que el anterior.»

Con este discurso y las explicaciones detalladas que dio luego sobre la situación militar, hablando en un tono a la vez nervioso y decidido, se ganó indudablemente la confianza de la Asamblea. «Vuestras francas explicaciones —le dijo el presidente al levantar la sesión— han satisfecho a la Comuna; contad con su incondicional apoyo.»

5 de mayo

Estaba la Comuna enfrascada en una discusión entre Pyat y Vermorel, cuando Mortier entró con un despacho en la mano, anunciando la toma por los versalleses del molino Saquet. Los quinientos federados que en él acampaban se habían dejado sorprender durante la noche: unos cincuenta fueron asesinados y doscientos hechos prisioneros. Cinco cañones cayeron en manos de los versalleses.

La Asamblea se constituyó inmediatamente en comité secreto y manda llamar a Rossel. Este dio cuenta de lo ocurrido: informó haber ordenado ya la destitución del gobernador de Issy, Wetzel, que en vez de obedecer sus órdenes se había mantenido por los alrededores. Por otra parte, explicó que él había distribuido los mandos, manteniendo a Dombrowski en Neuilly, asignando el centro del frente a La Cecilia y confiando el ala izquierda a Wroblewski, pero el Comité de Salud Pública lo había trastornado todo enviando a Dombrowski y a Wroblewski hacia el fuerte de Issy. Presentó a la Asamblea como prueba un despacho de Wroblewski y recordó a la Asamblea que han sido las fuerzas de Neuilly, privadas de su jefe, las que se han dejado desbordar. «En estas condiciones no se me pueden exigir responsabilidades», concluyó Rossel.

Las miradas se volvieron entonces hacia Pyat. El matamoros de la Revolución se levantó de su asiento: «Mi respuesta es bien sencilla —dijo en tono tranquilo y fir-

me—: ni el Comité de Salud Pública ni yo hemos firmado jamás ninguna orden requiriendo del ciudadano Wroblewski que se trasladara al fuerte de Issy; la única medida revolucionaria que hayamos tomado ha sido la supresión de la plaza de París.»

«Es una medida devastadora—replicó Rossel—; el ciudadano Pyat ha omitido decir si es cierto que le dio a Dombrowski plenos poderes para la ejecución de las operaciones militares.»

«Para la ejecución, sí—contesta Pyat—, pero la dirección quedaba confiada al ciudadano Rossel.»

Ante tales muestras de mala fe, Rossel no insistió y salió asqueado.

8 de mayo

¿Cómo superar la indisciplina y la falta de autoridad? Rossel no para de darle vueltas al problema y no le encuentra solución. Unas semanas antes creyó en el consejo de guerra, pero ahora tiene sus dudas sobre la conveniencia de restablecerlo. «No sé—le escribe a Gois— cómo lograremos organizar la represión. Nadie quiere mojarse la ropa y en cuanto se trata de una necesaria ejecución todos se asustan y hablan de circunstancias atenuantes... Cuando Danton decía que valía más ser 'guillotinado' que 'guillotinator', es que ya no creía en la cosa pública.» Y él, ¿es que aún cree en ella? En todo caso, no cree ciertamente en ese Comité de Salud Pública, especie de barba postiza que la Comuna se ha colocado tal vez para darse un aire más viril. Ayer, cuando se le presentó a Pyat la orden enviada a Wroblewski con su propia firma, no halló otra explicación sino la de que «no creía, al firmar esas dos líneas al pie del documento, que estaba firmando una orden al general Wroblewski». Habría motivos de risa si esas inconsecuencias no causaran tantas muertes. Unas semanas más tarde, recordando esos instantes, Rossel escribía: «Ese Comité de Salud Pública no era más que un fantasma de poder; las gentes que lo integraban no comprendían nada de la vieja Revolución y no se daban cuenta del inmenso trabajo que fue necesario para asegurar el éxito de los revolucionarios de 1793. Sin punto de apoyo serio, con todas las medidas que intentaba introducir en la organización de la Guardia Na-

cional comprometidas o aplazadas, quise hacer la prueba, como último recurso de utilizar al Comité Central.» Efectivamente, ese Comité Central que encontró instalado en el Ministerio, al acecho de puestos y de honores, lo primero que pensó fue deshacerse de él de manera definitiva: «¿Y si los mandara fusilar a todos ahí en el patio?», le confió a Vuillaume. Ahora, a falta de algo mejor, pensaba en utilizarlo. Se había llegado a un convenio en virtud del cual Rossel quedaba encargado de las operaciones militares, y el Comité se preocuparía de la administración de la guerra «bajo el control directo de la Comisión militar comunal». Pero al Comité no le agradaba Rossel, a quien acusaba de querer actuar dictatorialmente, y además estaba en realidad decidido a conservar la total dirección de la guerra. El decreto quedó, pues, en letra muerta. El día 7, sin embargo, Rossel recibió al Comité y le hizo sentir la extrema gravedad de la situación en Issy: las trincheras de los versalleses estaban a 60 metros de las primeras defensas, los víveres ya no llegaban, las casamatas estaban hundidas y el bombardeo causaba enormes pérdidas particularmente entre los artilleros. De un momento a otro el fuerte podía ser cercado. Para evitar el desastre, Rossel propuso un ataque por la estación de Clamart. «Mañana, a las once —concluyó diciendo—, traedme doce mil hombres a la plaza de la Concordia, e intentaré hacer algo.» Los jefes de las legiones prometieron hacerlo y se dispersaron inmediatamente para formar sus batallones.

La noche caía sobre la ciudad. Las cervecerías encendían sus luces; los teatros no tardarían en abrir sus puertas. Hacia ellos afluiría ese pueblo de París, en pie de guerra durante todo el día y que al caer la noche se iba en busca de recreo y de una nueva exaltación escuchando a Mlle. Agar, de la *Comédie Française*, recitar *Les Châtiments* y *La Marsellesa*, o a Mme. Bordas, en otro género, cantar *La Canaille*. ¡Hay que ver el éxito que obtuvo la víspera en las Tullerías el primer concierto de la Comuna dado en beneficio de los heridos de la guerra civil! Fue tal el éxito y tanta la gente que no encontró localidades, que ya se preparaban tres nuevos conciertos que se darían con toda la amplitud necesaria. Algunos teatros, como el de *La Gaîté*, abandonados por sus directores, fueron recogidos por los artistas constituidos en sociedad

y en ellos se presentaban los típicos vaudevilles musicales, comedias de magia o viejos melodramas que habían tenido éxito en tiempo del imperio. Los miembros de la Comuna se mezclaban a veces a estos regocijos populares, siendo frecuente encontrarse en el teatro a Raúl Rigault, que desde hacía poco ocupaba de nuevo el puesto de fiscal de la Comuna en la Dirección de Seguridad.

Así, a medida que la situación en París se agravaba, que crecían la exasperación, la ira y la fiebre, los teatros y las ferias se veían animados de una actividad nueva. Pocos días después, la propia Comuna decidía reorganizar la ópera y nombrar un nuevo director.

La función más elemental de las diversiones aparece aquí con toda su fuerza como una compensación a través del sueño de una vida desequilibrada.

9 de mayo

Mal equipados, pálidos, cansados, siete mil hombres esperaban en la plaza de la Concordia. A la hora convenida, Rossel hace su aparición; su mirada se fija en esta triste caricatura de ejército, más propia para el descanso que para la batalla. También él, Rossel, sentía un profundo cansancio, pero su cansancio era moral; no se sentía ya con la temeridad necesaria para lanzarse en una aventura arriesgada con elementos tan insuficientes en número y en calidad. Dio media vuelta y regresó al ministerio, decidido a abandonar. De un tirón, sin rayar una sola línea, escribió una de esas cartas de dimisión como las que acostumbraba hacer: «Ciudadanos miembros de la Comuna, me siento incapaz de continuar llevando la responsabilidad de un mando en el que todo el mundo discute y nadie obedece. Cuando hubo que organizar la artillería, el Comité Central de artillería ha discutido, pero no ha decidido nada. El Comité Central ha deliberado, pero no ha resuelto nada. Mientras tanto, el enemigo rodeaba el fuerte de Issy con ataques aventurados e imprudentes, de los que le hubiera castigado si hubiese tenido la menor fuerza militar disponible... Mi predecesor ha cometido el error de debatirse en medio de esta absurda situación. Aleccionado por su ejemplo, sabiendo que la fuerza de un revolucionario no consiste más que en la nitidez de su actitud, tengo dos posibles líneas de

conducta: romper el obstáculo que entorpece mi acción o retirarme. No romperé el obstáculo, pues el obstáculo sois vosotros y vuestra debilidad: no quiero atentar contra la soberanía pública. Me retiro y tengo el honor de pedirles una celda en Mazas.»

En ese tiempo se produjo el acontecimiento previsto: Issy fue ocupado por el enemigo. Al conocerse esta noticia, Rossel mandó publicar en 10.000 ejemplares y pegar en todos los muros de París el siguiente comunicado:

«La bandera tricolor ondea hoy en lo alto del fuerte de Issy, abandonado por su guarnición.»

¿Qué es lo que esperaba de este gesto, de este parte lacónico que tenía el brillo de un parte de victoria? ¿Provocar un sobresalto entre la población, o tal vez simplemente poner al descubierto la incuria del Gobierno comunalista, decir la verdad en toda su crudeza? En un hombre tan impulsivo y apasionado es prácticamente imposible indicar con certeza un motivo preciso. Por otra parte, Rossel conocía mal la psicología parisiense; solamente la percibía por mediación de periodistas satíricos, como Vermersch o Rochefort, a quienes visitaba con mucha frecuencia, pero que le daban una visión terriblemente deformada del alma sencilla de París. A pesar de su lucidez y de su rigor, Rossel seguía siendo un adherido a la Revolución; para conocerla bien le faltaba haberla preparado, haberla vivido desde su comienzo. Por grande que fuese su sinceridad, hacía figura de *condottiere*, de extranjero.

El hotel de Ville, ignorante de los acontecimientos del día, estaba enfrascado en una violenta discusión sobre cuestiones de detalle cuando entró Delescluze.

«Aquí estáis discutiendo cuando acaban de publicar la noticia de que la bandera tricolor ondea sobre el fuerte de Issy —empezó diciendo con la voz entrecortada por la emoción—. La traición nos envuelve por todas partes. Hay ochenta piezas de artillería que nos amenazan desde Montretout y vosotros discutís... Y es en tales momentos que perdéis vuestro tiempo en cuestiones de amor propio... He visto esta mañana a Rossel, ha presentado su dimisión.

»Todos sus actos han sido entorpecidos por el Comité Central y está agotado.

»A todos vosotros os dirijo este llamamiento.

»Esperaba, ciudadanos, que Francia sería salvada por París y Europa por Francia... Pues bien, hoy la Guardia Nacional no quiere ya combatir y vosotros discutís sobre los detalles de un acta...

»Hoy he ido a la guerra y he podido comprobar la desesperación de Rossel.

»Por una orden firmada por Meillet se le nombra a este ciudadano gobernador del fuerte de Bicêtre. Parece ser que había ahí un hombre que se estimaba era demasiado severo. Hubiera sido deseable que todos fueran tan severos como él... El Comité Central acabará liquidando a la Comuna; sería golpear a la Revolución en su propio corazón. Pese a la insuficiencia de los hombres que componen esta Asamblea, de la Comuna emana una potencia de sentimiento revolucionario capaz de salvar a la patria. La salvaremos, aunque tal vez desde detrás de las barricadas...

»Apartad hoy todos vuestros odios. Es preciso que salvemos al país. El Comité de Salud Pública no ha dado lo que se esperaba de él. Ha sido un obstáculo en vez de un estímulo. Mantengo que debe desaparecer. Es menester tomar medidas inmediatas, decisivas...»

Este discurso, que empezaba como una parrafada de Ruy Blas, produjo un efecto fulgurante; hubo gritos, aplausos, interrupciones. Pero la victoria la obtuvo Delescluze, que una vez más derribó al Gobierno (iba a decir al Ministerio). El proceso contra el Comité de Salud Pública fue iniciado inmediatamente y con verdadero entusiasmo. ¿Ibase a cambiar la organización? No; actuando como un verdadero parlamento en miniatura, la Comuna se contentó con cambiar las personas, y no todas. Ravier y Arnaud quedaron en sus puestos, y únicamente Leo Meillet, Ch. Gerardin y Pyat fueron sustituidos por Gambon, Eudes y Delescluze. Este último fue nombrado además delegado civil para los asuntos bélicos.

Sin embargo, se tomó una decisión importante: a partir de entonces, únicamente el Comité de Salud Pública estará reunido en permanencia; los miembros de la Comuna actuarán en sus distritos y tan sólo habrá tres reuniones plenarias por semana.

11 de mayo

Mientras la Comuna discute sobre el tipo de jurisdicción al que debe ser sometido Rossel, que acaba de ser detenido, éste se escapa con su guardián Charles Gerardin. Para Pyat es un triunfo, pero otros lamentan lo ocurrido; hubieran querido convertir a Rossel en el dictador salvador de la Comuna. Es cierto que Rossel ha rechazado ya un ofrecimiento en este sentido. No tiene ya confianza en esa banda de habladores. No piensa sacrificarse por ellos. Ni guillotinado, ni guillotinator, pues la partida está irremisiblemente perdida.

12 de mayo

En medio de las vicisitudes del momento, algunos había que conservaban su calma y proseguían con tesón una labor revolucionaria a largo plazo sin pretender lograr resultados inmediatos. Me refiero a Leo Frankel y a la Comisión «trabajo y cambio». Efectivamente, en vez de lanzarse en medidas inaplicables, Frankel empezó realizando una encuesta sobre la situación económica. El 6 de abril la Comisión, por vía del *Diario Oficial*, había solicitado de las delegaciones de los 20 distritos, de las corporaciones obreras y de las cámaras federales informaciones detalladas sobre la situación económica. Al mismo tiempo ordenaba el establecimiento en todas las alcaldías de unas oficinas de empleo o bolsas de trabajo. El 16 de abril, después de realizados los primeros sondeos, decidía que los talleres abandonados serían adjudicados a cooperativas obreras, y los dueños indemnizados en el momento de su regreso al país. El 27 de abril publicaba un decreto prohibiendo las multas y retenciones de sueldos y salarios en las administraciones públicas y privadas. Prácticamente al mismo tiempo prohibía el trabajo nocturno en las tahonas. La liquidación de los objetos del Monte de Piedad, que tanto había dado que hablar, tenía, en su opinión, una importancia bastante grande. Pues el Monte de Piedad era en realidad un organismo de usura «que privaba al trabajador de sus instrumentos de producción». Sin embargo, «está claro —añadían— que después de la liquidación del Monte de Piedad deberá crearse una organización social que dé al trabajador garantías reales de

socorro y de apoyo en caso de paro o de enfermedad». En algunos talleres el embrión de esta organización estaba ya creándose. El 3 de mayo fue promulgado con el asentimiento de Avrial, director del material de artillería, la reglamentación de los trabajadores de los talleres del Louvre. Esta tenía el mérito no sólo de fijar la duración del trabajo y el salario horario mínimo, como lo hacen hoy los convenios colectivos, sino de establecer responsabilidades en los diversos grados del personal obrero colocando, con toda prudencia, las primeras piedras de lo que hoy se conoce por consejos obreros de fábrica.

Finalmente, la Comisión del Trabajo y del Cambio se preocupó del problema de la intendencia. Problema complejo, pues, como todo lo que afectaba a la administración, la intendencia funcionaba desde el principio de la guerra dentro de la más absoluta confusión. «Por todas partes reinaba el desorden; se extendía sobre cerca de cuarenta departamentos; las relaciones entre estos departamentos y la administración eran difíciles, por no decir imposibles; miles de personas habían obtenido poderes para contratar compras y abrir créditos; más de 20.000 pedidos estaban en curso de ejecución: un número considerable de autorizaciones de requisa habían sido concedidos; la liquidación de innumerables asuntos seguían pendientes»⁴. Con la instauración de la Comuna, la intendencia, solicitada a la vez por el Comité Central y por el Gobierno del hotel de Ville, tampoco pudo cumplir su misión. Mientras algunos batallones recibían sus equipos por duplicado, otros no recibían nada. A principios de mes fueron destituidos los hermanos May por estar implicados en un escándalo en el que se había descubierto que los pedidos se contrataban de forma que los intermediarios hiciesen fortuna al mismo tiempo en que reducían los sueldos de sus empleados. Después de Edouard Moreau y Varlin, la Comisión del Trabajo y del Cambio fue encargada de vigilar la intendencia. El decreto del 12 de mayo estipulaba que los pedidos se adjudicarían de preferencia a las corporaciones obreras y que, por añadidura, las especificaciones y condiciones de compra serían determinadas por la intendencia, por la Cámara sindical de la corporación y por una delegación compuesta de la Comisión del Trabajo y del Cambio y de la Comisión de Finanzas. Estas especificaciones debían indicar también los

salarios mínimos y las condiciones de trabajo de los obreros interesados.

Es difícil juzgar esta obra que por falta de tiempo no ha podido llegar a su término, pero sí puede uno admirar el método y la circunspección con que se efectuó, que contrastan singularmente con el frenesí de las sesiones del hotel de Ville. Hay que observar, además, que a pesar de la brevedad de su existencia, la Comuna ha tenido tiempo de ver renacer las cooperativas, las Cámaras sindicales y las agrupaciones gremiales que la guerra había relegado a segundo término. Después de la represión desatada contra la Comuna, el movimiento cooperativista, en particular, registró una notable disminución de su actividad.

15 de mayo

En el hotel de Ville, la guerra entre la mayoría y la minoría estaba declarada. Los académicos del jacobinismo, como los llamara Chaudey, sintiéndose más numerosos, no vacilaron en eliminar a los miembros de la minoría de los puestos importantes. Varlin fue retirado de la intendencia, Vermorel de la Seguridad y Longuet del *Diario Oficial*. El derecho a protestar, siendo ya lo único que le quedaba a la minoría para defenderse, ésta redactó un manifiesto estampado con 22 firmas y lo trajo a la sesión del 15 de mayo. Pero los jacobinos, advertidos de lo que se tramaba, no acudieron a la reunión. Los minoritarios decidieron entonces enviar su manifiesto a los periódicos.

El manifiesto es interesante, pues reacciona contra el temor a las responsabilidades que se ha apoderado de la Comuna:

Mediante un voto especial y preciso —declara—, la Comuna de París ha abandonado su poder en manos de una dictadura a la que ha dado el nombre de Salud Pública.

La mayoría de la Comuna se ha declarado irresponsable con su voto y ha dejado en manos de este Comité todas las responsabilidades de nuestra situación.

La minoría a la que pertenecemos afirma, por el contrario, la idea de que la Comuna tiene ante el movimiento político y social la obligación de aceptar todas las responsabilidades, sin declinar ninguna, por dignas que sean las manos en las que pretenden abandonarlas.

Pero no era momento para denunciaciones y críticas. La publicación de esta protesta llenó de alegría a los versalleses e irritó a muchos parisienses. Se traslucían los rencores y las disputas de periodistas; no era un gesto de hombres de Estado.

Así, mientras la Comuna se debatía en sus querellas internas, el ejército de Thiers avanzaba sin cesar; después de Issy, el fuerte de Vanves acababa de caer. Con toda urgencia había que establecer en París los recintos de barricadas previstos desde hacía tiempo, pero que jamás se habían realizado. París no tenía ya más remedio que replegarse sobre sí mismo, renunciando a intervenir en la vida de los departamentos si no es a través de alguna proclama lanzada por globos en los momentos en que la efervescencia provincial alcanzaba su punto culminante. Desde el mes anterior, la agitación no había dejado de aumentar, y a pesar de la prensa versallesa, a pesar de los comunicados de Thiers, muchas ciudades habían intervenido para que cesara el sangriento conflicto. Lille, Lyon, Saint-Ouen, Troyes, Mâcon, los departamentos de la Drôme, del Var, del Vaucluse, del Ardeche, de la Loire, de Savoie, del Herault, del Gers, de los Pirineos orientales habían enviado delegaciones a Versalles para pedir el reconocimiento de la República y de los fueros municipales. En ciertas ciudades, como en Rouen y en Le Havre, no obstante las instrucciones recibidas de los partidos «de izquierda», los obreros habían proclamado su simpatía hacia París. En Grenoble, la muchedumbre había impedido, con sus manifestaciones en la estación del ferrocarril, la salida de tropas y municiones con destino a Versalles. En Nîmes hubo manifestaciones con gritos de «¡Viva la Comuna! ¡Abajo Versalles!» En Burdeos se llegó incluso a disparar contra la policía. En Périgueux, los obreros de la estación se apoderaron de las ametralladoras. En Varilhes se intentó provocar el descarrilamiento de un tren cargado de municiones. En muchas ciudades y aldeas la bandera roja ondeó durante varios días. Finalmente, pocos días antes, las elecciones municipales del 30 de abril, francamente republicanas, fueron un buen pretexto para que la población manifestara su simpatía hacia la Comuna. Y, desde entonces, grandes diarios provinciales en Burdeos, Lyon y en el Herault habían lanzado con éxito la idea de celebrar un Congreso de todas las

ciudades de Francia para promover un programa republicano de franquicias municipales. Inquieto ante estas noticias, Thiers mandó detener a los instigadores de estos congresos y acentuó su presión sobre los partidos de izquierda. La amenaza de una sublevación en las provincias, que en los últimos dos meses había crecido notablemente, a pesar de la falta de directivas de París, se esfumó de nuevo cuando estaba a punto de materializarse.

16 de mayo

Mientras tanto, en vez de lanzarse por fin a la acción, la Comuna continúa rumiando su resentimiento. Hace seis días fue decidida la destrucción de la casa de Thiers; hoy le toca a la columna de Vendôme, «monumento del cesarismo», derrumbada con toda ceremonia. En el discurso pronunciado sobre sus escombros, Ravvier habla de las conspiraciones y traiciones que se traman alrededor de la Comuna, pero no pasan de ser frases, frases apenas menos melodramáticas que la de Pyat. Sin embargo, el peligro está ahí, serio y acuciante. Los espías, los agentes provocadores hormigean en un París convertido, como se ha dicho, en un verdadero «objeto de especulación». Gracias a la devoción de algunos, la Comuna ha podido evitar varias graves traiciones. Rossel ha ordenado la detención de Arronshon; Dombrowski ha informado al Comité sobre los ofrecimientos que le ha hecho Versalles a cambio de la entrega de una de las puertas de la capital. Picard, comandante del «Château d'Eau», ha denunciado al oficial Fonsèque, que le ofrecía 10.000 francos si le entregaba el cuartel. En otros casos fue el azar, las denunciacines, las torpezas de los espías lo que salvó a la Comuna. Evitó de milagro la entrega de dos puertas, la puerta de Dauphine por el cabo Boudard y la de Courbevoie por el coronel federado Stawinsky. Durante esta primera quincena de mayo, los planes para forzar las puertas eran tan numerosos, y habían alcanzado un grado tan avanzado de preparación, que los versalleses, creyendo estar a punto de entrar, enviaron a sus agentes dentro de la ciudad y mandaron preparar brazaletes tricolores para que pudieran reconocerse cuando llegara el momento. Sin embargo, el 12 de mayo, la fábrica de brazaletes fue descubierta y la Comuna pudo apoderarse no sólo de

gran cantidad de estos brazaletes, sino también de varias listas de nombres. Cosa increíble, a pesar de todos los elementos de que disponían, la Comuna no se preocupó de llevar estos casos de espionaje y de conspiración a los tribunales. Procedió a unas cuantas detenciones y con eso se quedó satisfecha. Ni las entregas de puertas ni el asunto de los brazaletes dieron lugar a investigaciones llevadas con un poco de seriedad. En la prefectura de Policía, Rigault no cambió en nada sus costumbres y continuó persiguiendo, como lo había hecho desde el principio, a los hombres del imperio, atacándose a algo que estaba muerto ya desde hacía tiempo.

17 de mayo

En el hotel de Ville, la eterna disputa entre la mayoría y la minoría es interrumpida por una formidable explosión: el polvorín Rapp acaba de volar: cuatro casas se han hundido y cuarenta personas han resultado heridas. Aturdida por el ruido, deslumbrada por el fulgor de la enorme llamarada, alucinada por el espectáculo de pedazos humanos esparcidos por doquier, la muchedumbre corre enloquecida por las calles clamando contra el crimen: «¡Es Versalles! ¡Es Versalles!» Unos cuantos individuos sospechosos son detenidos.

18 de mayo

Mientras la Comuna se deslizaba, llevada por la corriente hacia la catástrofe, volvían a aparecer los viejos rencores y la habitual confusión entre las medidas de represalias y la acción enérgica.

La prensa revolucionaria se dedicaba a suscitar la pasión del público en torno a las maniobras anticlericales de la Comuna. Al principio, los cierres de iglesias, las detenciones de clérigos conservaban el carácter de medidas puramente políticas, para dar cierto fundamento a la encuesta prevista en el decreto sobre la separación de la Iglesia y del Estado; no expresaban sino desconfianza hacia un clérigo que, de revolucionario en el 48, se había pasado el 2 de diciembre al lado de la reacción. Se efectuaron pesquisas en las iglesias y en los conventos buscando trabucos o ametralladoras.

Todo cambió cuando removiendo tierras en el monasterio de Picpus aparecieron una serie de osamentas. Sobre tan frágil base, todas las imaginaciones románticas se echaron al vuelo: innegablemente se estaba ante indicios de crímenes, violaciones y torturas horribles. Pero cuando nuevas búsquedas permitieron descubrir primero un arca conteniendo huesos de niños e instrumentos de hierro, luego en una habitación aislada un grupo de monjas dementes y poco después en la iglesia de San Lorenzo un subterráneo de «más de veinte metros cúbicos lleno de osamentas humanas», las interpretaciones perdieron ya todo el sentido de la medida. Las más extravagantes hipótesis sobre los horrores del catolicismo aparecieron en la prensa progresista bajo prestigiosas firmas —la del propio Rochefort— en un estilo apocalíptico de por sí ya bastante revelador. Para dar sólo una muestra de esta prosa, recordemos el «informe sobre la encuesta realizada en torno a los crímenes cometidos en la iglesia San Lorenzo» redactado por Leroudier y publicado en el *Diario Oficial* del 21 de mayo. Son los cadáveres quienes tienen la palabra: *Pasada la embriaguez del narcótico, nos volvió el sentido de la existencia... Vanos esfuerzos, nuestras ligaduras nos paralizaban: tan sólo conseguimos girar nuestra cabeza bajo la tierra aún blanda... Comprendan nuestro sufrimiento... Toquen nuestras mandíbulas contorsionadas y terriblemente abiertas...*

Todas estas pasmosas elucubraciones no se debían solamente a las circunstancias, a la fiebre de una ciudad amenazada, sino también a la literatura, a las fábulas románticas que estaban en boga. A este respecto, M. Laronze cita con acierto un pasaje de la *Historia de mi vida* en el que George Sand, evocando su vida de pensionista en un convento, relata la leyenda, el «gran secreto» que se transmitían las jóvenes alumnas: «se trataba de *rescatar a la víctima*. En algún lugar había una presa, incluso se hablaba de varias presas, encerradas en un calabozo impenetrable... Por el convento corrían innumerables historias de dramas lamentables, de espectros y de almas en pena, de escondrijos, de inexplicables apariciones, de ruidos misteriosos...»⁵

Con la mente atestada con estas leyendas, los comunes no pensaron ni un instante en interrogar a la historia. Por todas partes veían sangre y espantosos dramas. Re-

gistraron de arriba a abajo todas las iglesias, todos los conventos. El propio hotel de Ville pareció sospechoso. En sus sótanos aparecieron rastros de sangre y las imaginaciones empezaban ya a caldearse cuando una comisión de expertos advirtió que se trataba de sangre de animal. Pero en relación con las iglesias y los conventos, nadie quiso escuchar a la gente seria e informada que señalaba que el arca conteniendo huesos era sin duda un simple relicario, que los instrumentos de tortura no eran sino aparatos ortopédicos destinados a las monjas mal constituidas, que las osamentas del convento de Picpus pertenecían a víctimas del terror allí enterradas; en verdad, el lugar donde se descubrieron era conocido con el nombre de «cementerio de los guillotizados». En San Lorenzo el caso era análogo: la iglesia había sido construida encima de un cementerio. Pero era ya tarde: los periodistas estaban virtualmente amotinados, el propio corresponsal del *Times* enviaba crónicas impresionantes, la muchedumbre acudía en masa a ver los esqueletos de San Lorenzo, y quienes no podían presenciar el espectáculo tenían las fotografías de Carjat y los dibujos «al natural» que, mejor que cualquier novela por entregas, les permitía enardecerse y apasionarse a domicilio.

Menos popular, pero más grave, era la vuelta a las medidas terroristas. Desde hacía un tiempo la prensa jacobina y blanquista reclamaba a grito pelado la aplicación del decreto sobre rehenes que la Comuna había dejado a la sombra desde el 5 de abril. El 6 de mayo se dio un paso importante: se había procedido al sorteo de los ochenta delegados de la Guardia Nacional que debían constituir el Jurado. Y lo mismo que el día 17, Urbain intervenía violentamente en el hotel de Ville manifestando su extrañeza de que estos nombramientos hubiesen quedado en el papel, Rigault anunció que el Jurado acababa de ser convocado y que su primera sesión estaba fijada para el 19 de mayo.

¿Estaba la Comuna resuelta a proceder a ejecuciones capitales? Aún no; sin querer confesarlo estaba vacilante. No había nada en el decreto que precisara cuáles serían las penas infligidas a los rehenes y menos aún quiénes debían dictarlas. El Jurado que entraba en funciones no tenía más misión que la de juzgar si los detenidos debían ser retenidos como rehenes.

El día previsto, a las once de la mañana, en la nueva Sala del Tribunal se inauguraron los «grandes procesos revolucionarios», según los llamó Rigault. El primer día lo dedicó al ganado menudo: gendarmes y guardias municipales. Se reservaba para las sesiones siguientes: Bonjean, el arzobispo y otros acusados selectos.

La primera sesión, como estaba previsto, no aportó nada que fuese excepcional. Ante un público reducido a unos cuantos periodistas especialmente escogidos, Rigault se mostró tal y como era, despiadado para todo cuanto perteneciese a la policía del imperio, esa policía que como lo recordaba en su requisitorio «nuestras espaldas conocen aún mejor que nuestras inteligencias». Sobre un total de catorce acusados, doce fueron declarados culpables.

La guerra civil pronto interrumpió estas sesiones del tribunal sin que éste hubiese tenido tiempo de juzgar a los principales acusados.

Domingo 21 de mayo

Mientras la población aprovechaba este espléndido domingo de mayo para escuchar en los jardines de las Tullerías un nuevo concierto en beneficio de las viudas y huérfanos de la Comuna, y animarse un poco con esas vibrantes marchas militares que acompañaba el sordo tronar de los cañones, los miembros de la Comuna, casi por completo, juzgaban a Cluseret. Efectivamente, la Comuna había decidido juzgar ella misma a sus miembros, confundiendo, y no por primera vez, los poderes legislativo y judicial. No obstante haber concedido la presidencia, en un espíritu de conciliación, a un miembro de la minoría simpatizante de Cluseret, Jules Vallés, y haber colocado al lado suyo, como asesor, a otro miembro de la minoría, el pintor Gustave Courbet, minoría y mayoría no tardaron en reanudar su vieja querella. Sin embargo, respecto a Cluseret, la opinión se mostró casi unánimemente simpática. Ciertamente faltaba el más encarnizado acusador de Cluseret, Delescluze, retenido en el ministerio de la Guerra. Parecía que los debates iban a eternizarse, aletargados por la indolencia activa de Cluseret y la vaguedad de las imputaciones, cuando de repente Billio-ray entró, muy pálido, con un despacho en la mano.

Eran cerca de las cuatro de la tarde.

«Concluyan, concluyan rápido —gritó Billioray—. Debo hacer una comunicación de la mayor importancia y para la cual pido que esta reunión sea secreta.»

Se cierran las puertas. Billioray da lectura entonces al siguiente mensaje: «Dombrowski al delegado de la guerra y al Comité de Salud Pública: *Los versalleses han entrado por la puerta de Saint-Cloud. Tomo medidas para rechazarles. Si podéis enviadme refuerzos, respondo de todo*»⁶.

Pese a las promesas de Billioray de que varios batallones habían salido para rechazar al enemigo, los espíritus están aterrados. Lo que nadie se atrevía a aceptar como posible ha ocurrido. Las palabras y la elocuencia son ya incapaces de mantener las ilusiones. El proceso Cluseret se liquida rápidamente en medio de la mayor confusión, pues a nadie ya le preocupa el asunto. Se pronuncia una especie del sobreseimiento del caso y hacia las ocho de la tarde, sin que ninguna otra decisión haya sido adoptada, Jules Vallés levanta la sesión y los miembros de la Comuna van saliendo uno tras otro del hotel de Ville, hundiéndose en una noche llena de amenazas.

Contrariamente a todo lo previsible, la entrada de los versalleses no fue debida a una traición. En la delegación de la guerra, Delescluze, que era un hombre débil, se mostró incapaz de rehacerse con las tropas agotadas e indisciplinadas de la Guardia Nacional. No tuvo el valor de adoptar esa severidad de Rossel, que tanto había ensalzado en el pasado: se contentó con lanzar unas cuantas proclamas de mucha elocuencia, pero de muy poco efecto. Sin embargo, desde el día 16 estaba informado por una nota que recibió de que casi todos «los artilleros que defendían el bastión número 64 en el Point du Jour habían abandonado sus puestos», pero no había movido un dedo. El día 21, un tal Ducatel pudo hacer desde un bastión vacío las señales convenidas invitando a las tropas de Thiers a que entraran. Rindiéndose a la evidencia, el general Douay lanzó entonces las órdenes oportunas para que su ejército penetrara inmediatamente primero por las puertas abandonadas del Point du Jour, en Saint-Cloud, y luego por las de Auteuil y Passy.

Al anochecer, cinco cuerpos de ejército, o sea, unos 70.000 hombres, habían entrado ya en la ciudad. Y mien-

tras la delegación de la guerra aún pretendía negar la entrada de los versalleses, los federados que permanecían fieles en sus puestos eran degollados por las calles de Passy.

Empezaba la lucha callejera.

21 a 28 de mayo

¡Que los ciudadanos sanos se levanten!
¡Que acudan a las barricadas!
El enemigo está dentro de nuestros muros.

Solamente fue en la mañana del 21 que París se dio cuenta de la situación. Los obuses versalleses caían en el centro de la ciudad, varias grandes arterias estaban cortadas a toda circulación, se levantaban barricadas y las campanas tocaban a rebato sin cesar. En las calles se tropezaba con patrullas de guardias nacionales agotados, con los ojos inflamados y brillantes de angustia y de ira. La valentía de estos hombres que parecía haber decaído en los últimos días se hallaba reanudada ahora por su furor y su odio ante este criminal bombardeo.

En el propio Gobierno, el desbarajuste era total. Las proclamaciones románticas del Comité Central, del Comité de Salud Pública y de la Delegación de Guerra rivalizaban en inútil elocuencia. Delescluze lanzaba una proclama diciendo: «¡Basta de militarismo, no queremos estados mayores galoneados y dorados por todas sus costuras! ¡Paso al pueblo, paso al combatiente de camisa arremangada!» Y por su parte el Comité Central se dirigía al ejército versallés: «Somos padres de familia. Si disparáis contra el pueblo, vuestros hijos os maldecirán.» Pero al margen de estos discursos ahogados por el fragor de la batalla, un espíritu de solidaridad real y efectiva se iba creando entre los parisienses. «Aportad un adoquín a esta barricada levantada en defensa de vuestra libertad», pedían a los transeúntes. Una comunión desesperada agrupaba a los parisienses ante la inminencia del peligro. No se puede pedir a estas masas exasperadas ni que tuviesen contención ni que fuesen justas. Así la denuncia de sospechosos, su inmediata detención y fusilamiento se convierten en el pan nuestro de cada día.

Rigault y los blanquistas de la prefectura de Policía,

por su parte, sintiendo que todo está perdido, quieren hacerle pagar cara su derrota al enemigo. Mandan trasladar a los rehenes de Mazas a la Roquette. El traslado se realiza en medio de una muchedumbre vociferante que exige la muerte de esos hombres. Ni Rigault ni sus colegas deseaban realmente la ejecución de los rehenes. Lo que pretendían era devolverlos a Versalles canjeándolos por Blanqui, detenido en provincia desde el 17 de marzo. Pero a pesar de las dos cartas enviadas por el arzobispo Darboy pidiéndole ardientemente a Thiers que aceptase esta proposición, el jefe del poder ejecutivo se negó con plena conciencia de lo que hacía: «Thiers —escribe Rochefort— sabía que la muerte de esos clérigos, de esos abades, de esos arzobispos causaría la exasperación del clero y de la burguesía francesa; y pudiendo tan fácilmente salvar a los rehenes, los ha, deliberadamente, condenado al paredón para tener así el pretexto que necesitaba para degollar a los 35.000 federados cuyos cadáveres pronto cubrirían las calles de París... El verdadero criminal es quien hace que el crimen sea inevitable, quien pone un puñal en la mano de un hombre a quien el furor y la desesperación han hecho perder la razón.»

Ahora que todo juicio era imposible, Rigault quería que la ejecución de los rehenes se efectuara lo antes posible, pero ante todo pensaba en sus enemigos personales. En la noche del 23 mandó fusilar a Chaudey y a tres gendarmes detenidos como rehenes. Fueron las únicas ejecuciones ordenadas por él. Al día siguiente, cuando se dirigía hacia el Pantheon a ocupar su puesto de combate, fue reconocido y fusilado en la esquina de la calle Gay-Lussac. Pero sus jóvenes acólitos Ferré y Da Costa permanecían vivos y como vacilaban en decretar nuevas sentencias de muerte, la muchedumbre tomó cartas en el asunto y les obligó a hacerlo.

El día 24, ante la alcaldía del noveno distrito, en la que después del abandono del hotel de Ville se habían refugiado Ferré, Delescluze, Genton y Fortin, en esa plaza Voltaire en la que unas semanas antes se aclamaba la abolición de la pena de muerte, el pueblo gruñía y reclamaba la muerte de los rehenes. Ante la imperiosa exigencia de la muchedumbre, Ferré se decidió; formó un pelotón de voluntarios (todos los cuales habían tenido un familiar asesinado por los versalleses) y designó a seis rehenes:

el arzobispo Darboy, el presidente Bonjean, el cura de la Madeleine Deguerry, los jesuitas Allard, Clerc, Ducoudray. Unos instantes más tarde, los condenados, sacados de sus celdas, eran alineados a lo largo del muro. En el momento de dar la orden de ¡Fuego!, Sicard, que mandaba el pelotón, gritó: «No es a nosotros a quienes debéis acusar de vuestra muerte, sino a Versalles que fusila a los nuestros.»

Los barrios de París, Montmartre, el Pantheon, a pesar de su resistencia farruca, caían uno tras otro. En Montmartre cayó Dombrowski, injustamente sospechado de traición en los últimos tiempos. Por su parte, Delescluze, sintiéndose incapaz «de soportar una nueva derrota», y no queriendo servir «de juguete a la reacción victoriosa», se había preparado a morir. Revestido de su negra levita, ceñido con su banda roja, tocado de su chistera y sin otra arma en la mano que su viejo bastón se encaramó a la barricada del Château d'Eau ofreciendo su cuerpo enjuto, su rostro demacrado de viejo militante como blanco a sus enemigos. Durante unos segundos el sol poniente salpicó de luz su barba blanca; luego se desplomó y cayó de bruces sobre el pavimento. A la misma hora Vermorel caía gravemente herido y poco después lo hacía Frankel.

París, mientras tanto, ardía por todos sus costados. La muchedumbre amotinada, algunos blanquistas y tal vez ciertos agentes provocadores⁷ habían incendiado los principales edificios públicos: el hotel de Ville, el Quai d'Orsay, el palacio de Justicia, la Legión de Honor, la Cour des Comptes, las Tullerías, así como varios teatros y casas privadas. Las rojas llamaradas en las claras noches de mayo, el crepitar de las piedras bajo las llamas, los estampidos de los obuses versalleses transfiguraban París. Esta revolución humana, demasiado humana, acababa con cierto aire de apocalipsis.

El hecho de que hubo mujeres, aún más fanatizadas que los hombres, a quienes la historia ha dado el nombre de «las petroleras» (su importancia, por supuesto, ha sido considerablemente exagerada), que contribuyeron a avivar los incendios, parece indudable; pero basta con recordar que el 6 de febrero de 1934 faltó muy poco para que ardiese el ministerio de Marina, para comprender que esos incendiarios no necesitaban ser monstruos, ni

proceder de la chusma para llegar a esos extremos. Todo queda sobradamente explicado por la desesperación y por ese ambiente en el que la vida de un hombre pierde su valor y en el que la batalla se impone como un fin en sí. Los soldados saquean y las vivanderas hacen el amor sobre un colchón al pie de las barricadas. No se lucha ya por una causa, ni para defender su pelleja, sino contra esa amenaza que pesa sobre el conjunto del cuerpo social. En tan salvaje refriega, los actos, mutilados de toda significación personal, parecen tener un alcance social mucho mayor del que tienen realmente. La escala de los valores queda invertida. Se combate para conservar algo que no puede definirse, pero que tiene, no obstante, una tremenda realidad: ciertos lazos, ciertas relaciones entre los hombres, la esperanza de un mundo nuevo; y de todo ello la destrucción y muerte acaban siendo los últimos medios de afirmar la existencia.

La muchedumbre se ha apoderado ahora de las calles, esa muchedumbre que no conoce jefes. Al caer el undécimo distrito, con la derrota ya inevitable, el pueblo se vuelve contra los rehenes, contra quienes piensan son partidarios del antiguo régimen. Conducidos por Gois de la Roquette a la calle Haxo, último centro de resistencia, los rehenes van escoltados por una muchedumbre que exige a gritos su muerte. Ranvier, en la alcaldía de Belleville acaba de negarse a juzgarles; Eudes, viendo llegar la comitiva, se niega también a ocuparse del asunto. Pero la gente fuerza las rejas y penetra en la alcaldía junto con los rehenes.

En la entrada, Vallés y Cournet intentan en vano de apaciguar a la gente. Alavoine, miembro del Comité Central, quiere adelantarse para hablar al pueblo, pero un guardia nacional le amenaza con su fusil. Varlin, con toda su popularidad, no consigue nada de esta masa furibunda. Ante estos fracasos, un veterano de guerras civiles, Edouard Roullier, le coge a Varlin por el brazo y se lo lleva: «¡Que no se pueda decir un día que los hombres de la Comuna estaban presentes!» Se retiran, deshechos, pero para la Historia, la Comuna y la matanza de los rehenes quedan indisolublemente unidos. No hay nadie para dar la orden de fuego: se oyen unos disparos y unos cincuenta gendarmes y sacerdotes caen de bruces en el jardín. Al disiparse el ruido del último tiro

sólo queda en el aire el eco lejano de alegres canciones: son los soldados alemanes que unas manzanas más abajo se distraen de la ocupación.

El domingo 28 de mayo, a las tres de la tarde, después de un combate nocturno en el cementerio de Père-Lachaise, donde cada tumba, cada bóveda, fue defendida encarnizadamente, llegándose incluso a luchar al arma blanca, cayeron las últimas barricadas. La revolución había muerto. Las patrullas versallesas acabaron la limpia con un cinismo y palabras innobles. He aquí un ejemplo: un artillero no conseguía subir su pieza a la acera por estar la calzada sin adoquines. Al ver el cadáver de un federado, le dice a su compañero: «Cógeme a ese viejo cuarenta y ocho y colócale junto a la acera, nos servirá de escalón.»

Hubo así más de veinte mil escalones que M. Thiers, a pesar de su edad, subió ligeramente para ser, en lo alto, consagrado como «salvador del orden y de la civilización».

10. Destino de la Comuna

A partir de la tarde del 28, la ciudad fue sometida, bajo el pretexto de pacificarla, a la más horrible represión. Varlin, reconocido en la plaza Cadet, fue arrastrado hacia las Buttes, maniatado, para ser juzgado. Un populacho enardecido le acompañaba por las empinadas calles de Montmartre, apedreándole y cubriéndole de basura. Cuando llegó a la cumbre, apenas podía tenerse de pie y su dulce rostro de profeta era todo, él una llaga, con un ojo colgando fuera de su órbita. Hubo que sentarle para poderle fusilar. Caído después de una doble descarga, su cuerpo fue reventado a culatazos por los soldados en medio de los aplausos del público.

No era esto más que el principio. Durante varios días, se procedió en París a ejecuciones sumarias no menos salvajes que la que hemos descrito. Edouard Moreau, el joven miembro del Comité Central, fue también pasado por las armas en esos mismos días. Se colgaba letreros en la espalda de los federados llamándoles asesinos, ladrones, borrachos; se les metía cuellos de botella en el fondo de la garganta; se asesinaba a los heridos dentro de las ambulancias. El dibujante André Gill le contaba

a Cladel cómo había visto a soldados entreteniéndose, dejando caer sus bayonetas sobre los ojos de los cadáveres, apuntando cuidadosamente para acertar a la primera. Cluseret refiere el caso de un sargento que le decía a un sacerdote que había dado tabaco a sus hombres: «Esta tarde no tenemos nada que hacer mis hombres y yo; si alguien le resulta molesto, bastará una palabra de usted, estamos a sus órdenes.» Llovían las denuncias y, al amparo de éstas, cuántos desgraciados fueron fusilados a pesar de sus protestas por tener algún parecido con Courbet, Vallés, Billioray, Lefrançais, etc...

Pero la palma de estos días le corresponde, sin duda, al general Galliffet; una de sus lindezas consistía en sacar de las columnas de presos a los hombres de pelo gris y mandarlos fusilar en el acto, pues según él éstos habían conocido las jornadas de junio de 1848 y, por tanto, tenían más culpa que los demás. También mandó fusilar a un preso porque llevaba un reloj y por consiguiente debía ser un funcionario de la Comuna. Las cosas llegaron a tales extremos, que ciertos periódicos conservadores protestaron. Se consideró entonces que había llegado el momento de ceder el paso a la ley. Miles de presos, hombres y mujeres, fueron hacinados con la brutalidad que puede uno imaginarse en los sótanos nauseabundos de las *Grandes Ecuries*, en la *Orangerie*, en el campamento de Satory y en todas las cárceles cercanas. Muy pronto, cuando Versalles y sus alrededores, totalmente abarrotados, no daban ya a basto, Thiers decidió alojar a los presos menos comprometidos en pontones, sobre el Sena. Allá fueron enviados en vagones para ganado, sin más alimento que unas pocas galletas.

Cuando finalmente esta pobre gente empezó a comparecer ante los Consejos de guerra de Versalles, inútil es decir que estaba totalmente extenuada por la espera y los malos tratos. Se comprende que, en general, su comportamiento ante los tribunales no fuera brillante, tanto menos cuanto que se enfrentaban a unos jueces con la opinión más que hecha, en un ambiente de violencias y de insultos y sin posibilidad alguna de asegurar su defensa. Sin embargo, dos miembros de la Comuna mostraron un gran valor: Ferré y Rossel. Ferré no temió asumir responsabilidades ni fustigar con violencia, a pesar de las protestas del presidente, al Gobierno de Defensa

Nacional. Sabía perfectamente la suerte que le esperaba y la aceptaba con calma, sin contricción. En cuanto a Rossel, su juicio apasionó a la opinión pública. No era posible no sentir simpatía hacia ese oficial de tan excepcional rectitud y firmeza. Fue detenido el 7 de junio en un hotel del bulevar Saint-Germain, en el que estaba escondido bajo un nombre supuesto desde su ruptura con la Comuna, dedicado a redactar sus Memorias mientras raudales de sangre corrían por las calles de un París en llamas. Sin embargo, a pesar de la simpatía que le rodeaba, a pesar de las peticiones enviadas en su favor por la juventud del barrio latino y por treinta y cinco notables de Metz, fue condenado a muerte, lo mismo que Ferré, «para que sirviese de ejemplo».

En una mañana tristonra de noviembre (el día 28, exactamente) se procedió a la ejecución. Eran tres los reos: Ferré, Rossel y el sargento Bourgeois. Tres coches celulares rodeados de un pelotón de gendarmes a caballo con el sable desenvainado, aseguraron el traslado de los condenados al terreno de Satory. Rossel, acompañado del pastor Passa, vestido con cierta negligencia, tocado de un sombrero usado, pasó delante seguido de Ferré que, por el contrario, con el rostro cuidadosamente rasurado y vestido con esmero, fumaba tranquilamente un enorme cigarro. El primero tenía veintisiete años; el segundo, veinticinco.

Se leyeron las sentencias y los pelotones ocuparon sus puestos. Rossel se quitó el sombrero y lo tiró al suelo. Ferré le imitó. Se oyeron tres disparos a intervalos de unos segundos; a la izquierda, en medio del desconcierto de los asistentes, Ferré aún vivía. El oficial se apresuró a darle la puntilla, dos tiros en la sien, que acabaron con él. Empezó entonces a tocar la banda militar y las tropas desfilaron ante los cadáveres husmeados ya por los perros.

Después de estas primeras ejecuciones, siguieron otras y otras sin cesar hasta los primeros meses del año 1872. En total hubo centenares de condenas a muerte y miles de destierros¹.

Mientras tanto, ¿qué les ocurría a los principales jefes de la Comuna? A la muerte de Dombrowski, Rigault, Delescluze, Varlin, Rossel y Ferré hay que añadir las de Vermorel y Genton. Vermorel murió en el hospital

de Versalles a consecuencia de sus heridas. Genton fue ejecutado en Satory, el 30 de abril de 1872. En cuanto a Frankel, se libró de la pena capital gracias a que era extranjero. Assi, Billioray, Régère, Paschal Grousset, Henri de Rochefort, fueron condenados al destierro en un fuerte, Rastoul y Jourde al destierro simple y Gustave Courbet a seis meses de cárcel. La mayoría de los jefes lograron, sin embargo, escapar: Suiza acogió a Protot, gravemente herido; a Vermersch, Vuillaume, Babick, Pindy, Gambon, Beslay, Alavoine, Arthur Arnould, Lefrançais, Elisée Reclus. A Londres llegaron Léo Meillet, Cournet, Charles da Costa, Gois, Theisz y Jules Vallés; finalmente, Tridon, Perrachon y Ranc se refugiaron en Bélgica.

Así, pues, quienes evitaron la muerte, conocieron los tormentos de la Nueva Caledonia o la vida dura y precaria del exilio.

*

No es exagerado afirmar que con esta represión, que ha costado la vida a más de veinte mil personas, la burguesía se ha deshonrado, se ha envilecido. Es famosa la frase de Drumont cuyas opiniones eran, sin embargo, diametralmente opuestas a las de la Comuna: «La burguesía embadurnó al pueblo en el fango sangriento del Terror y afirmó luego que todo lo había hecho él.» Lo peor es que, sin duda, salvo unos pocos, los burgueses creían de buena fe que estaban tratando con asesinos y con monstruos escapados de los presidios. Se comprende que las mentes de la gente del pueblo hayan podido dejarse impresionar por las fábulas románticas, pero no puede uno menos que quedar asombrado ante la ciega ferocidad de la élite supuestamente prudente y culta. Esto, en realidad, demuestra que la élite nada tiene que ver con las clases, y que si existe es indudablemente muy restringida.

Pero lo más grave no fue la represión ni la actitud de la burguesía, sino la consecuencia de todo ello desde el punto de vista revolucionario. Puede decirse que liquidó, y para mucho tiempo, todo movimiento revolucionario en Francia. En lo sucesivo, el deseo de Carlos Marx se cumple en parte, y el centro de gravedad del movimiento obrero deja de estar en Francia. Sin embargo, no pasa inmediatamente a Alemania. Primero porque la Inter-

nacional, sobre quien el Gobierno francés hace recaer la principal responsabilidad, es objeto de una feroz persecución. En una circular dirigida por el ministro de Asuntos Extranjeros a los agentes diplomáticos, fechada el 6 de junio, París, bajo la Comuna, es descrita como el «lugar de reunión de todas las perversidades del mundo», afirmándose, entre otras estupideces, que «los fundadores de la Internacional han querido borrar y confundir las nacionalidades en aras de un interés común superior... y aplastar las naciones bajo una especie de monarquía sanguinaria». Luego, porque la Internacional es víctima de profundas disensiones interiores. Se le reprocha a Marx y al Consejo de Londres de no haber hecho nada para ayudar a la Comuna. Este pretenderá justificarse alegando la dificultad de las comunicaciones y recordando que, a pesar de todo, envió dos o tres cartas a los comuneros. Pero los hechos están ahí: en dos ocasiones el Consejo General rechazó la redacción de un llamamiento al pueblo francés y a las secciones europeas de la Internacional. Solamente el 30 de mayo, cuando la Comuna había ya caído, Marx leyó el mensaje que poco después se publicaría bajo el título de la *Guerra civil en Francia*.

Hay que decir que este libro presenta todavía hoy un gran interés. Constituye, a pesar de la insuficiencia de su documentación, uno de los estudios más inteligentes que se hayan hecho sobre la Comuna. Después de haber desaconsejado durante la guerra tajantemente a los franceses la insurrección, Marx exclama: «¡De qué agilidad, de qué iniciativa histórica, de qué facultad de sacrificio están dotados estos parisienses!» Lo cual no está mal para un defensor del determinismo histórico. Es más, él, centralista impenitente, ensalza y subraya en su libro toda la importancia del federalismo descentralizador. «Era —escribe— la forma política al fin hallada, bajo la cual era posible realizar la emancipación del trabajo.» «En realidad —precisa— la constitución comunal hubiera restituido al cuerpo social todas las fuerzas absorbidas hasta entonces por el Estado, parásito que se nutre de la sustancia de la sociedad paralizando su libre movimiento. Por ese solo hecho, hubiera sido el punto de arranque de la regeneración de Francia...» Y así podría seguir dando citas y más citas expresando la admiración

de Marx por la obra anti-estado de la Comuna². Que en esta actitud haya parte de oportunismo, es indudable. Marx comprendía bastante mal esta forma de revolución; al holandés Domela Nieuwenhuis le escribía poco después: «Con una pequeña dosis de sentido común, la Comuna hubiera podido obtener un compromiso útil para la clase obrera, único objetivo alcanzable en aquella época.» Observemos que Marx debía estar muy mal informado de todas las gestiones que se hicieron acerca de Thiers para conseguir una conciliación; pero, ¡qué importa!, la crítica es significativa. Para Marx la revolución solamente puede producirse en un determinado momento del desarrollo capitalista; debe ser la resultante de reformas y de mayorías parlamentarias que antes que nada hay que aplicarse a conquistar.

En definitiva, Marx extraía dos lecciones de la Comuna: la primera era la importancia del cambio de forma del Estado, que subrayaba en su nuevo prefacio al *Manifiesto comunista* («La Comuna ha demostrado en particular que no basta con que la clase obrera se apodere de la máquina administrativa del Estado para hacerla servir a sus propios fines»). Esta lección estaba perfectamente conforme con el espíritu de la Comuna; la segunda lección, en cambio, la necesidad de formar un partido obrero, le estaba radicalmente opuesta. Por cierto que esta traición al espíritu de la Comuna le fue significada a Marx indirectamente por la hostilidad de los ingleses y, sobre todo, por la violenta oposición de los bakuninistas; oposición que, como es sabido, acabaría llevando la primera Internacional a la tumba. No deja de ser sugestivo hallar al lado de Bakunin y protestando contra la centralización de la Internacional y su transformación en partido político, a exilados comuneros como Pindy y Lefrançais. No pretendo, ciertamente, que todos los sobrevivientes viesen las cosas con esa claridad; la anécdota estaba aún demasiado cerca para poder extraer fácilmente sus enseñanzas. Sin embargo, por encima de las luchas entre minoría y mayoría, los más inteligentes empezaban a comprender que era la izquierda, como lo escribió Lissagaray, «quien había entregado París». Pasando el tiempo, no sólo Thiers y Favre, sino también Louis Blanc, aparecían en su verdadero papel de traidores. Se veía con qué fuerza habían atacado lo que siem-

pre defendieron y defendido lo que siempre habían atacado. Los comuneros podían medir el valor de las palabras en los «Defensores de los principios inmortales del 89», y en particular en Thiers, que en 1840, por ejemplo, declaraba: «Cualquiera que sea el Gobierno, sería calumniarle suponer que pueda un día intentar mantenerse en el Poder bombardeando la capital»³, y que ocho años más tarde, abundando sobre el mismo tema, decía: «Ya saben, señores, lo que está ocurriendo en Palermo. Todos ustedes se habrán estremecido de horror al saber que durante cuarenta y ocho horas una gran ciudad ha sido bombardeada. ¿Y por quién? ¿Por un enemigo extranjero ejerciendo los derechos de la guerra? No, señores, por su propio Gobierno. ¿Y por qué? Porque esta desgraciada ciudad pedía ciertos derechos. Pues bien; la reclamación de estos derechos le ha costado cuarenta y ocho horas de bombardeo.» Cuando se trató de su propia persona, Thiers no se embarazó con tanta sensibilidad: bombardeó París durante dos meses sin el menor estremecimiento de horror. Tampoco este viejo escéptico tuvo el menor escrúpulo en declarar esta guerra, «guerra santa», y pedir que se orase y se cantaran misas solemnes por el éxito de sus soldados. En nombre de «la fuerza, supremo remedio y único principio verdadero»⁴, todo era movilizad, incluso la religión.

Comprendo muy bien que después de esta terrible experiencia, un Lefrançais aprovechase incluso su testamento para expresar su repulsa a los partidos: «Muero profesando el más profundo desprecio hacia todos los partidos políticos, ya sean socialistas, no habiendo jamás considerado a estos partidos más que como unas agrupaciones de gente simple dirigida por ambiciosos desvergonzados, sin escrúpulos ni hombría.»

Pero no fue, por desgracia, únicamente desde el exterior que el parlamentarismo hirió a la Comuna. Si el Comité Central, en sus ocho días de Gobierno, no tuvo carácter parlamentario, la Comuna elegida el 26 de marzo lo tuvo, en cambio, en sumo grado, tanto por sus métodos, por su elocuencia y por su heterogeneidad. Así, cuando Trotsky asegura que lo que le faltó a la Comuna fue un partido revolucionario bien constituido⁵, en mi forma de ver no indica lo esencial. De lo que, evidentemente, carecieron los comuneros fue, en primer lugar, de

unidad doctrinal; han expiado las confusiones acumuladas sobre la palabra «Comuna» que debía resumir su teoría de gobierno. El grito más profundo de la Comuna podría muy bien ser el que Jules Vallés pone en boca de su insurrecto: *«Intenten a ver de pesar las teorías sociales cuando caen pedriscos de hierro en la balanza.»* Efectivamente, la guerra y el sentimiento nacional que constituyen el trampolín de la revolución se convirtieron luego en un serio obstáculo a su desarrollo. Desorganizado por la guerra, el movimiento revolucionario no pudo rehacerse a tiempo y se encontró en cierta medida sorprendido por el repliegue de Thiers y, por otra parte, cuando estuvo en el Poder era ya demasiado tarde para reanudar la guerra contra Prusia. Sin embargo, si se recuerdan los levantamientos que se produjeron en provincias se puede afirmar, sin caer en lo inverosímil, que la Comuna hubiera podido, una vez Versalles dominado, y simplemente mediante su acción revolucionaria, arrastrar detrás de ella a la totalidad de Francia.

•

Es posible que el lector, pensando en todas las insuficiencias de la Comuna, se pregunte si no hay exageración por mi parte al considerar la Comuna como una revolución. Sin embargo, si se interpreta la revolución ante todo como un cambio de plan, como una sucesión de actos que modifican profundamente las relaciones de los hombres entre sí y con la sociedad, se puede decir que la Comuna, por su voluntad federalista, por la nueva orientación que pensaba dar a la economía es, en realidad, revolucionaria. Lo es también porque marca una clara ruptura con la política oficial, ya que por primera vez suben al Poder hombres que, por su condición social, se hallaban *a priori* excluidos de él. Pero este último rasgo es propio a todas las revoluciones dignas de este nombre; lo que le da a la Comuna su carácter particular, ya lo he dicho, es más bien su federalismo descentralizador. Arnaud Dandieu, comentando el carácter descentralizador del artículo XIII de la primera Constitución de la U. R. S. S. y de los artículos I y VIII de la Constitución española del 9 de diciembre de 1931, escribía: «No cabe duda de que sobre este punto las constituciones de la U. R. S. S. y de la República española se

han inspirado, más o menos directamente, de las ideas de los comuneros franceses del año 71.»⁶ Desgraciadamente estas dos descentralizaciones no se han llevado a la práctica, y Rusia ha entrado incluso por la vía de un centralismo opresor.

Decididamente, la Comuna no ha tenido suerte y su destino histórico no ha sido menos desfavorecido que su propia existencia. Hoy debe soportar, todos los años, el homenaje de los comunistas stalinianos; es decir, de los representantes de uno de los Estados totalitarios más importantes de Europa, que encarnan aquello de lo cual más ha sufrido la Comuna, es decir, el parlamentarismo, y anuncian aquello que más odió, la dictadura.

Por otra parte, no es yendo a depositar coronas de flores sobre las tumbas de los comuneros, ni pronunciando discursos ante el muro de los federados, como mantendremos vivo el espíritu de la Comuna. Es demasiado fácil darse importancia y un falso aire de grandeza yendo a inclinarse ante las víctimas. La lección es más dura y exige más de nosotros. Tan sólo es a través de nuestros actos como podremos mantener vivo el espíritu de la Comuna, y en cierta medida darle continuidad.

¿Continuar? Pero, ¿no correríamos el riesgo —me dirán algunos— de recaer en ese clima romántico hoy pasado de moda? Si esto ocurriese significaría que una vez más la Comuna había sido mal interpretada. El romanticismo intervino en la Comuna, pero más que su fuerza fue su debilidad. Además, en la medida en que la Comuna se inspiró en Proudhon, no podía ser romántica. Todos los comuneros que habían leído las obras del viejo maestro adquirieron de él ese horror a los «mariquitas». El romanticismo no fue la revolución, como pretende M. Maurras, sino tal vez su ángel maligno. Si bien puede servir durante un tiempo la causa de la insurrección, gracias a la exaltación que suscita, no tarda en causarle perjuicio con su elocuencia, su facilidad a perder el contacto con la realidad. El romanticismo es tal vez la enfermedad juvenil de las revoluciones, y en tanto éstas no consiguen superar su enfermedad mediante un despojo severo de toda literatura, para poder ver la realidad en su desnudez e incluso diríamos en su aridez, su vida permanecerá incierta. Y si a pesar de todo el roman-

ticismo tiene aquí su función, habrá que reservarle un sitio, pero que sea éste el más reducido posible.

En definitiva, la Comuna me parece como una admirable aventura fracasada que ha puesto de manifiesto a qué precio se hacen las revoluciones. Quisiera que todos aquellos que creen que la revolución es necesaria en Francia y pretenden estar preparándola, tengan conciencia de las responsabilidades, de los sacrificios, de los compromisos que exige. Que abandonen de una vez las disciplinas y los conceptos revolucionarios del siglo XIX: la revolución parlamentaria, la revolución de clase, la revolución por una minoría, la revolución por la masa. La revolución necesita, efectivamente, a la vez de una minoría que sepa exactamente a dónde va y del apoyo de las masas. Ya sé que lo esencial de la revolución procede de ese encuentro entre la minoría y la masa, de ese instante en el que la teoría logra cuajar en las masas y se convierte en acción. Pero, sobre este punto, la Historia no puede dar consejos. La Comuna encontró su catalizador en los clubs, en la Guardia Nacional; Rusia lo encontró en los soviets (en el sentido preciso de consejos obreros) y nadie sabe sobre qué base se hará la próxima revolución francesa. Quiera Dios que nos evite las sangrientas improvisaciones o las dictaduras ineficaces.

El verdadero revolucionario debe, pues, tener el valor de alejarse de la plaza pública, aún más de lo que se hizo bajo el segundo imperio. Debe poder resistir a esa tentación de la acción inmediata, por fuerte que ésta sea, y para ello hay que reconocer que necesita mucha humildad y mucho orgullo.

Capítulo 1

¹ Carta del 20 de septiembre de 1852 dirigida a Darimon.

² JULES VALLÉS: *Tableau de Paris*. Baudin era aquel diputado que cayó mortalmente herido en lo alto de una barricada el 3 de diciembre.

³ El 6 de marzo de 1852, Proudhon escribía en su correspondencia: "Luis Bonaparte ha dado un parón en sus proyectos socialistas..., los banqueros le ponen mala cara, la burguesía se inclina a favor de Cavaignac; *La Patria*, *El Constitucional*, protestan contra los calumniosos rumores respecto al socialismo gubernamental, y para detener al presidente tratan de comprometer así su política."

⁴ DAUPHIN-MEUNIER: *La Banca*, 1919-1935 (N. R. F.).

⁵ Fue en 1863, inmediatamente después de un viaje de dos meses y medio por Europa, cuando Dostoievski publicó estas notas en sus *Observaciones escritas en invierno sobre ciertas impresiones de verano*.

⁶ Véase el notable estudio de M. ROGER CAILLOIS "París, mito moderno", en su libro *El mito y el hombre* (N. R. F.).

⁷ BAUDELAIRE: *Salón de 1846*, cap. XVIII, citado por M. Caillois, *op. cit.*

⁸ CORBON: *El secreto del pueblo de París*, p. 184.

⁹ He aquí un extracto del texto «unas palabras al lector» publicado en *La Audiencia* y reproducido totalmente en el

excelente libro de M. Jean Morienval sobre *Los creadores de la gran Prensa en Francia*: «Antes que nada, lector, mire en esa dirección: allá, en la orilla izquierda del Sena, ese edificio llamado Palacio de Justicia, ¡cuánta pobre gente habrá gastado en él sus últimos dineros prolongando vanos procesos!... Si no quiere usted verse jamás expuesto a someter a la Justicia injustas pretensiones, suscríbase a *La Audiencia* y su Comité de famosos abogados le dirá siempre y gratuitamente si el derecho está a su favor.

»Dirijan ahora sus miradas, lectores, sobre ese camastro sobre el que yace un hombre de cara lívida... Hace unos días solamente era un comerciante estimado y acreditado; hoy lo ha perdido todo: consideración, fortuna, carrera, porvenir... ¿Desean no tener semejante desgracia?... Lean asiduamente los artículos sobre derecho comercial que publica *La Audiencia*, aprovéchese de las útiles informaciones que les dan sus administradores y así tendrán la seguridad de marchar siempre sin tropiezos por la senda de los negocios, pues irán siempre acompañados de un guía imparcial y experimentado.

»Pero ¿qué hemos visto?... Ya sus ojos se han tornado hacia el más sombrío horizonte del mundo social. En la lontananza se distinguen las espadas..., los puñales..., el veneno; raudales de sangre que algunos tratan de borrar... y repetirán ustedes en tono de curiosidad el nombre de Elizabide, de Mme. Lafarge, de Darnés, ¡el regicida!... Pues bien, vengan a nosotros, amantes de las emociones fuertes, y si se suscriben ustedes para un año a nuestro diario *La Audiencia*, les obsequiaremos gratuitamente con dos magníficos volúmenes conteniendo un proceso al que añadiremos el del príncipe Louis Napoleón.»

¹⁰ E. R. CURTIUS: *Balzac*, trad. franc., p. 194-195.

¹¹ E. R. CURTIUS: *Op. cit.*, p. 303.

¹² ROGER CAILLOIS: *Op. cit.*

¹³ CORBON: *Op. cit.*, p. 218.

¹⁴ CORBON: *Op. cit.*, p. 187.

¹⁵ G. DUCHENE: *El imperio industrial*, p. 15.

Capítulo 2

¹ *De la justicia en la Revolución y en la Iglesia.*

² Maurice Barrès comprendió muy bien la ingenuidad de la actitud de los escritores del siglo XIX: "Nuestros grandes literatos—escribe—, cuando pintan a la sociedad moderna, independientemente del partido al que se imaginan pertenecer, emplean siempre colores por lo menos tan injuriosos como los que aparecen en esos *Cuadernos de viaje* de Taine. Se lamentan de no ver en lugar de los contemporáneos que necesaria-

mente nos ha creado nuestra civilización, bien sea a un turco en su harén (sueño de Gautier) o a un gran terrateniente inglés recorriendo sus dominios (sueño de Taine) o a un sabio revestido de los poderes y privilegios que antaño disfrutaron los príncipes de la Iglesia (sueño de Renán). Todo esto son sistemas de conservadores exasperados. En realidad, los Balzac, los Lamartine, los Gautier, los Flaubert, los Leconte de Lisle, los Taine, los Renán, etc..., sienten una repugnancia absoluta hacia las nuevas condiciones de nuestra vida francesa, en la que el funcionarismo, la especialización y la dominación exclusiva del dinero acentúan cada día su progreso." (*El Figaro*, 19 de diciembre de 1896.)

³ MARCEL THIEBAUT: *Edmond About* (N. R. F.)

⁴ He aquí como Maxime du Camp habla del director de la Seguridad General, Collet-Meygret, en sus *Recuerdos literarios*: "No era un mal hombre, ni mucho menos; se creía fuerte y solamente era ingenuo. Había leído a Balzac, le había estudiado y se había impregnado de él como tantos otros hombres de su época. Ser un Rastignac o un Marsay, un Vautrin o un Lucien de Rubempré, tal fue el sueño de más de uno. Collet-Meygret creyó en sus ficciones y se dispuso nada menos que a tener en sus manos a la gente potente de la tierra y asentar su poder personal sobre los secretos que pudiera descubrir."

⁵ Todo esto podría asentarse sobre innumerables citas. Contentémonos con esta procedente de un burgués liberal, Sainte-Beuve, y extraída de una carta enviada por él al príncipe Napoleón en 1865: "La retirada es impresionante. No es tan sólo del Gobierno, sino de la propia sociedad, al menos en sus capas consideradas superiores. El Gobierno comete el error de querer ver con los ojos de esta sociedad de salón."

⁶ MAXIME DU CAMP: *Recuerdos literarios* (II, 1850-1880), París, 1906, p. 33.

⁷ En realidad, se sabe muy bien en qué consistió el milagro: fue el milagro del parlamentarismo. El parlamento ni concluye ni mata jamás. Su primera virtud es su maestría en respiración artificial. Gracias a él se ha visto a hombres que se suponía hundidos para siempre reaparecer un buen día a la superficie con la inocencia del recién nacido.

⁸ El artículo 1.781 del Código civil decía así: "Se dará fe a la afirmación del maestro respecto al importe de los salarios, al pago de los mismos en el año transcurrido y a los anticipos concedidos para el año en curso."

⁹ Algunas verdades sobre las elecciones de París, 1863.

¹⁰ En las *Confesiones de un revolucionario*, Proudhon ha hecho mejor que nadie el elogio de esta ironía. "La libertad —escribe—, lo mismo que la razón, tan solo existe y se manifiesta a través del constante desdén hacia sus propias obras,

perece tan pronto como empieza a adorarse. Por esto, la ironía ha sido siempre el carácter del genio filosófico y liberal, el sello del espíritu humano, el instrumento irresistible del progreso."

¹¹ *Confesiones de un revolucionario.*

¹² *Idem.*

¹³ *Idem.*

¹⁴ SAINTE BEUVE: *Proudhon*, 1872. Estudio incompleto y prudente, emprendido sin duda a instancias del príncipe imperial.

¹⁵ La divisa preferida de Proudhon era: *Destruam et aedificabo*. Escribía también: "Todo progreso empieza por una abolición, toda reforma se apoya sobre la denuncia de un abuso, toda idea nueva descansa sobre la demostrada insuficiencia de la antigua."

¹⁶ El *momio* es el beneficio ilegítimo que un propietario obtiene mediante la explotación de un bien que no posee realmente.

¹⁷ La famosa frase de *Miseria de la filosofía*, en la que Marx afirma considerar a los hombres "como autores y actores de su propio drama", no debe despertar ilusiones. Autores solamente son los inventores, los productores, los demás se limitan a ser actores, o mejor dicho, figurantes (pues forman parte de lo que el marxismo llama la «superestructura»). Si los hombres se hacen revolucionarios es, según Marx, porque están proletarizados, hundidos en la miseria. De ahí el desprecio a Proudhon por no haber sabido comprender que "la miseria podía ser una fuerza revolucionaria", lo cual es un puro mito. Pues la miseria puede ser ciertamente un trampolín, pero de por sí más bien tiende a frenar que a impulsar la acción. Reducida a sus únicas fuerzas, lo más que ha podido producir han sido motines esporádicos.

¹⁸ Marx se ofusca de que el método dialéctico de Proudhon "consista en distinguir entre el bien y el mal por afirmaciones perentorias" y le acusa de ser "totalmente estéril en cuanto se trata de dar vida a una nueva categoría por el método dialéctico", lo cual a Proudhon debía dejarle bastante frío, sobre todo después de leer las precisiones siguientes: "Lo que provoca efectivamente la progresión dialéctica—añadía Marx—es la coexistencia de los dos aspectos opuestos, de su antagonismo y su absorción *por una nueva categoría*. En cuanto se pretende simplemente suprimir el lado malo, se corta el movimiento dialéctico."

¡Estas líneas son realmente reveladoras! Se ve que lo esencial no es mejorar al mundo (eliminar sus lados malos sería un sacrilegio), sino situarse bien en el sentido de la historia (aunque este sentido sea tan solo postulado) y estudiar con cuidado desde el fondo de su despacho el progreso dialéctico.

Veremos más adelante la actitud constructiva que adoptaría Proudhon frente a esta dialéctica terciaria.

¹⁹ CHARLES DA COSTA: *Los blanquistas*.

²⁰ Estaba convencido de que la Revolución de 1848 fracasó por no haber establecido los «seis meses de dictadura» necesarios.

²¹ LARONZE: *Historia de la Comuna de 1871*, p. 111.

²² Tolain dirá que el blanquismo estaba formado, sobre todo, "por estudiantes y por jóvenes abogados y médicos, la mayoría hambrientos a pesar de su origen burgués".

²³ GASTÓN DA COSTA: *La Comuna vivida*, p. 365.

²⁴ *Ibíd.*, p. 364.

²⁵ CHARLES DA COSTA: «Los blanquistas», p. 5, en *Historia de los partidos socialistas en Francia*.

²⁶ MAXIME DU CAMP: *Recuerdos literarios* (t. I, p. 53).

²⁷ MAXIME DU CAMP: *Recuerdos literarios* (t. I, p. 53).

²⁸ JULES VALLÉS: *El insurrecto*, p. 56.

²⁹ PIERRE DOMINIQUE: *La Comuna*, p. 190.

Capítulo 3

¹ Consulten a este respecto la interesante obra de M. EDOUARD DOLLEANS: *Historia del movimiento obrero (1830-1870)*.

² Henri Martin saludó la fundación de la Internacional en el mismo tono y con el mismo sentido en su introducción a *La capacidad de las clases obreras en Francia*, de PROUDHON (Edición Riviere).

³ Hay que observar que el *Manifiesto de los sesenta*, aunque auténticamente proletario, no se coloca en el plano de la lucha de clases: "Esclarecida por la experiencia, no odiamos a los hombres; lo que queremos es cambiar las cosas". Con la era de los monopolios, de la ingerencia del Estado en la industria, la lucha de clases se encuentra condenada a la esterilidad.

⁴ Carbonería, sociedad secreta que se formó en Francia en tiempos de la restauración. (*N. del T.*)

⁵ Esto se desprende particularmente de las peripecias de la historia del sindicalismo a finales del siglo XIX.

⁶ FRIBOURG: *La Internacional*, p. 10.

⁷ En DOLLEANS: *Op. cit.*, p. 110.

Capítulo 4

¹ Bakunin temía que sus enemigos conocieran la confesión que dirigió al zar en 1857, cuando estaba en prisión.

² El mismo lo dice en las páginas de sus *Recuerdos* dedicadas a estas jornadas.

³ Carta de Varlin a Albert Richard, reproducida por E. DOLLEANS: *Op. cit.*, p. 345.

⁴ En un artículo redactado en Tours en octubre de 1870, y destinado a la Prensa inglesa, Taine se refiere a esos momentos diciendo: "La agitación en París era ficticia, y en parte fabricada a costa de buenos dineros; el emperador jugaba a cara o cruz la restauración de su poder personal; las cámaras nombradas por él se mostraban complacientes; muchos de los periodistas predicaban la guerra porque tenían para ello motivos interesados o por simple amor a las frases efectistas." (*Ultimos ensayos de crítica y de historia*, p. 114.)

Capítulo 5

¹ En una obra dejada sin terminar, *Lo que le ocurrió a Francia en 1870*, de la cual dos fragmentos han sido publicados: uno en la revista *Europa* (febrero de 1923) y otro en los *Extractos selectos* (Gallimard).

² General COLIN: *Las transformaciones de la guerra*.

³ JULES VALLÉS: *El insurrecto*, p. 203.

⁴ G. DE MOLINARI: *Los clubs rojos durante el sitio de París*.

⁵ Encuesta sobre el 4 de septiembre.

⁶ Durante mucho tiempo se ha creído que había sido Chaudéy quien dio la orden de disparar; hoy está absolutamente demostrado que, por el contrario, hizo lo que pudo para evitarlo. Su intención era utilizar la caballería para desalojar la plaza.

⁷ Gambetta decía: "Thiers no me quiere, le desconcierto y le molesto, pero jamás nos enfadamos. Cuando veo que está a punto de irritarse, le traigo unos mapas geográficos, le consulto sobre problemas de estrategia e inmediatamente le tengo radiante." Citado por M. R. DREYFUS en *El Sr. Thiers contra el imperio, la guerra y la Comuna*.

Capítulo 6

¹ A excepción quizá de Duval y de Eudes, que exigían una acción inmediata contra Versalles.

² He aquí la composición del Comité Central; Andignoux; Arnaud, ferroviario, miembro de la Internacional; Arnold, sub-inspector de Obras Públicas de la ciudad de París; Audouin; Assi, mecánico, famoso después de las huelgas del Creusot; Avoine hijo; Babick, fabricante de perfumes; Barroud; Bergeret, antiguo sargento de cazadores, ahora obrero tipógrafo; Billioray, pintor; Blanchet (su nombre verdadero era Pourille, antiguo novicio de la Orden de los Capuchinos, responsable de varias bancarrotas, policía, paralítico, querien-

do hacer de Couthon, el personaje más sospechoso del grupo: Bouit; Boursier; Castioni; Chouteau; C. Dupont, obrero ces-tero, miembro de la Internacional; Eudes, estudiante de farmacia, blanquista; Fabre; Ferrat, escritor; Fortuné; Fougere; Gaudier; Geresme; Gouhier; Grêlier; Grollard; Josse- lin; Jourde, contable, estudiante de medicina; Lavalette; Lis- bonne, artista dramático, antiguo director de teatro, agente de seguros; Lullier, antiguo oficial de marina; Maljournal: Moreau, comisionista en mercancías; Mortier, ayudante de arquitecto; Pindy, obrero miembro de la Internacional; Prud- homme; Ranvier, pintor de porcelana; Rousseau; Varlin, en- cuadernador, miembro de la Internacional; Viard, industrial.

³ Véase el artículo del *Officiel de la Commune* del 21 de abril, redactado por Moreau, Rogeard y Longuet: "Los pro- letarios de la capital, en medio de los desmayos y traiciones de las clases gobernantes, han comprendido que había llegado para ellos la hora de salvar la situación tomando la dirección de los asuntos públicos."

Capítulo 7

¹ Véase LEONCE DUPONT: *Recuerdos de Versalles durante la Comuna*, y M. LARONZE: *Op. cit.*, p. 60.

² Véase el relato de uno de ellos que M. Laronze recoge en su libro, p. 66.

³ Aunque encarcelado en provincias, Blanqui obtuvo nume- rosos sufragios en diversos distritos de París.

⁴ "La ciencia—escribe—es la perpetua inmolación de la vida fugitiva, pasajera, pero real, sobre el altar de las abs- tracciones eternas... Puesto que su propia naturaleza le obliga a ignorar la existencia de Pedro y de Jaime, no hay que per- mitir jamás, ni a ella ni a nadie en su nombre, que gobierne a Pedro y a Jaime. Lo que predico es, pues, hasta cierto punto, la revuelta contra la ciencia o más bien contra el go- bierno de la ciencia." (Consideraciones filosóficas.)

⁵ Esto le aleja claramente de los positivistas y de Blanqui y le hace rechazar toda dictadura, incluso transitoria.

⁶ Bakunin le tenía poco afecto a Alemania y se lamentaba de haberse dejado seducir por sus filósofos.

⁷ Bakunin acusó más tarde a Albert Richard de haber sido el gran responsable del fracaso de la insurrección.

⁸ A este respecto léase en particular los recuerdos de J. B. DUMAY, alcalde y animador de la Comuna del Creusot, en la revista *L'Ordre Nouveau* (El orden nuevo) de abril de 1937.

⁹ Treinta y seis nuevos prefectos fueron nombrados por Thiers entre el 18 y el 30 de marzo. Al final de la Comuna, la administración prefectoral estaba totalmente renovada.

¹⁰ "Así fue concluido una especie de pacto: prometernos la República, dijeron los provincianos, los masones. Entregádnos los parisienses, contestó Thiers. Y los radicales provincianos, aceptando el pacto, se lavaron las manos de la sangre cuyo precio cobraban." (DANIEL HALÉVY: *La Fin des Notables*.)

Capítulo 8

¹ G. GURVITCH: *El tiempo presente y la idea del derecho social*.

² En un fragmento de su ensayo inédito «Lo que le ocurrió a Francia en 1870», pp. 292-295 de sus *Obras selectas*. (N.R.F.)

³ *Del principio federativo*.

⁴ *Sobre la capacidad de las clases obreras*.

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*

⁷ *Sobre el principio federativo*.

⁸ *Sobre la capacidad de las clases obreras*.

⁹ *Sobre la capacidad de las clases obreras*.

¹⁰ Basta con ver, en un periodo de indivisión como el nuestro, el trabajo que les cuesta a los juristas distinguir los actos de gobierno de los actos administrativos. Según uno de ellos, M. JÉZE, se trata de "un fallo del Derecho Público". Los mejores no consiguen fijar criterios prácticos y permanecen en la teoría o en el empirismo. HAURIU, por ejemplo, se contenta con escribir en su *Precis de Droit administratif*: "Gobernar es resolver los asuntos excepcionales, cuidar de los grandes intereses nacionales; administrar es ir resolviendo los asuntos corrientes del público."

¹¹ Observemos que Gobineau veía el problema en cierto sentido con más claridad que Proudhon, cuando distinguiendo el Estado y el Gobierno afirmaba la necesidad para un Gobierno de estar siempre un poco amenazado: "Toda potencia se impacienta—dice—cuando deja de ser discutida." Para vivir "plenamente" es preciso "que tropiece con contradicciones". Pero para Gobineau estas contradicciones tan solo eran un estímulo a la conquista, al imperialismo que consideraba fatales y saludables, puesto que surgían del orden natural. En esto caía en el exceso contrario al de Proudhon.

Capítulo 9

¹ A este respecto véase el libro de M. DAUPHIN MEUNIER: *El Banco de Francia*, pp. 106-121.

² Algunos periódicos expresaron su extrañeza. En *La Justicia* se podía leer unos días más tarde: "Si existe un principio importante desde el punto de vista revolucionario es el

de la completa separación de la justicia y del Gobierno, y como consecuencia, la elección de los jueces por sufragio universal... La Comuna podía, en el estado actual, prescindir de nombrar a los jueces... Pero si pensaba que debía establecer un tribunal, era indispensable que lo hiciese aplicando sus principios, es decir, haciendo que la población fuese quien eligiese a los jueces que habían de formar el tribunal." Citado por LARONZE: *Op. cit.*, p. 125.

³ En el otro extremo del abanico político, aproximadamente en la misma época, uno de los fundadores de la gran Prensa francesa, Emile de Girardin, el hombre de "la idea diaria", se unía al federalismo y creaba con miras a su difusión un nuevo periódico, *La Unión francesa*.

⁴ MATHIEU BODET: *Las finanzas francesas*.

⁵ Citado por LARONZE: *Op. cit.*

⁶ Habiéndose perdido el original de este despacho, el texto ha sido reconstituido por Lissagaray según el testimonio del hermano de Dombrowski y de varios miembros de la Comuna.

⁷ Cuando Ferré compareció ante el 3.º Congreso de Guerra de Versalles se exhibió una orden firmada por él que decía: "Prendan inmediatamente fuego al Ministerio de Hacienda" y cuya autenticidad no pudo ser demostrada. Ferré, que se mostró muy valiente y no temió asumir las responsabilidades, negó rotundamente haber dado esa orden. El experto encargado de examinar el documento tuvo que reconocer que la letra era muy distinta de la de Ferré.

Capítulo 10

¹ No quiero dar cifras exactas, pues se contradicen demasiado los historiadores y los documentos a este respecto.

² En *El Estado y la Revolución*, Lenin defiende (en mi opinión de forma poco convincente) la imagen de un Marx centralizador contra Bernstein y otros marxistas disidentes que veían en estas páginas un punto de coincidencia entre Marx y Proudhon.

³ Proyecto de ley sobre las fortificaciones de París.

⁴ Circular del ministro de Asuntos Extranjeros, citado ya anteriormente.

⁵ En su prefacio al libro de Talés.

⁶ ARNAUD DANDIEU, *Existe un umbral entre la ciudad y la humanidad*. Archivos de la Filosofía del Derecho, 1 de febrero de 1933.

Indice

Advertencia	9
Primera Parte: La revolución en marcha	
1. La Francia del segundo imperio	15
<i>El reino del anonimato. Del saint-simonismo a los monopolios y a la sociedad anónima. La gran ciudad, la gran Prensa y sus consecuencias.</i>	
2. En el silencio	28
<i>Crisis de las élites. Los escribientes en el poder. El movimiento revolucionario y sus dos corrientes, Proudhon y Blanqui. La participación de la juventud.</i>	
3. Preparación de la revolución	69
<i>La acción de los blanquistas y de la I Internacional. La prensa, las elecciones y los congresos.</i>	
4. La aproximación	94
<i>El Congreso de Basilea. Bakunin. El entierro de Victor Noir. Violentas manifestaciones.</i>	

Segunda Parte: La revolución

5.	La sublevación (4 de septiembre a 18 de marzo) ...	115
	<i>Del nacionalismo abstracto al renacimiento de un patriotismo verdadero. Reanudación de la acción revolucionaria. Los clubs, la Guardia Nacional, el Comité Central. La toma del poder.</i>	
6.	Tomar el poder no es hacer la revolución	155
	<i>Actitud del Comité Central. Cómo se convierte en Gobierno. Fisonomía de la Revolución.</i>	
7.	La Francia comunera	169
	<i>La reacción de Versalles. La proclamación de la Comuna de París. Bakunin en Lyon. Las comunas parciales.</i>	
8.	El Estado y el Federalismo	189
	<i>El problema del Estado en el siglo XIX. El movimiento a favor de la descentralización. Del federalismo proudhoniano al federalismo de la Comuna.</i>	
9.	París combatiente	201
	<i>El Gobierno de la Comuna. Las dos comisiones ejecutivas. Rossel. El Comité de Salud Pública. Protot y la justicia. Frankel y la economía. Rigault y la Policía. La semana sangrienta.</i>	
10.	Destino de la Comuna	245
Notas		255

La derrota en los campos de batalla del ejército galo a manos de las tropas prusianas durante el verano y el otoño de 1870 abre un largo proceso de radicalización de la vida política francesa, que se acelera con el destronamiento de Napoleón III y culmina en la sublevación parisiense de marzo de 1871. ALBERT OLLIVIER —biógrafo de Saint-Just, historiador y escritor— relata con toda minuciosidad la gestación y proclamación de LA COMUNA, el posterior desarrollo de la insurrección (la organización del nuevo poder revolucionario, las transformaciones de la vida ciudadana, la defensa de la capital, doblemente sitiada por las tropas de Bismarck y de Thiers) y su sofocamiento a sangre y fuego por las fuerzas del orden a finales de mayo, en la primera gran manifestación de "terror blanco" de la época contemporánea (más de veinte mil fusilados e innumerables encarcelamientos, destierros y exilios). Sin embargo, la obra presta también la debida atención a la etapa histórica inmediatamente anterior —simbólicamente iniciada con la derrota de la Revolución de 1848 y la fundación del Tercer Imperio— ya que es en ese período donde encontramos los factores que explican, en última instancia, el estallido de lo que fue la primera gran convulsión social y política de la sociedad industrial: las transformaciones económicas producidas por el desarrollo del capitalismo, el crecimiento y centralización del poder estatal, la difusión de las ideas de Proudhon, Bakunin, Blanqui y Marx.



El libro de bolsillo
Alianza Editorial
Madrid